Miguel Amorós

Textos e intervenciones

Volumen 3/6

2009-mayo 2013

Miguel Amorós

Miguel Amorós (1949) es historiador, teórico crítico y militante anarquista. En 1968 se dio a conocer en la agitación universitaria valenciana, lo que le valió un juicio en el Tribunal de Orden Público y pasar algún tiempo en las cárceles franquistas, para luego exiliarse a Francia. En la década de los 70 participó en la fundación de varios colectivos: Bandera Negra, Tierra Libre, Barricada, Los Incontrolados y Trabajadores por la Autonomía Obrera y la Revolución social. En los primeros años 1980 colaboró con la revista *L'Assommoir* (denuncia de la nuclearización del mundo y apoyo a los obreros polacos) y con Guy Debord en una campaña por la liberación de los presos autónomos y libertarios.

Entre 1984 y 1992 formó parte del equipo redactor de la revista «anti-industrial» *Encyclopédie des Nuisances* junto a Jaime Semprún y Pierre Lepetit. Después, mantuvo una relación directa con las ediciones de la EdN hasta 2008. Ha pronunciado multitud de conferencias sobre cuestiones sociales, principalmente en la perspectiva antidesarrollista, en la crítica del ciudadanismo y en la defensa del territorio, la mayor parte reproducidas en la prensa libertaria o compiladas en forma de libro. Muchos escritos suyos han sido traducidos en varios idiomas y publicados en distintos países. Ha prestado su apoyo a las luchas contra el Tren de Alta Velocidad y los tendidos de Muy Alta Tensión. También tiene publicadas varias obras sobre la guerra civil revolucionaria española y otras sobre los anarquistas y el movimiento obrero asambleario durante los años 60 y 70.

En 2012 fundó con otros compañeros la editorial Les Amis de la Roue. Desde el 2013 es coeditor de Argelaga, revista antidesarrollista y libertaria.

https://argelaga.wordpress.com/2016/02/24/filosofia-en-el-tocador-miquel-amoros-argelaga/

Índice 2009-mayo 2013

2009

Mayo 2009

De horrores lucrativos e identidades combativas

Agosto 2009

La voz de su amo

La restructuración espacial de la sociedad capitalista y sus consecuencias

Septiembre 2009

El trauma del decrecimiento

Diciembre 2009

El Control Insitucional de las Luchas Sociales

2010

Enero 2010

El taimado arte de destruir ciudades

Sobre la tendencia totalitaria del fenómeno urbano

Enero 2010

“La ideología del decrecimiento llega tras el fracaso de la ideología precedente, la ‘alterglobalización’”

Febrero 2010

El sabor de la tierruca

Relación abreviada de la destrucción del territorio peninsular

Marzo 2010

Nosotros, los antidesarrollistas

Marzo 2010

La esfinge de León sin secreto

Abril 2010

Capital, tecnología y proletariado

Mayo 2010

La fiesta griega

Junio 2010

Orígenes de la cuestión social en la península

Junio 2010

Diferencia entre la crítica antidesarrollista y la ideología del decrecimiento

Julio 2010

Elementos fundamentales de la crítica antidesarrollista

Septiembre 2010

Cuando en Asturias había revoluciones

Septiembre 2010

Urbi et Orbi

Principios de antidesarrollismo

Octubre 2010

¿Defensa del territorio o cogestión de su ruina?

Octubre 2010

La reconversión del territorio asturiano y el TAV

Octubre 2010

El territorio es absorbido por la urbe – La urbe debe ser absorbida por el territorio

Noviembre 2010

Zaragoza después del parto

Diciembre 2010

Vistazo sobre amurrio

2011

Marzo 2011

El segundo asalto

Forma y contenido de la revolución social

Mayo 2011

Luchas urbanas y lucha de clases

Junio 2011

Pensamientos intempestivos al acabar de sonar el tambor

Junio 2011

Dialectica del Cénit y el Ocaso

Setiembre 2011

Maroto, la guerra civil y el presente

Octubre 2011

A pedradas contra el progreso

2012

Enero 2012

Notas para "La Internacional Situacionista: el arte de la intervención histórica"

Enero 2012

Entrevista relativa a la cooperación internacional para el desarrollo

Mayo 2012

Capital viento

¿Por qué las centrales eólicas?

Mayo 2012

El decrecimiento revisitado

Agosto 2012

El partido del Estado: suma y sigue

Septiembre 2012

Por una crítica del Estado

Octubre 2012

Hay capitalismo, por lo tanto hay crisis

Octubre 2012

El derecho al territorio

Noviembre 2012

Media noche en el siglo

Apuntes contra el progreso

2013

Enero 2013

Masas, partitocracia y fascismo

Febrero 2013

Meditación sobre una ruina anunciada

La Ciudad del Medio Ambiente de Soria

Mayo 2013

La evolución de las conurbaciones o la destrucción del territorio

Mayo 2013

La guerra contra el territorio, estadio supremo de la dominación

40 textos – 200 páginas – 633 400 c.

Volumen 1: 1984-2004

32 textos – 208 páginas – 655 000 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-1-es

Volumen 2: 2005-2008

36 textos – 220 páginas – 709 500 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-2-es

Volumen 3: 2009-mayo 2013

40 textos – 204 páginas – 633 400 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-3-es

Volumen 4: 2014-2017

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-4-es

Volumen 5: 2018-2022

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-5-es

Volumen 6: 2023-2025

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-6-es

2009

Mayo 2009

De horrores lucrativos e identidades combativas

Son tales las devastaciones que provoca el crecimiento económico que la sociedad capitalista moderna se caracteriza más por lo que destruye que por lo que crea. Ninguna obra se puede comparar ya con las ruinas que causan sus necesidades. Eso significa algo obvio, a saber, que la sed de beneficios que guía el sistema productivo, y por ende, el modo de vida que conlleva, se apaga con una avalancha de perjuicios para la población, que van desde los riesgos para la salud (la contaminación origina la cuarta parte de las enfermedades) hasta los destrozos ambientales.

La destrucción ha alcanzado un grado tan elevado que el contraste entre intereses privados y estragos públicos se hace visible hasta para los más rezagados. Es entonces cuando desde las instancias del poder hablan de conflicto ambiental o territorial, de cultura del no o de gobernanza interactiva. Los problemas laborales hace tiempo que dejaron de ser fuente de preocupación de los dirigentes, tal y como demuestra el hecho de que más del 40% de los trabajadores gane menos de mil euros, y eso se debe a que, bajo la amenaza de la precariedad y la exclusión, los mecanismos de control e integración funcionan perfectamente. No ocurre así en otros ámbitos, ya que el fracaso del ecologismo político permitió que la cuestión social, expulsada de los barrios y las fábricas, emergiera en las luchas mal llamadas ambientales, y particularmente, en la defensa del territorio, sin la contención y dispersión de la “democracia participativa”.

A pesar de todo, dicha emergencia no ha sido tan apabullante como para producir un fenómeno de conciencia generalizado, y a las luchas les queda todavía un largo tramo por recorrer.

No es pues el peligro de un movimiento social nacido de la defensa del territorio lo que ha sembrado inquietud entre los dirigentes, sino el hecho de que el desarrollismo, basado principalmente en la especulación inmobiliaria, ha desembocado en una crisis _financiera de la que se piensa salir con un cambio de paradigma: la economía “verde”, o sea, el desarrollismo “sostenible”.

Pero la “sostenibilidad” desarrollista exige un grado de colaboración popular que en otro tiempo el régimen arbitrario vigente no juzgaba necesario. Por eso, si los defensores de un modo de vida respetuoso con la naturaleza habían tropezado siempre con las maneras paternalistas y autoritarias de la administración, ya que ésta había heredado el personal técnico, los programas y los modos de la pasada dictadura, y sobre todo, porque los designios de los promotores y financieros a cuyo servicio estaba no admitían trabas, ahora

que el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, el cambio climático, el agujero en la capa de ozono y una previsible escasez de combustibles fósiles ponen en marcha un nuevo ciclo "verde" con la perspectiva de formidables ganancias, se requiere un proceder aparentemente más dialogante. De ahí la relativa atención que despiertan las asociaciones de vecinos y las plataformas cívicas, sobre todo las más moderadas y acomodaticias. Los intereses de la dominación apuntan menos a las "marinas" y los campos de golf que a las energías renovables, los coches híbridos, el reciclaje de residuos y la arquitectura ecológica, pero como la construcción de infraestructuras gigantescas, la siembra de transgénicos y las destrucciones van a continuar, la desactivación de las inevitables protestas vuelve ineludible el trato con los contestatarios.

Así pues, al menos en boca de los dirigentes más sensibles a los nuevos intereses de la dominación económica, el lenguaje del orden cambia de vocabulario porque ya no tiene por qué negar la existencia de conflictos, sino aceptarlos como algo habitual y administrarlos; por consiguiente, deja de tildar de egoístas, subversivos y enemigos del progreso a los que protestan contra la devastación y el despilfarro. Para dichos dirigentes, las luchas territoriales son irremediables, pero fáciles de reconducir mediante técnicas de participación y consulta adecuadas, a saber, mediante la "democracia participativa", cosa que con anterioridad muchos afectados reclamaban, lo cual no evita la "tolerancia cero" frente a los conflictos irrecuperables, como por ejemplo la lucha contra el TAV en Euskal Herria.

Dada la "crisis de confianza" en las instituciones y los partidos, reflejo de la incompatibilidad extrema entre el capitalismo global y las formas democráticas burguesas – tal como demuestran por ejemplo la comunicación unilateral, la supresión del espacio público y del desarrollo de leyes de excepción–, los enemigos "antisistema" de ayer, han de ser los colegas colaboradores del mañana. El arsenal punitivo contenido en los códigos penales de "la democracia" no contradice esa descriminalización aparente de la protesta; actúa como reserva disciplinaria ante los posibles desbordamientos, cubriendo legalmente la represión cuando el civismo no funciona. Las necesidades de control se han visto multiplicadas al convertirse los centros de las ciudades en lugares exclusivos de consumo, proceso que aspira a abarcar la totalidad del territorio. El nuevo régimen puede seguir llamándose democrático mientras instaura legalmente un estado de excepción discreto que facilita la represión no sólo de los disidentes políticos, sino de grupos enteros de población que rechacen integrarse como consumidores obedientes en el sistema económico y no transijan con sus depredaciones. La misma necesidad de pacificación y rentabilización del territorio que hizo tratar de alborotadores, delincuentes y marginales a sus defensores, cuando el capital ejercía sus derechos de conquista, es causa de la solicitud con la que estos mismos son considerados cuando lo que conviene es ijar el costo ambiental y social del territorio-mercancía. Ese cambio de política es consecuencia del cambio de los intereses capitalistas en la etapa correspondiente a la artificialización y consumo del territorio, la de la constitución del territorio-empresa. Los dirigentes buscan el apoyo de los sectores más retrasados y menos combativos surgidos en la lucha, todavía poco desarrollada, y por lo tanto, no

suficientemente consciente de la incompatibilidad absoluta de sus objetivos con los del capital. ¿Cómo va a suceder? Pues como siempre, primero, atrayendo a las comisiones negociadoras a un puñado de representantes separados de las estructuras horizontales establecidas en el origen de las luchas, de forma que éstas pierdan el control de sus delegados, y, por consiguiente, el de sí mismas. Y segundo, aislando y reprimiendo sin contemplaciones la oposición consecuente. El trato con el poder corrompe, y los dirigentes lo saben perfectamente.

Su oficio es el más viejo del mundo. Para liquidar la lucha antidesarrollista y la defensa del territorio e integrar a los habitantes afectados en la gestión verde de la catástrofe, sus supuestos representantes han de recorrer el vergonzoso camino que tiempo atrás emprendieron los sindicalistas. Si antaño fue el trabajar, el habitar es hoy la forma básica que reviste la explotación, y por lo tanto, la que mejor define la proletarización. Proletario es un habitante que hay que reeducar constantemente en el consumo y seducir con la participación. Y como bien enseña la historia reciente, en los suburbios de París, en Génova, Atenas, Berlín o Barcelona, cuando la seducción no resulta porque la autonomía de la esfera política es imposible bajo la globalización y sus efectos son puro espejismo, guerra sin cuartel a quienes exclaman como en el cuento que el rey está desnudo, rehusando corromperse en la colaboración con el capital y el Estado. Hay leyes de sobra para eso.

La democracia formal burguesa se basaba en la formulación de un interés público por parte de mediadores políticos al que se subordinaban los intereses privados, que en lo relativo al territorio se plasmaba en un plan de ordenación, del cual se deducían reglas y leyes duraderas, que se aplicaban en nombre de aquél. Otra vuelta de tuerca capitalista, el desarrollismo, modificó el sistema en profundidad. La individualización consumista hizo añicos el principio de autoridad, las estructuras disciplinarias de la sociedad como la familia, la escuela o la iglesia entraron en quiebra y el paternalismo político quedó inservible, no dejando más salida al poder establecido que la policía, los tribunales y la cárcel. En lo sucesivo, la decisión se hizo más técnica, dependiente de los expertos, y se _financió con capitales privados, cosa que favoreció el dominio de los intereses empresariales en los asuntos públicos, cuya progresiva influencia hizo desaparecer incluso la noción misma de interés común, desacreditando completamente a la política. La nueva gestión del territorio, determinada cada vez más por los intereses privados, principalmente los de los promotores inmobiliarios y el capitalismo verde, no podía quedar atrapada en las normas de un plan general. Así se generalizó la excepcionalidad en las leyes y los planes: rectificaciones, planes parciales, planes de actuación urgente, “proyectos”, “respuestas multifuncionales”, etc.. Se trataba de disponer de una ordenación a la carta, compatible con cada interés particular, que hiciese caso omiso de disposiciones anteriores cuando éste resultaba perjudicado; una ordenación que buscara resultados económicos inmediatos, rentabilizando al máximo todo el territorio. Este cambio tan brusco de situación, ocurrido sólo en dos decenios, lesionó gravemente los intereses colectivos realmente existentes y creó conflictos por doquier.

Como la resistencia a la devastación no podía pararse únicamente con la represión, los nuevos "gestores" del territorio se vieron forzados a cambiar de táctica. Así, del Estado penal nació la "democracia participativa". Los dirigentes modernistas asumían la desaparición del interés común porque la aplicación de la normativa vigente perjudicaba los intereses privados que representaban, y por consiguiente había que dejarla en suspenso o derogarla, pero eso legitimaba el conflicto tanto como les restaba a ellos legitimidad. Así que, en lugar de tratar de imponerse en nombre de dicho interés al que se suponía representaban en virtud de resultados electorales, tenían que reconocer el conflicto primero, y después, negociar caso por caso con interlocutores ad hoc que se prestaran a ello. La negociación finalizaba no con el establecimiento de una nueva norma, sino con algo parecido a la firma de un contrato. La participación, a la que se dejaba bien claro que no sustituía la "democracia representativa", es decir, el sistema burocrático parlamentario de partidos, no era otra cosa más que el complemento necesario de un aparato político-administrativo que no podía ni detener la destrucción del territorio, exigida por el crecimiento económico, ni lograr el consenso en nombre del bien común, puesto que su propio funcionamiento lo volvía informulable. La participación o "gobernanza" territorial, al fijar los "límites democráticos" del conflicto, venía a concretar las tareas de la represión delimitando sus respectivos terrenos. Así pues, lejos de acarrear una democratización por leve que pudiera ser, lo que significaría la recuperación del espacio público, donde se discute y se toman decisiones colectivamente, sucede todo lo contrario, tal como confirma el endurecimiento punitivo de la legislación y la proscripción práctica de las manifestaciones, las concentraciones, los debates públicos, las asambleas y la información objetiva.

Por desgracia para la clase dominante, tender puentes no es tan fácil como firmar hipotecas. Las buenas intenciones de los dirigentes para con el futuro no bastan para desactivar el conflicto territorial, puesto que las causas que lo provocaron siguen bien presentes. No estamos en otro escenario; a lo sumo el capitalismo prepara otro escenario, pero no *ex novo*, sino apoyándose en las viejas actividades productivas. Los nuevos intereses no han venido para suprimir los antiguos, sino para prolongarlos y ampliarlos. Los dirigentes no pretenden pues enmendar los horrores del viejo sistema productivo, que fundamentalmente no ha cambiado, y, por consiguiente, menos aún detener el inmenso despliegue de medidas penales así como la construcción de cárceles y campos de internamiento; lo que quieren es compatibilizar tales horrores con el nuevo rumbo de la dominación.

No se trata entonces de acabar con el modelo clásico de desarrollismo, basado en la fusión de los intereses económicos privados, políticos y administrativos y responsable de tantas atrocidades, sino de ponerlo al día, de "redimensionarlo" gracias a una reestructuración ecológico estatal de la economía.

Esta milagrosa reconversión no anula la degradación precedente, poniendo in al urbanismo salvaje y la depredación del territorio, es decir, a las macro infraestructuras del transporte, a las centrales nucleares y térmicas, a los embalses y trasvases, a las incineradoras y vertederos, a los puertos deportivos y las pistas de esquí, a la construcción de líneas

eléctricas MAT o de nuevas prisiones… Lo que sucede es precisamente lo contrario; el ecologismo capitalista y su seudo democracia "participativa" pretenden preservar dicha degradación – no hay que olvidar que es el único modo de acumulación del que dispone el capital –, sólo que con la imagen lavada. La apertura de nuevos mercados está en juego: el de la emisión de gases, el de los vertidos al mar, el de las basuras, el de la ecoautomoción, la ecoedificación, la alimentación biológica, el turismo rural, las renovables, la punición alternativa, etc. El lucro privado requiere ahora un nuevo desarrollismo – "un nuevo modelo productivo" –, una nueva política, un nuevo lenguaje, un aparato represivo más sofisticado, y, para acabar, otro tipo de horrores programados, pero esta vez apostando por la regulación del mercado _financiero, por técnicas nuevas de ecología industrial, por monumentales inversiones y una reeducación de masas en las innovaciones tecnológicas y el consumismo de nuevo cuño. Tales tareas sobrepasan la capacidad del mercado; se necesitan medidas que sólo están al alcance del Estado.

Como sucediera con el fascismo, el Estado autoritario se erige en remedio de las perturbaciones inherentes al capitalismo. Que los intereses que determinaban sin réplica ayer nuestras vidas sean los mismos que siguen haciéndolo hoy, es una trivialidad que resulta extremadamente evidente en lo que respecta al territorio.

El objetivo de las sucesivas leyes del suelo y de las leyes urbanísticas era su mercantilización total, lo que dio no sólo carta blanca a la extensión ilimitada de las conurbaciones o la culminación del desastre litoral, sino la urbanización difusa de los espacios naturales y rurales, al alcance de las hordas urbanas gracias a la motorización generalizada. En apenas dos décadas el territorio peninsular fue completamente banalizado, y cualquier singularidad, aniquilada, bien por su degeneración pura y simple en solar, o bien por su conversión en mercancía ambiental. El colapso del mercado hipotecario puso in a un negocio lucrativo que además actuaba como motor principal de la economía, pero hoy todavía los promotores privados siguen planificando las áreas metropolitanas, ordenando el territorio y determinando los usos del espacio. Así, con el cambio de tendencia anunciada por el agotamiento de las políticas neoliberales y la crisis financiera, han nacido o nacerán nuevas leyes y planes para los barrios, el paisaje, los riesgos naturales, la información geográfica, la costa, las infraestructuras de toda clase, etc., que anuncian un planeamiento distinto y establecen nuevas condiciones para el mercado inmobiliario y el ocio verde. El negocio no se interrumpe, sino que se traslada de la construcción propiamente dicha a la rehabilitación, el aislamiento de edificios y el acondicionamiento paisajístico, mientras que la motorización se propulsa un poco más con los agro combustibles o los motores eléctricos. La diferencia con la situación anterior es que en este nuevo ciclo de la acumulación de capital el Estado recupera el papel principal. Todas las decisiones, de la renovación del parque automovilístico al retorno a la energía nuclear, de la introducción de nuevos OGM en la dieta alimentaria al trazado de la alta velocidad, exigen ahora "un pacto de Estado", y, como corolario, nuevas leyes y disposiciones que regulen su cumplimiento.

La adopción del léxico ecologista por parte de los empresarios acompaña lógicamente el proceso, porque ahora el lenguaje del ecologismo es el leguaje de la política y, por lo tanto, el idioma de los negocios. Pronto lo será de la pedagogía y de la jurisprudencia.

Sin embargo las palabras no logran disimular los hechos. Como ya hemos apuntado, los viejos proyectos vandálicos continúan impertérritos su tarea destructiva codo a codo con los nuevos, pero dicha tarea se autocalifica "verde". Los intereses dominantes siguen siendo los de la clase dominante, aunque legitimados como asuntos de Estado y como protectores del medio; tras el AVE, las líneas MAT, los trasvases y las autopistas previstas por el PEIT o los planes de carreteras autonómicos se manifestaban poderosos intereses empresariales y financieros, los mismos que ahora promueven los parques eólicos, las desaladoras o las centrales fotovoltaicas. Bajo la norma neoliberal, la política no era más que un negocio particular; según las nuevas reglas, el negocio es pura política. La nueva normativa no anula la anterior sino que la conserva maquillada; en consecuencia, tal como hemos dicho, a los horrores antiguos se les añadirán los de nueva factura y al _final, ante la mirada atenta de los agentes del orden, con la tutela estatal y el compromiso de la "ciudadanía", tendremos aberraciones de todos los colores. La participación "ciudadana" no alterará nada esa realidad, pues en las condiciones presentes es un simple aspecto de los negocios y su función no es otra que la de desmovilizar. Uno puede entrar en los despachos y creerse que está "refundando" un sistema más justo y democrático, cuando en realidad está poniendo su grano de arena a una "sociedad de control", como dicen los aprendices de brujo que han leído a Foucault. En un régimen efectivamente autoritario, lo democrático es sólo un momento de lo represivo.

Con mayor frecuencia que hace dos décadas, los defensores del territorio, incluso los que se ciñen a la protesta "cívica", es decir, simbólica e ineficaz, hablan de un modelo alternativo de ordenación territorial, basado en la reducción de movilidad en vehículo privado y el desarrollo del transporte público, en un reequilibrio campo-ciudad, en el consumo "responsable" y en una "nueva cultura del territorio". Propuestas tan sugerentes como vacías, puesto que lo que buscan es una fórmula imposible de compromiso entre la preservación del territorio y la expansión metropolitana, o lo que viene a ser lo mismo, la economía mundializada. Ninguna ley protectora, ni ninguna subvención estatal, como tampoco ninguna concertación política, sería capaz de garantizar la integridad territorial manteniendo al mismo tiempo el territorio dentro del mercado, o dicho de otro modo, ningún capitalismo podría funcionar globalmente sin tener a su disposición el territorio en su totalidad. Entre los hombres de negocios (políticos incluidos) y la defensa del territorio no hay espacio suficiente para el diálogo, pues los intereses respectivos son diametralmente opuestos: si hay negocio es a costa del territorio; si hay beneficio territorial es a costa de las pérdidas del lado capitalista. Y de una oposición radicalmente irreconciliable solamente surge el conflicto. Los defensores del territorio pues, han de asumirlo: no han de dialogar, sino combatir. No han de escoger entre la palabra o la acción, sino entre la defensa o el

ataque. Las luchas son y serán locales, pero los combatientes no se enfrentan simplemente a especuladores de cuarta categoría o a políticos venales de la vecindad.

Apenas el conflicto territorial se generalice, quedarán al descubierto los lobbies del asfalto, la alimentación, la distribución, el ocio o el petróleo, bien protegidos por el Estado. Al avanzar en sus propósitos, la defensa del territorio – de los huertos tradicionales, de los bosques, de los espacios libres, de los ríos, de la fauna, de los oficios y conocimientos ancestrales, de sus costumbres, tradiciones e historia, etc. – con sus prácticas antiautoritarias revela tanto una irremediable quiebra institucional como la incompatibilidad entre una vida arraigada y libre de apremios y la globalización económica. Pues las monstruosas conurbaciones y la desaparición del mundo rural son su consecuencia, y la agricultura transgénica industrial, el medio adecuado para alimentar tales engendros. Lo mismo podemos decir de los pantanos, las centrales, las autopistas, los mega puertos, aeropuertos y TAVs: son las estructuras que mejor se corresponden con el abastecimiento de agua y energía o con la movilidad de las personas y la circulación de mercancías propias de los áreas metropolitanas. Es del todo evidente que el equilibrio territorial, la recomposición a partir de sus fragmentos, no se logrará más que con el desmantelamiento del aparato productivo, la desurbanización y la abolición del Estado, tareas históricas auténticamente titánicas, que han de orientar la lucha antidesarrollista y la defensa del territorio bien lejos de una “gestión trasversal”, tal como reivindican los dirigentes creativos y sus cómplices ciudadanistas de las plataformas.

Estamos ante un enfrentamiento entre la metrópolis y el territorio que pretende colonizar, y por ironía de la historia, la causa de la libertad, la razón y el deseo ha abandonado las ciudades, o mejor dicho, lo que antes fueron ciudades, para refugiarse en el campo, lo que antes fue campo, y lanzar desde allí, con el concurso nihilista de los excluidos del suburbio, el contraataque contra las fuerzas antihistóricas domiciliadas en las conurbaciones. Lejos de los centros comerciales, y por lo tanto, lejos de la mercantilización del vivir y de la estatización de la existencia, el tiempo y el lugar recobran algún sentido y permiten a los individuos recuperar la memoria y cooperar contra la sinrazón capitalista, construyendo, si se rebasa el horizonte plataformista, una nueva identidad de explotados anclada en el territorio, luego en su condición concreta de habitantes, no en la condición abstracta de ciudadanos. Dicha identidad no ha de aspirar a proporcionar un marco más regulado al mercado de la vivienda y del suelo, sino a abolir cualquier relación mercantil; tampoco pretenderá complementar el régimen tecnocrático que gusta en llamarse “democracia” cuando no es más que totalitarismo disimulado, sino sustituirlo por una verdadera democracia de base, horizontal, directa, autogestionaria. No será el estandarte de un nacionalismo de nuevo cuño, sino el emblema de una voluntad universal de liberación.

Miguel Amorós.
Charlas del 9 de mayo de 2009 en el Ateneo Libertario de Sabadell
y del 21 de mayo en el Ateneu Llibertari del Casc Antic (Barcelona).

Publicado en folleto por Desorden distro de Valencia.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Agosto 2009

La voz de su amo

La restructuración espacial de la sociedad capitalista y sus consecuencias

Vivimos inmersos en un proceso de globalización del espacio, es decir, de completo sometimiento del espacio a las leyes de la economía global, por lo que a menudo, en las ciudades y pueblos marginados por la corriente económica actual no faltan voces que clamen por nadar en ella cuanto antes.

La panacea del mal económico resulta ser casi siempre una macro infraestructura: una autopista, un mega puerto, una parada del tren de alta velocidad, un complejo turístico… A las voces de la oligarquía local, se unen a veces las de la masa asalariada, convencida de las bondades desarrollistas. Dicen que "el progreso" es necesario, que así se saldrá del "atraso", que habrá "trabajo", y, por lo tanto, "dinero". Los intereses dominantes, los de la clase dominante, se manifiestan siempre como intereses generales, y cuanto mayor sea el dominio sobre la población, mayor será su identificación con ellos. En la actualidad, cuando la penetración del capital alcanza todos los ámbitos de la actividad humana, los individuos piensan lo que el capital quiere: no son ellos los que existen, a no ser como abstracción, porque no piensan realmente; su pensamiento ha sido programado. Cuando hablan, escuchamos a la mercancía promocionando su mundo. Para usar conceptos como progreso, atraso, trabajo o dinero, sin caer en los tópicos del lenguaje de los dirigentes, hay que comprender su verdadero significado, y para poder hacerlo hay que situarse fuera de los hábitos de pensar de la dominación. Pensar, o ser, equivale a cuestionar.

En primer lugar hay que preguntarse por el significado real de la construcción de una infraestructura de grandes dimensiones, pues desde luego, generará una importante demanda de trabajo, aunque temporal y de mala calidad, y conseguirá en las coyunturas favorables una elevación del nivel de consumo entre los asalariados, una mayor mercantilización de su vida, o lo que viene a ser lo mismo, un crecimiento de "la clase media". Aumentará tanto la población como la circulación, se producirán desarrollos urbanísticos, se construirán centros comerciales y hoteles, se venderán más coches y se abrirán nuevas sucursales bancarias. Se impondrá un nuevo estilo de vida, más motorizado y consumista, con prótesis tecnológicas cada vez más imprescindibles, etc., cuyas secuelas en forma de accidentes de tráfico, infartos y suicidios quedarán reflejadas en las estadísticas. Y

hay que contar con que dicha infraestructura también causará un impacto negativo en el entorno y aportará una mayor artificialización del medio ambiente. Aumentarán asimismo las desigualdades sociales y la anomia, o sea, el grado de descomposición social, con todas sus consecuencias necesarias: corrupción, masificación, atomización, exclusión, agresividad, neurosis, miedo, control, racismo…

Crecerá la producción de basuras y la contaminación, el ruido, las detenciones de indocumentados, ladronzuelos y traficantes, la especulación inmobiliaria y otras formas expeditivas de enriquecimiento, la corrupción política, la degradación de la sanidad, la enseñanza y la asistencia públicas, etc. Son males inherentes al desarrollo capitalista, que de todas formas van a ocurrir; las infraestructuras solamente acelerarán su llegada y contribuirán a su intensificación. Las grandes infraestructuras son una exigencia de la mundialización capitalista, de la nueva división internacional del trabajo, donde predominan la circulación y los "lujos" sobre la producción y los lugares. Ayudan a colocar "en el mapa" a las antiguas metrópolis convirtiéndolas en nudos de la red internacional mercantil. El capital, dueño del espacio, lo reestructura adaptándolo a las necesidades del momento. Bajo el capitalismo global, se vuelven obsoletas tanto las instituciones independientes o las administraciones autónomas, como los mercados locales. Las antiguas ciudades se transforman en aglomeraciones urbanas impersonales en expansión permanente, lugares de entretenimiento y consumo a gran escala, verdaderos agujeros negros que absorben energías, mercancías y vidas, asentamientos sin espacio público, sin tiempo, sin historia ni cultura específica, transparentes, tematizados, simplificados. Es el resultado de una victoria; la del capital.

El final de una etapa basada en la economía industrial ligada a mercados nacionales bajo protección estatal y apoyo sindicalista ha desorganizado el espacio, reduciéndolo a fragmentos desconectados, sin función alguna. Mientras las antiguas metrópolis luchan por un lugar en la economía globalizada, domiciliando sedes y acaparando tareas de gestión y dirección, los pedazos del sistema urbano y territorial que las envolvía han de gravitar de nuevo a su alrededor buscando rozarse con los "lujos" internacionales, es decir, integrarse en la conurbación metropolitana ofreciendo espacio y demás facilidades para la globalización de su economía. Las ciudades pequeñas y el campo, en decadencia y "atraso" por padecer las consecuencias del cese o la deslocalización de actividades productivas, han de sobrevivir – han de acumular capital – en la proximidad de los nudos de la red mundial. Por lo que no tienen otra salida que reclamar su parte, su infraestructura, para encajar en algún anillo suburbano.

En la periferia de las conurbaciones se libra una batalla aparente por la economía globalizada, a la que se exige un incremento en el ritmo, un grado mayor de destrucción territorial.

Parece que la salvación venga de manos de la horca. Desmontar el discurso "progresista" y desenmascarar los intereses que se ocultan tras él es ya una tarea inexcusable. La libertad y la felicidad humanas serán la obra de quienes hayan sabido evitar aquello que los dirigentes

llaman “desarrollo”, “progreso” y “trabajo”. Cuando es fruto de una resistencia consciente, el “atraso” es revolucionario.

Agosto 2009. Publicado en *Al Margen*, nº 71, otoño 2009.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Septiembre 2009

El trauma del decrecimiento

“Con frecuencia, nos dejamos dominar por una impresión,
hasta que nos liberamos al reflexionar, y esta meditación,
rápida y mudable en su agilidad, penetra en el íntimo misterio de lo desconocido.”
Kirkegaard, *Diario de un Seductor*.

La sinrazón gobierna el mundo. Los individuos se relacionan a través de cosas que les imponen sus reglas desde fuera: mercancías, dinero, tecnología… En la sociedad a la que pertenecen su trabajo sirve para producir beneficios crecientes a particulares, no para satisfacer necesidades reales colectivas, por lo que aparece dominada por un tipo concreto de actividad económica: una economía de mercado cuya metástasis agota los recursos naturales, aumenta las desigualdades sociales y destruye el planeta. La separación entre el mundo tal como va y tal como debería ir es completa y el futuro prometido no merece más que desprecio. El reino de la razón apunta hacia atrás, a una edad de oro; así las formas anteriores de sociedad y Estado salen del desván como soluciones menos injustas e irracionales y se ponen de moda. Unos proponen la vuelta a estadios anteriores a la civilización urbana (primitivistas); otros, al Estado-nación y a las condiciones capitalistas de la posguerra (ciudadanistas); finalmente, otros, mediante la agricultura biológica, el “comercio justo” y la “banca ética”, quieren regresar a la fase inicial del capitalismo, la de la separación del valor de uso y el valor de cambio, del trabajo concreto y el trabajo abstracto (neorrurales).

Una sociedad de clases pulverizadas que existe como objeto del capital

La etapa desarrollista o fordista del capitalismo produjo fenómenos de desclasamiento entre los trabajadores que se acentuaron con la reestructuración productiva que la concluyó; la mundialización hizo lo propio con las clases medias, tras precipitarlas en el abismo del crédito. El relevo generacional del proletariado y la mesocracia se horroriza ante la amenaza

de exclusión, el destino de formar parte de la masa que la economía no necesita debido a la alta productividad y a la explotación intensiva de los obreros de los países “emergentes”. No obstante, la voluntad de reorganizar la sociedad según normas diferentes, el deseo de un cambio en la manera de aprender, producir y consumir que hoy se manifiesta esporádicamente en los llamados “movimientos sociales”, no lleva la impronta de la acción proletaria. La clase obrera ha perdido la memoria, y con ello, sus maneras y su ser. La iniciativa pertenece a los pequeños burgueses desclasados, a los estudiantes, empleados, funcionarios, y, en general, a los grupos sociales en el filo de la proletarización, los perdedores de la mundialización. El oscurecimiento del antagonismo de clase producto de la derrota obrera, sumado a la evidencia de la crisis ecológica, permite que se presenten como representantes de intereses generales, fabricándose para la ocasión un pensamiento recuperado de fragmentos críticos anteriores frutos de luchas reales. Confeccionan una ideología, una salsa de ideas completamente desligada tanto de su origen como de la acción, que refleja las ambigüedades de la idiosincrasia perdedora, sentada entre dos sillas, y que viene caracterizada por la negación del conflicto clasista, el rechazo de las vías revolucionarias, la confianza en las instituciones y la indiferencia ante la historia, detalles estos que confieren a la protesta un nuevo estilo en las antípodas de la pasada lucha de clases. En efecto, para los perdedores el capitalismo no es un sistema donde los individuos se relacionan a través de cosas y sobreviven sometidos al trabajo y esclavizados por el consumo y las deudas, algo que nació en un momento dado y puede desaparecer en otro; tal sistema no se desprende de una determinada relación social derivada de la propiedad privada de los medios de producción, sino que es “una creación de la mente”, un estado mental cuyo “imaginario” hay que descolonizar con ejercicios espirituales. Hay pues que alejarse de situaciones traumáticas, olvidarse de tomar bastillas y asaltar palacios de invierno, y sumergirse en ambientes “relacionales” donde dominen condiciones psicológicas apacibles y familiares, que alguien ha llegado a calificar de “femeninas”. En el polo opuesto a Mayo del 68, uno no tiene más ganas de hacer el amor cuando más se enfrenta con la policía, ni encuentra la playa debajo de los adoquines. La barricada no abre el camino. Eso seguramente es cosa de machotes, un modo de hacer demasiado “masculino”. El método “convivial” no busca combatir porque no reconoce enemigos; se basa en trastocar la actitud de las personas – desde luego, no hechas de historia, sólo rellenas de “imaginario” – no con el trabajo de la negación, sino con el buen rollo evangelizador.

La crisis principal es crisis de la conciencia de clase

De acuerdo con el idealismo mesocrático el mundo es irracional e injusto porque no ha sido gobernado de forma adecuada, al no proporcionársele a la humanidad una verdad definitiva, o no desvelársele una “ley natural” como por ejemplo la del decrecimiento, fácilmente condensada en las ocho “erres” de Latouche. El antagonismo violento entre clases aparece apaciguado y semidisuelto en múltiples oposiciones menores: consumismo y frugalidad, despilfarro y ecoeficiencia, mundial y local, desperdicio y reciclaje, alimentación industrial y

autoproducción, coche privado y bicicleta, crecimiento y decrecimiento, ying y yang. La ruta de una parte a la otra ha de ser recorrida con simplicidad y sin traumas; el nuevo orden será implantado lejos de las masas, paulatinamente y desde fuera, mediante la pedagogía y el ejemplo, gracias a experiencias marginales austeras y reformas fiscales. El decrecimiento es para sus seguidores la verdad "más verdadera", por lo que será suficiente aplicarla en pequeñas dosis y "articularla políticamente" para que su virtud conquiste el mundo. Como verdad absoluta no está sujeta al espacio ni al tiempo, no es vista como un producto histórico gestado en etapas anteriores de la crisis capitalista, responsable de una evolución determinada de las clases sociales y de sus conflictos. Sin embargo la memoria nos aclara el sentido de la aventura decrecentista en busca del reino idealizado de la clase media decadente. Para empezar, el decrecentismo no aporta nada nuevo. En sí es una mezcla de bioeconomía, indigenismo y ciudadanismo. De la primera extrae su principio económico; del segundo, su principio social, la "convivencialidad"; del tercero, su principio político. Por supuesto, el decrecimiento es una "propuesta abierta a una gran diversidad de experiencias y corrientes"; no son lo mismo Enric Duran y los anarcosindicalistas, que Attac, los posestalinistas o la cohorte oenegera. Pero precisamente debido al hecho de no desprenderse de una praxis social concreta sino haber nacido en una mesa de expertos y profesores –cosa que reafirmaría más todavía su naturaleza ideológica— el remedio del decrecimiento sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Los más avispados se inspiran en la autoorganización de barriadas marginales de conurbaciones tercermundistas como La Paz, Oaxaca o Niamey, pero hay quien señala a Cuba como ejemplo de lo que significa mantenerse "dentro de los parámetros de sostenibilidad". Con ese modelo no es de extrañar que al proyecto decrecentista se apunte "el mundo de los partidos comunistas", mundo parásito por excelencia, subrayando así uno de los aspectos más sospechosos, acontecimiento del que se felicitan Carlos Taibo y Fernández Buey. En una atmósfera convivencial, cuanto más seamos, más reiremos: el decrecimiento es igual de compatible con el marxismo ecléctico y positivista de los universitarios que con la teología de la liberación o el municipalismo libertario. Cualquiera puede interpretarlo a su conveniencia, poner el acento en unas ideas y desechar otras, darle un toque particular o pasarlo por el cedazo, sin que por ello quede oculto su función reaccionaria en tanto que falsa conciencia de la realidad de unas clases en migajas.

No way out

Todos los partidarios del decrecimiento hablan de salirse de la economía, aunque la forma de dar el paso no pase por una revolución, ni tan sólo por una hecatombe económica. Sin que pase por una salida. La destrucción del capitalismo no es la condición previa del cambio. Éste ha de ser "civilizado", pasando por la puerta, no rompiéndola, con el inapreciable auxilio de la informática e internet, herramientas "conviviales" que "atacan el reino de la mercancía" (Gorz) y nos ayudan a crear "espacios autónomos convivenciales y ahorrativos" repletos de "bienes relacionales", gracias a cuyo atractivo quedará nuestro imaginario descolonizado. No se trata pues de sustituir un sistema por otro, y menos con violencia, sino

de crear un sistema bonito dentro de otro malo, que conviva con él. Cuando los decrecentistas hablan de salir del capitalismo, la mayoría de las veces se refieren a salir del "imaginario capitalista". A un cambio de mentalidad, no de sistema. Es más, piensan que este otro cambio, que comportaría la destrucción de la democracia burguesa, la socialización de la producción, la eliminación del mercado, la abolición del salario y la desaparición del dinero, engendraría "el caos", algo "insostenible" que además tendría el defecto de no terminar con el "imaginario dominante." Estamos muy lejos de caminar hacia lo que en otra época se llamó socialismo o comunismo. Lo que se pretende es más sencillo: poner a dieta al capitalismo. No cabe la menor duda de que sus dirigentes, estimulados por el éxito de una "economía solidaria" a la que el Estado ha transferido suficientes medios, y, forzados por el agotamiento de los recursos y la escasez de energía barata, se van a convencer de la necesidad de entrar "en una transición socio-ecológica hacia menores niveles de uso de materias primas y energía" (Martínez Alier). Los millones de parados que engendraría dicha transición habrían de coger el ordenador y marchar al campo, recipiente de un sinfín de "nuevas actividades", medida que fluiría de un "ambicioso programa de redistribución" incluyendo una "renta de ciudadanía" (Taibo), al alcance solamente de las instituciones estatales. En tanto que tentativa de salirse del capitalismo sin abolirlo, al pasar a la acción y entrar en el terreno de los hechos, los decrecentistas confluyen con el viejo y abandonado proyecto socialdemócrata de abolir el capitalismo sin salir nunca de él. Si acabar con el capitalismo de forma abrupta es una forma de "decrecimiento traumático" que va contra el "decrecimiento sostenible" (Cheynet), qué decir tendría acabar con la política. Aunque no haya más política que la que sigue los designios de la economía, y, por lo tanto, del crecimiento, no se concibe otra manera de "implementar" las medidas necesarias de cara a una "transición igualitaria hacia la sostenibilidad" que la de "recuperar protagonismo como comunidades políticas" (Mosangini), por ejemplo, mediante "una propuesta programática ante las elecciones" (Jaime Pastor). Así pues, los decrecentistas podrán cuestionar el sistema económico que han renunciado a destruir, pero nunca cuestionarán sus subproductos políticos, los partidos, el parlamentarismo y el Estado, instrumentos conviviales y espirituales donde los haya. Aunque en casa la boca se les llene con lo de "recobrar espacios de autogestión", de puertas afuera claman por el engendro de la "democracia participativa", es decir, por la vigilancia y asesoría de las instituciones y constructoras en materia de urbanización e infraestructuras, al objeto de conjurar las protestas radicales en defensa del territorio.

El Estado es el aparato mediador entre el capital en su conjunto y los capitales particulares

Del ciudadanismo, la ideología del decrecimiento conserva intactos el pánico a los conflictos, el amor a las nuevas tecnologías y la adhesión al Estado "democrático". Los ciudadanistas han circulado antes por la carretera estatista en sus demandas de tasación y regulación financiera. En los países llamados democráticos porque ocultan su totalitarismo, un pretendido sujeto emerge de las ruinas del proletariado: la "ciudadanía". Éste es el disfraz

con que la lumpenburguesía se sirve para presentar la cuestión social no como respuesta a las prácticas de una clase dominante propietaria del mundo, sino como un problema de impuestos y de derechos civiles, efectivamente bloqueados o recortados por leyes de excepción necesarias para el funcionamiento de la economía, que es de manera progresiva una economía de guerra. La acción ciudadana no consistirá en suprimir las diferencias de clase, igualar la remuneración de los funcionarios, impugnar la existencia de las jerarquías y menos aún en reivindicar una expropiación generalizada; consistirá sencillamente en "repolitizar la esfera pública y recordar a los consumidores que son por encima de todo ciudadanos" (Jorge Reichman). Afirmar rotundamente que otro capitalismo es posible, reclamando al Estado como buenos votantes nuevas leyes que garanticen los derechos conculcados y una nueva fiscalidad que repare los daños provocados en la sociedad y el medio ambiente. Para los ciudadanistas, ni la política ni el Estado tienen carácter de clase y forman parte del mecanismo de explotación, sino que son espacios neutros susceptibles de ponerse al servicio de intereses comunes con tal que sean controlados por observatorios y comisiones de seguimiento. Ante esa convicción inamovible, el alboroto y la algarada que acompañan a las movilizaciones no resultan argumentos "que pesen en el debate" y han de condenarse en favor de las manifestaciones pacíficas y festivas, del diálogo con los poderes y de las elecciones.

A pesar de las diferencias, no existe una contradicción mayor entre la ideología ciudadanista y la del decrecimiento, sino una continuidad lógica. Las dos traducen la mentalidad de las clases medias en dos etapas distintas del capitalismo. El ciudadanismo se correspondía con un periodo expansivo, donde había especulación para todos. Las clases medias ciudadanas no escupen en la mano que les presta dinero; por eso eran optimistas y contrarias a contestar una economía que parecía funcionar; sólo era cuestión de moralizarla con regulaciones y controles institucionales preferentemente en manos de la "izquierda real". No querían modificar el sistema político, sino renovar los contenidos de los programas; soldar el partido del Estado. Para mejor precisar estos objetivos, se negaron a constituirse en partido, diluyeron su keynesianismo y de estar "contra la globalización" se fueron a "otra globalización". Mientras tanto, el único decrecimiento que hubo fue el de la conciencia social. Cuando el panorama se volvió negro, el rosario de crisis financieras, bursátiles e inmobiliarias donde desembocó la expansión burbujeante de la economía tuvo consecuencias funestas para la "ciudadanía", fuertemente endeudada y con el imaginario puesto en una segunda residencia y unas vacaciones en Cancún. Por primera vez en muchos años hubo decrecimiento, pero en forma de recesión económica, no de imaginario liberado. La factura de las crisis no se detuvo en los que pagan siempre sino que llegó hasta el empresariado, al que también se le cerró el crédito. Las bolsas de excluidos y morosos se dispararon. El temor a situaciones como las del "corralito" argentino se hizo palpable. El retorno de un Estado fuerte tapando los agujeros con fondos y creando trabajo se impuso como solución. El discurso del cambio climático sacó fuera del baúl de los horrores a la energía nuclear. El "peak" de la producción petrolífera puso en marcha el negocio de las energías renovables. La misma clase dominante tuvo que reconsiderar la "alternativa" del

keynesianismo y la industria verde, única posibilidad de crecimiento inmediato. El capitalismo viraba seriamente hacia el desarrollismo "sostenible", auxiliado por un ecologismo que no se propuso desafiarle, un ecologismo pues inoperante ecológicamente. Un cambio de paradigma capitalista de tal magnitud, o dicho más exactamente, un estado de excepción ecológico, primer capítulo de una economía de guerra, acarreaba importantes alteraciones en la producción, el consumo y la manera de vivir, cambios que afectaban a las clases perdedoras. Había llegado el momento de salirse de un determinado tipo de capitalismo y permitirse el lujo de declararse anticapitalistas.

La destrucción y reconstrucción forma parte del proceso de valorización capitalista

Ante una clase media arruinada, millones de parados y unas perspectivas económicas realmente belicosas, el proyecto ciudadanista resultaba ridículamente moderado. El capitalismo se adelantaba al fomentar un Estado verde dentro de una economía verde. El catastrofismo ecologista había encontrado padres adoptivos en las instancias dirigentes del más alto nivel, enriqueciendo el lenguaje de Estado. Reaparecieron jerarcas partidarios de poner límites, incluso, a largo plazo, de ir hacia un capitalismo sin crecimiento, tal como recomendaron los expertos del Club de Roma hace casi cuarenta años. Los medios decrecentistas recibieron un aluvión de adherentes con ganas de marcha; de ahí las presiones para abandonar el debate entre expertos (a fin de "ejercer la ciudadanía") y el individualismo (o el "decrecimiento en una sola aldea"), bien creando un partido político o en su defecto un "movimiento", bien proponiendo nuevas instituciones y profesiones. Por ahora los nuevos horizontes de la economía y de la política no convergen con "el programa reformista de transición" del decrecimiento, todavía en mantillas, pero sin duda acercan posiciones. Los dirigentes capitalistas son conscientes de que incorporar criterios de sostenibilidad a la gestión económica es la mejor garantía para la supervivencia de las empresas. Los objetivos de un programa patronal como el llamado "Responsabilidad Social Corporativa" son "integrar los aspectos económicos, sociales y medioambientales en la actividad empresarial e incluirlos en su estrategia." Uno creería estar leyendo Le Monde Diplomatique. Por otro lado las decisiones empiezan a regresar a la esfera del Estado, recobrando éste en parte la facultad de definir los intereses generales, lo que renueva con mayor realismo las esperanzas decrecentistas de un "control democrático de la economía por la política". Un entendimiento con el orden es posible. Empresarios, políticos y fans del decrecimiento, unos quedándose dentro sin salirse, otros saliéndose fuera sin quedarse, coinciden a grandes rasgos en poner atención al metabolismo de la economía y gravar las pérdidas del ecosistema "sin mermar el bienestar de los empleados." De acuerdo pues en el refuerzo de los controles, en la necesidad de pagar la "deuda de carbono", en la difusión de las nuevas tecnologías, en el aumento de la inversión pública, en el reciclado de basuras, en la gestión "democrática" del territorio y, sobre todo, en la aceptación de determinadas restricciones al consumo, que habrá de basarse no ya en la abundancia, sino en el racionamiento (por ejemplo, energético). Desde cualquier ángulo, las soluciones pasan por disciplinar a los individuos en tanto que consumidores, reeducándolos en el ahorro, la

austeridad, el reciclaje y el pago de tasas académicas e impuestos mayores. En tanto que automovilistas, financiándoles la compra de coches menos contaminantes, pero obligando a pagar peajes por acceder a los centros de las conurbaciones y trabando al estacionamiento. Y también en tanto que trabajadores, preparándolos para el reparto de trabajo, la reducción salarial, la recolocación en medio rural y el ocio creativo. Finalmente, la necesidad de mantener a sectores enteros de excluidos del mercado laboral revaloriza experiencias marginales como cooperativas, huertos urbanos, desescolarización, entretenimiento comunitario, trueque, movilidad sostenible, etc.; es decir, garantiza la existencia de una economía marginal tolerada e incluso protegida, un "tercer sector" al que se transfiere por las vías fiscal y administrativa un pedacito de los beneficios de la economía "real".

Violencia anticapitalista o destrucción de la especie Humana

Muchas ideas expuestas en los papeles decrecentistas son interesantes y comprensibles en un contexto de rebeldía, y aún se entienden mejor en las obras de los autores originales de donde fueron recuperadas. No forman un conjunto coherente, puesto que su base social no es coherente. Dada la "diversidad" de personajes, colectivos y sectores presentes, en distintos niveles de compromiso con la dominación, la mediación a través de la práctica se produce en la confusión y la arbitrariedad. Todos tienen en común el huir de ese factor esencial de conocimiento que es la revuelta. Todos temen al trauma de la revuelta. El decrecimiento es un paraguas bajo el que se cobijan posturas imposibles de unificar: unas se limitan a acampar en los prados de la pedagogía, otras insisten en preñar la política y el sindicalismo, y el resto obedece a la llamada de la tierra. Cada posicionamiento refleja los intereses concretos de un determinado grupo social, distintos e incluso opuestos a los de los otros grupos, puesto que la clase en la que se insertan no es una auténtica clase, sino un montón de pedazos de otras. La Historia muestra suficientes ejemplos de la única materia que puede reunir tal tipo de fragmentos: el miedo. Un movimiento sin intereses claros y con la estrategia por definir, impulsado por el pánico, no puede funcionar más que al servicio de otros intereses, estos por supuesto bien visibles, y como parte de otra estrategia, perfectamente definida: en ausencia de un movimiento revolucionario real, mandan los intereses y la estrategia de la clase dominante.

Son encomiables muchos experimentos de desvinculación, reivindiquen o no reivindiquen el decrecimiento, pues en las épocas sombrías tienen la fuerza del ejemplo, a condición, eso sí, de presentarse como lo que son, modos de sobrevivir más llevaderos, de coger aliento si cabe, pero nunca panaceas. Son un comienzo pues la secesión es hoy la condición necesaria de la libertad. Sin embargo, ésta no tiene valor sino como fruto de un conflicto, o sea, unida a la subversión de las relaciones sociales dominantes. Constituyendo una especie de guerrilla autónoma. La relación con los combates sociales y la práctica de la acción directa es lo que confiere el carácter autónomo al espacio, no su existencia en sí. La ocupación pacífica de fábricas y territorios abandonados por el capital podrá resultar a veces loable pero no funda

una nueva sociedad. Los espacios de libertad aislados, por muy meritorios que parezcan, no son barreras que impidan la esclavitud. No son fines en sí mismos, como no lo eran los sindicatos en otros periodos históricos, y difícilmente pueden ser instrumentos para la reorganización de la sociedad emancipada. Durante los años treinta fue cuestionado ese papel, atribuido entonces a los sindicatos únicos, porque se le suponía reservado a las colectividades y a los municipios libres. El debate merece recordarse, sin olvidar que, a la hora de la verdad, la autonomía de cada institución revolucionaria, sindicatos incluidos, fue asegurada por la presencia de milicias y grupos de defensa. Pero hoy las cosas son diferentes; la emancipación no va a nacer de la apropiación de los medios de producción sino de su desmantelamiento. Las zonas relativamente segregadas hoy en día existen precisamente porque son frágiles, porque no son una amenaza, no porque constituyan una fuerza. Y sobre todo, porque no sobrepasan los límites del orden: en Francia, la mayor aportación del millón de neorrurales no ha sido otra que “votar a la izquierda”.

Al fin y al cabo, también son contribuyentes. Los islotes autoadministrados no transforman el mundo. La lucha, sí. No estamos en la época de los falansterios y las icarias. La democracia directa y el autogobierno han de ser respuestas sociales, la obra de un movimiento nacido de la fractura, de la exacerbación de los antagonismos sociales, no del voluntarismo campañil, y no han de producirse en la periferia de la sociedad, lejos del mundanal ruido, sino en su centro. El espacio será efectivamente liberado cuando un movimiento social consciente lo arrebate al poder del Mercado y del Estado, creando sólidas contrainstituciones en él. La salida del capitalismo será obra de una ofensiva de masas o no será. El nuevo orden social justo e igualitario nacerá de las ruinas del antiguo, puesto que no se puede cambiar un sistema sin destruirlo primero.

Miguel Amorós, 30 de septiembre de 2009.
Extraido de la publicación *Libre Pensamiento*, número 63, febrero 2010.
Publicado como folleto en ediciones El Salmón.

Publicado en
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Diciembre 2009

El Control Insitucional de las Luchas Sociales

Salvo en situaciones de peligro inminente del sistema de dominación, momento en que todas las reglas de juego quedan en suspenso y sólo la violencia de clase decide – una especie de tolerancia cero generalizada –, las instituciones han procurado integrar los movimientos de protesta antes que reprimirlos, delimitando un espacio por el que moverse y tendiéndole puentes para comunicarse.

En condiciones normales de dominio capitalista, la oposición y la protesta han tenido su estatuto legal y sus medios de presión y negociación, siendo las organizaciones catalogadas como representativas no sólo una parte importante del mecanismo de control social, sino el complemento necesario gracias al cual el interés particular de la dominación puede presentarse ante la sociedad como interés universal. Sin embargo, el capitalismo no se queda mucho tiempo en la misma posición, y a medida que prosigue su avance, penetrando por todos los resquicios de la vida y acaparando todo el territorio donde esta languidece, subvierte los cauces sociopolíticos que él mismo había establecido en la etapa precedente, obligándoles a perecer o adaptarse.

Así, los mecanismos de integración y control tradicionales – los partidos, sindicatos y asociaciones, y con ellos, los parlamentos, los convenios y las mesas –, modernizados durante los años setenta, dejaron de funcionar en la década posterior. Desde entonces no representan más que una protesta ficticia, poco creíble, falsa, espectacular. En la medida en que los intereses generales afloran, lo hacen al margen de las instituciones, al modo salvaje, puramente negativo, incontrolado.

Los motivos del colapso de la oposición institucionalizada no son difíciles de adivinar: por una parte la descomposición de la base social que la sostenía, las clases medias y trabajadoras; por el otro, el descrédito que se desprende de su propia inoperancia, fruto de la profesionalización y la corrupción. Los patéticos intentos por reavivarla, bien a través de las los autodenominados movimientos sociales, bien mediante las plataformas cívicas, es decir, por medio del juvenilismo y del ciudadanismo, no conducen a nada, pues por estar dentro del sistema sus intereses se corresponden con los de la dominación. Su momento histórico ha caducado, se le ha pasado el arroz. Para la protesta verdadera la oposición institucionalizada es el problema, el enemigo, la amenaza.

Existe aún una razón mayor de rechazo todavía no expuesta, y esta se deduce de la incompatibilidad absoluta del capitalismo en su fase actual y las formas burguesas democráticas, por la imposibilidad de formularse en ellas un interés de clase supuestamente general que difiera de los intereses privados de las grandes empresas y los bancos. Por eso la protesta salvaje no se erige en defensa de intereses verdaderamente generales, sino como rechazo frontal del interés privado representado en las instituciones. Eso es bien visible en

los conflictos territoriales y en las luchas antidesarrollistas. La protesta nace en nombre de intereses particulares lesionados, pero si consigue llegar al debate público, si logra edificar contrainstituciones que lo hagan posible, entonces dicho interés podrá reformularse como interés general, al margen y en contra de los mecanismos de integración y control institucional.

La sociedad capitalista ha sido siempre una sociedad disciplinaria y ese aspecto no ha cambiado con la mundialización y el nuevo ciclo verde. Pero ya no se trata de disciplinar al individuo como productor, padre de familia (es decir, como reproductor), creyente, patriota o habitante. Por eso los clásicos lugares de encierro y domesticación, la familia, la escuela, el ejército, la iglesia y la fábrica, entran en crisis. La quiebra de los mecanismos de integración y control político es parte de esa crisis, pues tampoco es cuestión del individuo como militante o votante. En el nuevo capitalismo el individuo ha de ser adiestrado solamente como consumidor y como turista, para lo cual no tiene que pasar de un lugar de encierro a otro, de su casa al trabajo o la escuela, del trabajo al sindicato, etc. Toda la sociedad, gracias a la urbanización total del territorio, se convierte en un gigantesco lugar de confinamiento, sin más reglas que las del consumo y las del espectáculo. Eso implica otras exigencias: un nuevo reparto del espacio, nuevo ordenamiento del tiempo, y por lo tanto, nuevos mecanismos de control social, nuevos métodos de integración. El control ha de enfrentarse al relajamiento de las barreras antaño bien específicas. En las empresas se hablará de Responsabilidad Social Corporativa – abreviando, RSC –; en los consistorios de las grandes urbes, de dispersión de los guetos de inmigrantes; en la administración y gestión del territorio, de democracia participativa, gobernanza interactiva o participación transversal. Las tres forman parte de la misma realidad que los códigos penales “de la democracia”, las recientes ordenanzas municipales, la videovigilancia, el sistema FIES, los campos de internamiento de indocumentados, los centros comerciales, la ingeniería genética y la autodenominada “economía sostenible.” Pues las mencionadas RSC, impedimento de suburbios étnicos y “democracia participativa”, no discurren en un ambiente democrático burgués tradicional, sino que están inmersas en un estado de excepción difuso, disimulado y sancionado por leyes.

La Responsabilidad Social Corporativa es una filosofía patronal que recuerda al fordismo y a la cogestión alemana de posguerra, aunque sin la voluntad hegemónica de aquellos. Nació como reacción de un sector del empresariado a la ola de escándalos tipo Enron y a la actual crisis financiera e inmobiliaria. Dicha crisis ha modificado el modelo económico desarrollista, al trasladar al Estado y a las industrias de alta tecnología, la función que desempeñaba la especulación monetaria o bursátil, el endeudamiento y la urbanización, consolidando la división de la masa laboral en dos mitades completamente ajenas una de la otra. Por una parte, los trabajadores “privilegiados”, o sea, con empleo fijo, convenios regulares e hipotecas pagaderas; por la otra, los trabajadores precarios, con contratos basura o cobrando en negro, atrapados por las deudas, en su mayoría inmigrantes o jóvenes acabados de incorporar al mercado. Unos están ligados a los sectores económicos

emergentes, a bastiones de la burocracia sindical, o al Estado (funcionarios); otros, al sector duro de la economía: el turismo, la construcción, el comercio, la distribución, la limpieza o el cuidado de ancianos. Para éstos sirven la política del palo, los horarios infames, el sueldo mínimo, el permiso de residencia y la amenaza de exclusión. Para los otros, la estabilidad, la promoción, la formación continua, el reparto de beneficios, la ecología de empresa, la conciliación familiar y los siquiatras. Unos son controlados por asistentes sociales, educadores del suburbio y policías; los otros, mediante los burócratas sindicales, la sicofarmacopea y la RSC. La RSC, ni que decir tiene, cuenta con el mayor beneplácito de los sindicatos y los ministerios, que son quienes realmente la promocionan. No constituye más que un factor de división añadido en el mundo del trabajo, desempolvar una vieja máxima patronal contra la lucha de clases: "un trabajador satisfecho con la empresa es un defensor acérrimo de la empresa". Ahora aparece como subproducto del desarrollismo "sostenible", sin más objetivo que el de impedir la emergencia de un movimiento autónomo al calor de una coyuntura laboral conflictiva.

La crisis financiero-inmobiliaria es una crisis interna, estructural, que ha inducido cambios macroeconómicos en el modelo capitalista, pero dichos cambios no cuestionan los límites externos de dicho modelo, aquellos a los que el desarrollismo (el crecimiento) obliga a retroceder, con la secuela inacabable de catástrofes ecológicas y sociales. La verdadera crisis es la que se deduce de la incompatibilidad radical entre el capitalismo y la vida en la tierra. Todo avance del sistema implica no solamente una artificialización mayor de la vida, una anomia social y un desarraigo material y moral completo, sino la creación de unas condiciones cada vez más extremas de supervivencia, que extienden por doquier la posibilidad de conflictos. La cuestión social moderna no es capaz de surgir en las crisis internas sino como espectáculo, puesto que dentro del sistema los mecanismos de integración todavía funcionan. Un ejemplo clarísimo han sido los movimientos alterglobalizadores, venidos muy a propósito para reestablecer la legitimidad de la política. La cuestión social emerge en los límites transgredidos por el crecimiento capitalista y no como pura negación, al modo de los guetos franceses o ingleses, sino como defensa de otra forma de vida, de una vida fuera del capitalismo. La cuestión social aflora, aun contra el deseo de sus protagonistas, en la defensa del mundo rural, en la lucha contra las centrales nucleares y los trasvases, en la resistencia a la urbanización, en el sabotaje de la agricultura transgénica, en el combate contra la construcción de grandes infraestructuras, desde el Tren de Alta Velocidad a las Líneas de Muy Alta Tensión, pasando por los cinturones, los aeropuertos y las autopistas.

Los dirigentes son conscientes de que el conflicto principal latente no lo representan las movidas estudiantiles contra el plan Bolonia o los intentos por importar la revuelta griega, sino la "cultura del no" de la defensa del territorio. Sólo en dichos conflictos han hecho aparición formas incipientes democracia directa (p. e. la Asamblea Anti TAV y en mucha menor medida la Plataforma en defensa del Ebro) y han sido presentados modelos alternativos al desarrollismo no capitalistas. Los dirigentes más ligados al capitalismo verde y

al Estado creen que en la nueva fase desarrollista, mucho más destructiva que las anteriores por más que proclame su respeto al medio ambiente, el conflicto no podrá ser impedido, por lo que ha de reconocerse y reconducirse. En segundo lugar, la colaboración de la población en todo el proceso de reconversión verde es más necesaria que en fases anteriores, dado que ha de disciplinarse según pautas ecológicas de consumo y ahorro en aparente contradicción con el despilfarro precedente. Llega pues la hora de la "democracia participativa", de la búsqueda de interlocutores auxiliares para los conflictos entre la sociedad civil y los intereses empresariales aliados con la administración. Dado que las formas de integración tradicionales no pueden ser útiles directamente, son necesarios organismos intermediarios de transacción capaces de sostener y defender acuerdos puntuales a cambio de tolerar las agresiones al territorio. Los consistorios de los pueblos, las asociaciones vecinales y las plataformas cívicas son ese eslabón perdido de la seudodemocracia posburguesa, al que se le asigna el trabajo de desactivación de la protesta salvaje y sus modales anticapitalistas. La llamada democracia participativa no es en realidad ninguna democracia. No se establece para defender un interés general a partir de una agresión concreta, sino para negociar intereses particulares enfrentados, los de los grupos de afectados y las corporaciones económico-administrativas. No emana de las luchas antidesarrollistas, sino de las disposiciones contra ellas. No interviene para impedir la destrucción del territorio, sino para elevar el precio de dicha destrucción, incorporándole los costes sociales tal como los valora el mercado. La democracia participativa solamente fija unos nuevos límites institucionales, más allá de los cuales entra en juego la fuerza pública. Así pues, desempeña el poco honroso papel de obstaculizar el resurgimiento de la democracia real, de la autogestión territorial, que no tienen otra base que la apropiación del territorio por sus habitantes, su rescate del mercado.

En resumen, toda lucha que no cuestione el modelo de sociedad capitalista está condenada a reforzarlo. Nadie puede ignorar que los intereses económicos dominantes son radicalmente contrarios a los de los habitantes. Y asimismo nadie puede ignorar que el sistema político en el que transcurren los conflictos no es democrático burgués, sino totalitario. Por lo tanto, las formas de representatividad institucional están al servicio directo del capitalismo y son incompatibles con la democracia horizontal de las asambleas, la única verdadera para los oprimidos. Las luchas en defensa del territorio que no tengan en cuenta eso no son luchas reales, sino simulacros, y sus agentes trabajan para el enemigo.

Miquel Amorós,
Charla-debate en la universidad pirata de Viladecans, 9 de diciembre de 2009.

2010

Enero 2010

El taimado arte de destruir ciudades

Sobre la tendencia totalitaria del fenómeno urbano

La ciudad es un modelo particularmente revolucionario de asentamiento humano aparecida por primera vez durante el IV milenio a.C. en la Mesopotamia. El verdadero Edén fue una ciudad, no un jardín. Allí nacieron la escritura, la contabilidad, las ciencias, las artes y la verdadera democracia; las ideas de libertad y revolución, la sexualidad no convencional, la poesía, la historia y la filosofía; pero también, la burocracia, las jerarquías, las clases, los ejércitos regulares y el dinero.

Pausanias rehusaba llamar ciudad a los agregados construidos sin plaza ni edificios públicos, es decir, sin espacio público, sin un lugar de participación e intervención directa de la ciudadanía, sin un terreno para la política comunitaria (política viene de *polis*, ciudad en griego). En efecto, en la ciudad, gobierno, justicia, fiesta, mercado, teatro, pensamiento, ceremonial y pedagogía, o sea, todas las actividades consideradas públicas, transcurrían al aire libre o en lugares abiertos. Sus límites estaban perfectamente definidos por un recinto urbano protegido por fosos y murallas.

Existía una clara distinción entre la ciudad, la forma excepcional de un espacio habitado, y la no ciudad, el campo, la forma habitual. Conservando tales criterios, ninguna urbe conocida hoy en día podría considerarse ciudad, puesto que ninguna dispone de espacios públicos. Las rotondas han substituido a las plazas vacías y las zonas verdes a los jardines públicos, testimonios de un pasado sobre el que se hizo, teórica y prácticamente, tabla rasa, mientras que sucesivas autopistas periféricas marcaban la frontera momentánea a rebasar por una ininterrumpida oleada urbanizadora. La urbe totalitaria surge de la destrucción y de la fagocitación del espacio rural; no se distingue de su entorno sino por la densidad edificatoria, siempre en aumento; no tiene puertas ni límites, sólo cinturones viarios con muchos carriles, verdaderos tentáculos mediante los cuales aquélla envuelve a todo el territorio en un abrazo letal. A la variedad y originalidad de las calles y las plazas de la ciudad tradicional, opone la vulgaridad y monotonía de las barriadas yuxtapuestas. A la belleza de sus arquitecturas que manifiestan un amor a la vida y a todo lo humano, la urbe sobrepone la monstruosidad de monumentos que pretenden simbolizar el progreso y la modernidad. Las decisiones que conciernen a sus habitantes son tomadas en espacios bien cerrados, por no decir blindados, a menudo privados, defendidos por esbirros y telecámaras. Nada ocurre gratuitamente, ni siquiera los grandes espectáculos deportivo-culturales que jalonan las etapas urbanizadoras: los accesos son de pago, siempre hay que comprar entrada. La vida

cotidiana transcurre o bien dentro de un vehículo, o bien en una casa dormitorio bunkerizada.

Si la muerte en la ciudad había siempre acarreado una manifestación de duelo público, en la urbe totalitaria es un asunto privado sin importancia que no concierne más que al difunto. Vida y muerte son tan semejantes que apenas pueden distinguirse. La insensibilidad general es el resultado: los muertos vivientes no se preocupan ni de los sufrimientos ajenos, ni del aire que respiran.

En el marco de una expansión infinita, el territorio rural pierde su patrimonio histórico, sus leyes propias, sus tradiciones locales y sus señas de identidad, para convertirse en satélite amorfo de la conurbación central. En realidad es un territorio considerado edificable, residencial, zona logística o lugar de paso; en suma, una prolongación de la urbe a la que trasladar sus penosas condiciones de supervivencia y su manera especial de entender el progreso: carestía, consumismo, atascos, insalubridad, neurosis, ruidos, contaminación y comida industrial. No será ya el amor a la libertad, la solidaridad o la vindicta de clase lo que podrá caracterizar al habitante, sino las virtudes del ciudadano moderno, a saber, el miedo al prójimo, el odio racial y la manipulabilidad, condiciones políticas fascistas. En realidad el territorio podría definirse como el espacio intersticial entre dos conurbaciones, y como tal, destinado a suprimirse mediante las infraestructuras de circulación rápida y la concentración de la población dispersa. El territorio racionalmente ocupado, es decir, con densidad de población baja, ideal para la forma de vida rural, es inviable para la economía capitalista. Se han hecho números y la vida en el campo resulta parca en ganancias monetarias; hay que concentrar a sus habitantes alrededor de un centro comercial y de ocio, encerrarlos en sus casas y enchufarles la tele.

Podrá ser malo para los habitantes, pero es bueno para la especulación inmobiliaria, la motorización y el negocio turístico; por lo tanto, bueno para la economía, que es quien a la postre decide. El verdadero urbanismo surge con la revolución industrial.

A lo largo de la historia la ciudad había padecido los embates de poderes totalitarios, pero nunca sus elementos habían quedado atrapados en una relación social abstracta, nunca habían sido mediatizados completamente por cosas, fuesen mercancías, trabajo o dinero. Eso empezó a ocurrir con el ascenso de la burguesía al poder. Si el primer urbanismo burgués proclamó la ciudad como lugar privilegiado para la acumulación del capital, solamente cuando esa función fue declarada única podemos hablar de totalitarismo. De un dominio formal del capital se pasó a un dominio real. He llamado a esa fase urbanismo desarrollista, pues en esa etapa histórica que preludia a la urbe fascista, queda ijada la prioridad del crecimiento económico y urbano por encima de cualquier otra consideración. Tal propósito vino sellado por un pacto social entre los capitostes políticos, los empresarios nacionales y los dirigentes sindicales que proporcionó treinta años gloriosos de beneficios y transformó a las clases peligrosas en masas domesticadas. Las grandes familias burguesas cedieron el mando a managers y cuadros ejecutivos. De una sociedad de productores se pasó a una sociedad de consumidores; de una economía industrial, a otra de servicios; de un

capitalismo nacional tutelado por el Estado a un capitalismo global dirigido por las altas finanzas.

El desarrollismo urbano es un periodo de transición que debuta con la aniquilación de la agricultura campesina y finaliza con la crisis de la industria. A partir de ese momento todos los problemas serán reducidos a su dimensión técnica, especialmente los urbanísticos. En adelante, la política, la economía, el derecho y la moral carecerán de autonomía, y sólo podrán ser abordadas desde la técnica, en nombre del progreso y del futuro entendidos, claro está, como progreso y futuro técnicos.

Cuando la tecnología se sobrepone a cualquier discurso ideológico y ocupa una posición central, todas las cuestiones se resuelven partiendo de ella. La modernización tecnológica será la clave para superar todos los obstáculos y el criterio fundamental de la verdad modernizada. Y por el contrario, oponerse a ella definirá al enemigo social, al reaccionario, al "antisistema". La libertad existe en una sola dirección, la de la técnica: cualquiera puede ser libre para comprar un coche y tiene derecho a la velocidad; la lentitud y el caminar son actos subversivos. La técnica no es neutral; es instrumento y arma, y en calidad de tales, sirve a quien posee su secreto, a quien enchufa o desenchufa, a quien decide su aplicación. O sea, sirve al poder dominante, al poder de la dominación. Es el matrimonio con el capital lo que la ha puesto al servicio de la opresión, determinando tanto su evolución y desarrollo, como su devenir religioso. La técnica es a la vez condición de existencia y religión de las masas despolitizadas, amaestradas y asustadas. Alcanzado este estadio, la técnica ya es totalitaria. No ya porque abarque la totalidad de la vida, sino porque arrasa con todo.

No reconoce límites, puesto que no reconoce la supremacía de lo humano. La misma limitación de los recursos, de la nocividad del ambiente o la degradación de la vida, sirve de estímulo. Hay soluciones técnicas para todo, y no caben otras. Para el caso que nos ocupa, el urbanismo totalitario, diríamos que es tecnicista, sigue las leyes y los principios de la tecnología, e igual que ella, funciona destruyendo todo lo precedente para reconstruirlo de nuevo a cada innovación.

Bajo la dictadura de la tecnología no es que el trabajo se haga precario: la misma existencia se vuelve precaria. Una vez liquidado el proletariado de las fábricas, las fuerzas productivas, ya eminentemente técnicas, son en esencia fuerzas destructivas.

El urbanismo, también lo es. El crecimiento económico, que no puede apoyarse más que en medios técnicos, impone gracias a la maquinaria urbanizadora, un estado de guerra permanente contra el territorio y sus habitantes. Por eso los arquitectos y urbanistas habrán de ser juzgados como criminales de guerra. Por eso quienes tratan de contemporizar y aceptan una destrucción negociada acaban traicionando la buena causa del territorio.

La lucha antidesarrollista y en defensa del territorio es la única que plantea la cuestión social en su totalidad, puesto que más que nunca es una lucha por la vida. Es la lucha de clases del siglo XXI. No se entiende esa lucha en armonía con un modelo capitalista no cuestionado, es inconcebible fuera del horizonte de la desurbanización y la autogestión territorial. Sólo en

los escenarios donde transcurren los combates contra la barbarie urbanizadora podrán soplar los aires de libertad que fueron expulsados de las primitivas ciudades y podrá resurgir las fecundas maneras vitales que caracterizaron la cultura agraria. ¡*Hic Rhodus, hic salta*!

Miguel Amorós.

Elaborado a partir de las charlas, debates y entrevistas ocurridos el 7, 8 y 9 de enero de 2010 en Radio Black Out, en la Librería Calusca de Milán, en la sala Pasquale Cavaliere de Turín, y en la Ex Pescheria de Avigliana (Val Susa).

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Enero 2010

"La ideología del decrecimiento llega tras el fracaso de la ideología precedente, la 'alterglobalización'"

— ¿A qué atribuye usted el "boom" del discurso sobre el decrecimiento?

Miguel Amorós: Decir "boom" es excesivo. En parte obedece a un rasgo típico de la sociedad de masas como es la moda. Pero profundizando más diríamos que la ideología del decrecimiento llega tras el fracaso de la ideología precedente, la "alterglobalización" y a la falacia evidente de su fundamento económico, el "desarrollo sostenible". El deterioro del planeta y la descomposición de la clase media ha sido tan contundente que los seudomovimientos apoyados en ella no pueden conformarse con una simple reconversión ecologista de la producción capitalista y reclaman la protección de la economía marginal gracias a la cual sobrevive el sector de la población excluido del mercado

— ¿En qué medida la alterglobalización era un seudomovimiento de las clases medias? ¿Puede precisar este aspecto socioestructural también respecto al decrecimiento?

Miguel Amorós: Yo precisaría de las clases medias en descomposición. La alterglobalización fue la primera respuesta de algunos sectores perdedores ante la mundialización de la economía: la burocracia sindical y política, los intelectuales orgánicos, los estudiantes, los funcionarios, los profesionales, los cuadros medios, los pueblerinos ilustrados de las plataformas, etc. Una especie de lumpenburguesía, partidaria del retorno a las condiciones capitalistas de la postguerra mediante el refuerzo del Estado. Digo seudomovimiento porque jamás los alterglobalizadores quisieron moverse, a no ser contra las minorías que practicaban la violencia contra los edificios institucionales y las sedes empresariales o financieras. Como buenos ciudadanos que van a votar y respetan el statu quo solamente pretendían dialogar para convencer a los dirigentes políticos e industriales "del Norte" de las

bondades de sus propuestas, muchas de las cuales podíamos leer en Le Monde Diplomatique. En los últimos diez años, los avances de la globalización han sido tan feroces, sus efectos sobre el territorio tan tremendos y el desclasamiento tan acentuado, que los restos de esos seudomovimientos se han visto obligados a asirse a ideologías más elaboradas como la del decrecimiento, pero las tácticas y las intenciones son las mismas. No por casualidad *Le Monde Diplomatique* se ha pasado a esa moda.

— ¿Cree que a la diagnosis del cambio necesario que postula el decrecimiento le falta la radicalidad política que implica una conflictividad social y de clase?

Miguel Amorós: Ahora que hay decrecimiento, o recesión (en terminología capitalista), si nos atenemos a lo que dice el ideólogo más conspicuo en estas tierras, el profesor Martínez Alier, en realidad se trataría solamente de integrar el coste de la degradación ambiental en el precio final de las mercancías; ese sería el principal cambio, un régimen económico que él mismo bautiza como "keynesianismo verde". Para esto no se necesitan radicalismos, ni mucho menos conflictos, sino buenas relaciones institucionales y sobre todo, un poderoso aparato estatal que aplique un "new deal" ecológista. Los decrecentistas son enemigos de la radicalización de las luchas antidesarrollistas y en defensa del territorio, cuando no ajenos a ellas, puesto que quieren ser recibidos en los despachos del poder. Sus "buenas" intenciones son esas.

— ¿No piensa que desde el discurso decrecentista podría nutrirse una praxis capaz de enfrentarse seriamente al sistema productivo actual? ¿De dónde pueden surgir estímulos para esta necesaria radicalización de los debates y "luchas antidesarrollistas"?

Miguel Amorós: Yo señalaría las luchas en defensa del territorio como las que mayores posibilidades tienen de plantear la cuestión social en los términos más verídicos y actuales, es decir, como cuestión que engloba todos los aspectos de la vida, siendo el entorno lo central. Pero los conflictos territoriales provocados por el desarrollismo (por el crecimiento) han de dejar toda la basura de "la nueva cultura del territorio" y del "no en mi patio trasero" y aceptar de una vez por todas el hecho de que es imposible una fórmula que compatibilice la integridad territorial, la vida sin apremios mercantilistas y el capitalismo más o menos regulado por el Estado. Nada puede preservar el territorio y garantizar una vida libre si éste no escapa a la economía, si no sale del mercado. Si sus habitantes no acaban con el sistema capitalista. Toda la lucha antidesarrollista, la auténtica lucha de clases moderna, ha de afrontarse desde esa perspectiva.

Miguel Amorós *es historiador y un analista social no académico. Entre otros libros, es autor de* Durruti en el laberinto *(Virus editorial)*

Aparecida en el dossier de El Viejo Topo sobre decrecimiento, 18 de enero de 2010.

Febrero 2010

El sabor de la tierruca

Relación abreviada de la destrucción del territorio peninsular

La sociedad capitalista ha alcanzado su cénit colonizando todos los rincones del planeta y absorbiendo todos sus elementos para ponerlos al servicio del mercado. Todo lo que un día tuvo su valor de uso, ahora tiene un valor de cambio. El resultado de tanta modernización no logra esconder un sentimiento de pérdida que el genio capitalista inmediatamente convierte en un nuevo factor de producción. La nostalgia de lo natural hace que los modernos consumidores se vuelquen hacia los productos con ese apelativo comercial, compren segundas residencias en zonas ajardinadas y visiten escenarios arreglados para parecer salvajes, donde pueden pasar unos días "de aventura" y sentirse como Robinson Crusoe en su isla. Hoy, desde cualquier ángulo en que se mire, todo el mundo se considera ecologista; a nadie se le ocurriría declararse contra la ecología o el medio ambiente, aunque, en cambio, puede que sí lo hiciera si se tratase de inmigrantes, anarquismo, aborto, revolución o sexo libre. A todo el mundo le encanta la naturaleza. Sin embargo, lo que hoy se trata de preservar no es la naturaleza en cuanto a tal, o si se quiere, el territorio; es más bien una imagen a la que ya se le ha puesto precio y de la que tan sólo queda por discutir la modalidad de su explotación.

Un problema pues, simplemente fiscal, y sobre todo, una optimización de beneficios. Las plataformas ecologistas del tipo "salvemos el…" o "en defensa de…" no pretenden rellenar la grieta que la economía de mercado ha provocado entre el territorio y sus habitantes. Esta separación es la base de la actual organización social, a la que no se cuestiona en absoluto aunque comporte la destrucción del territorio y, a la larga, de la vida que alberga. Solamente se quiere que dicha destrucción sea más digerible y, ante todo, que sea pactada. Los "verdes" razonan en términos de mal menor y con una seriedad verdaderamente cómica nos transmiten un mensaje atrabiliario: para ganar una batalla hay que perder la guerra.

Entendemos por territorio, no el paisaje "protegido" oropel de lo urbano, ni tampoco la parte de suelo aún no urbanizada. Territorio es el espacio geográfico donde ocurren todas las actividades humanas. Lo que llamamos territorio es un hecho histórico; en la medida en que la humanidad interacciona con él encontramos historia en cada uno de sus rincones, que podemos seguir en las variaciones del concepto de naturaleza dominantes en cada época, en las distintas representaciones filosóficas o religiosas de la idea. Vida, trabajo, instituciones, economía, naturaleza, forman un todo articulado. Las ciudades también son inseparables de los pueblos, los campos, los bosques y las montañas.

Todo está relacionado con todo. Si la interacción entre la naturaleza cósmica y la sociedad no es armónica y equilibrada, la vida se degrada y el territorio se destruye. El proceso ocurre al darse la separación entre hombre y territorio, de donde derivan las demás separaciones:

entre ciudad y campo, entre economía y sociedad, entre burgueses y proletarios, entre dirigentes y dirigidos.

En el pasado los límites de la separación los imponía la técnica; podíamos llamar naturaleza a lo que caía fuera de su alcance, y que, por lo tanto, no quedaba afectado por ella. Hace ciento cincuenta años Marx ironizaba sobre el asunto, apuntando que para encontrar naturaleza en estado puro habría que buscar en los arrecifes australianos. En la actualidad los artilugios tecnológicos y los negocios llegan a todas partes y nada queda a salvo, ni los arrecifes. Han conformado un entorno artificial, una especie de segunda naturaleza. El territorio, la naturaleza y el medio ambiente han sido modificados para formar parte de la economía mundial; son independientes del resto de los factores y sujetos sólo a leyes de mercado. La unificación totalitaria del mundo gracias a la técnica y a la economía, ha dado lugar en nuestro tiempo a la separación más acabada de sus componentes. La artificialización y destrucción generalizada son el resultado.

Al tratar de la destrucción del territorio, conviene no caer en la facilidad pasadista, dándole la culpa bien sea a los romanos, bien a los Reyes Católicos, para ir después a buscar en periodos lejanos una Edad de Oro, donde el placer, la abundancia y la salud dominaban sin réplica. Las páginas de la Historia donde imperaron la felicidad y la libertad están escritas en blanco. Cada paso hacia ellas, también ha sido un paso hacia la barbarie; en cualquier época histórica encontraríamos pruebas de las tres.

Es más, si hiciéramos caso de las encuestas, concluiríamos que nuestra época es la más feliz y libre de todas, la menos bárbara, pero así como los datos del presente no reflejarían más que la extrema pobreza de espíritu de los encuestados, su sensibilidad agotada, sus mezquinas aspiraciones y sus deseos manipulados, los del pasado no lograrían ocultar que precisamente en él se originó el polvo que acarreó semejantes lodos. En efecto, la gran capacidad de autoengaño, o mejor, el grado de esclavitud interiorizada de las enfermizas masas modernas, seguramente supera con creces al que podían asumir los celtíberos numantinos, los comuneros de Castilla o las partidas de Juan Martín El Empecinado, pero la liberación no vendrá caminando hacia atrás, regresando a cualquier tiempo pasado, donde todo se supone que fue mejor. A lo sumo, la mirada desde el presente iluminará las pérdidas sufridas en las encrucijadas históricas mal resueltas, lo que puede ser de alguna utilidad en los combates actuales en defensa del territorio. Pero sepan los contendientes que ningún Apocalipsis les librará de la necesidad de entablar batalla, ni ningún conjuro ideológico o fórmula existencial les ahorrará el deber de ganarla.

Ahora ya, sin más preámbulos, centrándonos en el tema que nos ocupa, a saber, el impacto de las relaciones capitalistas sobre el territorio, describiremos tres etapas cualitativamente diferenciadas que jalonan el camino de su desagregación. La primera comienza a finales del siglo XVIII y termina a mediados del XIX. En ella sucede la transición del Antiguo Régimen, la monarquía absoluta, hacia el régimen liberal. Partiendo de la separación entre ciudad y campo, a lo largo del periodo se creó el mercado de la tierra y se destruyó cualquier forma de comunidad agraria, dando lugar a la constitución de una clase terrateniente que sustituyó

a la aristocracia como clase dominante. La segunda, la que transcurre en paralelo al desarrollo del mercado interior y a la industrialización, abarca varios regímenes políticos, desde finales del siglo XIX hasta la década de los ochenta del siglo XX. La producción agrícola mercantilizada irá perdiendo importancia en provecho de la industria nacional y de los servicios, configurándose el dominio absoluto de las ciudades – convertidas en conurbaciones por la afluencia de emigrantes – y afianzándose el liderazgo de la burguesía nacional, empresarial o financiera. La tercera etapa, la actual, que corresponde a la economía globalizada, en la que predominan el sector terciario e inmobiliario, protagoniza la suburbialización del campo, siendo el ladrillo y el asfalto los frutos más característicos de la actividad agraria. A la vez que los sistemas metropolitanos devoran su entorno rural para urbanizarlo, acondicionarlo o convertirlo en vertedero, la política nacional queda absorbida completamente por la economía mundializada, consagrando la dominación de una clase dirigente internacional compuesta por altos ejecutivos de la política, de las multinacionales y de las finanzas.

La “reforma agraria”, es decir, la mercantilización de la propiedad rural, fue concebida a partir de 1770 por los altos funcionarios de la monarquía borbónica. Las Sociedades Económicas de “Amigos del País” que impulsaron los aristócratas y religiosos “ilustrados”, desempeñaron el mismo papel instructor y difusor que en Francia la *Enciclopedia* y los filósofos. Las nuevas teorías arbitristas y fisiócratas conformaron la mentalidad de la élite dirigente, según la cual, la economía política, con la ayuda del despotismo real, debía ocupar el centro de las preocupaciones sociales. Los ilustrados fueron los primeros desarrollistas. España era un estado monárquico escasamente poblado; tenía diez millones de habitantes, ocho de los cuales vivían en el campo.

Considerando la agricultura como fuente casi exclusiva de prosperidad y riqueza nacional, y por consiguiente, a la tierra como el principal factor de producción, según los Olavide, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, etc., todo progreso en la productividad agraria redundaría en bienestar y crecimiento de la población, en beneficios para el comercio y en engrose de las arcas del Estado. Sin embargo, un obstáculo se levantaba ante esta promesa de felicidad burguesa. La propiedad se hallaba tan trabada por privilegios, contratos, derechos, leyes y costumbres, que era imposible enajenarla, a in de que, mediante la aplicación de nuevas técnicas de cultivo, la introducción de maquinaria, el empleo de abonos y la explotación del trabajo asalariado, se convirtiera en capital. En efecto, la tierra que pertenecía los nobles estaba sujeta por vinculaciones; la tierra en manos de la Iglesia y de otras “manos muertas” (la caridad pública), de las que obtenía un “diezmo”, estaba infrautilizada y sin “cerrar”; en in, la tierra perteneciente a los municipios o al común, se explotaba en régimen de colectividad, según la tradición, y era en su mayor parte de acceso gratuito. Los pueblos tenían su abastecimiento garantizado gracias al control de los mercados locales; su economía funcionaba merced a un sistema integrado de aprovechamiento forestal, pastoril y agrícola que suplía con creces las necesidades del vecindario. La tradición y el derecho consuetudinario impedían la imposición de las leyes del

libre mercado, bien sobre la institución municipal y la tierra, bien sobre los alimentos o el trabajo. Dicha situación ha servido de base para una ideología medievalista que se presenta como panacea de todos los males introducidos por el capitalismo, pero no olvidemos que el mundo de las comunidades aldeanas distaba mucho de ser idílico. Para comenzar, había sido despojado de su sistema genuino de gobierno: las asambleas populares o concejos abiertos habían sido sustituidos por juntas caciquiles y los cargos públicos podían comprarse, venderse e incluso dejarse en herencia. Además, se excluía del derecho a los bienes del común a la parte de la población no considerada vecina, que solía ser la más necesitada. El paraíso relativo del colectivismo agrario existía inmerso en un infierno poblado por el Estado borbónico y sus guerras, la Inquisición, la Mesta, los señoríos jurisdiccionales y las oligarquías burguesas de las ciudades. Si cada institución estaba enlazada con las demás, podemos imaginar las dificultades de recomponer la situación sin los males que emanaban de su esencia, y, por lo tanto, nos es legítimo sospechar que quienes elaboran y defienden propuestas de cambio social arcaizantes, perfectamente imposibles, en el fondo no quieren cambiar nada.

Quiso la ironía de la Historia que la separación entre el territorio y sus habitantes merced a la comercialización del suelo y la supeditación de los municipios a los ritmos del mercado de la tierra o al de los granos, no fuera obra de ninguna reforma, sino de las enormes deudas que contrajo la monarquía en cuatro guerras. Para amortizarlas emitió vales reales que en su mayoría fueron comprados por la burguesía comercial de las ciudades y los propietarios rentistas. En su incesante sed de dinero, el Estado monárquico se vio obligado a vender primero las tierras de los hospitales, hospicios, comedores, casas de misericordia, de expósitos y obras pías; después, las propiedades de las órdenes religiosas y de las iglesias; y finalmente, los bienes municipales y comunales. La aristocracia no resultó afectada sino en la ley que suprimía los mayorazgos y permitía cercar o enajenar sus propiedades, equiparándola a la recién nacida burguesía terrateniente. Los minifundios que dominaron en algunas zonas, fueron consecuencia de los contratos enfitéuticos y la venta a censo reservativo, prácticas tradicionales. Como consecuencia de la desamortización se liberaron los arriendos, se rebajaron los salarios y se desregularon los mercados locales, dando lugar a la ruina de los municipios, la miseria de campesinos y jornaleros. La nueva clase semifeudal latifundista apoyada en el Estado liberal forzó una contrarreforma fiscal: en lugar de gravar la propiedad, los nuevos impuestos, sisas y consumos, gravaban el comercio de los alimentos básicos como el pan y la carne, desviando la presión impositiva hacia los desposeídos labradores y empobrecidos braceros. Las clases rurales habían sido sacrificadas a los intereses del Estado y de la burguesía, pero la eliminación de obstáculos al desarrollo capitalista no produjo riqueza alguna para la “Nación”. La desamortización de tierras no atrajo capital a las ciudades, que se mantuvieron tal como estaban, sin apenas industrias, y por tanto, sin necesidad de mano de obra. Mientras que la población pasó de diez a diecinueve millones, en 1900 todavía los dos tercios vivían en el campo. Al tener escasas opciones de emigrar a las ciudades o a ultramar, los habitantes de los campos quedaron atrapados en sus pueblos con pocos medios de subsistencia y ninguna institución

auxiliadora, con la sociedad a la que pertenecían desarticulada y los derechos que les protegían suprimidos. Las guerras carlistas fueron la respuesta a tanto estropicio, seguidas por una oleada de atentados contra las personas pudientes y las propiedades. No es de extrañar que para defender a los terratenientes y hacendados del campo se fundara la Guardia Civil, cincuenta años antes que cualquier otro cuerpo policial.

Con la creación de un nuevo marco jurídico que imponía la propiedad privada sobre las ruinas de una costumbre basada en la igualdad y la cooperación, retrocedió la cultura agraria hasta casi desaparecer. Entonces empezó a hablarse de ignorancia, atraso y analfabetismo. La cultura campesina, fundamentalmente oral, había producido un riquísimo folklore y una inmensa cantidad de conocimientos prácticos. En España pocos hablaban el castellano de Burgos y Valladolid, lengua usada principalmente por aristócratas, funcionarios, periodistas, terratenientes y frailes. Existía una diglosia evidente entre el habla popular y el idioma oficial. El pueblo, incluso el de las ciudades, hablaba un sinfín de lenguas regionales, dialectos y jergas. Nada de eso era producto del atraso; por ejemplo, los dialectos eran tan antiguos o más que el castellano, poseían un abundante léxico propio, gran vitalidad y, en ocasiones, habían alcanzado expresión literaria.

Con mayor razón podría decirse de las lenguas restantes. Sin embargo, desde el punto de vista centralista de la clase dirigente debía de haber una sola lengua oficial, un solo "español", regulado por una Academia de la Lengua, a imitación francesa. Todo lo demás iba contra el "progreso", de ahí que el habla campesina fuese considerada poco menos que signo de barbarie. El programa pedagógico de la Ilustración fue recogido por los políticos liberales gracias al Concordato y la Ley de Bases de 1857. Los campesinos y los proletarios debían de aprender la lengua de las autoridades, de los patronos y contramaestres, que era el vehículo por el que recibían órdenes. La escolarización se volvió un arma centralizadora y adoctrinadora, una herramienta para transmitir desde el Estado y la Iglesia la nueva cultura escrita y codificada de la clase dominante. La escuela venía para contribuir a la liquidación una cultura de siglos, uniformizar las mentes de generaciones y empobrecer su pensamiento, pero los frutos tardaron décadas en recogerse porque la enseñanza que a partir de entonces llamaron "primaria" debía ser costeada por los municipios, y éstos no podían pagar a los maestros. La única enseñanza practicada durante mucho tiempo fue la religiosa.

Durante la República, la pequeña burguesía en el poder intentó remediar la situación mediante un plan que preveía la construcción de 27.000 escuelas laicas, pero el mérito del genocidio cultural se lo llevaron la imposición franquista de la "lengua del imperio", la emigración irreversible a las ciudades, la colonización mental a través de los medios de comunicación unilateral y la hipermovilidad de la población globalizada.

En España los ferrocarriles no fueron un producto de la revolución industrial, sino que se construyeron para provocarla.

La operación resultó fallida y la industrialización no vino sino muy lentamente hacia finales de siglo. Con la excepción de Madrid y Barcelona, las ciudades no experimentaron cambios significativos, y el exceso de población fue canalizado hacia América, aunque también a Francia y Argelia (tres millones entre 1887 y 1914). En las zonas latifundistas, la lealtad de los campesinos a los púlpitos se había desplazado a las ideas revolucionarias; concretamente, el campo andaluz mostró una gran capacidad de organización y una combatividad mejor dosificada, como prueban las insurrecciones de Loja y El Arahal, la expansión de la Primera Internacional en el sur peninsular, el levantamiento de los campesinos de Jerez y el proceso de la Mano Negra. Seguirán siendo un elemento clave en la creación de sindicatos.

La coyuntura económica favorable provocada por la guerra mundial de 1914 atrajo a miles de campesinos a las ciudades, donde engrosaron las filas del proletariado. Con todo el número de trabajadores de la tierra doblaba ampliamente al de los obreros de la industria (cinco millones contra dos), por lo que la cuestión social seguía siendo fundamentalmente un problema agrario y fue precisamente su no resolución lo que trajo la guerra civil. La victoria fascista fue sangrienta para todos los perdedores en general, pero en el campo alcanzó niveles de exterminio.

El triunfo del ejército, la masacre de los opositores y la política autárquica del nuevo régimen posibilitaron la prolongación del dominio terrateniente. El atraso en el campo y el hambre en las ciudades significaron un retorno a la economía de subsistencia. El agro recuperó habitantes: todavía en 1950 la población rural era el 45 % del total. No obstante las tornas cambiaron cuando la industria se convirtió en el motor del desarrollo: entre 1957 y 1975 sucedió una verdadera revolución industrial que redujo considerablemente la población del campo, descendiendo ésta del 42 al 24 % (más de cuatro millones de personas emigraron a las ciudades; un millón lo hizo al extranjero).

Para un vaciado anterior semejante se hubieran necesitado sesenta años contando desde 1900. La agricultura tuvo que “modernizarse” y regirse con los mismos criterios que la industria: concentrar la propiedad, introducir maquinaria, fertilizantes químicos, híbridos y pesticidas, producir para el mercado, comercializar los productos; en una palabra, hubo que transformar la explotación agrícola y ganadera en un sistema de empresas dependiente de multinacionales de la petroquímica y la distribución. El territorio resultó seriamente modificado: desaparecieron los huertos urbanos y las vegas que hasta los años cincuenta abastecían a las ciudades; el contraste entre un campo semidespoblado y las conurbaciones densamente habitadas se hizo más escandaloso; los incendios forestales se volvieron habituales; la circulación de vehículos aumentó exponencialmente; en _in, se acentuó el desplazamiento de la población a la costa, lo que combinado con el turismo dio lugar a una auténtica devastación, modelo para desarrollos posteriores.

Los progresos de la economía capitalista globalizada, al desregular el mercado de alimentos, liquidaron la clase de pequeños y medianos campesinos, convirtiendo a la agricultura autóctona en una actividad marginal. Al transformarse el territorio rural en paisaje, con el toro de Osborne como logotipo, se habrían las puertas de par en par a la degradación. Se

mejoraron los accesos para que los habitantes de las aglomeraciones urbanas frecuentasen en masa los lugares y arramblasen con todo lo que encontraban, musgo, espárragos, setas, bayas, cortezas y matojos. La motorización hizo devenir al territorio rural satélite de la conurbación, sea como decorado naturalista a destrozar sin reparos, o sea como reserva de espacio para una segunda urbanización extensiva combinada las más de las veces con la industria turística. Pero el campo devino también un sitio idóneo para las infraestructuras viarias, para la instalación de basureros, para el hospedaje de centrales – nucleares, térmicas o eólicas –, para el albergue de industrias contaminantes expulsadas de los recintos urbanos, o para la realización de experimentos transgénicos. Los cultivos, industrializados, han subsistido gracias a la explotación extrema de inmigrantes foráneos, contribuyendo con enormes extensiones de plástico, montañas de excrementos y ríos de purines, al nuevo concepto de belleza agraria. La lógica del capital ha requerido que cada elemento del territorio y de la actividad social que ocurre en su seno – la ciudad, los pueblos, la producción, la circulación, los habitantes, el trabajo, las instituciones, la tradición, los alimentos, el paisaje, el juego, el aire – se haya independizado de los demás y no responda más que a las exigencias de la economía. La separación ha quedado consumada en todos los ámbitos y en todos los aspectos. En lo sucesivo, cada pieza del puzzle territorial obedece únicamente a las leyes de la oferta y la demanda.

Un enorme problema se presenta ante quienes quieran enderezar la situación y recomponer el territorio para el disfrute de sus habitantes. Cada componente separado ha de volver a unificarse escapando del mercado, lo que tiene una traducción cultural, institucional y política. No sirven las actitudes voluntaristas e individuales, sino los movimientos de masas conscientes que luchen por nuevas formas de vida libres e independientes y organicen en esa dirección sus contrainstituciones. Lo que hoy llamamos industria, partidos, Banca, Gobierno, es solamente el bando de los vencedores, y precisamente por sólo ser un bando, se halla abocado a la decadencia; como además es el bando que dirige y toma decisiones, por eso es criminal y culpable. Su in será el comienzo de otra época mejor o peor, eso dependerá de la calidad de sus enterradores, y, en general, de las ansias de libertad y autenticidad de las mujeres y los hombres que vayan a heredarla.

Miguel Amorós,
charla en Can Masdeu, Barcelona, 28 de febrero de 2010.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Marzo 2010

Nosotros, los antidesarrollistas

Para que el antidesarrollismo llene de contenido las luchas sociales ha de surgir una cultura política radicalmente diferente a la que hoy predomina.

La fe en el crecimiento económico ilimitado como solución a los males sociales ha sido inherente al régimen capitalista, peno no fue hasta los años cincuenta del siglo pasado cuando dicha fe, bajo el nombre de desarrollismo, se convirtió en una política de Estado. A partir de entonces, la Razón de Estado fue principalmente Razón de Mercado. Por primera vez, la supervivencia de las estructuras de poder estatales no dependía de guerras, aunque fueran "frías", sino de economías, preferentemente "calientes". La libertad, siempre asociada al derecho civil, pasaba cada vez más por el derecho mercantil. Ser libre fue a partir de entonces, exclusivamente, poder trabajar, comprar y vender libremente, sin regulaciones, sin trabas. En lo sucesivo, el grado de libertad de las sociedades capitalistas vino determinado por el porcentaje de parados y el nivel de consumo, es decir, por el grado de integración de los trabajadores. Y corolariamente, la protesta social más auténtica se definió como rechazo al trabajo y al consumismo, es decir, como negación de la economía independizada de la colectividad, como crítica antiindustrial, como antidesarrollismo.

Pronto, el desarrollismo se ha convertido en una amenaza no sólo para el medio ambiente y del territorio, sino para la vida de las personas, reducida ya a los imperativos laborales y consumistas. La alteración de los ciclos geoquímicos, el envenenamiento del entorno, la disolución de los ecosistemas, ponen literalmente en peligro la continuidad de la especie humana. La relación entre la sociedad urbana y el entorno suburbializado ha sido cada vez más crítica, pues la urbanización generalizada del mundo conlleva su banalización destructiva no menos generalizada: uniformización del territorio mediante su fácil accesibilidad; destrucción territorial por la contaminación y el ladrillo; ruina de sus habitantes por inmersión en un nuevo medio artificializado, sucio y hostil. El desarrollismo, al valorizar el territorio y la vida, era inherente a la degradación del medio natural y la descomposición social, pero, a partir del momento en que cualquier forma de crecer devino fundamentalmente una forma de destruir, la destrucción misma llegó a ser un factor económico nuevo y se convirtió en condición sine qua non.

El desarrollismo encontró sus límites en el agotamiento de recursos, el calentamiento global, el cáncer y la producción de basura. Las fuerzas productivas autónomas eran principalmente fuerzas destructivas, lo cual volvía problemático y peligroso las huidas hacia delante. Pero la solución al problema, desde la lógica capitalista, residía en ese mismo peligro. Gracias a él podían convertirse en valor de cambio los elementos naturales gratuitos como el sol, el clima, el agua, el aire, el paisaje… O los síntomas de descomposición social como el vandalismo, la agresividad, los robos, la marginación… El riesgo se volvió capital. Las críticas ecológicas y sociológicas proporcionaron ideas y argumentos a los dirigentes mundiales. Así

pues, la nueva clase dominante ligada a la economía globalizada, ha creído hallar la solución en el sindicalismo de concertación, la tecnología policial, el consumismo "crítico", el reciclaje y la industria verde; en resumen, en el desarrollismo "sostenible" y su complemento político, la democracia "participativa."

El crecimiento económico, a partir de los años setenta, no pudo asegurarse más por la mano de obra y pasó a depender completamente del desarrollo técnico. La tecnología se transformó en la principal fuerza productiva, suprimiendo las contradicciones que se desprendían de la preponderancia de la fuerza de trabajo. En adelante los obreros dejaban de ser el elemento principal del proceso productivo, y por consiguiente, perdían interés como factor estratégico de la lucha social. Si los conflictos laborales nunca habían cuestionado la naturaleza alienante del trabajo, ni el objeto o las consecuencias de la producción, puesto que las luchas obreras siempre se movían en la órbita del capital, menos cuestionarían ahora el meollo del problema, la máquina, condenándose a la ineficacia más absoluta como luchas por la libertad y la emancipación. Las ideologías obreristas eran progresistas; consideraban el trabajo como una actividad moralmente neutra y mantenían una confianza ciega en la ciencia y la técnica, a las que suponían los pilares del progreso una vez los medios de producción cayeran en manos proletarias. Criticaban el dominio burgués por no poder desarrollar a fondo sus capacidades productivas, o sea, por no poder ser suficientemente desarrollista. En ese punto demostraron estar equivocadas: el capitalismo, en lugar de inhibir las fuerzas productivas las va desarrollando al máximo. La sociedad plenamente burguesa es una sociedad de la abundancia. Y precisamente es esa abundancia, producto de dicho desarrollo, la que ha destruido la sociedad. En el polo opuesto, los antidesarrollistas, por definición contrarios al crecimiento de las fuerzas productivas, cuestionan los medios de producción mismos, ya que la producción, cuya demanda viene determinada por necesidades ficticias y deseos manipulados, es en su mayoría inútil y perjudicial. Lejos de querer apropiarse de ellos, aspiran a desmantelarlos. No apuestan por la autogestión de lo existente, sino por el retorno a lo local. También cuestionan la abundancia, por ser sólo abundancia de mercancías. Y critican el concepto obrerista de crisis como momento ascendente de las fuerzas revolucionarias. Bien al contrario, el capitalismo ha sabido instalarse en ella y demostrar más capacidad de maniobra que sus supuestos enemigos. La historia de los últimos años enseña que las crisis, lejos de hacer emerger un sujeto histórico cualquiera, no han hecho más que catapultar la contrarrevolución.

La visión del futuro proletario era la sociedad convertida en fábrica, nada esencialmente distinto del presente, en que la sociedad entera es un hipermercado. La diferencia obedece a que en el periodo de dominio real del capital los centros comerciales han sustituido a las fábricas y, por lo tanto, el consumo prima sobre el trabajo. Mientras las clases peligrosas se convertían en masas asalariadas dóciles, objetos pasivos del capital, el capitalismo ha profundizado su dominio, aflojando los lazos que le ligaban al mundo laboral. A su manera, el capitalismo moderno también está contra el trabajo. En la fase anterior de dominio capitalista formal se trabajaba para consumir; en la actual, hay que consumir

incesantemente para que el trabajo exista. La lucha antidesarrollista quiere romper este círculo infernal, por lo que parte pues de la negación tanto del trabajo como del consumo, cosa que lleva a cuestionar la existencia de los lugares mal llamados ciudades, donde ambas actividades son preponderantes. Condena esos conglomerados amorfos poblados de masas solitarias en nombre del principio perdido que presidió su fundación: el ágora. Es la dialéctica trabajo/consumo la que caracteriza a las ciudades al mismo tiempo como empresas, mercados y fábricas globales. Por eso, el espacio urbano ha dejado de ser un lugar público para la discusión, el autogobierno, el juego o la fiesta, y su reconstrucción se rige por los criterios más espectaculares y desarrollistas. La crítica del desarrollismo es entonces una crítica del urbanismo; la resistencia a la urbanización es por excelencia una defensa del territorio.

La defensa del territorio, que tras la desaparición de la agricultura tradicional se sitúa en el centro de la cuestión social, es un combate contra su conversión en mercancía, o sea, contra la constitución de un mercado del territorio. El territorio es ahora el factor desarrollista fundamental, fuente inagotable de suelo para urbanizar, promesa de gigantescas infraestructuras, lugar para la instalación de centrales energéticas y vertederos, espacio ideal para el turismo y la industria del ocio… Es una mina inagotable de impuestos y puestos de trabajo basura, algo con lo que poner de acuerdo a las autoridades regionales, las fuerzas vivas municipales y los ecologistas neorrurales, para quienes la cuestión territorial es sobre todo un problema fiscal y de empleos. La lógica de la mercancía está fragmentando y colonizando el territorio desde las conurbaciones, componiendo con todo un solo sistema metropolitano. Las luchas antidesarrollistas tienen pues en la defensa del territorio un dique contra la oleada urbanizadora del capital. Intentan que retrocedan las fronteras urbanas. Son luchas por la recuperación del colectivismo agrario y por la desurbanización. Pero también son luchas que buscan el reencuentro y la comunicación entre las personas, luchas por el restablecimiento de la vida pública.

Para que el antidesarrollismo llene de contenido las luchas sociales ha de surgir una cultura política radicalmente diferente a la que hoy predomina. Es una cultura del “no”. No a cualquier imperativo económico, no a cualquier decisión del Estado. No se trata pues de participar en el juego político actual para contribuir en la medida que fuere a la administración del presente estado de cosas. Se trata mejor de reconstruir entre los oprimidos, fuera de la política pero en el seno mismo del conflicto, una comunidad de intereses opuestos a dicho estado. Para eso la multiplicidad de intereses locales ha de condensarse y reforzarse en un interés general, a fin de plasmarse a través del debate público en objetivos concretos y alternativas reales.

Una comunidad así ha de ser igualitaria y estar guiada por la voluntad de vivir de otro modo. La política antidesarrollista se basa en el principio de la acción directa y la representación colectiva, por lo que no ha de reproducir la separación entre dirigentes y dirigidos que conforma la sociedad vigente. En esa vuelta a lo público, la economía ha de regresar al domus, ha de volver a ser lo que fue, una actividad doméstica. La comunidad ha de

asegurarse contra todo poder separado, por un lado, organizándose horizontalmente mediante estructuras asamblearias, y controlando lo más directamente posible a sus delegados o enlaces, de forma que no se conviertan en jerarquías formales o informales. Por el otro, rompiendo la sumisión a la racionalidad mercantil y tecnológica. Nunca podrá dominar las condiciones de su propia reproducción inalterada si actúa de otro modo, es decir, si cree en la tecnología y en el mercado, si reconoce alguna legitimidad en las instituciones del poder dominante o adopta sus métodos de funcionamiento.

Para recuperar y desactivar la rebelión social, principalmente juvenil, contra las nuevas condiciones de la dominación, las que obedecen al mecanismo de construcción/ destrucción/ reconstrucción típico del desarrollismo, se pone en marcha una versión degenerada de la lucha de clases, los llamados “movimientos sociales”, plataformas inclusive.

Puesto que ya no se quiere otro orden social, el mito del “ciudadano” puede sustituir cómodamente al mito del proletariado en los nuevos esquemas ideológicos. El ciudadanismo es el hijo más legítimo del obrerismo y del progresismo caducos. No surge para enterrarlos, sino para revitalizar su cadáver. En un momento en que no hay más auténtico diálogo que el que pueda existir entre los núcleos rebeldes, aquél sólo pretende dialogar con los poderes, hacerse un hueco desde donde tratar de negociar. Pero la comunidad de los oprimidos no ha de intentar coexistir pacíficamente con la sociedad opresora pues su existencia no se justifica sino en la lucha contra ella. Una manera de vivir diferente no ha de cimentarse en el diálogo y la negociación institucional con la forma esclava precedente. Su consolidación no vendrá pues ni de una transacción, ni de una crisis económica cualquiera, sino de una secesión masiva, de una disidencia generalizada, de una ruptura drástica con la política y con el mercado. En otras palabras, de una revolución de nuevo tipo. Puesto que el camino contrario a la revolución conduce no sólo a la infelicidad y la sumisión, sino a la extinción biológica de la humanidad, nosotros, los antidesarrollistas, estamos por ella.

El pensamiento antidesarrollista o anti-industrial no representa una nueva moda, una crítica puramente negativa del pensamiento científico y de las ideologías progresistas, o un vulgar primitivismo que propugna retroceder a un momento cualquiera de la Historia. Tampoco es una simple denuncia de la domesticación del proletariado y del despotismo del capital. Menos todavía algo tan mistificador como una teoría unitaria de la sociedad, propiedad de la última de las vanguardias o del último de los movimientos. Va más allá que eso. Es el estadio más avanzado de la conciencia social e histórica. Es una forma determinada de conciencia de cuya generalización depende la salvación de la época.

Miquel Amorós.
Manifiesto del 7 de marzo de 2010.

Marzo 2010

La esfinge de León sin secreto

Actualmente diversos colectivos leoneses libran batalla contra la explotación del territorio de la provincia en tanto que proveedora de recursos para las metrópolis. Trece años y pico antes, el tema fue tratado in situ con la mayor contundencia que se pudo. (9 octubre de 2023)

Los signos del progreso leonés, desde el embalse de Riaño al macrotúnel de Pajares, desde la línea de alta tensión Sama-Velilla a la incineradora de Toral de los Vados, son evidentes signos de barbarie. Parece que el montante de los beneficios para la población leonesa dependa del número de atentados que pueda soportar su territorio, pero ese es el parecer de los dirigentes y dichos beneficios son exclusivamente suyos; lo máximo que podemos esperar de ellos es que moderen la expresión con términos ecologistas, pero no que cambien la agresión por el cariño. Hablarán con la misma frialdad de un espacio privilegiado por la naturaleza y del lugar donde se incineran la mitad de los neumáticos desechados del país. Y aunque se trate de iletrados, perfectamente indiferentes a la formación espiritual de los dirigidos y administrados, batallarán por que León sea declarada Ciudad Literaria de la UNESCO, ya que la cultura, o lo que ellos llaman cultura, lejos de ser una herramienta de libertad es un "motor de desarrollo económico y turístico", un instrumento más del capital. Paradójicamente, todo lo que posee un valor universal, sea el esplendor de la Naturaleza o los logros humanos, se traduce en moneda provinciana. Definitivamente, los bárbaros gobiernan León.

Al observar de cerca el proceso de destrucción de León, comprobamos una conexión íntima entre el descoyuntamiento del territorio regional y la formación de la conurbación leonesa. La relación entre la capital y la provincia, mediatizada por la economía, ha sido mortal; la banalización urbana y el abandono rural son el resultado. Si hacemos abstracción del centro histórico, ya museificado, el León metropolitanizado se parece a cualquier otro sitio, carece absolutamente de personalidad propia. La nueva arquitectura del MUSAC o del Auditorio no hace más que acentuar ese efecto. Al conjunto escuetamente zonificado de la ciudad burguesa se le han añadido barrios, polígonos y urbanizaciones de toda índole, fruto de una actividad inmobiliaria descontrolada, especulativa, impulsada por la emigración campesina, por la nueva economía logística y por la demanda de segundas residencias por parte de las clases urbanas medias y altas. Dado que el último plan general de ordenación urbana databa de 1975, cuando la ciudad era todavía bastante compacta y tenía poco más de cien mil almas, la expansión de la capital ha seguido un modelo de ocupación territorial extensiva y desordenada, determinada esta exclusivamente por el tráfico, dando pie a una conurbación desestructurada, con un desproporcionado índice de motorización. El consumo es la actividad religiosa de la posmodernidad, y son precisamente los centros comerciales los principales agentes urbanizadores de las nuevas barriadas, mucho más de lo que fue la

avenida Ordoño II para el ensanche. Entre el desembarco de Continente en 1990 y la apertura de León Plaza en 2009 discurre la ciudadanía por las sendas del consumo industrial institucionalizado. La macrourbanización Estrella de Izar sería la aberración final de un proceso esencialmente aberrante. Las actividades productivas, nunca importantes, casi han desaparecido: el 92% de los empleos de la conurbación pertenecen al sector de la construcción, turismo y servicios, cantera por excelencia del trabajo basura. El resto de actividades económicas, más que en el diseño o la alta tecnología, se basan en el transporte, almacenaje y distribución de mercancías, aprovechando el hecho de que León sea nudo de comunicaciones. En conclusión, la conurbación llamada León, consolidada en los años noventa, es la versión urbana que corresponde a una economía terciaria y mundializada en el Noroeste de Castilla. Dicha conurbación ha venido alimentándose del vaciamiento del campo, una vez liquidada la economía agrícola asociada a un mercado nacional protegido. Si todavía en 1960 albergaba un12 % de la población provincial, en la actualidad sobrepasa las dos terceras partes del total. 338.000 personas habitan en un área de poco más de 700 km^2, mientras que las 161.000 restantes se reparten entre cerca de 15.000 km^2. La circunvalación inacabada que representan las L-12, 20 y 30, señalarían las barreras que la contienen y los no-lugares que la separan del resto del territorio.

Desde que las sucesivas desamortizaciones durante el siglo XIX dieron lugar a una oligarquía de campesinos hacendados y latifundistas, una burguesía terrateniente conectada a la burguesía comercial de las villas y ciudades, la suerte del territorio dependió de la economía. Las comarcas montañesas fueron las primeras en despoblarse, constituyendo sus habitantes la principal masa jornalera que buscó trabajo, primero, en las grandes propiedades, y después, en tierras americanas. El entramado de poder constituido por la sólida asociación entre terratenientes productores de lino y cereales y caciques urbanos se apoyaba en un mercado nacional protegido por aranceles. Sobrevivió a la guerra civil y se prolongó inalterado hasta los años del desarrollismo, cuando la conversión forzada de las explotaciones agrarias en empresas, la demanda urbana de mano de obra y la apertura comercial a Europa, agotaron el sistema caciquil, provocando la emigración de la mayoría de la población rural a las ciudades. Es el momento en que León aparece en el “mapa” nacional y su territorio desaparece en la misma proporción. La “transición” política consolidó a la nueva burguesía formada en los últimos años del franquismo, una masa de especuladores inmobiliarios y financieros, expertos, ejecutivos, jefes políticos y altos funcionarios, que protagonizó la transición económica hacia la globalización, se enriqueció y acumuló poder con los procesos que por un lado desorganizaron completamente el territorio, y, por el otro, crearon los abcesos metropolitanos.

El desequilibrio y la suburbanización del territorio son las principales consecuencias del nuevo reordenamiento urbano causado por la globalización, momento en el que se manifiestan las tendencias totalitarias del desarrollismo económico. Se puede decir que son más bien una exigencia, pues la circulación predomina sobre la producción, y los flujos sobre los lugares. Los lugares no se conciben sino como nudos de una red internacional

materializada en grandes infraestructuras por la que pasan mercancías, capitales y dirigentes. El resto son espacios vacíos, a rentabilizar con cualquier actividad decidida fuera de ellos, en las sedes de poder de las conurbaciones, de las que son reservas periféricas. Bajo esa óptica, la mayor de las desgracias no sería el abandono del territorio por parte de sus habitantes, sino la pérdida de población de las propias conurbaciones, verdadera señal de fracaso económico. Los fragmentos habitados, ciudades pequeñas o pueblos, han de buscar su supervivencia orbitando alrededor de las conurbaciones y procurando que los flujos mundiales les salpiquen. Han de reclamar su parte mejorando su accesibilidad, de forma que conecten lo mejor posible con la correspondiente área metropolitana. Con la división mundial del trabajo que impone la globalización, el territorio pierde su función de productor de alimentos, que son más baratos de importar, y cae bajo la férula de los especuladores, la nueva burguesía urbana. Una pequeña minoría consigue enormes beneficios aprovechando por un lado subvenciones para el fomento del turismo, para el cultivo de agrocombustibles y transgénicos o para la instalación de parques eólicos y solares; y por el otro, especulando con las urbanizaciones o con el paso del TAV. El territorio se revaloriza económicamente bien como paisaje, bien como soporte de infraestructuras o bien como receptáculo de actividades contaminantes y peligrosas que las conurbaciones no desean en su proximidad. De la conversión en decorado pintoresco deriva la industria del ocio, el turismo, la actividad más destructiva, capaz de modificar más regresivamente que ninguna otra, la geografía y la cultura del territorio. Parte de la comercialización del tiempo libre, para lo que sólo necesita a una masa motorizada de nivel adquisitivo medio que habite en condiciones claustrofóbicas, es decir, que viva en conurbaciones. En todas las formas en que aparece, tanto rural como cinegético, cultural, gastronómico, lúdico o deportivo, es la forma genuina de la falsificación y la depredación de los lugares. Las instalaciones eólicas, las centrales térmicas o de biomasa, las plantas de biodiésel, los vertederos, las incineradoras, los cementerios de residuos nucleares, las canteras y minas a cielo abierto, los campos de tiro, las torres de alta tensión, etc., colonizan el espacio no reciclado como paisaje o monumento, tratado como tierra de nadie, o mejor, como trastero de la metrópolis. Pero su impacto es tan brutal que no generan ese conformismo típico de la industria turística, responsable de la creación de una nueva clase rural conservadora con mentalidad ecologista, dispuesta para asesorar al poder en materia de valorización del territorio.

El punto de vista del ecologismo no cuestiona el modelo productivo y consumista, sino que opone una actividad destructiva encubierta, “limpia”, a otra abiertamente declarada, “sucia”. Propuestas tales como el hospedaje rural, la mejora de equipamientos, los impuestos “verdes”, la ampliación del patrimonio natural y cultural, la promoción de recursos ambientales, la agricultura “de calidad” y el mismísimo “desarrollo local”, dentro de la economía, es decir, sin cuestionar el sistema económico, se traducen simplemente en un turismo controlado y un consumo elitista apropiado para las agobiadas clases medias urbanas que imitan el escapismo de la burguesía de otros tiempos. Si el problema central, la conversión del territorio en capital, se ignora; lo que se reivindica no es su desmercantilización y desurbanización, sino el reparto de las nuevas plusvalías. Claro está

que si lo que se pretende son sólo inversiones, el medio adecuado es el diálogo institucional, el trato con los responsables de la nocividad, y lo que se persigue no es el fin de las actividades nocivas, tan necesarias para la economía como las verdes, sino su instalación en otra provincia.

No hay alternativa racional que pueda coexistir con el capitalismo; tampoco hay capitalismos malos y buenos, depredadores y "sostenibles". El modelo "sostenible" simplemente añade, sin contradecirse, un tipo de industria, la que fabrica molinos, digestores y placas fotovoltaicas, al otro tipo, la que construye autopistas y trenes de alta velocidad, la que contamina y corrompe.

Lejos de entrar en conflicto, se complementan, reforzándose mutuamente. La industria "verde" está perfectamente integrada en la degradación del territorio, a la que una política de reutilización, reciclaje y ahorro energético apenas puede disimular, porque las causas no son algo técnicamente reparable a golpes de inversión y leyes, sino que obedecen a relaciones sociales mercantiles omnipresentes. Hay que volver al comienzo, cuando el territorio estaba libre de ellas. Reinvertir el proceso. Solamente en esta perspectiva podrá plantearse de modo realista un proceso de ruralización y redimensionamiento de las ciudades que vaya hacia el equilibrio territorial, sustrato de una vida liberada de las constricciones impuestas por la mercancía. Eso no será la obra de unos pocos entusiastas de la desaparecida cultura campesina, pero en fin, los comienzos siempre son voluntaristas.

No obstante, lo esencial no será nunca el rescate de un mundo perdido o los experimentos marginales de agricultura biológica, por mucha importancia que tengan, sino el conflicto con el mundo presente. Lo que llamamos defensa del territorio.

Miguel Amorós, charla-debate en el CCAN de León, el 30 marzo de 2010.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Abril 2010

Capital, tecnología y proletariado

Los orígenes del proletariado hay que buscarlos en el periodo histórico en que la sociedad señorial se organiza en torno a la economía y se transforma en sociedad capitalista.

Ello sucede cuando el dominio del capital, vigente en la circulación mercantil, irrumpe en la producción mediante una "revolución industrial", en la cual la división del trabajo y la tecnología desempeñan un papel protagonista. La mercancía, esto es, el producto que se cambia por dinero, ha surgido en diversos momentos de la historia, siempre ligada al comercio, pero jamás ocupó un lugar central en la sociedad, y, por consiguiente, su lógica nunca determinó el ordenamiento social. Nunca hasta el siglo XVIII — la centuria de la Ilustración o el siglo de las Luces —, momento en que la cuantiosa demanda debida a las necesidades militares de los Estados alumbró un sistema productivo nuevo, la fábrica, al que correspondió una tecnología unilateral fundada en la ciencia y la producción masiva. El hecho de que la producción sea producción de mercancías es fundamental, pues implica una mercancía particular que añade valor a la materia prima: el trabajo. Su precio, el salario, viene fijado por un mercado especial: el del trabajo. En definitiva, obliga a la existencia de un proletariado. El capital crea a su antagonista, el trabajador asalariado, en condiciones dadas por una determinada tecnología y por un determinado desarrollo del Estado. El proletariado industrial es también hijo de ambos. Concretamente, es fruto tanto de la máquina de vapor, como de la regimentación del trabajo según el modelo militar-fabril.

Los cambios de la modernidad fueron precedidos por una lenta evolución del pensamiento durante la cual la razón sustituyó a la religión y desencantó el mundo. El hombre desacralizado descendió de los cielos a la tierra. El mundo, una vez enderezado, podía ser explicado a partir de sí mismo, sin guías espirituales. La ciencia llegó a ser tenida por la forma suprema del conocimiento, desplazando a la tradición y a la autoridad. Advino una nueva fe, la fe en el progreso, la creencia en que el mejoramiento humano se lograría casi automáticamente con la generalización del conocimiento científico y las innovaciones tecnológicas. Pero la razón progresista no se contentaba con la alegría del saber, sino que transcurría bajo el signo del dominio. Además de dominar las fuerzas de la naturaleza y ponerlas al servicio de los intereses dominantes, la doctrina del progreso llevaba implícito un objetivo, la demolición completa del pasado visto como atraso miserable, en oposición al futuro, mostrado casi como un paraíso. El cambio constante, premisa elemental de la ciencia y de la técnica, quedó elevado a deber moral. Ir contra el cambio significaba estar contra el progreso, defender la penuria y la ignorancia. La balanza se inclinaba del lado de la máquina y de la organización racionalizada, porque el dominio sobre la naturaleza, o en otras palabras, el progreso, se trocaba en servidumbre ante la ciencia y a la técnica. Esa mentalidad instrumental, preparó el camino del capitalismo y favoreció su desarrollo. En el nuevo contexto impuesto por la mercancía, el trabajador era una pieza del mecanismo

industrial, fuente de plusvalía, y un siervo de la máquina. La producción de mercancías, y, por lo tanto, el trabajo, serían cada vez más deudores de la racionalización y del perfeccionamiento técnico. La verdadera dominación capitalista es impersonal, pues los dirigentes son simples ejecutores, buenos o malos, de reglas que no controlan. Consiste en el poder de las cosas sobre las personas, o mejor, en el poder de la abstracción sobre la realidad social y ecológica, gracias a lo cual el individuo aparece como intermediario entre cosas, como pieza secundaria de un mecanismo, como juguete de leyes ajenas, bien personificando ese poder, bien, a sus víctimas. Dicha abstracción se materializa por medios eminentemente técnicos. Depende cada vez más de la tecnología. Así pues, aunque la dominación se fuera desligando de la esfera económica concreta para volverse cada vez más técnica, la misma técnica, al haber crecido dentro de dicha esfera, en el seno de la abstracción, se convertirá progresivamente en fetiche futurista por encima de las clases. Los criterios científico-técnicos irán interiorizándose, desplazando a los ideológicos y económicos en el regimiento de los asuntos privados y públicos. En fin, para bien de la economía y de la cultura dominante, ciencia y técnica ganarán terreno a la ideología como guías de la organización de la existencia individual y colectiva.

En su primera fase, la contradicción fundamental del capitalismo es la existente entre capital y trabajo asalariado, entre la clase burguesa y la clase obrera. La verdadera dominación de las cosas sobre los individuos, esencia del capitalismo, se presenta inicialmente como explotación personal o de clase. Parece existir oposición absoluta entre la burguesía y el proletariado por más que la lucha de clases transcurra en el interior del capitalismo y que capital y trabajo, en tanto que polos de una misma relación, formen una peculiar comunidad de intereses. En verdad, su antagonismo radical era consecuencia de que la penetración extremadamente rápida de la mercancía en la sociedad; la implantación del capitalismo iba más de prisa que las formas jurídicas y políticas correspondientes, — por ejemplo, el derecho al voto, la libertad de asociación o el derecho a la huelga. Dichas formas, trabadas por los residuos del antiguo régimen que contaminaban las clases, no podían adormecer el conflicto. Por eso el movimiento obrero empezó reivindicando tanto los derechos políticos como la regulación del mercado laboral, y ante los obstáculos insalvables erigidos en su ruta, concluyó que no había otra forma de apartarlos que la revolución social. Conforme iban estableciéndose las formas históricas propiamente burguesas, el movimiento obrero fue escindiéndose en cuanto a los métodos, conservando únicamente la unidad en cuanto a los fines. Reformistas y revolucionarios decían perseguir las mismas metas, aunque los procedimientos difiriesen. Sin embargo, las maneras del reformismo y del jacobinismo condujeron a la creación de la burocracia obrera y de su clientela, cuya existencia era deudora de la degradación de los oficios y de la integración en el sistema. En una segunda fase de desarrollo político-económico, los partidos obreros, la concertación sindical, el fordismo, etc., revelaron que la contradicción entre capital y trabajo podía no ser tan absoluta como hasta entonces había parecido. Las mejoras sociales no prepararían el terreno para el Estado obrero o la comunidad obrera, sino que acarrearían el desarrollo de una sociedad de consumo.

Cierto que el proletariado revolucionario puso en marcha comunas, comités de fábrica, sindicatos únicos, consejos obreros, milicias y colectividades, la parte no vencida de su movimiento, su legado a las revoluciones posteriores. No obstante, el fracaso que representó la construcción de un Estado totalitario en Rusia, la derrota de la revolución española y el antifascismo interclasista de la posguerra llevaban a cuestionar el rol histórico de sepulturero del capitalismo atribuido a la clase obrera internacional. Hechos como la participación masiva en comicios electorales, el consumo de masas y la industria del entretenimiento mostraban la realidad de una población asalariada que se sentía identificada con la moral burguesa. Otros, como la automatización o la expansión del sector servicios, resaltaban el alejamiento progresivo entre la producción y el proletariado; todos juntos, la presencia de una sociedad de clases en disolución, de una sociedad de masas. Así como las clases fueron un producto del capitalismo naciente, las masas son una creación del capitalismo maduro. Son el resultado de la degeneración de la clase obrera ante el predominio de la tecnología en la producción y ante el consumo dirigido. A diferencia de la clase, las masas son incapaces de emanciparse por si mismas. Están formadas por individuos desclasados, ajenos a cualquier forma de solidaridad o relación no mediatizada por la propaganda o el espectáculo. En el plano social, significa que toda la vida se transforma en vida privada, tutelada, vigilada y forzada al consumo. En la sociedad de masas la tecnología toma el mando; el hombre es la materia prima de la maquinaria, el instrumento mediante el cual un mecanismo social construye otro todavía más mecánico. Los valores dominantes se han vuelto inmediatamente técnicos, porque la tecnología es decisiva tanto para la formación de capital como para el ensamblaje del aparato de poder. La tendencia de la sociedad de masas a devenir a un tiempo fábrica, centro comercial, cárcel y laboratorio, o, dicho de otro modo, la voluntad del aparato autónomo de poder a determinar la vida según los criterios correspondientes a esos cuatro subsistemas, desvela la verdadera contradicción principal del capitalismo, la que subyace entre la lógica tecnófila de la mercancía y la vida social de la cual se ha apoderado, incluido su entorno biológico. La explotación no cesa al terminar la jornada laboral. Toda la vida queda expropiada, y, vistas las consecuencias en el ecosistema, directamente amenazada. La contradicción llega al clímax al ponerse en peligro la supervivencia de la especie. El capitalismo en su fase tardía culmina la era de la instrumentalización, donde los ideales políticos, económicos y morales se truecan en utopía tecnológica y, en consecuencia, la tecnología, el “trabajo muerto”, abarca la vida en todos sus aspectos, pues ésta se desenvuelve en un medio cada vez más artificial. La tecnología punta es el destino humano bajo el tardocapitalismo. En tal régimen, no existe otra esperanza que no sea la de seguir con los planes de renovación tecnocientífica, aunque en el camino, por exigencias del aparato de poder — llámese oligarquía tecnocrática o simplemente megamáquina — vayan esfumándose todas las cualidades humanas y se vaya destruyendo el planeta.

Las revueltas de los años sesenta y setenta no pararon de señalar los límites del viejo movimiento obrero y de reivindicar la revolución como un cambio subversivo en la forma de vivir. La definición situacionista, “proletario es quien no tiene ningún poder sobre el empleo

de su vida y lo sabe", trasladaba la lucha de clases al terreno de la vida cotidiana, lo que contradecía en cierto modo su propuesta obrerista de Consejos, frente a la más coherente de comunidades o fraternidades combatientes, solución de los radicales americanos. Pero en Europa el proletariado industrial ocupaba todavía el centro de la producción, y la nueva conciencia de clase tenía problemas con la antigua. A menudo los jóvenes radicales se las vieron con los viejos militantes de las fábricas. El ideario obrerista se volvía enteramente obsoleto frente a una marea de comportamientos que exigían libertades de todo tipo, experimentación libre y abolición de cualquier prejuicio o convencionalismo social. Los últimos coletazos del movimiento obrero frente a las crisis del proceso de modernización podían crear la ilusión de un retorno, de un segundo asalto, de una "autonomía obrera", pero esa era la parte más vencida de un movimiento que apuntaba más lejos. Mientras la rebelión de las fábricas marchó pareja a la rebelión de la vida cotidiana hubo retorno y hubo autonomía, pero la conjunción fue fugaz. La tristeza amarga de la derrota en los años siguientes ilustra a la contra el optimismo irreal de las dos décadas anteriores. La funcionarización, las subvenciones y los mecanismos electorales, había transformado la burocracia obrerista en un factor reaccionario de primer orden, al que las escaramuzas de los obreros radicales no habían logrado anular. Salvo escasas excepciones, aquellos permanecían en el mismo terreno; la lucha por el salario, la jornada o el empleo, por legítimas que fueran, por muy violentas y asamblearias que llegaran a resultar, no traspasaban los límites del capital, y por tanto, no menoscababan el clientelismo político-sindical, ni contribuían a la descolonización de la vida cotidiana. No luchaban contra el capitalismo, sino contra una forma concreta de capitalismo, en fase de autoliquidación. Además, la ulterior ofensiva capitalista de los ochenta liberalizó las costumbres, generalizó el consumo y puso fin a los brotes radicales en las empresas. La automatización desplazó la masa asalariada hacia la construcción, la distribución y el turismo. El pacto con los sindicatos restauró un modelo de negociación vertical y obscureció la conciencia de las revueltas. La represión hizo el resto. La lucha en el lugar de trabajo quedó definitivamente separada de la lucha por una vida sin trabas ni catastrofismos capitalistas. La idea de revolución quedaba completamente desacreditada y relegada al desván de las utopías. El persistente obrerismo residual se debatía cada vez más entre la contemplación de una masa asalariada consumista, dócil y manipulable, y el sueño una clase obrera abstracta, portadora de ideales universales de emancipación. A partir de ese momento, se enrocaba en su gueto y sobrevivía como secta, con sus dogmas, su simbología y sus rituales; dejaba de ser una simple ideología nacida de un análisis social y una práctica insuficiente, para acomodarse en el espacio que le reservaba la era tecnológica.

La consideración del trabajo como elemento común a toda la sociedad, como su principio organizador, tal como propugnaban los partidarios de la revolución proletaria, equivalía a presentar al socialismo como un régimen de obreros persiguiendo el perfeccionamiento social por vías desarrollistas libres de patronos. Bajo ese punto de vista — que es el del progreso, o sea, el de la burguesía — el socialismo no sería más que un capitalismo corregido, y el movimiento obrero, un agente de la modernización. Para ese viaje no se

necesitaban alforjas y los burócratas obreristas lo tuvieron siempre claro: el capitalismo real era efectivamente el único socialismo posible, llámese “Estado de bienestar” o sociedad “desarrollada”. Así que el peligro no proviene de la integración, sino de la exclusión, no de que haya demasiado capitalismo, sino de que no haya el suficiente. Si antaño el socialismo fue presentado muchas veces como la coherencia del capitalismo, ahora que otro tipo más “humano” (y más keynesiano) del mismo se supone posible, el capitalismo se muestra como la coherencia del socialismo. El anticapitalismo, si no quiere quedar atrapado en una contradicción, ha de entonar un responso profundo por las fuerzas productivas y las leyes del mercado. No por estar en poder de los trabajadores la producción y la distribución dejarán de ser producción y distribución de mercancías, y si eso ocurre, se reproducirá bajo una u otra forma aquello que se había pretendido destruir: los dirigentes, la propiedad privada, la industria, el mercado, el Estado. El trabajo, que ya en plena sociedad de consumo ni siquiera puede constituir una comunidad de oprimidos, mucho menos puede servir de fundamento a ninguna sociedad emancipada. La vida sí.

Abolir el capital sin abolir el proletariado equivale a reproducir otra forma de capitalismo y, como corolario, otra clase dominante, otro Estado. Abolir el proletariado sin rechazar la ideología del progreso, tiene las mismas consecuencias. Si lo que se quiere es acabar con el reino de la mercancía, hace falta tanto suprimir el trabajo como abandonar la tecnología asociada a su existencia; en definitiva, liberar a los individuos de la condición de trabajadores, librarlos de la relación social objetivada que los convierte en asalariados, accesorios de la máquina y esclavos del consumo. La supresión del trabajo tiene que suceder primeramente en la producción, pero no mediante la apropiación colectiva de los medios, o mediante el recurso a la automatización, sino por el desmantelamiento del sistema urbano — fabril y al abandono de la maquinaria centralizadora. Y a la vez, completarse en la circulación, no sólo con la abolición del dinero y del mercado, sino con la eliminación del ocio tecnificado, esa nueva forma de trabajo. Una vida emancipada del trabajo no es una vida ociosa; entre otras cosas, es una vida en la que la actividad productiva, el “metabolismo con la naturaleza”, obedece a la satisfacción de necesidades y no condiciona el funcionamiento social, no altera un ápice de la “fraternidad universal” (o sea, no impide la reproducción de relaciones sociales libres). La revolución no aspirará más que a romper las cadenas del trabajo — especialmente las de la tecnología —, para la reapropiación de la vida por parte de los individuos, mediante la construcción libre de todos sus momentos. Al cesar las constricciones de un poder separado y de una tecnología autónoma, al acabar con la artificialización, al terminar la manipulación de las necesidades, el erotismo, los deseos y los sueños, la vida quedará liberada de barreras e imposiciones, a merced de sí misma: saldrá de la esfera del trabajo y el consumo, o sea, de la nocividad y la sumisión. Habrá que reinvertir las relaciones entre el hombre y la máquina, entre la humanidad y la naturaleza, o mejor, entre los individuos y las cosas, reconstruyendo la sociedad de modo convivencial y moral, sin jerarquías, con el auxilio de una politecnología basada en la agricultura, en las artes y en la satisfacción de necesidades reales y deseos auténticos.

Reequilibrar los territorios, reducir las ciudades y establecer con el entorno nuevas relaciones ajenas al dominio. Constituir comunidades libres. Paradójicamente, aunque la tradición deba regular los ritmos de la vida social, no será cuestión de volver a un momento cualquiera del pasado, sino de hacer tabla rasa con el presente.

Miguel Amorós.
Conferencia del 24 de abril de 2010 en la Librería asociativa Enclave Libros, Madrid.
Publicado en "La Salamandra", revista del Grupo Surrealista de Madrid, nº 19-20, septiembre de 2010.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Mayo 2010

La fiesta griega

La bancarrota del Estado griego, en tanto que acelerador de la crisis financiera mundial, ha de despertar todas las simpatías de quienes deseen el fin del capitalismo. La importancia del hecho resulta patente al apuntar otras posibles quiebras estatales de mayor repercusión, concretamente en Portugal, Irlanda y España, pero sobre todo, al transcurrir inmerso en una crisis social que no ha cesado de profundizarse. La revuelta griega que arrancó en diciembre de 2008 con tan buenos augurios, camina a buen paso sin que los intentos de pacificación o reconducción hayan podido detenerla, y eso que su fin es la condición sine qua non de la recomposición del Estado y de la salud de los mercados financieros mundiales (y si nos apuran, del funcionamiento correcto de los ordenadores que los dirigen). La aplicación de un severo plan de austeridad diseñado por la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional, dos de las más altas instancias del capitalismo, depende de la pacificación de la sociedad griega, a fin de que las deudas del Estado, en poder de los grandes bancos europeos, puedan ser traspasadas a los trabajadores, los funcionarios y los pensionistas griegos. Pero, además, el mayor peligro de la revuelta no reposa en sí misma, en las dificultades que ofrezca al restablecimiento del orden económico en un lugar concreto de la geografía capitalista, aunque sean considerables, sino en el mal ejemplo que ofrece a las poblaciones amenazadas por medidas similares, en su capacidad de contagio, en su efecto dominó. Máxime cuando la siguiente ficha que amenaza en caer es el Estado español. Y es que el triunfo de la revuelta griega se halla suspendido a su expansión, depende de su internacionalización. Los males griegos encontrarán solución cuando dejen de ser precisamente eso, griegos.

Para evitar mimetismos incongruentes, hemos de acercarnos a la realidad griega actual y hacernos una idea del país. Lo primero que llama la atención es que de los 11'2 millones de

habitantes, cinco pertenecen a la conurbación de Atenas y algo más de uno a la de Salónica. Patras, la tercera conurbación griega, apenas tiene 250.000 habitantes, con lo cual la situación queda bastante simplificada por el enorme desequilibrio territorial: lo que sucede en Grecia, sucede ante todo en Atenas y Salónica. El resto es campo y turismo. En efecto, las dos metrópolis concentran toda la industria y la mayoría de los negocios, así como la mayor parte de la administración y el empleo. También en ellas discurren las maniobras políticas y se dirimen las luchas sociales. Sorprenderá menos pues, la pasividad del gobierno ante los incendios del verano de 2007 que devastaron la tercera parte del territorio, y su atolondramiento cuando el humo llegó a la capital. Pero eso no fue siempre así, y hasta 1970 la producción agraria superó a la industrial. El territorio griego no se hallaba tan descompensado, pero en los 25 años siguientes la población campesina emigró a las ciudades, no a cualquiera de ellas, sino a las dos mencionadas, verdaderos sumideros de mano de obra descalificada. Con todo la población campesina residual es proporcionalmente el triple de la de cualquier otro país europeo. Ese proceso particular de concentración poblacional fue dirigido desde el Estado, y esa es la segunda característica especial de Grecia, el enorme peso del sector público. La tercera parte de la masa asalariada son funcionarios y el Estado controla buena parte de la industria y las finanzas. De ahí que los partidos que se alternan en el gobierno, la socialdemocracia y los conservadores, el PASOK y la ND, no sean simples partidos, sino verdaderas maquinarias de gestión, extremadamente jerarquizadas, con un concepto patrimonial de la política y de la propiedad pública propio de otros continentes. Las mismas jefaturas partidistas han pasado de padres a hijos. Las exigencias de la Comunidad Económica Europea, a la que Grecia pertenecía desde 1981, obligaron a desmontar una parte del aparato, por lo que a partir de 1990 se realizaron privatizaciones y en 1998 se liberalizó la Banca. Precisamente los primeros conflictos de envergadura sucedieron en torno a la privatización de la enseñanza. Las fondos europeos de ayuda no bastaron para modernizar el país, ni mucho menos para disminuir la plutocracia, lo que se tradujo en una descapitalización de los servicios públicos y unos menguados salarios. Un sentimiento de frustración se apoderó de la población trabajadora.

A partir de 1996 debutó la época de las vacas gordas y la clase dirigente griega pudo beneficiarse de la bonanza económica de la globalización. Se produjo un boom turístico y financiero, florecieron los negocios inmobiliarios y la marina mercante, cayó la natalidad en picado, se multiplicaron las hipotecas y la oferta de trabajo atrajo a miles de inmigrantes. Grecia entraba en la modernidad, acentuando las divisiones sociales. La clase dirigente usaba al Estado para reforzarse y enriquecerse, mientras que los pactos con los potentes sindicatos GSEE y ADEDY, la Confederación General de Trabajadores y la Unión de Empleados Civiles, lograban la paz social a costa de un proletariado no sindicado, precario y marginado, en buena parte inmigrante, que sobrevivía en el comercio, la construcción y el turismo. La sanidad, la enseñanza, la asistencia social y la justicia, seguían deteriorándose inexorablemente, en un intento estatal por forzar su privatización, mientras el contrapunto de todo ello, la seguridad, experimentaba un auge importante. De siempre es sabido que las desigualdades inaceptables se sostienen mediante la fuerza y las prisiones. En Grecia hay en

la actualidad 13.000 presos; es la tasa de encierro más alta de Europa. También tiene Grecia el privilegio ciudadano de disfrutar de una brutalidad policial sin parangón europeo y de contemplar un apreciable número de crímenes de Estado. En ningún otro país pues, la lucha contra el capitalismo, contra la clase dirigente, es de forma tan evidente una lucha contra la policía, tanto la oficial como la paramilitar. Porque en ningún otro país, cualquier conflicto, por nimio que sea, es tan fundamentalmente, una cuestión de orden, y, por lo tanto, un conflicto contra el Estado. Estas condiciones tan especiales hacen de Grecia un hervidero de anarquistas.

En Grecia hay anarquistas de todos los colores --reformistas, reaccionarios y revolucionarios-- como en todas partes, con la salvedad de que allí no forman un gueto autocomplaciente y acomodado, sino que gozan de una cierta influencia, bien que minoritaria, y de un cierto prestigio social, que han sabido ganarse a pulso en los últimos años. No nos detendremos en el movimiento anarquista, pues lo que interesa no son sus distintas formaciones o sus alambicadas diferencias, sino el peso creciente de las ideas libertarias en las luchas contra el capital internacional y el Estado griego. La agitación anarquista ha sido el detonante de la crisis social presente. De algún modo, en el marco de un consumismo fallido, las denuncias de injusticia y desigualdad social, el odio a la policía y a las vedettes de los medios de comunicación, la burla del lujo y de la autoridad, el rechazo de la corrupción, calaron en la juventud rebelde y abrieron una brecha en el conformismo de la población, justo cuando se avecinaba la época de las vacas flacas. La revuelta de diciembre hizo visible lo ya era evidente, y todas las mentiras de la prensa y la televisión no fueron capaces de ocultar el inicio de una crisis social que desbordaba todas las barreras habituales: sindicatos, partidos, militantes… 2009 fue el año de los debates ideológicos y de las tentativas por conectar con los trabajadores. Como de costumbre, la realidad adelantaba a la reflexión y la novedad era explicada las más de las veces con fórmulas pretéritas, obrerismo ramplón y consignas abstractas vanguardistas. La revuelta tenía que crear su propio lenguaje con el que ilustrar políticamente sus propias acciones y los libertarios eran los únicos que podrían hacerlo.

En toda crisis social se desencadena un proceso contrarrevolucionario, acto reflejo con el que la dominación intenta defender sus posiciones. Sus primeras manifestaciones son el endurecimiento represivo y el progreso de la extrema derecha, pero hay que mirar también al otro lado, el de los últimos cartuchos, para el caso, el Partido Comunista Griego, KKE, y la coalición SYRIZA. Ambos representan la alternativa ultraestatalista, el capitalismo burocrático de Estado, bien en la clásica versión totalitaria estalinista, bien en la moderna versión keynesiana ciudadanista. La existencia del KKE es un arcaísmo típicamente griego, pues el partido ha sobrevivido al derrumbe de la Unión Soviética y conservado un mínimo ascendiente entre los asalariados a través de su sindicato PAME, el Frente Militante de Todos los Trabajadores. La política del KKE ha sido errática, pues igual ha apoyado a la derecha contra sus rivales del PASOK, que ha tanteado a los izquierdistas de Synaspismos. En política exterior, ha terminado por alinearse con la Rusia de Putin frente al “imperialismo europeo”. Pero en lo que nunca ha variado es en presentarse como un partido del orden.

Como tal, se ha unido, cuando no encabezado, al coro de voces que tachaban a los rebeldes de delincuentes, criminales y fascistas. La existencia de SYRIZA obedece precisamente a la de la antigualla inmovilista y autoritaria del KKE; es el equivalente a lo que en otros estados es Izquierda Unida, el PCF, Bloco Portugués, Die Linke o Rifundazione Comunista, a saber, el post estalinismo ciudadanista. Aunque los fines que persigue, un Estado que gestione la crisis fuera de la Unión Europea, son los mismos que los del KKE, sus tácticas difieren, en cuanto que SYRIZA se inclina a infiltrar y recuperar el movimiento de protesta, y el KKE prefiere fabricar otro paralelo, totalmente controlado y blindado.

A menudo se acusa a la plutocracia griega de haber arruinado el país, despilfarrado el erario público y favorecido la especulación. Por la mala imagen de la corrupción, los dirigentes aparecen como malos administradores, cuando la verdad es muy otra: hicieron bien sus deberes, puesto que no eran otros que los de financiar el despilfarro con una burbuja especulativa. Toda la economía mundial funciona así, a base de gastar sin mesura y especular con el crédito, a la baja o a la alta (en este caso, con la deuda del Estado). De no ser por ello, el Estado hubiera caído en barrena mucho antes. El problema vino de la crisis americana del verano de 2007, cuando las hipotecas basura se vinieron abajo, desencadenando la serie de acontecimientos que bloqueó la financiación y pinchó las burbujas. El riesgo asociado a la deuda estatal griega aumentó exponencialmente y las reformas administrativas no llegaron a buen puerto, resintiéndose los servicios públicos y las infraestructuras; la economía entraba en recesión y los salarios disminuían; ante ese panorama el gobierno conservador se quitó de en medio y pasó el testigo a los socialdemócratas. El PASOK ganó las elecciones anticipadas de octubre de 2009 (con un tercio de abstenciones) porque era el único partido con posibilidades de trasladar la deuda fiscal del Estado a la población, salvando así a los bancos europeos que guardaban sus títulos. Ni se molestó en investigar fortunas sospechosas o en encarcelar a unos cuantos políticos y empresarios corruptos del partido ND, puesto que eso nunca fue su objetivo. La decepción de quienes depositaron sus esperanzas en un cambio político fue monumental; además, todos los proyectos estatales fueron abandonados por falta de dinero, mientras el paro y la morosidad crecían más aprisa de lo esperado, con lo que hasta los mismos sindicatos comprometidos en el “cambio de rumbo”, la CSEE y la ADEDY, tuvieron que marcar distancias con la política del gobierno. Desde enero del año en curso hasta mayo, se fueron sucediendo huelgas, cuatro de ellas generales, y celebrando asambleas y manifestaciones, con el común denominador del rechazo de todos los partidos y de la política en bloque. La agitación descansaba sobre todo en los funcionarios y empleados públicos, menos expuestos a los despidos. Ha sido el momento de la gran maniobra del KKE, presentándose como el “partido de la clase obrera”, mostrándose adalid del antieuropeismo, y haciéndose eco del antiparlamentarismo generalizado, sin que por otra parte le tiemble la voz al denunciar como violentos y provocadores a los verdaderos antiparlamentarios.

En Grecia emergen enfrentados dos conceptos diferentes de proletariado, el viejo y el nuevo. Los estalinistas y los izquierdistas, cuando hablan de clase obrera, se refieren a la masa asalariada encuadrada en sindicatos, políticamente manipulable por partidos o vanguardias, a los que debe votar en tanto que "ciudadanía". Pero ocurre que la contradicción fundamental del capitalismo no reside en la oposición capital-trabajo, sino en el sometimiento de cualquier actividad a la lógica capitalista, con lo que la lucha por el salario o el empleo es un conflicto menor que no cuestiona al sistema. Eso significa que no se puede constituir una clase ligada por el exclusivo hecho del trabajo. La verdadera lucha consiste en la liberación de la vida cotidiana colonizada por la mercancía, así pues, en el rechazo del trabajo asalariado y del consumo. Trabajador, en el sentido actual, es aquél rehén del capitalismo en todos los aspectos de su vida, no simplemente aquél que cobra un salario. Solamente a partir de una voluntad de descolonización de la vida cotidiana puede formarse una comunidad de lucha auténtica. La cuestión es importante puesto que el concepto reduccionista de proletariado nos devuelve a la perspectiva obrerista de los aspirantes a líderes e impone una estrategia capituladora. En las formas de lucha obrerista prevalecen las reivindicaciones laborales y la indiferencia política; el centro del conflicto permanece en el lugar de trabajo y la organización resultante es sindical o parasindical. En las formas de lucha revolucionaria dominan las reivindicaciones sociales y la negación decidida de la política; el centro del conflicto es territorial y la organización consecuente son asambleas de barrio y comités de base. Propias del sindicalismo son las huelgas seguidas de negociación; típicas del radicalismo son las ocupaciones innegociables. En las primeras fases del combate social ambas luchas se confunden, puesto que en principio no se contradicen, ya que la principal tarea consiste en la demolición del edificio social clasista. Pero en la medida en que el combate progresa surgen dos posiciones: la que regresa al lugar de trabajo y la que permanece en la calle; la que se conforma con gestionar su miseria y la que pretende sabotear sus mecanismos; la que pretende revalorizar la mercancía-trabajo y la que quiere derrocar el régimen mercantil. Entonces se echa en falta o se agradece la presencia de un proyecto revolucionario coherente.

Cuando hablamos de clase obrera y de capitalismo griego, no aludimos a abstracciones irreales, a referentes de la imaginación, sino de formaciones sociales concretas, contemporáneas. Los proletarios griegos conforman una variopinta masa de empleados, funcionarios, pensionistas, precarios, parados, trabajadores de servicios y obreros de la industria, con intereses sectoriales específicos que habrán de superarse para que el capitalismo se desplome. Solamente entonces, cuando coloquen un pie fuera del capitalismo, cuando sus intereses como colonizados prevalezcan sobre sus intereses como asalariados, formarán una clase, un sujeto histórico. En caso contrario, la ruina del capitalismo llevaría a su recomposición sobre bases diferentes, es decir, se irá de un tipo de capitalismo a otro. El capitalismo griego es un fenómeno casi enteramente subsidiario del Estado. Por consiguiente, la condición previa de cualquier proceso liberalizador en Grecia sería su desmoronamiento, cosa que sucedería si quedara cortado de los flujos económicos mundiales, debido a su propia incapacidad o por la resistencia de la población a someterse.

Entonces entraría en juego la segunda opción del orden, a saber, la dictadura, militar o de partido, de derechas o de izquierdas, moderada o terrorista. Todo depende de las fuerzas en presencia y de sus movimientos estratégicos o tácticos. La represión es pues el común denominador de todo el periodo de descomposición capitalista, al que los revolucionarios habrán de hacer frente con las armas de que dispongan. Si triunfan, se dará la ocasión histórica para desarrollar su proyecto. Al cesar el dominio del capital, el proletariado tendrá que abolirse en tanto que polo de una relación acabada. En el caso griego, con tantos funcionarios de por medio, no faltarán quienes propongan la autogestión del aparato estatal en lugar de su desmantelamiento. No obstante, la autogestión de la producción y de los servicios orientada a la satisfacción de necesidades básicas podrá ser una medida de transición, puesto que la dispersión de las conurbaciones y la repoblación racional del territorio griego no será algo que ocurrirá de la noche a la mañana. Eso sí, las formas igualitarias de convivencia social, cada vez más descentralizadas y horizontales, habrán de impedir la reaparición de mecanismos de poder separado, desde donde el orden abolido pueda volver a recomponerse.

La mejor forma de ayudar a la revuelta griega en la península ibérica sería imitar su ejemplo, pero aquí el desclasamiento es tan grande que el endeudamiento general, la debilidad financiera del Estado y los cuatro millones y medio de parados no son suficientes para impulsar una crisis social. La solidaridad con Grecia, en consecuencia, no ha podido ser más que simbólica y no ha salido de los guetos, padeciendo todas las incongruencias de aquellos. Ya hemos visto las diferencias que existen entre ambos países, lo que determinará procesos sin duda bien diferentes. La verdad es que la clase dirigente española ya sabe que los tiempos por venir serán convulsos y se prepara. Olvida la “economía sostenible” y recluta efectivos para el mantenimiento del orden. Ha de escoger entre el sacrificio de las masas o la quiebra, y sabemos que no escogerá la quiebra. Un arsenal represivo imponente está ya a disposición de los gobiernos para cuando fallen las maniobras políticas, sindicales y ciudadanas, pero nadie se da por enterado. La inconsciencia de la población que va a sufrir las medidas de rescate económico del Estado al tiempo que sigue pagando su hipoteca, es signo preocupante de los malos tiempos que se avecinan. La conciencia de lo que es y de lo que debe ser, de lo que se está haciendo y de lo que hay que hacer, es por lo tanto el problema y el objetivo. Pues las masas han de dejar de dormir y empezar a soñar.

Miquel Amorós, 9 de mayo de 2010.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Junio 2010

Orígenes de la cuestión social en la península

Debido al lento desarrollo de la industrialización capitalista en la península, la clase obrera pudo conservar las tradiciones precapitalistas que regían el mundo del trabajo. Así pues, su formación dio lugar a una sociedad convivencial comparable al colectivismo agrario que había perdurado en el campo hasta la venta de las tierras comunales. A dicha sociedad, la Asociación Internacional de Trabajadores proporcionó conciencia de clase específica, portadora de ideales universales de emancipación. La proletarización posterior debida a la maquinización, a la desaparición de los oficios y a la constitución de un mercado nacional, hubiera acabado con la fraternidad y el sentido comunitario del medio obrero a no ser por las tácticas del sindicalismo revolucionario, que supieron conservar el espíritu de clase y apartar al proletariado de la servidumbre política de la socialdemocracia.

Si los historiadores burgueses han querido encontrar el hilo de la historia contemporánea en el proceso de industrialización española, nosotros lo hallamos en el periodo de aparición y formación de la clase obrera. Para eso hemos de remontarnos al antiguo régimen y prestar atención a la situación de los trabajadores bajo el absolutismo monárquico. En el siglo XVIII transcurren los primeros intentos, desde el aparato de Estado, de modernizar España, es decir, de fomentar una economía mercantil basada en el comercio, la manufactura y el desarrollo de la agricultura: de producir para consumir a producir para exportar. Las primeras grandes factorías son obra del Estado absolutista. Pero la elite ilustrada de nobles, clérigos y funcionarios estatales no disponían de poder suficiente para superar las barreras señoriales y eclesiásticas, desmantelar la organización gremial del trabajo y aniquilar el colectivismo agrario tradicional. Fueron las guerras, que, al arruinar el Estado, empujaron a la desamortización de las tierras de las órdenes religiosas y de las instituciones seculares de protección social, y, asimismo, suprimieron las aduanas interiores, disolvieron los gremios y desencadenaron la proletarización de la población rural y urbana. El programa ilustrado era adoptado por los liberales, los representantes de una clase en formación. La legislación liberal por un lado preparaba el advenimiento de la burguesía, y por el otro, desorganizaba la sociedad estamental, en perjuicio del clero, pero sobre todo a costa del pueblo campesino y trabajador, al que se le despojaba de sus instrumentos de trabajo y se le convertía en asalariado. Pero la clase triunfadora en las revueltas liberales no fue la burguesía industrial, minoritaria, sino la aristocracia, que, lejos de ser expropiada como la iglesia, pudo cercar y transformar sus propiedades en capital. La nobleza devino burguesía terrateniente gracias a la fusión con los financieros compradores de tierras.

Los amigos de Ludd

La cuestión social fue principalmente agraria. En las ciudades, los gremios empezaban a perder el control del trabajo porque los intereses de los maestros chocaban con los de los

mancebos, oficiales y aprendices, que desde épocas tempranas se organizaban en cofradías y hermandades segregadas, el precedente más antiguo del sindicalismo. Finalmente, y bien antes de que se introdujera el maquinismo, los dirigentes liberales, con el fin de favorecer a los fabricantes, en 1834 decretaron la libertad de comercio e industria y en 1835 abolieron los gremios y las hermandades «por limitar la concurrencia indefinida del trabajo y de los capitales». Un decreto subsiguiente declarará «libre» el trabajo y la contratación. Ello suponía el fin de la «economía moral» que regulaba la vida laboral en las ciudades y la entronización de la rentabilidad como condición única de cualquier actividad productiva. Los trabajadores de todas las clases, operarios y jornaleros, sufrieron la prohibición de realizar huelgas, de organizar sociedades de resistencia y de reunirse con fines asociativos.

La cuestión social nacía en el campo en torno a la nueva propiedad de la tierra, pero en la ciudad, aparecía como defensa del oficio, control de los lugares de trabajo y lucha por la libertad de asociación, programa de una especie de sindicalismo clandestino llevado a cabo por comisiones de trabajadores. El sistema industrial fue introducido a finales del siglo XVIII para controlar a los trabajadores con vistas a evitar la sustracción de materia prima (en 1803 trabajaban en el sector manufacturero únicamente 260.000 personas). Sólo estaba presente de forma extensa en Cataluña, y allí encontraba fuertes resistencias. Hasta entonces el trabajo se realizaba en pequeños talleres o en casas particulares. Pero la fábrica, al imponer vigilancia y disciplina en el trabajo, hizo posible su centralización, intensificación, división y finalmente mecanización, con jornadas de doce horas y salarios a la baja, causa de las primeras manifestaciones ludditas en la península. En 1802 fue incendiada una fábrica de hilaturas en Tarrasa por la introducción de máquinas. En 1823 tuvo lugar un caso parecido en Camprodón. En 1820 los obreros de Barcelona decidieron asaltar las tiendas que tuvieran tejidos importados y les prendieron fuego. En 1821 ardieron varias fábricas en Alcoi, pero esta vez la causa fue la propia fábrica, que acababa con el sistema de trabajo independiente y a domicilio. Los abusos que acompañaban a su existencia, tales como el alargamiento de las tiras como rebaja encubierta del jornal o los despidos unilaterales, ocasionaron las primeras quejas de tejedores barceloneses en 1820, repetidas en 1827, 1830, 1831 y 1833. Por ese mismo motivo sucedieron huelgas y amagos de motín en octubre de 1835 y julio de 1839. El sistema fabril, las máquinas y el libre comercio constituían un frente que amenazaba las relaciones tradicionales obreras, arrebataba a los operarios el control de las condiciones de trabajo, ponía en peligro los oficios y generaba paro. La respuesta obrera «preindustrial» fueron tanto la algarada reivindicativa como la formación de comisiones mediadoras. En 1832 se instaló la primera máquina de vapor de Barcelona, en la fábrica Bonaplata, lo que permitiría la aparición de telares mecánicos y la eliminación de puestos de trabajo. La fábrica fue incendiada tres años más tarde por este motivo. El periodo luddita en la península no se cerró hasta el verano de 1854, cuando el boicot e incendio de selfactinas en Barcelona y la quema por los tartaneros valencianos del puente de madera del ferrocarril. En el campo siguió manifestándose en forma de criminalidad, motines, ataques a la propiedad e incendios de cosechas durante mucho más tiempo. En general, los historiadores consideran este periodo como «primitivo», pero bien es cierto que la respuesta popular por violenta

que fuera estaba lejos de igualar a la agresión que la «modernidad» infligía a las clases jornaleras; la máquina significaba miseria, la industria era la guerra. Los mismos tratan de oponer una clase obrera cualificada y moderada a un lumpen miserable propenso a amotinarse. Sin embargo, tal como demuestran las detenciones, quienes realmente tenían interés en frenar la introducción de máquinas eran la gente cuyo oficio, métodos y aprendizaje resultaban dañados por ellas. Es más, esos actos supuestamente primitivos, coexisten en el tiempo con otros supuestamente más avanzados, como las demandas salariales y la defensa del empleo.

Prolegómenos de la resistencia

En realidad no hubo periodo primitivo en el movimiento obrero hispano, sino que existió continuidad entre las cofradías de oficiales, el entramado gremial y las primeras organizaciones obreras con fines reivindicativos que, evidentemente, se plasmaron al comienzo como resistencia a la proletarización. Por eso el luddismo fue episódico, nunca fruto de un movimiento o una sublevación sostenida. Los mismos oficios que crearon hermandades y que organizaron posteriormente sociedades de socorros mutuos o «montepíos» para cubrir el hueco de la asistencia pública, llegaron a tener secciones en la Internacional mucho más tarde. La AIT no supuso pues un giro radical en la tradición societaria y luchadora. Por consiguiente, el movimiento obrero no apareció con la organización del primer sindicato conocido, en mayo de 1840, la Sociedad de Mutua Protección de los tejedores de algodón de Barcelona, una sociedad creada con el fin expreso de mejorar los salarios y las condiciones de trabajo de sus afiliados, sino que ésta no fue más que un peldaño de un proceso que hundía sus raíces en el siglo XVIII. La formación del mercado laboral proyectada ya entonces, gracias a la ayuda de las máquinas, fue realizándose a expensas del mundo del trabajo, derogando sus barreras protectoras y desarticulando su funcionamiento tradicional. La resistencia nacerá en el marco del antiguo régimen dando lugar a una tradición organizativa, y seguirá sin grandes cambios perceptibles en el régimen capitalista liberal que le sucederá definitivamente a partir de 1835.

Los años cuarenta del siglo XIX constituyen el periodo del esfuerzo industrializador, con el arranque de la mecanización, la proliferación de máquinas de vapor y telares mecánicos en Cataluña y Valencia, con el desarrollo de la minería asturiana y con el inicio de la industria siderúrgica en Málaga y Vizcaya. La península es sin embargo un mundo rural salpicado de unos pocos islotes industriales. La clase dominante, la burguesía terrateniente, ha de crear un marco jurídico propicio al mercado de la tierra y la exportación de productos agrícolas, controlando las grietas sociales que ha provocado su entronización: la guerra civil carlista, la rebelión de las empobrecidas masas rurales y la protesta de la plebe desposeída de las ciudades.

Solucionado el primer problema, queda el de la desagregación de la sociedad campesina, para el que se creará el primer cuerpo policial militarizado, la guardia civil. Los trabajos de contención en el campo serán completados con una ley contra la vagancia, cuyo objetivo es

impedir la emigración a las ciudades, demasiado poco industrializadas para absorber el potencial migratorio campesino. Por «vago» se entendía a la persona sin trabajo estable ni oficio concreto, aunque tuviera domicilio fijo y empleo, es decir, el obrero eventual, temporero, a menudo de origen rural. Para acabar, quedaba la cuestión obrera, pero era un asunto menor, casi circunscrito a una sola región, que afectaba a unas pocas decenas de miles de personas. Los intereses de la burguesía industrial prácticamente no contaban. En la ciudad la mayoría de la producción seguía siendo artesanal e incluso las fábricas no ocupaban más que a una media de cincuenta trabajadores. Así las cosas, el carácter gremial del trabajo se mantuvo en convivencia con la máquina. La proletarización se veía frenada por las tradiciones y costumbres del taller. Los obreros no seguían horarios estrictos; discutían, leían o cantaban durante el trabajo y no se privaban de parar para beber o fumar. No había relojes regulando las entradas y salidas; en 1843, una medida como el cierre de puertas y el sonido de una campana para abrirlas «como en los conventos», tomada en una fábrica de Barcelona, escandalizó muchísimo a los operarios. Los obreros cuidaban de las herramientas, pues eran usufructuarios de ellas, y dirigían el aprendizaje de los oficios. Respetaban el santo lunes y celebraban un montón de fiestas no oficiales. Los contratos eran verbales pero sagrados. El trabajo se repartía para evitar despidos en periodos de «calma» (crisis), se daba prioridad a los obreros viejos y se guardaba el puesto a los enfermos. Se disponía de cierta autonomía para organizar el trabajo y en parte se controlaba la calidad del producto. En fin, leyes no escritas y prácticas establecidas desde hacía tiempo regían las relaciones laborales. El trabajo no se entendía aún como una mercancía que tenía su precio, sino que formaba parte de una economía moral que se regía por criterios de dignidad, trabajo «justo» y remuneración conveniente, no por pautas marcadas por el mercado. En ese contexto el compañerismo era una religión y el individualismo un comportamiento reprobable. La palabra «esquirol» data de esa época, así como la denominación de clases «menesterosas», «útiles», «jornaleras» o «proletarias». Los obreros practicaban un sindicalismo especial, aunque la palabra empleada era la de «resistencia», pues «sindicato», de origen francés, no empezaría a formar parte del vocabulario proletario hasta los primeros años del siglo XX. Combinaban la legalidad, es decir, la formación de comisiones paritarias con patronos y la reunión con autoridades, con formas de presión declaradas ilegales, como las huelgas. Éstas eran largas y no excluían la violencia, pero bien organizadas, lo que requería piquetes, coaliciones fuertes y una extensa solidaridad. Aunque los obreros estaban excluidos de la política, al no figurar en el censo electoral por no ser propietarios ni poseer rentas, apoyaron al partido progresista cuando éste autorizó las asociaciones en 1840. Había obreros en las sociedades «patrióticas» y en las milicias ciudadanas. Por motivos opuestos, por ejemplo, el proteccionismo y la prohibición de sociedades de resistencia, los fabricantes apoyaban al partido moderado. La política era cosa de clases medias y altas, muy enfangada por la corrupción y el fraude, algo que repelía profundamente a los trabajadores, que ni se molestaban en pedir el sufragio universal.

La idea dominante entre sus filas, la primera idea «de clase», era la de que la solución a los problemas sociales dependía más de la organización obrera que de la política. Dadas las

condiciones de la época, la única libertad que podía interesar a los obreros era la que garantizaba el derecho a la asociación. Amparadas en la ley de asociaciones, aparecieron sociedades obreras en varios lugares del Estado a lo largo del año; el 1 de enero de 1841 se puso en funcionamiento la primera confederación de sociedades de diferentes oficios, la Asociación de Trabajadores de Barcelona, y la organización con mayor capacidad de movilización del momento. Esa alianza coyuntural de los obreros con la burguesía progresista se reveló inestable. Igual que había sucedido en 1835 con el incendio de las fábricas de Bonaplata y Vilaregut, y al año siguiente con los enfrentamientos entre batallones de la milicia nacional burgueses y proletarios, en 1842 los obreros catalanes obedecieron a sus propios intereses y siguieron sus propios derroteros, sosteniendo la revuelta contra el jefe de gobierno progresista, Espartero. Con la subida al poder de los moderados en 1843 las asociaciones obreras fueron prohibidas y perseguidas, pero a juzgar por las sucesivas disposiciones y diferentes bandos en su contra, así como a los diversos conatos de huelga, deducimos que muchas sobrevivieron en la clandestinidad, a veces camufladas como asociaciones de socorros mutuos. La Compañía Fabril de Trabajadores no se disolvió hasta 1848, año en que se promulgó el primer código penal. Todavía en 1853 una ley de turno las prohibía «en todo el Estado», señal que la virtud asociativa caracterizaba los primeros pasos de lo que podemos llamar con pleno derecho, clase obrera.

Asociación o muerte

El retorno del partido progresista al poder en 1854 relanzó el proceso asociacionista; en Barcelona surgiría una nueva confederación de sociedades obreras, la Unión de Clases, según el esquema organizativo de abajo arriba: sección de oficios, federación de secciones, federación local y, todavía sin realizarse, federación regional. Durante ese breve periodo surgieron cooperativas de producción y vio la luz en Madrid el primer órgano proletario de prensa, «El Eco de la Clase Obrera». Los principales problemas provenían de la mecanización de la hilatura de algodón, lana y lino, con la consecuente degradación de los oficios relacionados, por lo que una Comisión de los Trabajadores de las Fábricas de Hilados de Barcelona decretará el boicot a las selfactinas el mismo verano del 54, lo que desembocará en incendios. No obstante el clima de lucha de clases, las comisiones de trabajadores acordaron con los fabricantes convenios colectivos relativos al salario y a la duración de la jornada, pero la enésima orden de disolución de las sociedades obreras provocará la primera huelga general, la del 2 de julio de 1855, a la que acompañarán disturbios en el campo andaluz y castellano. La multitudinaria manifestación que recorrerá las calles de Barcelona enarbolará una pancarta con la consigna «asociación o muerte». En efecto, el derecho a la asociación, la institución de comisiones mixtas y el ingreso en la milicia serán los tres pilares del programa obrero.

El golpe de Estado que concluyó el bienio progresista será nefasto para los trabajadores, que verán prohibir desde las reuniones hasta los montepíos, lo cual les encaminaría hacia la política de forma más determinada. El partido demócrata, representante político de las clases medias radicalizadas, abrió sus puertas a los dirigentes obreros, mientras la cárcel y

deportación perseguía a muchos de ellos por celebrar reuniones y promover huelgas. En 1857, una autodenominada Sociedad de Obreros confeccionó un «Catecismo Democrático». La represión del partido moderado condujo a la pequeña burguesía republicana hacia el obrerismo y a la elite proletaria hacia la política republicana, confluencia a la que la Internacional pondrá fin. Desde 1856 la política obedecerá a los intereses de la burguesía cerealista y olivarera, o sea, los de los caciques agrarios castellanos y andaluces, ajenos a las preocupaciones proteccionistas de los industriales catalanes. A esos intereses se sumarían los del capital extranjero, que buscaba beneficios en la construcción de ferrocarriles, la explotación de minas y la compra de deuda, y los de los propietarios de tierras y especuladores inmobiliarios, beneficiados por el derribo de murallas y conventos, el adoquinado de calles y los ensanches de las ciudades. La generalización de la sociedad burguesa parecía irreversible, pero sin embargo, fallaba el elemento principal, la revolución industrial. La mecanización se hallaba lejos de realizarse: en 1864,150.000 obreros de fábrica y 26.000 mineros coexistían con 600.000 obreros artesanos, mientras que el campo albergaba a dos millones y medio de jornaleros y campesinos pobres. Las fuerzas sociales presentes estaban desigualmente repartidas, la burguesía industrial catalana carecía de peso político en el Estado pero los obreros era la fuerza de mayor dinamismo. En plena represión fundaron con la ayuda de los republicanos federales el Ateneo Catalán de la Clase Obrera, que en 1864 publica «El Obrero», en la línea mutualista, proteccionista y negociadora. En 1866 los cooperativistas editan «La Asociación», más apolítico y pactista, influido por las ideas de Owen y el movimiento cooperativo británico. En «La Discusión», periódico madrileño fundado por Pi y Margall, será debatida igualmente la cuestión social. Durante esos años los obreros andaluces y catalanes fundarían casinos y reorganizarían sus sociedades a pesar de las leyes en contra: cuarenta de ellas se reunieron en diciembre de 1865 en el Primer Congreso Obrero de Barcelona para, entre otras cosas, proclamar la autonomía de las sociedades dentro de la federación, corrigiendo la tendencia centralista anterior. Las sociedades mandarán un delegado al Congreso de Bruselas de la AIT, aquél que consagró el mutualismo y las cooperativas, aunque advirtiendo del peligro de una reconversión capitalista. El abrupto final del reinado de Isabel II hizo nuevamente posible la libertad de asociación, punto central del programa republicano. Al primer congreso obrero sucedería en diciembre de 1868 un segundo, donde estaban presentes muchos futuros internacionalistas, todavía bajo el paraguas federal. Éste señalaba la obligación de votar por la República y declaraba al sistema cooperativo como la única alternativa emancipadora, o sea, lo que un año después será estigmatizado por los internacionalistas como «socialismo de la clase media». El congreso dio lugar al periódico «La Federación», heredero de los dos anteriores, reformista y político. Las palabras «burgués» y «burguesía», que designaban respectivamente al propietario y a la clase poseedora de la riqueza social, son neologismos que rápidamente participarán del léxico obrero.

Arriba parias de la tierra

La línea societaria, republicana y cooperativista del proletariado catalán parecía demasiado moderada en lo social, pero los acontecimientos se precipitaban; un enviado de la AIT, el italiano Fanelli, llegó en octubre de 1868 a Barcelona con un mensaje a los trabajadores españoles bajo el brazo. En enero de 1869 fundó en Madrid el primer núcleo de la Internacional. En febrero de 1869 la Dirección Central de las Sociedades Obreras, haciéndose eco de las nuevas tendencias proletarias, cambiaba su nombre por el de Centro Federal de Sociedades Obreras, contando con treinta y cuatro sociedades, entre ellas el potente sindicato «Las Tres Clases de Vapor». En mayo se constituyó en Barcelona la sección española de la AIT. En septiembre de 1869, Farga Pellicer, secretario del Centro Federal, y el médico Gaspar Sentiñón, acudieron como delegados al Congreso de Basilea de la AIT, donde trabarán contacto con Bakunin. El viaje a Basilea es crucial para la historia del movimiento obrero, pues significa un giro radical en la trayectoria del proletariado ibérico, que discurriendo por el societarismo moderado y oportunista, acaba en el colectivismo revolucionario. El 18 de junio de 1870, en el Teatro Circo de Barcelona, inició sus sesiones el primer Congreso Obrero Español, que al terminar dejará fundada la Federación Regional Española de la AIT. La importancia del congreso no sólo residía en la conexión entre los obreros urbanos y los jornaleros del campo, sino en la separación entre el proletariado y la clase media, lo que suponía un cuestionamiento de la política republicana y la elaboración de un programa específicamente obrero. La pequeña burguesía había perdido su momento; era la hora del proletariado, la del socialismo radical, colectivista y universal. El primer tema del Congreso fue la «resistencia», que hoy llamaríamos «acción sindical». La lucha contra el capital se enmarcaba en el camino de «la completa emancipación de los trabajadores.» Era el arma obrera por excelencia. La minoría opuso la «cooperación» a la huelga. El segundo punto concernía a las cooperativas, medio de alivio ante la miseria, pero jamás medio emancipatorio. El tercer punto se refería a la organización de los trabajadores, que había de ser descentralizada, federal, tal como la practicaban entonces las sociedades obreras catalanas, y embrión de la sociedad futura fundamentada en el trabajo. Se criticaba la creación de bancos «obreros» y el recurso al Estado, medidas propugnadas por el partido republicano federal y la minoría cooperativista. El cuarto punto, relativo a la política, sería el más polémico, pues implicaba la revocación de una práctica colaboracionista arraigada en buena parte de los dirigentes catalanes. Los delegados rechazaron la acción política de la clase media porque estabilizaba el poder de la burguesía. Por mayoría, recomendaban renunciar a cualquier acción que persiguiese el cambio social a través de reformas políticas; por lo tanto, aconsejaban la abstención electoral. La transformación social había de ser revolucionaria. El rechazo de la política burguesa conducía al del Estado, pues el socialismo colectivista significaba la propiedad colectiva no estatal de los medios de producción y la tierra. En un régimen basado en la libre asociación de federaciones libres no cabía ese engendro burocrático feudal-burgués, el Estado. La tendencia societaria reformista y colaboracionista, dominante en el movimiento obrero catalán hasta ese momento, salía completamente derrotada. Aprovechando un momento de libertad que no podía durar, el

movimiento obrero emprendía una nueva andadura con una política propia, confiando sólo en sus propias fuerzas.

Negras tormentas

Las diversas facciones de la clase dominante dejaron de lado sus diferencias y abandonaron los experimentos políticos republicanos, restaurando la monarquía y reforzando el aparato de Estado. El movimiento obrero internacionalista se debatió durante dos décadas entre la represión y la estrategia a seguir frente a ella. Mientras tanto, la mecanización de la producción fue completada, lo que permitió la generalización del trabajo femenino e infantil. Como consecuencia, las condiciones de trabajo empeoraron, los oficios quedaron degradados y desaparecieron las tradiciones obreras vigentes en buena parte de la industria. A principios del siglo XX había concluido la proletarización y la producción para el mercado nacional era un hecho. Fin del derecho laboral consuetudinario. Separación total entre el trabajador y el utillaje. Conversión completa del trabajo en mercancía. Por otro lado, las ciudades crecían de forma acelerada. La movilidad, estimulada por el ferrocarril, fue una de las peculiaridades de la nueva condición obrera emanada de las leyes del mercado. A pesar del inconveniente de la Ley de Vagos y Maleantes, la actividad económica de las ciudades empezaba a absorber mano de obra de procedencia rural, principalmente en el sector de la construcción, mientras la burguesía se mudaba a los ensanches. Por primera vez aparecerían barriadas obreras segregadas y grandes bulevares para facilitar la circulación, sobre todo la circulación de tropas. La ciudad, reordenada según la separación espacial de clases y la hausmanización, se aburguesó; los nuevos edificios proclamaron el triunfo de la burguesía: ayuntamientos, gobernación, estaciones, hospitales, bancos, mercados, teatros, correos, cuarteles, cárceles «modelo», comisarías… Todo ello no era más que el reflejo urbano del establecimiento de un nuevo modelo de relación entre capital y trabajo mucho más favorable al primero. Todos los intentos de restaurar el viejo modelo societario fracasarían porque éste había perdido su base social, el obrero de oficio, y porque los patronos no aceptaban de ningún modo la tutela de comisiones mixtas. El trabajador sin cualidades, el peón de fábrica, el obrero del tajo, serían cada vez más mayoritarios. Pero el proceso no era lo suficientemente rápido como para que el proletariado quedara sin memoria a merced de una burocracia obrerista cualquiera. La solidaridad seguirá siendo durante mucho tiempo el requisito imprescindible de la supervivencia para los obreros, y por eso se convertirá en el cemento de la clase y de su mundo: «Solidaridad Obrera» será el nombre que adopte la primera organización propiamente sindicalista. A fin de enderezar la situación nacerá un nuevo tipo de organización que recogiendo las enseñanzas de la antigua aportará mejores soluciones de clase a los nuevos problemas de clase: sindicatos únicos, acción directa, solidaridad, boicot, sabotaje, huelga general, grupos de defensa, cultura obrera, antipoliticismo… Se trata del sindicalismo revolucionario, cuya más alta expresión histórica fue la CNT. Pero eso es ya harina de otro costal.

Miguel Amorós.

Extraido de la publicación *Libre Pensamiento*, número 65, verano 2010.

Junio 2010

Diferencia entre la crítica antidesarrollista y la ideología del decrecimiento

La crisis histórica de la sociedad tecnológica de masas se manifiesta de diversas maneras en las finanzas, el estado, la política, la ecología, el urbanismo, la producción… pero no parece que los múltiples antagonismos que necesariamente provoca conduzcan a la formación de un sujeto social capaz de pronunciar una sentencia contra dicha sociedad y ejecutarla.

La confusión resultante ha sido constante desde entonces, exacerbada por la pérdida de la memoria de las luchas y a cada momento tenemos ocasión de comprobarla. Hemos contemplado con mal disimulado asco la defensa de ideas subversivas citando a fantasmones como Foucault o Castoriadis, o incluso a basura como Negri, Baudrillard o Zizek. El último ejemplo de barullo mental ha sido el decrecentismo. Bajo esta denominación se cubren proyectos reaccionarios de todo tipo, como podemos ver en Revolta Global, Ecologistas en Acción, Attac, Parti de la Decroissance, Izquierda Unida, Los Verdes, Izquierda Anticapitalista, Democracia Inclusiva y un largo etcétera, pero también algunas prácticas e ideas que podríamos suscribir y defender.

Bien que el nombre no hace la cosa, a sus protagonistas les aconsejaríamos medir mejor las palabras. Un contenido libertario ha de ir acompañado de una expresión adecuada, propia, que no se preste a malentendidos. La forma es al in y al cabo la forma del contenido.

Al capitalismo se le dan bien las crisis; puede difuminar los antagonismos e incluso llegar a disolverlos gracias a sus inmensos recursos propagandísticos, a los logros científico-técnicos y a la insuficiencia palmaria de una crítica social bien anclada en las viejas teorías que surgieron en etapas anteriores, hoy ampliamente superadas. Esa crítica, eliminada de la escena social por su indigencia y por el reflujo revolucionario, sin papel alternativo real, se convierte en reserva intelectual de la dominación, renovadora “por la izquierda” del discurso del poder. El poder se legitima gracias al matrimonio entre la esfera que controla la economía y la que controla la cultura, entre el sector que fabrica la realidad y el que elabora su imagen. En la sociedad del espectáculo el trabajo de la dominación se distribuye entre quienes ejercen el poder sin ilusiones y quienes proporcionan ilusiones a ese ejercicio, ilusiones que hoy se autocalifican de “democráticas” y “verdes”. Al convertirse esa alianza en algo corriente y trivial, resulta tópico decir que la izquierda no es más que la izquierda de la dominación. Mediante una división de tareas muy marcada entre derecha e izquierda, tanto los valores económicos de la clase dominante, a saber, la modernización, el desarrollo y el progreso, como los valores políticos, o sea, la “democracia”, las “libertades” y el “medio

ambiente", son presentados como la expresión genuina de la buena conciencia y de la corrección ciudadana; componiendo la condición natural de la sociedad de masas consumidoras, actualmente llamada "estado del bienestar". En los tiempos que corren, cuando tanto las metrópolis como el Estado se rigen como empresas, el sector que fabrica la ideología – la autodenominada "izquierda", los intelectuales y los medios de comunicación – realiza una auténtica contrarrevolución cultural que tiene por finalidad la demolición teórica del sujeto histórico, los explotados, y su sustitución por un ente ilusorio, la ciudadanía. La ciudadanía es al espectáculo político lo que el asalariado al económico: el polo pasivo de una relación mediatizada por mercancías. Lo que en realidad se ha buscado es suplantar el conjunto de los oprimidos por una representación separada, llámese partido, sindicato, movimiento o simplemente "izquierda". La antinomia izquierda/derecha, que aparece como falsa oposición entre economía y política, o mejor, entre neoliberalismo político y neoliberalismo económico, pues ha de disimular las evidentes relaciones entre mercado autorregulado, burocracia institucional y democracia parlamentaria, es la base del orden establecido, el fundamento ideológico que justifica y sostiene al poder. Sin embargo, para un contestatario espabilado la situación actual es fruto de una determinada política, la que ejecuta las leyes de la mundialización, última etapa del capitalismo. Por lo tanto, el rechazo del capitalismo incluirá la negación de la política, y ahí reside la primera diferencia entre antidesarrollismo y decrecimiento.

Ningún decrecentista apuesta por la revolución, cosa que lleva a sus pequeños arroyuelos de la simplicidad directamente al pantano de la política y del Estado. En consecuencia, respetan la intermediación especializada, es decir, a los expertos, a los líderes, a los liberados, a los cargos, a los diputados; si cuestionan las jerarquías, los partidos o las ONG's, lo hacen de forma ambigua, puesto que están en el mismo campo y juegan la misma liga. Y mientras los antidesarrollistas retoman las actitudes del desaparecido proletariado revolucionario al constatar la descomposición de los valores seudo democráticos y luchar por su abolición; los decrecentistas se reconocen en los filisteos que lo lamentan y se pronuncian por su restauración, como mínimo a nivel local. Ese conformismo político obedece a una diferencia de origen: el antidesarrollismo nace de las luchas contra la nocividad y en defensa del territorio, mientras que el decrecimiento vio la luz en los departamentos universitarios, las asesorías del Gobierno y el gueto verde o izquierdista. Uno parte de la ineficacia de la crítica revolucionaria a partir de los años setenta, mientras que el otro parte de la ineficacia de las políticas de crecimiento. La cuestión del Estado les divide de modo irreconciliable. Los antidesarrollistas, que intentan legitimarse en las luchas sociales auténticas, ven al Estado como enemigo de la democracia directa y el autogobierno; los decrecentistas, sin otra base en la que apoyarse más que la "izquierda social", o sea, la clase media en vías de proletarización, la lumpenburguesía ciudadanista, no son nada fuera del Estado y lejos de sus instituciones. Sus modelos son estatales: la Cuba de Fidel, la Venezuela de Chaves, la Europa de Cohn-Bendit…, por lo que abominan de la acción di138 Diferencia entre la Crítica Antidesarrollista y la Ideología del Decrecimiento recta, del antiestatismo, del asambleismo y… del anticapitalismo.

Carlos Taibo, en su panfleto sobre decrecimiento desaconsejaba esta etiqueta ¡para no ser confundido con los fundamentalistas islámicos! Los antidesarrollistas asumen la resistencia al capitalismo como terreno principal de afirmación; los decrecentistas no quieren verse involucrados en ella más que de forma simbólica.

La actitud ante las fuerzas represivas es diferente. Para los primeros, policía, ejército, jueces y guardia civil son monstruosidades a disolver, mientras que para los otros son instituciones a las que es mejor no hostigar. Por eso aquellos intentan reforzar su posición con actos de autodefensa, lo que les lleva a tener que afrontar la represión, y éstos nunca salen en busca del enemigo, ya que se contentan con influir en los medios de comunicación y en los responsables oficiales. Las condiciones óptimas para la acción antidesarrollista requieren un continuo enfrentamiento con el poder; las de la sociedad del decrecimiento priman la pacificación y el diálogo. El drama de la solidaridad combatiente se planta ante la comedia de la convivencialidad claudicante.

El antidesarrollismo no es una doctrina; es una reflexión crítica acerca de los retrocesos revolucionarios y los avances del capitalismo, avances que no sólo agravan los males sociales, sino que condenan el planeta a la destrucción. Es la hiel que la conciencia destila en un periodo histórico concreto. El decrecimiento es, en cambio, el néctar de la tierra prometida, una verdad revelada, una receta válida en cualquier momento y lugar, un idealismo posmoderno, ahistórico. Si uno nace de la experiencia del combate y de la derrota, el otro, que parte de cero, lo hace del encuentro entre la palabra de un gurú y la fe de sus seguidores.

Las palabras pueden sonar igual, pero no dicen lo mismo: “relocalizar la democracia” significa para los antidesarrollistas el poder a la asamblea pública y abierta al margen de los ayuntamientos; para los decrecentistas es electoralismo municipal. Igualmente “Salirse del capitalismo” significa para unos arrebatar espacios y liberarlos de la mercancía y del dinero; para otros es simplemente posicionarse políticamente “a la izquierda” dentro del sistema capitalista. Para unos los sindicatos y el trabajo asalariado han de desaparecer; para otros, los sindicatos han de “repartir el trabajo”.

En suma, abolir la miseria o distribuirla. ¡Y qué decir del “vivir mejor con menos”! Según quién pronuncie la frase, es un rechazo total del consumo o un sencillo consumo moderado. El doble significado refleja la doble intención. El antidesarrollismo persigue la reconstrucción de un sentimiento comunitario en las luchas reales, imprescindible si se quiere la formación de un movimiento revolucionario; el decrecentismo es una moda, y el movimiento por el que pugna transcurre mayormente en el espacio virtual.

Antidesarrollistas y decrecentistas consideran fundamental la descolonización de la vida cotidiana y del imaginario social, pero igual que los primeros juzgan el hecho de naturaleza antieconómica, los segundos lo creen de naturaleza psicológica, así que unos lo sitúan en el centro de las luchas anticapitalistas, a progresar con su radicalización, mientras que los otros lo ven como algo personal, a resolver con un cambio de hábitos, como el dejar de fumar. La

explicación de esa actitud residiría en su carácter idealista relacionado con una concepción del mundo pequeñoburguesa: el partido del decrecimiento cree que el ejemplo de unas cuantas cooperativas y otras tantas candidaturas bastará para cambiar la mentalidad de la mayoría, evitando así la necesidad de un cambio traumático. El capitalismo sería algo así como un "mal ejemplo" a corregir con uno bueno. Dada la bondad natural de las personas ya no haría falta nada más, pues "tenemos la irme convicción de que el ser humano está condicionado a inclinarse al bien y a la justicia verdadera" (blog de Enric Durán).

Ignora que un ejemplo sólo es verdaderamente anticapitalista cuando pone en peligro el sistema, o dicho de otra manera, cuando es adoptado por sectores importantes de la población. Pero entonces habrá que afrontar el contraataque capitalista, que será desleal y violento. El entendimiento con los decrecentistas se vuelve imposible, pero no solamente por su incomprensión de la naturaleza histórica del capitalismo y de la naturaleza humana bajo su dominio, es decir, del fenómeno de la alienación.

El pragmatismo decrecentista basa la actividad social en la mera satisfacción de necesidades, soslayando lo esencial, el carácter subversivo de los deseos y los sueños, y su función en la liberación de la vida cotidiana. La descolonización del imaginario no será obra de una dieta vegana, sino de una pasión ardiente; no será fruto de la frugalidad voluntarista, sino de una embriaguez colectiva. Y por supuesto, no la impondrá un monopoly cooperativista, sino la instauración generalizada del don y la gratuidad.

Las diferencias en el ámbito de la economía no son menores, puesto que cuando los decrecentistas hablan de la "superación" del capitalismo o de la transición hacia la "sostenibilidad" no se refieren a la abolición del mercado, sino a reformas fiscales, a medidas de ahorro, a las nacionalizaciones o al trueque empresarial (que incluso las multinacionales practican). La economía "popular" no es otra cosa que el capitalismo en régimen de adelgazamiento cohabitando con experimentos neorrurales: los bonos alternativos y los euros, el centro comercial y el mercadillo, la producción en serie y la artesanía… En cambio los antidesarrollistas quieren lisa y llanamente el in del Mercado, del dinero, del trabajo asalariado, del sistema industrial, de la propiedad y de la tecnociencia. Una sociedad libre no es como dice Serge Latouche "una sociedad con la sobriedad asumida", sino una sociedad sin Mercado ni Estado. Si de lo que se trata es de sobrevivir dentro del sistema, vale el ahorro, sea de mercancías, de energía o de trabajo. Pero ese tipo de ahorro no depende de una decisión personal o un decreto de Estado sino que viene determinado por leyes económicas, y por lo tanto, impuesto a los individuos desde fuera. En épocas de crecimiento la economía fomenta el despilfarro; en épocas de recesión, el ahorro es fuerza mayor.

Según el momento, la publicidad ensalzará las virtudes de los acondicionadores o nos aconsejará apagar las luces cuando salgamos de una habitación. El capitalismo decrece en los momentos de crisis y de ese decrecimiento hace un arma para trasladar sus efectos a las masas dominadas. Para sobrevivir basta con las restricciones y el bartering, pero para vivir de otra manera son necesarios los excesos y los desbordamientos: el saqueo acabará con el

consumo y simplificará la vida; los deseos la complicarán. La sociedad libre será una sociedad del potlatch, donde la "parte maldita", el excedente, se destruirá o se regalará.

La descomposición ideológica que acompaña a la aparición de las masas es tan grande que la izquierda del régimen, social o política, para impregnar el discurso del poder con una crítica moderna esterilizada que le permita presentarse como alternativa a sí mismo, ha de extraer argumentos de las ideologías de la descomposición: primitivismo, ecologismo, ciudadanismo, municipalismo… decrecimiento. Experiencias perfectamente válidas de agricultura biológica, autosuficiencia energética, soberanía alimentaria, contrainformación, talleres autogestionados, etc., son magnificadas y presentadas como panaceas. Sin embargo, la cuestión es saber como su potencial anticapitalista deviene real.

Sabemos que un contexto buenrollista y autocomplaciente ya basta para abortarlo, pero vayamos más lejos. El común denominador de todas las experiencias mencionadas es que a pequeña escala son compatibles con el capitalismo, incluso diríamos que son complementarias, aprovechables en un futuro crítico, si tenemos en cuenta la masa de excluidos del Mercado. No pasarán de un estadio marginal y si no van asociadas a luchas radicales su destino será formar parte de la sociedad contra la que surgieron, como una economía sumergida bajo garantía estatal. Separarse del capitalismo y plantar un huerto no es lo mismo. Ocupar un terreno y defenderlo, sí que lo es. El antidesarrollismo, en tanto que último estadio de la crítica social, acepta todas las experiencias constructivas en función de sus posibilidades logísticas y de su ejemplaridad. Sirven para preservar una opacidad que para los revolucionarios es fundamental, ayudan a liberar a unos cuantos individuos de los condicionamientos de la sociedad capitalista, y hacen más inteligible la perspectiva de la ruralización y la desindustrialización.

En general, los puntos esenciales del programa mínimo antidesarrollista, tales como el desmantelamiento de los aparatos productivo, represivo y cultural, el reequilibrio territorial, la simbiosis con la naturaleza o el rechazo del trabajo y del estado, no pasarán de fórmulas abstractas, al estilo de las diez erres latouchistas, si no se concretan, más que en monedas paralelas o redes de consumo responsable, en asambleas, debates, huelgas, movilizaciones, ocupaciones, etc., es decir, si no forman parte de la práctica consciente de un proyecto común de cambio revolucionario.

No es cuestión de que los dirigentes encuentren los métodos y propuestas decrecentistas aceptables, porque se trata justo de lo contrario, de que para el poder la metodología y las exigencias antidesarrollistas sean totalmente inaceptables.

Miguel Amorós.

Apuntes para las charlas del 24 de junio de 2010 en el Ateneo La Idea, de Madrid, del 2 de julio en Can Rusk, Girona, y para el debate con decrecentistas de Cataluña del 5 de julio en la librería Anònims, de Granollers.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Julio 2010

Elementos fundamentales de la crítica antidesarrollista

El objetivo de esta disertación no es otro que el de exponer las líneas maestras por donde discurre la crítica real del capitalismo en sus últimas fases, a la cual hemos llamado antidesarrollista. La cuestión social quedó en sus inicios planteada partiendo de la explotación de los trabajadores en los talleres, fábricas y minas. La crítica social fue ante todo crítica de la sociedad de clases y del Estado, pero en una fase posterior del capitalismo, la cuestión social surgió de la colonización de la vida y la explotación del territorio. Entiéndase territorio no el paisaje o el "medio ambiente", sino la unidad entre espacio e historia, lugar y habitante, geografía y cultura.

La crítica social pasó a ser crítica de la sociedad de masas y de la idea de progreso. Lejos de rechazar la crítica anterior, correspondiente a un tipo de capitalismo periclitado, la ampliaba y prolongaba, englobando hechos nuevos como el consumismo, la polución, la autonomía de la tecnociencia y el totalitarismo de apariencia democrática. La crítica antidesarrollista no niega pues la lucha de clases, sino que la conserva y la supera; es más, la lucha de clases no puede existir en estos tiempos que corren sino como antidesarrollismo. En lo sucesivo, quien hable de lucha de clases sin referirse expresamente a la vida cotidiana y al territorio, tiene en la boca un cadáver.

Podemos seguir el decurso de la aparición histórica entre los años treinta y noventa del pasado siglo de los primeros elementos de antidesarrollismo, comenzando por la crítica de la burocracia. La burocracia es el resultado de la complejidad del proceso productivo, de la necesidad de control de la población y de la hipertrofia del Estado, del cual las organizaciones "obreras" son un apéndice. A un determinado nivel de desarrollo, aquél en el que se separan propiedad y gestión, donde los que ejecutan órdenes quedan totalmente subordinados a los que coordinan y deciden, los estratos superiores de la burocracia que operan en las distintas esferas de la vida social – la cultura, la política, la administración, la economía – son realmente la clase dominante. La sociedad capitalista burocratizada queda dividida entre gestores y ejecutantes, o mejor, entre dirigentes y dirigidos. Dicha división nos retrotrae a otra anterior, la existente entre el trabajo manual y trabajo intelectual, que es la base del desarrollo burocrático. El trabajo manual pierde su creatividad y su autonomía por culpa del sistema industrial, que, al facilitar la estandarización, parcelación y especialización, lo reduce a pura actividad mecánica controlada por una jerarquía burocrática. El beneficiario de la mecanización no es simplemente el capitalista; es la propia máquina por la organización del trabajo y de la vida social que implica. Quien sale perjudicado en primer lugar es el trabajador, pero es toda la población la que quedará sometida a las exigencias de

la máquina. La fábrica, la máquina y la burocracia son los verdaderos pilares de la opresión capitalista. La crítica de la burocracia completa la crítica del Estado y del trabajo asalariado, y da lugar a la crítica de la tecnología.

El desarrollo unilateral de la tecnología, orientado hacia el rendimiento y el control, sirve a la sumisión, no a la libertad. Una existencia modelada por tecnócratas según normas fabriles es una forma de vida esclava. La ciencia y la técnica evolucionan bajo el signo de la dominación, que es dominación de la naturaleza y del ser humano. Pero una crítica a la ciencia y a la tecnología no significa un rechazo del conocimiento racional y del metabolismo con la naturaleza. Se trata del rechazo de una clase de ciencia y de una clase de tecnología, las que engendran poder y sumisión. Pero aceptación de las que no alteran las condiciones de reproducción de una sociedad igualitaria y libre. Aquellas que obedecen a las necesidades de una vida rural y urbana equilibrada, hecha a medida de las necesidades y deseos humanos. En nombre de la Razón. Pero si avanza por el dominio del conocimiento instrumentalizado, dicha razón, sometida a imperativos de poder, se autodestruye. La creencia en el mejoramiento humano mediante el conocimiento científico, la innovación técnica y la expansión económica, en otras palabras, la fe en el progreso, queda en entredicho. La crítica de la ciencia, de la tecnología y del sistema industrial es una crítica del progreso. Y asimismo, es una crítica de las ideologías cientistas y progresistas; en primer lugar, de la ideología obrerista, tanto en versión reformista como revolucionaria, basada en la apropiación, en nombre del proletariado, del sistema industrial burgués y de su tecnología.

El capital no consiste sólo en dinero, medios de producción, o saber acumulado; es el polo activo de una relación social mediante la cual genera beneficios a costa del trabajo asalariado. Cuando esa relación deja de circunscribirse a la producción y abarca todos los aspectos de la vida de los individuos, la explotación capitalista cambia cualitativamente y el conflicto social se extiende a la vida cotidiana, ahora dominada por el vehículo privado y las ansias consumistas, enmarcadas en una arquitectura miserable. A la crítica del trabajo se le añaden la de la sociedad de consumo y la del urbanismo, forjándose entre todas la crítica de la vida cotidiana, antaño esbozada como crítica a la moral sexual burguesa y reivindicación de los derechos de la mujer. La construcción de un estilo de vida libre ha de desterrar de la vida la lógica alienante de la mercancía. El método para hacerlo, la autogestión, ha de aplicarse contra la lógica capitalista, pues de lo contrario no sería más que autogestión de la alienación. La tarea pues de los futuros organismos comunitarios, que por los sesenta unos identificaron con los Consejos Obreros y otros con las comunas o los municipios libres, no puede consistir en la gestión de lo existente, sino en su transformación revolucionaria. La soberanía real de los individuos emancipados no significa en absoluto la “humanización” del trabajo o la “democratización” del consumo, sino la supresión de ambos y su sustitución por un nuevo tipo de actividad unitaria liberada de condicionantes.

La crisis ecológica eliminó de la crítica de la vida cotidiana el optimismo tecnológico, la creencia en un posible uso liberador de la tecnología, y sentenció al obrerismo, la creencia en el papel emancipador del proletariado industrial y el carácter potencialmente

revolucionario de los conflictos laborales. Fenómenos como la contaminación, la lluvia ácida, el consumo de combustibles fósiles, el uso de aditivos químicos y pesticidas, la enorme acumulación de basura, etc., demostraron que el reino de la mercancía no solamente condenaba la mayoría de la población a la esclavitud asalariada y a la alienación consumista, sino que amenazaba la salud y ponía en peligro la vida en la tierra. La lucha contra el capital no es pues simplemente una lucha por una vida libre, sino una lucha por la supervivencia. La abolición del trabajo y del consumo no pueden efectuarse desde dentro, a través de una pretendida radicalización de los conflictos por el salario y el empleo, puesto que lo que urge es el desmantelamiento completo de la producción, convertida en algo ponzoñoso e inaprovechable. Su "autogestión" es además de alienante, tóxica. La crisis ecológica revela pues los límites del crecimiento productivo y urbano, la condición sine qua non de la acumulación capitalista actual, cuando el desarrollo económico se ha convertido en el único objetivo de la política.

El desarrollismo tuvo su primera traba en la llamada "crisis del petróleo", a la que "el mercado" y el Estado reaccionaron con la construcción de centrales nucleares. Los peligros que la producción de energía nuclear comportaba para amplios sectores de la población y sobre todo la militarización social encubierta que comportaba, despertaron una oposición fuerte. De la unificación entre la crítica de la vida cotidiana y la crítica ecológica, especialmente en su vertiente antinuclear, nace a lo largo de los años ochenta la crítica antidesarrollista. El antidesarrollismo trata de fundir los elementos críticos nuevos precedentes: su negación del capitalismo es a la vez, antiestatista, antipolítica, anticientista, antiprogresista y antiindustrial.

Los nuevos frentes de lucha abiertos, englobados en el concepto de "nocividad", eran difícilmente defendibles, pues el final de la fase fordista del capital, caracterizada por la derrota del movimiento obrero tradicional, la industrialización de la cultura y el inicio de la mundialización, comportaban una catástrofe de la conciencia y un auge del ecologismo neutro. Reduciendo los problemas a cuestiones ambientales y económicas e ignorando la crítica social precedente, los ecologistas aspiraban a convertirse en intermediarios del mercado de la degradación, fijando con el Estado los límites de tolerancia de la nocividad. En efecto, los ecologistas desempeñarán en lo sucesivo el papel de asesores políticos y empresariales. Pero por otro lado, la destrucción de los medios obreros y la colonización acabada de la vida cotidiana habían aumentado sobremanera en la población la capacidad de soportar lo insoportable. Las clases antaño peligrosas se transformaban en masas domesticadas. El oscurecimiento de la conciencia se tradujo rápidamente en desclasamiento, pérdida de experiencia, insociabilidad e ignorancia, por lo cual el conocimiento de la verdad no condujo a la revuelta. Faltaban los lazos sociales disueltos por la mercancía. La crítica antidesarrollista se ampliaba hasta abarcar al ecologismo y la sociedad masificada.

La falta de resistencia permitió al capitalismo unos avances sin precedentes, exacerbando todas sus contradicciones y agravando el nivel de habitabilidad del mundo. La convicción

desarrollista del crecimiento como objetivo primordial de la vida en el planeta desembocaba en una crisis biológica. El calentamiento global, en un contexto de deterioro universal, impulsó el capitalismo "verde", basado en el "desarrollo sostenible", fruto del cual han sido los transgénicos, los automóviles de alta gama con motor de bajo consumo, los agrocombustibles y las energías renovables industriales. Las agresiones al territorio se han multiplicado: autopistas, trenes de alta velocidad, líneas de muy alta tensión, "parques" eólicos y "huertos" solares, urbanización ilimitada, incineradoras, cementerios de materiales tóxicos y radiactivos, regulación de cuencas hídricas, transvases, torres de telefonía móvil, abandono y suburbialización del campo… A esto hay que añadir los progresos en la artificialización de la existencia (de la que las nanotecnologías son la culminación), la proliferación de conductas psicopáticas y la entronización de una sociedad panóptica y criptofascista como respuesta institucional a los peligros de la anomia. Aunque el enemigo más grande del capitalismo todavía sea él mismo y las amenazas mayores contra él provengan de su propia naturaleza, una resistencia minoritaria ha podido desarrollarse gracias a conflictos locales de índole diversa, principalmente contra las grandes infraestructuras, con lo que la crítica antidesarrollista ha podido avanzar en varias direcciones y bajo diferentes apelativos, encontrando al azar de los desastres a partidarios y propagandistas que denuncian tanto los desastres territoriales como la domesticación y resignación de sus habitantes, gente que entendía que no podía solucionarse ningún problema empantanándose en la política, gente que no separaba una agresión específica de la sociedad que la causaba.

La sociedad desarrollista ha llegado al umbral a partir del cual la destrucción del hábitat humano es irreversible, y, por consiguiente, el control absoluto de la población es obligatorio. La defensa de una vida libre, para comenzar libre de prótesis tecnológicas, rica en relaciones, es como mínimo una defensa del territorio y una lucha contra todos los condicionamientos, bien se deriven del control social, del trabajo, de la motorización o del consumo. Pero eso solamente atañe a su momento defensivo. Su fase ofensiva es desurbanizadora, desindustrializadora, ruralizadora y descentralizadora. Ha de reequilibrar el territorio y situar a lo local y lo colectivo en el primer lugar del orden de preferencias.

Es también un combate por la memoria y por la verdad, por la conciencia libre y contra la manipulación del deseo; es, subsidiariamente, una lucha contra las ideologías que las ocultan y distorsionan como el ciudadanismo, el decrecentismo o la que viene en los manuales para adolescentes vírgenes estilo "la anarquía en diez cómodas lecciones" (municipalismo, estirnerismo, bonannismo, etc.). El capitalismo en su fase actual es eminentemente destructivo, y, por consiguiente, está en guerra contra el territorio y la gente que lo habita. La autodefensa es legítima, pero constituye sólo un aspecto del conflicto territorial.

Éste es un batallar por la autonomía en la alimentación, el transporte, la enseñanza, la sanidad, la vivienda o el vestido; un bregar por la solidaridad, por la comunidad, por el ágora y por la asamblea; por el "comicio", "ayuntamiento general" o "concejo abierto", que son

algunos de los nombres que recibía la práctica política de la libertad en las épocas precapitalistas peninsulares. La crítica antidesarrollista no llega como una novedad empaquetada y a disposición de quien quiera usarla. Resume y abarca todos los elementos críticos anteriores, pero no es un fenómeno intelectual, una teoría especulativa fruto de mentes privilegiadas dispuestas a largas jornadas de estudio y meditación.

Es la reflexión de una experiencia de lucha y de una práctica cotidiana. Está presente un poco en todas partes, de una forma u otra, como intuición o como hábito, como mentalidad o como convicción. Nace de la práctica y vuelve siempre a ella. No se queda en libros, artículos, círculos de enterados o torres de marfil; es fruto tanto del debate, como de la pelea. En una palabra: es hija de la acción, éste es su medio y no puede sobrevivir fuera de él.

Miguel Amorós.
Para la acampada antidesarrollista del 8 de julio de 2010, en Fellines, Girona.
Primeras Jornadas en Defensa de la Tierra, 22 de agosto de 2010, en Hervás (Cáceres).

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Septiembre 2010

Cuando en Asturias había revoluciones

"El pasado se parece a un museo de antigüedades; en él visitamos las horas transcurridas; cada cual puede reconocer las suyas."
Chateaubriand

"El tiempo se manifiesta como el destino del Espíritu que todavía no se ha completado en él mismo. La necesidad de poner en marcha la inmediatez del en-sí, la necesidad de realizar lo que en principio no es más que interior y de revelarlo."
Hegel

"El rey Wei dijo: '¿Hay un Tao para que uno ataque a diez?' Sun Pin dijo: 'Lo hay. Atacar cuando ellos no estén preparados, salir cuando no lo esperan'."
Sun Pin

Durante el periodo de ascenso y dominio de la burguesía la historia es bien la historia de la lucha de clases. Este punto de vista general no es abstracto, no al menos en la época que nos ocupa, sino eminentemente concreto. En la lucha se manifiesta el contenido de la tarea de la clase emergente y se vuelve consciente para ella. La conciencia es en verdad lo que conduce y guía a las clases en su mundo. Expresa el hecho puro y duro de que cualquier contenido o

sustancia de la lucha lleva consigo el sello de la universalidad, o, dicho de otra manera, de que por lo menos un contendiente ha renunciado a su particularidad y actúa según principios universales, llámense interés general o misión histórica. Al final, inexorablemente, dicho contendiente será lo que sean sus actos, pues sólo la acción determina el ser y el destino de la clase. Conocer y reconocer los movimientos de la clase de la conciencia, sus ideas, costumbres, reglas e instituciones, en suma, su obra, es pues el objetivo elemental de una historia verdadera. Asturias es un lugar privilegiado si nos atenemos a la intensidad y profundidad de la lucha de clases habida en su seno, y, por consiguiente, un escenario por excelencia histórico, un sitio cargado de historia. Esa historia no solamente es pasado, sino que, bien para alegría o para pesar de sus habitantes, es parte constitutiva de su presente, uno de los fundamentos de la triste realidad actual. No se conocerá bien ésta, y por lo tanto, no se la podrá cambiar cuando convenga hacerlo, si el pasado permanece enterrado en el olvido o museificado para su explotación en tanto que bien cultural del que se han apropiado los vencedor. Indudablemente, la gran aportación asturiana a las luchas sociales por la emancipación y la libertad ha sido la Revolución de Octubre de 1934, pues desempeñó el papel de La Commune de París ante el proletariado ibérico. Demostró que a igualdad de fuerzas y de armamento, o al menos en un grado de desigualdad que pudiera contrarrestarse con la moral revolucionaria y el factor sorpresa, el proletariado saldría victorioso contra el ejército y la reacción. La Comuna de Asturias fue derrotada, pero su ejemplo fue fecundo, pues dos años después los proletarios armados pudieron llevar a la práctica en buena parte del territorio peninsular experiencias que se dieron allí por primera vez. Fue, sin lugar a dudas, el preludio de la guerra civil revolucionaria de 1936.

Toneladas de literatura historicista han hecho de la constatación de la crisis de la burguesía española desde 1920 algo trivial y manido. La clase dominante lo había probado todo para reparar su aparado de poder: la reforma liberal, la dictadura, el retorno al sistema de la Restauración y… la República. Cada paso que daba complicaba más su situación, reforzando con sus errores al enemigo de clase. El primer bienio republicano terminó agudizando las tensiones sociales, desacreditando las soluciones intermedias. Ningún gobierno había podido conservar un ápice de lo que los derechistas llaman “la magia del orden”. En el horizonte próximo se vislumbraba la alternativa: o reacción o revolución. O la burguesía arrollaba a los obreros o éstos arrollaban a la burguesía. Andrés Nin comentaba: *“un país nunca se halla tan cerca del fascismo como cuando se halla más próximo a la revolución proletaria.”* Fascismo o revolución social; las dos salidas eran posibles, según quién fuese el ganador. Para cualquier observador de la contienda, resultaba evidente que la República no era más que un paréntesis, como lo fue la Dictadura de Primo de Rivera, la “dictablanda” de Berenguer o el gobierno del almirante Aznar. Era el último asidero de la burguesía, su momentánea tabla de salvación. A partir de ella podía reconstruir su plan de dominio, pero en 1933 la burguesía todavía no estaba preparada para ello. Había comenzado liquidando las formas democráticas creadas por ella, para lo cual había contado con la inestimable ayuda de socialistas y republicanos, pero le quedaba mucho por hacer. Le tocaba caminar sola, aunque para ello tenía que crear un movimiento de masas apoyado en la Iglesia y los

militares, dejando de sostenerse sobre partidos interpuestos que le hacían el juego. Había cubierto sus movimientos bajo el manto de republicanos de izquierdas y socialistas, y ahora hacía lo mismo con los republicanos radicales y autonomistas. Los anarquistas, en el contexto de un Estado de burgueses y terratenientes administrado por la pequeña burguesía, habían optado por la insurrección, sin resultados positivos, a no ser la derrota electoral de "las izquierdas" a la que indirectamente habían contribuido. La pequeña burguesía, representada políticamente en el Estado por la conjunción republicano socialista y en Cataluña por la "Esquerra", a decir de Jaime Balius *"o bien tiene que entregar los resortes del mando a los latifundistas y a la gran burguesía, o ha de inclinar la cerviz ante el proletariado insurgente."* Por toda respuesta ERC se lanzó de cabeza contra los trabajadores, la conjunción se deshizo y el PSOE quedó dividido ante la situación. La derecha (Besteiro) se oponía a un cambio de rumbo; el centro (Prieto) deseaba una vuelta al bienio pero con predominio socialista; la izquierda (Largo Caballero) se inclinaba por la ruptura con los republicanos y lanzaba consignas de frente único y revolución.

Había llegado la hora del proletariado, pero para que éste se encontrara en condiciones de afrontar la inmensa tarea que se le avecinaba, *"para producir un mundo adecuado a su concepto"*, tenía que unificarse como clase. Para poder presentarse a la lucha final en condiciones, debía superar no sólo la tradicional división entre reformistas y revolucionarios, sino la mucho más profunda entre proletariado agrícola y urbano. La primera iba a ser difícil, por cuanto que a las dificultades de conciliar dos estrategias opuestas había que añadir el hecho de que la CNT se hallaba escindida entre faistas y treintistas, y la UGT, entre prietistas y caballeristas. La segunda era casi imposible. La FTT apenas contaba entre las fuerzas socialistas y la CNT era contraria a una organización agraria específica. Los clamores por la unidad de obreros y campesinos no pasaban de ser simple retórica. Quienes más clamaban por la unidad, las pequeñas organizaciones comunistas, IC, BOC, PCE, USC, PCP, PSR, etc., era quienes más trabajaban contra ella, pues le yuxtaponían la necesidad de un partido dirigente que requería dos cosas: a corto plazo la exclusión del anarquismo revolucionario, la FAI, y, a medio, la fusión con el PSOE o en su defecto, con una de sus fracciones. Como el primer peldaño de esa estrategia consistía para la mayoría en apropiarse de la llamada cuestión nacional, el puente tendido hacia una pequeña burguesía que evolucionaba hacia la reacción adquiría la fuerza del dogma. La radicalización, más verbal que otra cosa, del ala izquierda socialista, y el oportunismo de los sindicatos escindidos de la CNT, confluyeron con los delirios de vanguardia de los comunistas en la Alianza Obrera. En efecto, lejos de ser el organismo unitario que pretendía, la Alianza era un pacto de circunstancias donde el peso de la UGT era decisivo, lo que significaba en la práctica la preponderancia política del reformismo y la marginación de la CNT, exhausta y sin proyecto. El proletariado nunca conseguiría la unidad fuera de sí mismo, en un partido cualquiera o en un vulgar acuerdo entre partidos y sindicatos. Una alianza real tenía que producirse en las bases de todas las organizaciones obreras y trasmitirse a sus representantes y a sus comités. Entonces sí podría hablarse de unidad, puesto que el proletariado, en las asambleas y demás organismos emanados de ellas, o sea, en los consejos obreros, estaba en su elemento y podía actuar

conforme a su naturaleza en plena libertad. Esa libertad ya no quedaba fijada por dirigentes, sino que se oponía a ellos, por ser negación constante de todo lo que actúa como freno o barrera. Usando de ella en su terreno, el proletariado podía superar las contradicciones entre reforma y revolución, autoridad y libertad. En eso consiste la verdadera unidad, que solamente se dio, y no por completo, en Asturias.

Del lado de la CNT, cuando habían trascurrido tan sólo unos meses de las escisiones, la cuestión de la unidad obrera ocupó la primera línea de la discusión. Era forzoso reflexionar sobre el fracaso insurreccional de diciembre, la quiebra internacional de la democracia burguesa y la consiguiente iniciativa represora de la burguesía española concretada en detenciones, clausura de locales, endurecimiento patronal, maniobras militares, tribunales de urgencia (creados por el socialista Fernando de los Ríos), cierre de periódicos, cónclaves de obispos, activismo fascista, etc. La unidad antiautoritaria de la clase obrera era una cuestión decisiva, pues estaba claro que al avance fascista burgués no se le podía parar sino con una nueva insurrección, para la cual se necesitaban aliados. Valeriano Orobón fue el primero en hablar claro en su famoso artículo de febrero:

“La realidad del peligro fascista en España ha planteado seriamente el problema de unificar el proletariado para una acción de alcance más amplio y radical que el meramente defensivo. Reducidas las salidas políticas posibles de la presente situación a los términos únicos y antitéticos de fascismo o revolución social, es lógico que la clase obrera ponga empeño en ganar esta partida […] La unión combativa de clase es hoy cuestión de vida o muerte para la causa del proletariado […] La fracción que vuelva las espaldas a esta necesidad se quedará sola y contraerá una grave responsabilidad ante sí misma y ante la historia […] Situarse frente a la unidad es situarse frente a la revolución.”

Era una cuestión de primer orden, pero el mayor problema para la CNT era su falta de estrategia, su carencia de programa, de donde discurría la dificultad en articular respuestas coherentes a corto y medio plazo por más necesarias que fuesen, como en el caso presente. El tema de la unidad fue tratado en el Pleno Nacional de Regionales de febrero, en el cual hubieron muchas reticencias a un pacto con el enemigo de anteayer. Concretamente, los libertarios no deseaban aliarse con la UGT porque consideraban a los socialistas responsables de la represión anterior y porque no querían verse arrastrados a una aventura gubernamental. Con todo acordaron trasladar el debate a las regionales y tomar una decisión en el próximo pleno. Los asturianos se presentaron al Pleno Nacional de junio con un pacto unilateral con la UGT, poniendo al resto de la Confederación ante hechos consumados. La discusión fue calurosa; para la mayoría la alianza sólo podía ser efectiva “en la calle”, pero para madrileños y asturianos era la condición necesaria de la revolución. Finalmente se acordó posponer el debate, emplazar a la UGT a pronunciarse respecto a una alianza revolucionaria y esperar una respuesta que nunca iba a llegar, puesto que los socialistas querían un cambio de gobierno y no una revolución.

Irritadas con una represión que juzgaban demasiado tibia, las derechas fascistizantes retiraron el apoyo al gobierno radical y éste tuvo que dimitir. El nuevo gobierno había de

contar con ministros derechistas y desarrollar una política represiva mucho mayor, esta vez alcanzando a toda la obra del gobierno Azaña: a la reforma agraria, a los jurados mixtos, a los ayuntamientos de la izquierda y al estatuto catalán. La provocación estaba servida. Los socialistas, sin esperar a nadie -acaso para no comprometerse con nada y conservar las manos libres- proclamaron la huelga general, a la que se sumaron las fuerzas de la Alianza Obrera. Los anarquistas, salvo en Asturias, se limitaron a verlas venir. El Gobierno proclamó el estado de guerra y dio buena cuenta de los conatos de huelga revolucionaria. Solamente en dos puntos la huelga derivó en insurrección, en uno cómica y en el otro dramática: Cataluña y Asturias.

En Cataluña la Alianza Obrera distaba más de ser un consejo obrero que en ningún otro sitio. De hecho era una alianza interclasista en la que la iniciativa correspondía al ala separatista del partido ERC y a la Generalitat. La Alianza Obrera en realidad era un pacto entre el sector reformista del proletariado catalán, la pequeña burguesía y los "rabassaires", y su objetivo principal no era la revolución social sino la soberanía de Cataluña, de la que el aplastamiento de los anarquistas sería una consecuencia. Gracias a las trasferencias de orden público la Generalitat disponía de tres mil policías y había conseguido armar a siete mil "escamots" para esa eventualidad. La parte obrera, compuesta en su mayoría por sindicatos escindidos o expulsados de la CNT, podía movilizar a diez mil trabajadores, pero sólo para manifestarse, porque los jefes de la "Esquerra" eran contrarios a la formación de milicias obreras, aunque sus líderes hicieran ostentación de catalanismo. El resultado fue el de esperar. La pequeña burguesía puede alardear de violenta, pero ella solamente lo es cuando se trata de combatir a los obreros; en cualquier otro caso prefiere regatear y negociar. Todo indica que así sucedía en Cataluña, pero la Generalitat se dejó desbordar por los separatistas. Cuando quedó constituido el gobierno con tres ministros de la CEDA se proclamó la huelga general, pero la Generalitat, a pesar de las presiones, rehusó declarar la independencia y aguantó hasta las ocho de la tarde del día 6, cuando no tuvo más remedio que proclamar el Estat Català "dentro de la república". La sinceridad de la declaración podrá medirse por la nula resistencia ofrecida a las tropas gubernamentales, a pesar de contar con una superioridad numérica apreciable. Al día siguiente, un destacamento de quinientos soldados con alguna artillería salió a la calle y cañoneó el palacio de la Generalitat, que se rindió de inmediato. Los "escamots", sin presentar la más mínima resistencia, huyeron en todas las direcciones, abandonando las armas por la calle. El "president" y sus "consellers" se entregaron al general Batet. Algunos escaparon por las alcantarillas. Y eso fue todo. La Generalitat brindaba un éxito rápido al Gobierno, desmoralizando al resto del país y favoreciendo el declive de la huelga. Tampoco los propios socialistas se esforzaron en mantenerla allí donde la habían desencadenado. Tan sólo quedó Asturias. En ese dichoso lugar las cosas funcionarían de otro modo. Gracias a la Comuna de octubre el proletariado ibérico devino una totalidad transparente a sí misma y aportó inapelablemente a la historia de la lucha de clases su conclusión.

Miquel Amorós, 3 septiembre de 2010.

Septiembre 2010

Urbi et Orbi

Principios de antidesarrollismo

"La palabra española pueblo traduce la griega polis con exactitud superior a la de cualquier vocablo inglés, pues esta comunidad no constituye meramente la unidad geográfica y política sino también la unidad social que trasciende todos los conceptos."
Julián Pitt-Rivers, *El pueblo de la Sierra*.

1.

Al urbanizarse finalmente Europa según el modelo americano de conurbaciones y suburbios en permanente expansión, se perdió la cultura urbana de las ciudades. Fin de la ciudad y sus barrios como comunidad. En su lugar, vacío social, agostamiento intelectual y esterilidad creativa. La urbe moderna es aburrida, decadente, masificada, despersonalizada, ruidosa, insalubre y vulgar. Es una pesadilla que contradice la idea de civilización, derivada de civitas. Su funcionamiento es la negación de lo que fueron sus orígenes. Las raíces de la crisis habría que buscarlas en el periodo en que la burguesía quiso racionalizar la ciudad e imponerle políticas expansionistas. Desde entonces, ningún habitante fuera de la clase propietaria fue propiamente un ciudadano, es decir, nadie fuera de la burguesía pudo formular su opinión, expresarla libremente y lograr que contara en la decisión. Las herramientas urbanísticas contribuyeron lo suyo a esa desposesión, contra la cual emergió la cultura obrera.

Después, todo ha ido a peor, pues el esclavo del trabajo es ahora esclavo del consumo, y en tanto que tal, se halla tan manipulado por los medios, tan aislado y tan amedrentado, que ya no le cabe, como a su antecesor, el recurso al motín y a la insurrección, y no puede hacer otra cosa que encerrarse en su piso-búnker.

2.

La globalización y el Estado policial han degradado horriblemente el universo cívico, alumbrando en las metrópolis no a un sujeto colectivo dotado de autonomía y guiado por la razón – una clase –, sino a un átomo narcisista y gregario, amorfo y alienado por la superstición del progreso. Al abandonar el agro, escapar a la costumbre y olvidar la tradición, el hombre – y la mujer – no dio ni un paso hacia la libertad, sino que caminó directo a la servidumbre: toda su andadura está hoy condicionada por el trabajo, administrada por la burocracia, registrada por cámaras y regulada por el consumo. El automóvil, el cajero automático, el psiquiatra, la segunda residencia y el centro comercial son las imágenes de un bienestar contaminado y de una libertad abyecta donde quedan

asfixiados los restos de su individualidad y rotos los lazos que le unían a los de su clase. Auto reprimido y en un estado tan apático, no podría cambiar nada aunque quisiera, puesto que ni siquiera puede cambiarse a sí mismo. Pero la sociedad industrial y desarrollista no solamente aísla, neurotiza y aniquila a sus súbditos, sino que somete y destruye el territorio, forzándolo a orbitar alrededor de las conurbaciones y condenándolo a ser fagocitado por ellas. Es un doble movimiento de destrucción, centrípeto y centrífugo. Hacia adentro, transformación del individuo en marioneta de la economía; hacia afuera, suburbanización del espacio natural y rural. Con ayuda de la corrupción política y la venalidad legal, el territorio cae víctima de la especulación inmobiliaria, de la depredación turística, de la logística y de los grandes proyectos, bien energéticos, de almacenaje, de incineración o de infraestructuras. El agotamiento del modelo nacional de capitalismo ha dado lugar a una monstruosa economía mundializada, donde la deslocalización, la circulación, el negocio inmobiliario y la ingeniería financiera imponen sus reglas. Estas aparecen como enormemente irracionales porque el proceso globalizador no ha acabado, porque los modos de vida anteriores y sus valores no han desaparecido, y porque las leyes de acompañamiento no se han desarrollado en los detalles. La nueva etapa del capital alberga las contradicciones típicas de una transición demasiado rápida, a las que se suman otras más profundas de tipo estructural, y a pesar del martilleo político a su favor no puede ocultar que, más que un nuevo estilo de libertad con posibilidades de multiplicarse gracias a las nuevas tecnologías y al desarrollo de la maquinaria estatal, lo que aporta es una nueva forma de opresión que, mediante prótesis tecnológicas y gendarmería, superará con creces a todas las anteriores. Dicha opresión no se reduce a la explotación en los lugares de trabajo, sino que abarca la vida de las personas y el territorio que las cobija, pero sólo parece hacerse visible en las luchas en defensa del territorio, porque únicamente fuera de las conurbaciones existen suficientes individuos con una vida alejada del consumismo, todavía capaces de tomar conciencia del desastre ecológico-social y de enfrentarse a sus causantes.

La urbe contemporánea no es ni por asomo el lugar de la solidaridad y de la protesta. Los amasijos de bloques y el tráfico de las circunvalaciones se las han tragado. Allí nada se diseña a escala humana ni nada se hace con fines humanos. Hace tiempo que el espacio no edificado ha dejado de ser público y que la comunicación directa ha sido proscrita. Los tecnócratas que operan como sumos sacadotes de la urbe imponen un diseño que bien se podría calificar de cosmológico, puesto que glorifica las deidades de la tecnología, el progreso y el interés privado. La nueva arquitectura y el urbanismo asociado dan forma al triunfo de los mitos desarrollistas del poder, algo tan inhumano y opresivo que resulta extraño que los incendios no hayan traspasado la frontera de los guetos. Mas el vecindario habitual apenas se atreve a protestar, ya que se ha habituado a la vida miserable y a su absoluta falta de control sobre lo que acontece. Está domesticado.

Desde luego, si actúa, no cuestiona ni amenaza lo más mínimo el *statu quo*. El aire de la conurbación vuelve a la gente esclava, por eso muchos huyen de ella y otros, foráneos, ya no acuden a su reclamo.

3.

Ninguno de los problemas de la avalancha urbanizadora podrá solucionarse, ni ningún desequilibrio territorial corregirse, en el marco del régimen capitalista, dentro de su ordenamiento político-administrativo. El desastre ecológico y social es imparable. No sirven de nada las normativas proteccionistas, los planes de desarrollo "sostenible" o las tasas "verdes" compensatorias. La metropolitanización y subsiguiente agresión al territorio son debidas a una formación social concreta, la sociedad capitalista globalizada. El tiempo y el espacio humanos se han mercantilizado, se han convertido en capital. Nada puede considerarse al margen del mercado. En consecuencia, la salvación del territorio, de la vida y de la misma ciudad, dependerá, no de leyes, impuestos o pronunciamientos políticos, sino de un cambio radical y global de régimen. La conciencia de ese cambio costará una larga y dolorosa experiencia de luchas, que originarán un montón de ideologías, extremistas unas, conservadoras la mayoría; unas mirando al futuro, las demás contemplando el pasado; todas convertidas en herramientas del poder y comprometidas objetiva o subjetivamente con el capitalismo. Su superación ha de ser la conditio *sine qua non* de una teoría crítica radical que establezca las bases del antidesarrollismo revolucionario.

4.

La situación del territorio – por territorio no entendemos únicamente el suelo o el paisaje, sino su historia, su cultura y sus gentes proletarizadas – es el punto de partida de cualquier auténtico movimiento de luchas. Para proporcionar fundamentos sólidos a la crítica social moderna es indispensable el conocimiento de dicha situación. La crítica ha de prolongarse con una actividad abierta antidesarrollista, en donde hallen su elemento la solidaridad, la dignidad, el deseo y los demás factores de liberación, pues la sociedad emancipada habrá de reedificarse sobre pilares comunitarios y valores humanos. La acción debutará a la defensiva, como resistencia a la agresión, autodefensa y rechazo a colaborar con el orden establecido. A la vez tendrá que plantearse seriamente la segregación (o la negativa a ser absorbido); en cualquier caso, esto significará una vuelta a lo local, que será fallida sin una automarginación completa de la economía y de la política. Las experiencias iníciales de vida al margen son tan necesarias como las movilizaciones, puesto que ambas sirven de ejemplo y cumplen objetivos pedagógicos, y por eso mismo, contribuyen a la aparición de una conciencia anticapitalista, algo imprescindible en cualquier ofensiva, especialmente en la que ha de desmantelar el aparato político-económico vigente y conducir a la desurbanización.

5.

Para invertir los procesos urbanizadores habría que suprimir las causas que los desataron, a saber, el uso generalizado del dinero, el mercado de la tierra, la industrialización de la agricultura, la producción en serie, el abaratamiento del transporte y la expansión del crédito. Por ejemplo, al imponerse una producción agraria y ganadera para el mercado, la ciudad se abastecía al mejor precio en mercados cada vez más lejanos, rompiendo lazos y

descoyuntando su entorno silvoagropecuario; los alfoces, las vegas y los huertos urbanos perdieron su función y se convirtieron en periferia suburbial; el campo se despobló en beneficio de las ciudades industriales que crecían sin impedimentos gracias primero al ferrocarril y luego al automóvil. La producción se distanció del consumo, y el lugar de trabajo del hogar familiar. El vehículo privado es el responsable máximo de las barriadas dormitorio y ocupa más de las dos terceras partes del espacio de las caóticas áreas metropolitanas. La circulación de mercancías y de dirigentes exigió unas infraestructuras cada vez más grandes, determinando un crecimiento tentacular de las metrópolis, del cual, en el estado español, la conurbación costera mediterránea es el ejemplo lineal más claro, y Madrid, el ejemplo radial más imponente.

La conurbación elevada a megalópolis – aglomeración ilimitada de edificios – es el producto más genuino de la mundialización capitalista, y solamente un colapso de la economía, fruto particular o combinado, de una catástrofe natural, de la ruina de un Estado, de una revuelta, de una crisis energética o de una quiebra financiera, puede detenerla. Ese sería el momento de una ofensiva social que, dinamitando cualquier estructura jerárquica, cree un escenario acorde con el antidesarrollismo y con los estilos de vida que plantea.

6.

Habrá que reconstruir la sociedad según las directrices de una economía moral no separada del resto de actividades, que no altere las relaciones sociales igualitarias establecidas por un régimen de verdadera libertad, o sea, que favorezca la autosuficiencia local, los intereses colectivos y las estructuras políticas horizontales.

Será una economía de subsistencia y no de acumulación, donde el trueque prime sobre el intercambio con dinero y el equilibrio domine sobre la expansión. Teniendo en cuenta que es más barato cultivar un huerto que ir al hipermercado (y más sano), o producir electricidad en casa que pagarla a una empresa, y, en general, que las dos terceras partes de los bienes y servicios requeridos por una familia se producen más eficientemente de forma doméstica, que no se necesitan intermediarios y que el grado de motorización exigido será bajo, no le será difícil arrancar. Pero conviene tener presente que aunque domine la agricultura tradicional en tal clase de economía, no todo está resuelto asegurando la alimentación mediante la integración de la agricultura con la ganadería y el aprovechamiento de los montes. Habrá de responder de los recursos hídricos y energéticos, del transporte, calzado, vestido, vivienda, sanidad, educación, arte y cultura. La creación de cooperativas, redes y mercadillos de intercambio equitativo, no será más importante que la de escuelas, bibliotecas, ambulatorios, energía renovable, sistemas de irrigación, medios públicos de desplazamiento y milicias de autodefensa. En el campo contrario, las conurbaciones necesitan un índice de motorización elevado (lo que implica un considerable derroche energético), un abastecimiento constante a gran escala, una eliminación puntual de residuos, una enorme burocracia administrativa y gran cantidad de servicios de mediación, jurídicos, financieros o de otra índole. La falta o deficiencia de cualquiera de estas cosas las

hará inviables a corto o medio plazo. Un aprovisionamiento irregular, una bajada significativa en la producción de combustibles fósiles, los apagones por culpa de una tecnología demasiado unilateral y centralizadora, etc., harán que entren en regresión y entonces resultará relativamente fácil reinvertir la proporción entre lo urbano y lo rural.

7.

La economía doméstica requiere un territorio autosuficiente, descentralizado, integrado y diversificado, trabajado con una politecnología adaptada al campo y orientada a la satisfacción de necesidades. La autosuficiencia no quiere decir autarquía, por lo que en los primeros tiempos puede que la desmonetarización no sea absoluta, aunque habrá que restringir el uso del dinero a lo estrictamente necesario, y, en todo caso, impedir su atesoramiento y su uso como fuente de poder o de beneficio particular.

La descentralización resulta obligada para el arraigo del colectivismo, para la desindustrialización y para el despegue de la producción local. La integración o deszonificación, es básica para la armonía entre el campo y la ciudad, o dicho de otra manera, para la reunificación no jerarquizada entre el espacio ciudadano con su región: su instrumento principal es la planificación regional, evidentemente antidesarrollista, puesto que el reequilibrio de las regiones no dependerá de una redistribución de capitales, sino de la interpenetración entre el territorio y sus habitantes. Los planes de desarrollo invitan al expolio, al despilfarro y a la dictadura, mientras que los planes antidesarrollistas lo hacen a la repoblación racional y al intercambio generoso con la naturaleza gracias al uso racional de recursos, clima, orografía, conocimientos y saberes. La diversificación ahorra desplazamientos y por consiguiente, energía, además de reducir la dependencia y alentar la autonomía.

Seguramente, la abundancia de bienes y servicios públicos típica del colectivismo comportará una escasez de bienes y servicios privados, pero en todo caso, el vivir en una comunidad libre compensará el sacrificio del consumo superfluo, la supresión de servicios inútiles y la falta de ocio industrializado. Lo que prima en una sociedad libre no es el bienestar particular derivado del beneficio privado, sino la felicidad colectiva, que no puede mantenerse sino conservando por una parte el medio y la sociedad emancipada, y por otra, la simbiosis entre ambos.

8.

Tras una rápida exposición del proceso ruralizador ¿cómo queda la ciudad? La ciudad propiamente dicha ha de renacer de las cenizas de la conurbación y redefinirse con relación a su entorno rural, puesto que habrá de abastecerse de él, y, por consiguiente, producir para él e intercambiar productos y servicios.

La vida ciudadana es diferente a la de cualquier otra forma civilizada, pues representa en la historia la tentativa más eficaz de recrear el mundo de acuerdo con los deseos y las aspiraciones humanas más elevadas. Sin embargo, hoy en día es más que problemático que

la libertad florezca en su seno. Demasiada gente la busca lejos y demasiados cambios son imprescindibles. Para que actúen de forma concertada sus habitantes han de compartir suficientes intereses comunes; eso solamente será posible si logran suprimir las distancias políticas y sociales, si reducen su tamaño, si aprenden los oficios, si la fábrica se substituye por el trabajo a domicilio, si reinstauran el ágora…, o, visto desde otra perspectiva, si la producción, el trabajo y la gestión política se integran con la fiesta, el consumo, la defensa y la cultura. Por separado, ninguna de esas actividades puede constituir un modo coherente y satisfactorio de vida. La vida auténtica, sin embargo, no puede quedar amputada de ninguna de ellas. Por otro lado, perfilando los detalles, la ciudad no tiene por qué albergar toda la actividad industrial y comercial permisible, pudiendo éstas repartirse por el campo, situarse cerca de la materia prima e integrarse con la actividad agraria. Por idéntica razón, la ciudad puede amparar huertos en su interior y abrir pasillos a la naturaleza. El derrumbe de la conurbación solucionará en principio problemas como el de la vivienda, pero los del transporte y de la asamblea o ayuntamiento general no hallarán salida más que con el redimensionamiento en extensión y altura del espacio urbano, amén de la repoblación del centro histórico. Habrá que demoler las nueve décimas partes de las conurbaciones para poder recrear condiciones humanas y civilizadas. Recuperar el espacio público de paseos, calles y plazas, librarlo del consumo, del turismo y del ocio masificado, a in de que recobre sus funciones comunitarias. Cada conurbación tendrá su propio proceso de descomposición, según la magnitud de las contradicciones que lo desencadenen y la intensidad de los conflictos que genere. A la vista de lo que ya sucede, la desintegración urbana generará altas cotas de violencia y la proliferación de bandas. Que el resultado final sea una comunidad libre o una formación social clasista y autoritaria dependerá del grado de conciencia y determinación alcanzado en el mencionado proceso, así como de las estrategias desurbanizadoras y antiestatistas que se apliquen en el territorio. O se gana o se pierde, lo cierto es que nada puede asegurarse; habrá que esperar al sujeto colectivo engendrado por la devastación, y las luchas actuales parecen indicar que sus ingredientes se mezclarán fuera de las conurbaciones, pero no demasiado lejos de ellas.

Miguel Amorós, charlas en el Ateneu Llibertari L'Escletxa, Alacant, 25 septiembre 2010 y en la asociación Los Glayus, Oviedo, 7 noviembre 2010.

Octubre 2010

¿Defensa del territorio o cogestión de su ruina?

Una sociedad libre será mayoritariamente una sociedad campesina; la conurbación es una formación social estrictamente capitalista incompatible con el advenimiento de la libertad e inviable en economías sin mercado. Estas dos verdades nos llevan a considerar el cambio revolucionario desde perspectivas completamente nuevas. Por eso al hablar de agricultura biológica, soberanía alimentaria o autosuficiencia, es decir, del lado positivo del antidesarrollismo, conviene señalar el marco en el que éste tiene lugar, la situación concreta del territorio.

En una sociedad en vías de urbanización total el territorio se convierte en vacío disponible; una reserva general de espacio a merced de los centros de decisión metropolitanos. En la nueva etapa de desarrollo capitalista la opresión ha suprimido el tiempo y se ha espacializado; el espacio social es creación del capital y obedece a su lógica. La explotación del territorio desempeña ahora el mismo papel que la explotación del trabajo en la etapa anterior, pero para que eso ocurra óptimamente no solamente hace falta rellenar de mercancías los lugares, sino que son necesarios determinados cambios formales que adecuen la especificidad territorial a la economía y no traben la expansión ilimitada de los núcleos urbanos. Cambios que además de trivializar la existencia en el campo, fomenten la deslocalización, el abandono de la agricultura y la suburbanización. Esa, digamos, postrera campaña de racionalización capitalista se dota de los correspondientes instrumentos jurídicos: leyes que favorecen la actividad urbanística, cuotas agrarias, leyes del suelo, reformas en la administración local, normativa de expropiaciones, ordenamientos generales, actuaciones integrales, planes de infraestructuras, etc. Por otra parte, la globalización conforma una nueva clase dirigente ligada a la gestión política, financiera y empresarial del espacio más que a la propiedad privada de los medios de producción; una clase nacida de la transformación de la burguesía tras la derrota del movimiento obrero y la descomposición de las clases tradicionales.

Se trata de una clase en constante movimiento que se desenvuelve dentro de la división internacional del trabajo e induce una reordenación territorial global, o, en otras palabras, que es responsable de constreñir el territorio a los caprichos del mercado mundial. Desde su óptica, cualquier resistencia al mercado constituye un “atraso” y toda adaptación, el “progreso”. La existencia de un campesinado autónomo sería pues la quintaesencia del atraso, y su extinción, lo más progresista. Las instancias regionales constituyen el primer eslabón para una desregularización de los usos del territorio, para la terciarización de la economía, y por consiguiente, para la mundialización rápida de los recursos locales. Los cambios se financian gracias sobre todo a los excedentes producidos por la especulación inmobiliaria; así pues, el trasvase de capitales de la industria, la agricultura y la minería a los servicios descansaría principalmente en la construcción de viviendas, rondas y grandes

infraestructuras. El campo había dejado de ser despensa de alimentos para transformarse en cantera de terrenos, abriendo las puertas de par en par a la concentración poblacional, a la agricultura industrial y a la "reconversión ambiental", con resultados cada vez más catastróficos para el territorio y sus habitantes. La tierra ha dejado de ser el crisol donde se funde la identidad entre los individuos y su comunidad.

La colonización del territorio por la mercancía produjo conflictos desde los años setenta, pero éstos no ocuparon un lugar central en la lucha anticapitalista hasta mucho más tarde, cuando la conciencia de los combatientes empezó a superar los obstáculos del oportunismo ecologista y del enroque obrerista. En efecto, tanto los ecologistas como los obreristas atacaban al capitalismo globalizado en nombre de una formación capitalista anterior, liquidada, en la que los sindicatos, las asambleas de fábrica y los partidos verdes ejercían de contrapeso a los requerimientos unilaterales del mercado. Pero otra vuelta de tuerca más en la suburbanización – y en la cultura de masas – y el territorio quedó uniformizado, ordenado según criterios de rentabilidad máxima, Y albergando un idéntico estilo de vida, donde el consumo era interpretado como la mismísima felicidad terrenal, y, por lo tanto, considerado casi como un deber cívico. El compromiso con las instituciones y las empresas por la degradación controlada del territorio desacreditó al ecologismo, mientras que la desaparición de las fábricas apagó los rescoldos del obrerismo.

La condición obrera es propia de la sociedad urbana; el salario es impensable en el mundo rural tradicional. Ahora bien, tal condición, que antes servía para cimentar una clase, ha experimentado una fuerte transformación en la sociedad plenamente urbanizada, que ha conducido a la disolución de la conciencia de clase y a la masificación anómica. Pero con o sin conciencia, el conflicto laboral ya no supera los límites del sistema, y por consiguiente, no lo cuestiona. Ni siquiera cuestiona la existencia misma de la conurbación. Otro tanto podríamos decir del ambiental.

En cambio, el conflicto territorial, sí. Un territorio autónomo y liberado es algo radicalmente incompatible con el orden capitalista, cosa que no podía decirse de la defensa del paisaje, del salario o del empleo. También algo incompatible con las masas urbanas asalariadas. La defensa del territorio tenía un contenido anticapitalista y desproletarizador difícil de negar y revelaba una característica esencial que la distinguía tajantemente de los planteamientos obreristas y verdes, al tiempo que denunciaba su inoperancia y obsolescencia. Esa característica propia era el antidesarrollismo. El combate por el territorio negaba un dogma básico del capitalismo y del socialismo obrerista, el desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, el crecimiento ilimitado – tanto en su forma dura como en la socializada o la "sostenible" – como norma obligada de funcionamiento y solución de los problemas sociales. Bien al contrario, dicho crecimiento los agravaba. La reconstrucción totalitaria del espacio social como nuevo proyecto de clase violentaría tanto al territorio que forzosamente tenía que crear problemas. La protesta, tantas veces descabezada, no podía sino reproducirse y ampliarse, por lo que su desactivación pasó a ser el objetivo principal de la clase dirigente. Entonces la dominación cambió de política, pasando de la completa

intolerancia al reconocimiento parcial del conflicto y la negociación. Así nació la "democracia participativa", herramienta con la que fabricar un falso sujeto mediador extraído de comités autoproclamados, plataformas y seudomovimientos sociales – la delegación de la ciudadanía – y de esta manera encerrar la protesta en escenarios locales, fragmentándola y aislándola. La democracia participativa era invocada expresamente para sabotear el renacimiento de una conciencia social del territorio, impidiendo la aparición de un verdadero sujeto histórico.

Primo Levi, en *Hundidos y salvados*, mencionaba una zona gris entre los verdugos nazis y sus víctimas compuesta por toda clase de prisioneros colaboradores, gracias a la cual los campos de concentración y de exterminio podían administrarse. Dado que la colonización actual del territorio se desempeña con métodos que se corresponden perfectamente con una sociedad jerarquizada, burocrática y autoritaria, no resulta nada equivocado establecer un paralelismo y hablar de una zona gris compuesta por todos aquellos que buscan fórmulas de compromiso entre la agresión al territorio y su defensa.

Quien haya frecuentado comisiones cívicas y plataformas vecinales podrá mutatis mutandis reconocerse hoy en día en las palabras de Levi entrando en el "lager": "todos, a excepción de quienes habían pasado por una experiencia análoga, esperaban estar ante un mundo horroroso pero descifrable, en conformidad con el modelo simple que iba con nosotros atávicamente: "nosotros" dentro y el enemigo fuera, separados por una frontera neta, geográfica. La llegada al campo de concentración era en cambio un choque, causado por la sorpresa que le acompañaba.

El mundo adonde nos precipitaban era en efecto horrible, pero indescifrable: no concordaba con ningún modelo; el enemigo estaba tanto alrededor como adentro; el "nosotros" perdía sus fronteras, los adversarios no eran dos y no se distinguía una línea de separación única sino numerosas y confusas, innumerables quizá, una entre cada individuo y el de al lado. Entrábamos esperando como poco la solidaridad de los compañeros de infortunio, pero los aliados que se esperaban, salvo casos especiales, brillaban por su ausencia. En su lugar había mil mónadas selladas en lucha desesperada, disimulada y continua. Esta brusca revelación que se manifestaba desde las primeras horas de cautividad a menudo en forma de agresión concéntrica por parte de quienes se esperaba fuesen aliados en el futuro, era tan ruda que bastaba y sobraba para hundir de golpe cualquier capacidad de resistencia." Los antros grises están formados por quienes aceptando las reglas del juego político de la opresión, piden protección al Estado agresor mientras cada cual disimula su interés particular con la boca llena de consignas como derechos de la ciudadanía, candidaturas, sobriedad voluntaria, reciclaje, decrecimiento, nueva cultura del territorio, economía social, modelo alternativo de ordenación territorial, etc. Cierto que el contexto es favorable a un tipo humano surgido de la descomposición de las clases medias, especialmente degenerado, fácil de corromper, ambicioso y frustrado, ambiguo e inclinado a la componenda, cura y filisteo, ávido de poder y al mismo tiempo servil. Es justamente esa clase de gente la que puebla el estrato intermedio entre los oprimidos y los opresores, la que alardea de ecologista, milita en un sindicato y pertenece a una asociación vecinal. La conceptualización de la zona gris vuelve

más inteligible la política en una sociedad realmente concentracionaria y viceversa, la vida política de la dominación totalitaria puede comprenderse mejor a través del nacimiento y desarrollo de la zona gris. Dicha zona ha de contener el conflicto y disolverlo, bien derivándolo hacia el electoralismo, bien hacia los tribunales o la negociación claudicante. En todos los casos sumergiéndolo en el espectáculo, controlando el debate y reduciendo a los verdaderos protagonistas a la categoría de público.

Los grises conceden una gran importancia a los medios de comunicación en este desplazamiento de la realidad al escenario de la "cultura del sí pero", donde no sólo se prepara una dominación mejor adaptada, sino que se forja una sumisión más funcional.

De ahí también la ambientación lúdica que acompaña a la instrumentalización mediática del conflicto, pues el estado de ánimo eufórico es el más vulnerable al mensaje unilateral, y por tanto, el más adecuado para la asimilación del espectáculo. Así pues, la zona gris de la colaboración ciudadanista trabaja conjuntamente con los policías, los psicólogos y los expertos de la socialdemocracia para que la sociedad aparezca sin contradicciones, trasparente, plana, satisfecha, festiva, ecológica y alegremente contestataria. Los mecanismos participativos "transversales" intentan asegurar que la supervivencia en ambientes cada vez más tóxicos y degradantes no empañe la imagen rosa de los seudo conflictos y se genere un nivel de cuestionamiento detectable.

La participación ha de reeducar al individuo como ciudadano votante, convencido pacifista y consumidor "responsable" comprometido con el medio ambiente, no incitarle a pensar o a rebelarse. Mediante la separación completa entre la base de la protesta y su representación y a través de la condena explícita de la autodefensa, se persigue el ablandamiento de los conflictos, destinados indefectiblemente a ahogarse en las aguas fecales del Estado, o sea, en los purines de la autodenominada "democracia representativa". Que nadie se llame a engaño; el movimiento asociativo gris no es ni pretende ser un enemigo del parlamentarismo sino un eficaz auxiliar. Por eso no es nada contradictorio encontrar en su seno a militantes de partidos y sindicatos, algunos concejales, incluso alcaldes, puesto que por la cuenta que les trae son los más empeñados en autolimitar el conflicto y silenciar la expresión radical desde dentro. Han de evitar que el debate desemboque en conclusiones antidesarrollistas y que la lucha derive en enfrentamientos, o, dicho de otro modo, que la discusión no concluya en la elaboración extrainstitucional de intereses generales que den a la defensa del territorio una perspectiva y una contundencia bien contrarias al capitalismo. De hecho, esa zona gris asociativa y participativa ha crecido casi más de prisa que el propio conflicto al que parasita, al socaire del vacío existencial, la anomia y la confusión provocadas por la generalización a partir de los años ochenta del modo de vida urbano consumista. El afán de consumir – como el de votar – brota en un clima hedonista frenético que necesita para mantenerse un registro de actividad mental mínimo, una memoria borrada, una inteligencia aparcada. De esa atmósfera no se salva nadie; por eso ni siquiera las luchas más abiertamente antidesarrollistas, el combate contra el TAV en Euskal-Herria, la defensa del litoral gallego o la oposición a la línea MAT en Cataluña han estado exentas de una zona gris

que cuando no las mina por dentro, las acecha por fuera. Pero el problema de los grises es que el sistema dominante, que apenas puede con los gastos ocasionados por el Estado, menos puede correr con los costes de un acuerdo que sirva para neutralizar el conflicto.

A fortiori tampoco puede financiar una burocracia territorial mínimamente creíble que cogestione con habilidad el proceso de destrucción medioambiental y social; por consiguiente no desdeña la criminalización mediática, las multas y los procesamientos.

No por ello la zona gris desaparece. Simplemente su labor no se institucionaliza, se efectúa gratuitamente. En las áreas de capitalismo tardío la anomia social vuelve innecesario en gran parte el trabajo de los colaboracionistas, puesto que la dominación puede reprimir la protesta con facilidad al no tener enfrente casi nunca a verdaderos movimientos, sino sólo a minorías radicalizadas. Pero cuando la revuelta ha producido sus primeros estallidos, la zona gris es un recurso imprescindible para los gobiernos, que se ven forzados a cambiar su imagen de moderación seudo democrática por otra más agresiva, incluso seudo revolucionaria, en los momentos críticos a menudo encarnada en la figura de un líder supremo o caudillo, como por ejemplo Morales, Ortega o Chaves. El hombre providencial "que habla como el pueblo", "con la gente sencilla que hay que contar", es decir, con la población más sumisa y manipulable, indica que la crisis social ha alcanzado un punto de inflexión que exige la sustitución de la burocracia política tradicional por otra creada ex novo desde el Estado. Los regímenes populistas necesitan una movilización general de la sociedad en pos de un programa de crecimiento y acoplamiento a la economía globalizada que el aparato político tradicional de la clase dominante no está en condiciones de realizar. Al fracasar los mecanismos habituales de control y de representatividad, se apela a una extensa red clientelar que cumple la función de un movimiento de base satélite.

Un duplicado del partido del orden. Una zona gris que adquiere entonces por cooptación el estatuto de nueva clase encargada de llevar a cabo importantes tareas de desmoralización, desarraigo y desorientación para inducir un estado de anomia en masas con muy bajos niveles de consumo; la zona gris ha de tejer su propia lana deshaciendo el tejido social donde aterrizó.

Su desarrollo tercermundista constituye un estímulo de primer orden para sus homólogos del primer mundo. Los colaboracionistas de acá, incluidos anarquistas de Pro como Michel Albert o Noam Chomsky, de buena gana se convierten en los mejores propagandistas y hasta en los embajadores informales del populismo. A menudo vedette, intelectuales y políticos fronterizos se hacen intérpretes y adalides del discurso populista, pues la palabrería seudo radical del jerifalte abastece de tópicos, mitos y referentes con los que consolidar una identidad de la que la zona gris occidental siempre adolece. Después de rebuscar en ese armario, los grises pueden salir lo bastante iluminados como para ponerse en manos de la reacción disfrazada de revuelta. La zona gris, ya dotada de un discurso identitario, pasa de ser espontáneamente reaccionaria, a serlo conscientemente.

Podemos concluir que la zona gris, el espacio que separa los explotados de los explotadores ocupado por el colaboracionismo, es un complemento necesario de la dominación, pero solamente resulta imprescindible en momentos de crisis social grave, cuando no funciona la represión, el crédito de los partidos se ha agotado y urge desarmar ideológicamente a la revuelta de manera que ésta no logre constituir un sujeto revolucionario. Solamente entonces puede institucionalizarse; solamente entonces puede formar parte de la burocracia estatal y por consiguiente desempeñar con comodidad la tarea para la cual está destinada. Porque solamente entonces, las condiciones sociales que vuelven posible un universo totalitario y que siempre han estado ahí, se hacen patentes y se despliegan en todo su horror, asegurando la continuidad del proceso destructivo contra las amenazas de una revolución.

Si los defensores del territorio no desean acabar coadministrando la catástrofe en lugar de suprimirla ha de desenmascarar desde el principio a los grises, que incubando la traición permanecen emboscados en todos los conflictos. A propósito de gente parecida, Rosa Luxemburg solía citar el siguiente pasaje bíblico:

"¡Ah, si al menos fueras caliente o frío! pero puesto que no eres ni lo uno ni lo otro sino tibio, te vomitaré de mi boca."

Miguel Amorós.
Texto elaborado a partir de las charlas en el CSA Sestaferia de Gijón, el 8 de octubre de 2010;
en Espacio Libertario de El Ferrol, el 12 de octubre;
y en las Jornadas de Agroecología de Valladolid, el 13 de noviembre.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Octubre 2010

La reconversión del territorio asturiano y el TAV

No hay duda, el gobierno español está realizando en Asturias la mayor inversión de su historia a través del Ministerio de Fomento, de forma que la transición de una economía industrial deficitaria a una economía de servicios "conectada" con el capital internacional se efectúe tan rápido "como la situación lo permita", mientras se van disipando sin demasiadas resistencias los desastres sociales inducidos por la desaparición de la agricultura tradicional, la reconversión industrial y la liquidación de la minería. Tal inversión se concreta en la ampliación del puerto de Musel hasta convertir mediante regasificadoras y centrales térmicas de ciclo combinado a Gijón en un "poblado energético" desde donde partirán líneas de alta tensión como la de Sama a Velilla. Y también la construcción de autovías, la

modernización del aeropuerto, la creación de un polígono de actividades logísticas (la ZALIA) y, por encima de todo, en la llegada del AVE, prometida para el 2012, aunque, vista la evaporación de capital disponible por el Estado en estos últimos tiempos, aplazada sin fecha creíble, a la espera de la inyección de fondos que determine la buena voluntad de las constructoras y los bancos. En efecto, el AVE es "el tren de la recuperación económica", puesto que "la gente podrá venir más a Asturias" gracias a una mejor "accesibilidad", especialmente turistas "de calidad"; es el tren de la "conexión con Europa", una "apuesta de desarrollo sostenible", un "vertebrador del territorio" venido para convertir a Asturias en "el nudo logístico de la actividad empresarial en el Norte de España", etc. El lenguaje de los dirigentes locales muestra los planes, los deseos y hasta los sueños de la dominación, exactamente los mismos en toda la periferia: que el desarrollo capitalista depende de una comunicación luida con los ejecutivos de Madrid, a los que se les ofrece una alternativa al avión; que se basa fundamentalmente en la construcción, el tráfico de mercancías y el turismo, y que implicará una profunda remodelación del territorio.

La nueva economía no se conforma con explotar la fuerza de trabajo de una clase sometida, sino que explota el territorio y la vida de su vecindario. El capitalismo en Asturias ha experimentado un rápido proceso de terciarización, poniendo in a la preponderancia industrial y minera, a la vez que liquidaba el escenario de una lucha de clases en desuso. Cuando se habla de un Museo del Movimiento Obrero, es que dicho movimiento es cosa ya de museos. El sector servicios proporciona el 60% de los empleos, la mayoría de los cuales son basura; desde 1998 aumenta con regularidad el tráfico aéreo y portuario, crece el negocio bancario, el inmobiliario, el hostelero y el informático; se incrementa la asesoría de empresas, la construcción, el turismo rural y las grandes superficies; y mientras tanto, se extinguen los últimos focos de cultura agraria, se destruye empleo industrial y se desteje la urdimbre minera. En el horizonte, un "tejido laboral más diversificado", cuyos hilos hay que encontrar en el peonaje de obra, el servicio doméstico, los dependientes de comercio o el personal hotelero; un "nuevo modelo de consumo", el del Espacio Buenavista o el de Los Prados en Oviedo, el de Caudalia de Mieres o el Parque Principado de Siero; una "reconversión medioambiental", la impuesta por el TAV, los planes de urbanización costera, las pistas de esquí y los vertederos; y una "nueva imagen de Asturias", la que, a imitación del Gugenheim de Bilbao, ofrece en Avilés el Centro Cultural Oscar Niemeyer, la del neomonumento que los gijoneses llaman el wáter de King Kong, o, finalmente, la que a semejanza de las casa de los horrores, proporcionaría un propuesto Museo de las Obras del AVE.

La colonización completa del territorio por el capital se lleva a cabo mediante la formación de conurbaciones, que se apoderan de su entorno, subordinándolo. En una economía fuertemente terciarizada, los pueblos y las ciudades pequeñas son inviables, por lo que han de ser fagocitadas por áreas metropolitanas en continua expansión.

A partir de un millón de habitantes el abastecimiento resulta suficientemente rentable, la especulación inmobiliaria empieza a ser suculenta y las economías de escala o de

aglomeración ya son importantes. Y también las deseconomías: atascos, contaminación, estrés, anomia… Asturias no queda lejos del objetivo de albergar una “ciudad de ciudades”, que es como los dirigentes llaman a la conurbación desordenada y altamente motorizada, pues en el triángulo formado por Oviedo, Gijón y Avilés viven amontonados unos 800.000 habitantes. Las oligarquías políticas y económicas locales han tomado conciencia de la "potencialidad" de las conurbaciones como “centros de desarrollo”, y del hecho de su necesaria comunicación jerárquica con un hipercentro, por lo que las infraestructuras son imprescindibles, sobre todo las que llevan una carga política considerable, como lo es el Tren de Alta velocidad. Cuando hablan de “Asturias”, las tecnócratas que asesoran a los dirigentes se refieren exclusivamente a la conurbación central asturiana conectada con Madrid.

A todos los efectos, cualquier otra porción del territorio no cuenta, sino en relación económica con ella, es decir, como explotable. Esa doble centralización, la de Madrid y la del binomio Oviedo-Gijón, significa una doble presión destructiva sobre el territorio, sobre la naturaleza, sobre las economías locales, sobre las comunicaciones comarcales o regionales, y para acabar, sobre las relaciones sociales que sostienen su dinamismo. El carácter masificador y destructor de la nueva economía es consustancial a la nueva etapa del capitalismo, hasta el punto de dominar sobre cualquier otro aspecto. Cada edificio, cada monumento, cada zona residencial, cada pista de esquí y cada campo de golf, se levanta sobre ruinas sociales todavía visibles; cada línea de alta tensión, cada autovía y cada TAV, discurren por territorios devastados, cuyas enormes heridas no logran ocultar ni la pintura, ni el ajardinamiento.

La destrucción se complementa con el despilfarro y la inutilidad, por lo que el AVE, la infraestructura que reúne a la perfección esos tres trazos, los propios del totalitarismo, ha de simbolizar más que ninguna otra la lógica depredadora de la clase dirigente, la que preside sin que demasiada gente se percate la mayor contrarrevolución habida en Asturias.

El AVE es realmente un tren costoso, destructivo e innecesario, particularmente el asturiano. Cada kilómetro cuesta 50 millones de euros, contra los 12 que costaba el de Sevilla. El precio del billete saldrá mucho más caro que el de los trenes de largo recorrido, que se suprimirán, e incluso que el de los puentes aéreos. La cantidad de túneles, viaductos, terraplenes y escombrerías, sumada a los destrozos causados por las mismas interminables obras – de largo lo más insufrible – garantiza un impacto que los habitantes de las proximidades nunca podrán olvidar. La destrucción afectará, como ya ha ocurrido en otros lugares, a las infraestructuras ferroviarias de cercanías, forzando así al uso multiplicado del automóvil. Pero lo mejor de todo es que el TAV asturiano no sobrepasa el nivel mínimo de utilidad. Competirá con desventaja con el avión, puesto que a pesar de la lejanía de los aeropuertos, la duración global del trayecto en tren Madrid-Oviedo superará en más de una hora la del aéreo. Y, pese a tanto vandalismo territorial, atravesar el principado, es decir, ir de Pola de Lena a Gijón, apenas adelantará en un cuarto de hora al tren convencional puesto que la velocidad media nunca superará los 176 kilómetros por hora. Cualquier crítica que se detenga en estas cuestiones, como la que hacen los alcaldes de los municipios afectados o

los ecologistas locales, es igual de inútil que la infraestructura cuya construcción pretenden detener. Primero, porque lo que lo que para la gente corriente, en el supuesto de que la hubiera, es un defecto tremendo y una agresión inaceptable, para los dirigentes es una virtud y una demostración de fuerza. Los dirigentes tienden al despotismo, a la egolatría y a la irresponsabilidad ¿Y qué más prueba de faraonismo, megalomanía e irracionalidad que la construcción de una obra carísima, perjudicial e innecesaria? Segundo, porque los dirigentes regionales compiten unos con otros – véanse si no los aspavientos del presidente cántabro – y el TAV marca la diferencia.

Además, aunque parezca incomprensible, el TAV produce réditos electorales, cosa que obliga a toda candidatura, ecologista o no, a no pronunciarse en contra si quiere conservar sus posibilidades.

Pese que la construcción del TAV puede tacharse de verdadero acto terrorista, la población se halla en un estado de indignidad tan avanzado que es capaz de digerir cualquier bazofia que le echen y reproducir a pies juntillas el discurso del poder hasta en los menores detalles. La oposición al TAV ha de abandonar el terreno de las alegaciones y las denuncias, de las recogidas de firmas y los callejones sin salida de la ley, para presentar batalla en todo el territorio. Ha de romper el secretismo del poder abriendo canales propios de contrainformación, buscar aliados donde los haya y movilizar a un sector numeroso de la población. Solamente así podrá romper el cerco informativo y permitirse un mínimo debate público que altere la correlación de fuerzas, hoy abrumadoramente favorable a la dominación. La oposición lo tiene todo en contra salvo un par de detalles que sin duda pueden beneficiarla: por un lado, la crisis económica que recorre el país y agota las arcas del Estado. La falta de dinero ralentizará e incluso paralizará temporalmente las obras, con lo que se ganará tiempo, un factor táctico fundamental para el combate. Por el otro el escaso dinamismo de la economía asturiana, en las postrimerías de la reconversión, con una demografía estancada, la menor tasa de natalidad del Estado, mucho paro, una caída preocupante de la productividad y un grado de innovación tecnológica que podríamos calificar de ridículo, quita peso a las fuerzas vivas locales y las predispone al sacrificio ante la menor dificultad social. Por consiguiente, pese a su sumisión, la oligarquía asturiana tiene menos influencia en Madrid digamos que la vasca, y si las obras del TAV por Euskal Herria casi han parado, ¿qué podemos esperar de de las asturianas? En estas condiciones hasta una discreta protesta puede obtener excelentes resultados.

La lucha contra el TAV es al mismo tiempo un pulso contra el modelo social que necesita de ese artilugio y sobre todo contra el Estado, un pulso en el que los dirigentes no tienen empacho a recurrir a la violencia y a la criminalización. No se puede separar la alta velocidad del turbo capitalismo, ni en el plano económico, ni en el político, ni en el moral. El movimiento de protesta, condicionado por el terrorismo institucional Pro TAV, ha de ser asambleario y emplear tácticas que puedan contrarrestarlo.

La autodefensa será ante todo resistencia. Debe formular intereses generales y fundirlos con los vecinales, lo que significa que ha de abandonar el terreno político de la dominación

incluso a nivel comarcal o local. El dominio del capital abarca todos los aspectos de la vida social, integrándolos y mercantilizándolos, de forma que su cuestionamiento no puede partir desde dentro. Al igual que las luchas obreras tuvieron a su enemigo interior en los partidos y los sindicatos, las luchas antidesarrollistas tienen al suyo en los ecologistas ciudadanistas y municipalistas. Cualquier movimiento que no rebase los límites de la mediación institucional será rápidamente absorbido. La contestación no puede centralizarse en nada acotado por el capitalismo, sean conflictos laborales o territoriales. No podemos oponer un modelo de capitalismo a otro. La cuestión social salió de las fábricas para reaparecer en el rechazo del consumo y del espectáculo, en el combate contra las grandes infraestructuras, en la reivindicación de la soberanía alimentaria y en la defensa del territorio, en la agricultura biológica y en las comunidades libres de resistentes, en las asambleas vecinales autónomas y en la secesión anticapitalista. Pero no lo logrará si se detiene ante la inmensidad de sus tareas y da marcha atrás. La aspiración última de desmantelar las conurbaciones y reequilibrar el territorio no es otra cosa que la voluntad manifiesta de acabar con el capitalismo y el Estado. Hay que tenerlo claro.

Miguel Amorós, para la charla de Riosa con la plataforma anti TAV, 9 de octubre de 2010.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Octubre 2010

El territorio es absorbido por la urbe – La urbe debe ser absorbida por el territorio

En el mundo globalizado y urbanizado el espacio rural propiamente dicho no existe; depende enteramente de la urbe, bien como reserva de espacio urbanizable, bien como decorado o vertedero de lo urbano. Lo rural no tiene autonomía; una ordenación territorial impuesta desde la urbe le designa una función y un destino, según sea la cuantía de las plusvalías esperadas. Lo urbano explica lo rural y no al revés.

Tampoco se puede hablar de un modo de vida específicamente rural, pues los hábitos, costumbres y conductas campestres son los típicos del estilo de vida urbano. Hace tiempo que la agricultura sufrió los embates de la modernidad y la industrialización, sin embargo, de lo que ahora se trata no es simplemente de una simple vuelta de tuerca transgénica o hidropónica a la producción agraria, sino del uso no agrícola del suelo rural. En la actualidad, lo rural no es el residuo de lo que todavía no se ha urbanizado, ni siquiera periferia suburbana; a lo sumo se puede considerar un intersticio dentro de la sociedad uniformizada,

pero no en tanto que fisura o discontinuidad, sino como vacío integrado. Con la globalización la expansión urbana da un salto cualitativo, pasando de ser una consecuencia del capitalismo a ser una premisa previa. La colonización del territorio no es ya un resultado, sino una condición forzosa de las relaciones sociales capitalistas.

La comunidad bajo el imperio del capitalismo global es imposible, puesto que es una formación precapitalista y en la actualidad cualquier rasgo de ese carácter ha sido suprimido; el menor detalle cotidiano cayó bajo el influjo del capital, incrustado en sus mecanismos de valoración y determinado por su tecnología.

Desaparece tanto la cultura obrera que subsistía en los barrios más refractarios como la cultura tradicional campesina que sobrevivía en los lugares más recónditos. Y al desaparecer esas culturas desaparecen la clase obrera y el campesinado como grupos estructurados y activos. Su lugar lo ocupan masas inconscientes, fragmentadas y desarraigadas. Los procesos de concentración demográfica, masificación, burocratización y acumulación de poder consagran la metrópolis o conurbación ilimitada como la forma única de ocupación territorial, a la vez que disuelven los restos de la tradición, los lazos que daban solidez a un grupo social concreto o a una clase.

Las contradicciones burguesía proletariado o campo-ciudad pierden su explosiva negatividad pero no se esfuman; quedan conservadas y superadas en el nuevo marco del capitalismo, es decir, perfectamente asimiladas e integradas. La forma de vida urbana resulta condicionada no sólo por el trabajo, sino por el consumo, la movilidad, la vigilancia y el control. Urbanismo equivale a incomunicación, artificialidad, represión, subdesarrollo cultural, dependencia múltiple y pobreza moral. La conurbación es por tanto sinónimo de regresión y banalidad.

No es que la rebelión sea imposible más allá de un minúsculo gueto, sino que ni la más mínima libertad es practicable en su seno. En los sistemas urbanos el grado de complicación alcanzado exige burocracias altamente desarrolladas, tecnologías sofisticadas, jerarquías extremas y aparatos policiales operativos en tiempo real, en in, una clase ejecutiva de expertos, mandarines y carceleros que vuelven inviable un autogobierno, una democracia directa o una autoorganización. La libertad en la conurbación es un crimen. La tecnología de mercado la excluye.

Un proyecto de liberación no puede fundarse en la autogestión de las conurbaciones, sino en su desmantelamiento. Así pues, la construcción del reino de la libertad es un proceso de ruralización, que no significa en absoluto la búsqueda de un reequilibrio de la economía de mercado, la promoción del negocio rural a expensas del urbano, sino el in del mercado, es decir, el establecimiento de una economía y una tecnología no mercantilizadas.

Ambas exigen una refundación de la comunidad fuera del área metropolitana, puesto que la instauración de un modo de vida natural y extraeconómico es improbable en las conurbaciones. La comunidad necesita para reproducirse de tecnologías alternativas y un cierto grado de segregación, un funcionamiento no capitalista cuyo primer peldaño bien puede ser la autoproducción de alimentos. La cuestión social se replantea en términos

agrarios, pero no tiene nada que ver con el sindicalismo campesino habitual o con la financiación de las explotaciones agrarias, ni en general, con una población rural igualmente sometida al capitalismo y por lo tanto satélite de la conurbación, sino con los disidentes de todas partes que corren en pos de aires menos esclavizadores.

Sin embargo, la huida al campo, la opción agroecológica, el autoconsumo, el trueque o la cooperación nunca son suficientes, ya que a determinada escala una economía de subsistencia puede coexistir con una economía de mercado, incluso puede convenir a ésta en periodos críticos como el presente. No tiene una carga negativa suficiente, no está empapada de esa negatividad de la que han dado muestra, por ejemplo, las revueltas de los suburbios.

No puede almacenar el suficiente material inflamable capaz de quemar los puentes que unen los espacios liberados con la cogestión del desastre social, porque su práctica no apunta más allá de la resistencia pasiva. Para que la economía de la disidencia proporcione un contenido subversivo con el que dar credibilidad a un proyecto emancipador, se han de poner barreras a las conurbaciones, y si es posible, hacerlas retroceder. Se ha de poseer una cierta capacidad desurbanizadora y esa solamente puede provenir de la defensa del territorio.

El conflicto territorial lleva consigo una carga de profundidad contra la economía de mercado que le falta a la economía comunitaria autosuficiente y diversificada, puesto que es la única situación que puede universalizar problemas locales, o sea, que puede convertir los intereses particulares en intereses generales, incompatibles con los intereses económicos y de poder. No obstante, sería mixtificador afirmar que el conflicto, tal y como se plantea actualmente, resulte preocupante para la dominación. Por un lado, todavía no ha desplegado todo su potencial destructivo – todavía no arrastra a demasiada gente –, por el otro, son demasiados los que desde dentro se aferran a su particularidad o trabajan directamente para el orden dominante.

La defensa del territorio no contribuirá a la disolución de ese orden si no logra levantar pasiones en buen número de afectados; si no consigue convertir la indignación moral en conciencia antidesarrollista; si no transforma la agresión territorial en desafección con el sistema. Solamente así podrán los defensores desmarcarse de quienes desde su misma trinchera luchan para que la dominación, con las debidas reformas políticas y económicas, se perpetúe. Indudablemente la descomposición social de las conurbaciones proporcionará aliados, especialmente entre los excluidos por las sucesivas crisis económicas. Ellos han de responsabilizarse de las infraestructuras mediante las cuales la defensa del territorio penetre dentro de las conurbaciones y lleve la guerra a la retaguardia enemiga.

Miguel Amorós.

Colofón elaborado con las notas de las charlas de la Coruña, el 13 de octubre de 2010, en el CSO “La casa das Atochas”, y de León, el 17 de octubre, en el CCAN, organizada por la librería asociativa “Louise Michel”.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Noviembre 2010

Zaragoza después del parto

Los últimos quince años han cambiado drásticamente a los zaragozanos, conformando a un tipo humano estándar, motorizado, consumista, endeudado y confinado en su barrio dormitorio. La economía mundializada, igual que ha creado ese engendro, ha configurado una forma espacial nueva para albergarlo, la conurbación que bien podría llamarse Post Zaragoza.

La conurbación es algo muy diferente de la ciudad, puesto que carece de unidad y de límites; podría definirse como una aglomeración urbana discontinua, fragmentada y en una constante expansión, jalonada por amplios cinturones viarios. El habitante de la conurbación tampoco es el ciudadano sino el súbdito, puesto que el primero es un hombre público, dotado de completa autonomía material y moral, mientras que el segundo es un sujeto particular entregado a sus asuntos privados – idiotés en griego –, económicamente dependiente e ideológicamente adoctrinado. El estilo de vida en la conurbación lógicamente es distinto, pues gira en torno al automóvil, el centro comercial y la segunda residencia, más que alrededor de la actividad social pública en la fábrica, en el barrio o en la calle. Zaragoza no podía ser una excepción a la regla que rige la degeneración de las ciudades por más que sus dirigentes no hubieran puesto toda la carne en el asador; el hecho de que perdiera toda especificidad urbana para volverse un montón de edificios ocupando un espacio desarticulado y trivializado era algo inevitable, inscrito en la dinámica capitalista que se adueñó de ella hace ya siglo y medio, y cuyas líneas generales el desarrollismo franquista dejó perfectamente establecidas. Someterse a ellas ha sido la mayor virtud de la clase dirigente local, que ya contó en el pasado con la predilección de dos dictadores, y que en el presente impone la dictadura de un tercero, la del capital, como mejor destino para los zaragozanos. La ciudad no podía escapar al destino de “nodo de la economía global” y aunque nadie lo hubiera querido, terminaría estando “en el mapa”, o sea, en el teatro de guerra de las finanzas internacionales. Y el destino se materializó en globo especulativo a la sombra de un evento faraónico – una Exposición semejante a la de Sevilla – redundando en la “proyección” de la marca Zaragoza dentro del mercado mundial en tanto que logotipo privilegiado de cierta clase de negocios, aquellos que han vaciado los bolsillos del vecindario y han llenado los de las promotoras y los bancos. Lo que diremos de Zaragoza, podríamos decirlo de cualquier aglomeración urbana, pues todas son similares, lugares para la tristeza y

el vacío, donde la masa atomizada vive presa de su alienación, respirando un aire tan impuro como intrascendente.

Hasta 1990 Zaragoza había sido un "polo" industrial dedicada principalmente a almacenar la población que huía del campo aragonés. Ya iba por la mitad cuando la industria entró en declive; entonces Zaragoza se estancó y su oligarquía tuvo que "reconvertirla" para seguir con los ritmos de crecimiento exigidos por la economía.

El método que siguió no fue muy original, puesto que hizo lo mismo que las otras conurbaciones: el reclamo turístico, la especulación inmobiliaria y el consumo de masas. Con bastante rapidez sus vecinos se vieron transitando por espacios museificados, o solicitados por un número creciente de centros comerciales, ya no bajo la apariencia de vulgares hipermercados rodeados de tiendas, sino en forma de extensas superficies dedicadas al esparcimiento, la hostelería y la gestión. Las más grandes del estado. Se les atribuían toda clase de virtudes "vertebradoras", un contrasentido en la sociedad de consumo, donde el individualismo y la carencia de relaciones, o sea, la invertebración, son la norma. Paralelamente, las viviendas construidas empezaron a multiplicarse. Las promociones se sucedían unas a otras a ritmo vertiginoso, sobre todo a partir de 2005. Zaragoza, "ciudad de compras" y parque temático en obras, recuperaba "su pulso" extendiéndose como una mancha de aceite, colmatando los espacios delimitados por las carreteras que la comunicaban con Logroño, Huesca, Barcelona, Castellón, Valencia y Madrid y las circunvalaciones Z-30 y Z-40, pero al mismo tiempo su interior se iba despoblando. Lo que se llenaba en una parte, se vaciaba en la otra, revelándose un cierto estancamiento poblacional. Contando que en 1992 tenía 600.000 habitantes y prácticamente ningún extranjero afincado, y que en 2010 tiene 700.000, de los que 110.000 son inmigrantes, fácil es deducir que en 18 años la población autóctona ha disminuido y envejecido, y que la ganancia de población es debida exclusivamente al saldo migratorio. Además, las clases medias, imitando la conducta de la burguesía, tendieron a comprarse una segunda residencia en los pueblos de las cercanías. En efecto, numerosos enjambres de adosados han proliferado últimamente en La Muela, Villanueva de Gállego, Cuarte, Cadrete, Utebo, María, Zuera, etc., y muchos otros se proyectaron.

El chanchullo del golf encontró un ambiente perfecto, así como todos los ramos subsidiarios de la construcción. La primera corona de la conurbación zaragozana aumentó en población a un ritmo muy superior al de la capital, contribuyendo así a su escaso dinamismo demográfico. Y puesto que la mayoría de inmigrantes no disponía de efectivo suficiente ¿quiénes debían ser a la postre los compradores de tanta vivienda ofertada? La respuesta es obvia: los propios zaragozanos. El hecho de que en las últimas décadas cada zaragozano haya tenido que enfrentarse de manera tan persistente a su propia nulidad y a la de los demás, ha socavado la fe en la capacidad de resistencia de la ciudadanía a la obsesión urbanizadora. Años de soledad y amaestramiento televisivo han hecho de cada habitante un clon y de cada barriada un paraíso carcelario, receptáculo idóneo de una vida esclava del consumo. ¿Quién podía resistirse a un piso de 90 m^2 con trastero y dos plazas de garaje, a

diez kilómetros del centro, pero cerca de una gran superficie? ¿Cómo no empeñarse hasta las cejas para ir a vivir en un fantasmal barrio como Arcosur, si para colmo de entretenimiento doce de sus primeras vías llevan nombre de videojuegos? El resultado de la fuga desordenada a la periferia fue la gentrificación de los barrios urbanos y la aparición de nuevas barriadas dormitorio en el extrarradio, quedando los habitantes a merced del vehículo privado, del hiper y de la consola, puesto que como es de suponer, en esos no lugares alejados los servicios públicos, el pequeño comercio y el entretenimiento industrial son muy deficitarios. El motor de fondo, la contaminación galopante y el aburrimiento soberano han venido a sumarse a las miserias del modo de vida suburbano, el más común de una conurbación desparramada cuyos gestores no han dudado en calificar de "vital, habitable, creativa" y de "pilar del urbanismo sostenible."

Podríamos pensar en un sentido del humor extravagante, prácticamente negro, pero no se trata en absoluto de humor sino de propaganda engañosa con involuntarios resultados humorísticos: aquello a lo que los dirigentes llaman verdad es la mismísima mentira, que, cuando es evidente, da risa.

Los planes que los expertos confeccionaban para la oligarquía político económica local perseguían la concentración de un millón de personas en el territorio municipal, urbanizando las zonas rurales del oeste y el corredor de la carretera de Huelva rebautizado como "autovía de los Pirineos", y construyendo habitáculos para no sabemos quién. Se daba por descontado el incremento de la demanda gracias a la revalorización que debían de acarrear la estación del AVE, la plataforma PLA-ZA y la EXPO.

Así, aparte de los 100.000 viviendas que resultarían de reutilizar Ranillas y Villa Expo, se proyectaron 70.000 en los huecos y esquinas del municipio y más de 20.000 en el entorno. El tren de alta velocidad y la ampliación del aeropuerto conectarían a la larga las élites zaragozanas con las europeas; Plaza convertiría la capital en "el centro neurálgico" de la nueva economía, en la que la edificación, el depósito, la distribución y el transporte de mercancías son los verdaderos protagonistas. Solo faltarían un montaje publicitario de gran envergadura y una desinformación de la misma cuantía para llegar al punto de inflexión a partir del cual la acumulación cuantitativa de monumentos se volvería una realidad bastarda cualitativamente diferente. En efecto, los puentes metálicos, los edificios "emblemáticos" y las riberas de cemento "dibujarán un nuevo paisaje" carente de significado que dará color a los exteriores de una vida carente de sentido. Sin duda para los oligarcas, sus colaboradores y sus víctimas, habría "un antes y un después de la EXPO", un antes y un después del espectáculo.

La Expo fue el momento artístico de la élite zaragozana, el triunfo estético de la avidez. Pero entonces estalló la burbuja inmobiliaria nacional. El "mercado" se mostraba incapaz de absorber el exceso de pisos construidos, muy sobrevalorados, e igualmente incapaz de contratar más hipotecas. Se vislumbraba un horizonte de quiebras, falta de liquidez y paro. La solución zaragozana para mantener hinchada la burbuja fueron las viviendas de protección oficial, las VPO, una especie de llamamiento capitalista al proletariado. Aunque la

promoción de ese tipo de viviendas, en absoluto baratas, se presentase casi como la epifanía de la virgen del socialismo, en realidad se trataba de un intento dirigido desde las instituciones para salvar la crisis del ladrillo y seguir con el proceso especulativo. Las promotoras de VPO reciben donaciones gratuitas de suelo público y _financiación pública abundante, al tiempo que a los compradores, la población con menor capacidad de endeudamiento, se les otorgan ayudas. Para contrarrestar la tremenda vulgaridad del urbanismo para pobres hacía falta un barrio dormitorio modelo y ese fue el esperpéntico Valdespartera, al sur de la conurbación, “uno de los paradigmas de referencia para la construcción de la ciudad del siglo XXI”.

Al finalizar su construcción, no sin retrasos, este “símbolo de la nueva Zaragoza”, el típico Plan de Actuación Urgente de cualquier conurbación para contener los precios de las casas, malvive sin apenas equipamientos entre los ruidos de los aviones y los olores del Centro de Residuos y, eso sí, representa fielmente el destierro feliz que los dirigentes zaragozanos reservan a la mayoría de sus conciudadanos, el “después” de la Expo. En in, las VPO eran la válvula de escape del sector de la construcción, la inyección monetaria que permitía parir a la EXPO sin sobresaltos. El último pasó de una huida hacia delante. Y el parto, como era de esperar, produjo ratones.

Los delirios de grandeza de la oligarquía maña sufrieron una severa corrección, que sin embargo no cambió su discurso, indefectiblemente triunfalista, ni la desvió de su plan. Zaragoza, “una de las capitales de la logística en el sur de Europa”, “ciudad de congresos”, incluso “ciudad hip hop”, “se consolida como el marco de referencia anual en energías renovables” y todavía le queda tiempo para posicionarse “como destino tanto nacional como internacional de turismo religioso.” Despilfarrada la in- versión pública, apagado el frenesí consumista y desinflado el globo especulativo de la construcción, la clase dirigente se aferra a lo que queda, el turismo de lo que sea, el tráfico de mercancías y la burbuja de las renovables. Pero el circo ininterrumpido donde el poder zaragozano monologa, no funciona demasiado bien: el recinto de la EXPO presenta un aspecto deprimente, abandonado, sin inquilinos ni compradores, exactamente igual que sucedió con instalaciones similares en Barcelona (Fórum de las Culturas), Valencia (Copa América) o Sevilla (expo). Los “nuevos iconos de Zaragoza”, la Torre del Agua y el Pabellón Puente, son emblemas de la desolación, la proyección monumental de un orden estrafalario. Lo que iba a ser un “caudal de empleo” es ahora un desierto. La “externalización” para reducir costes laborales, generalizada en las actividades logísticas gracias a la ayuda sindical, confeccionaría una exigua oferta de empleo precario y mal remunerado. Por otra parte, multitud de bloques quedaron por edificar, otras muchas obras se paralizaron y se cancelaron docenas de promociones, algunas realmente mastodónticas.

Las reclamaciones y los embargos se suceden, al tiempo que los juicios por deudas e impagos saturan los juzgados de la capital. Algún que otro centro comercial quedaba en el tintero, y los demás cerraban secciones enteras por falta de clientes. Ocurren los inevitables “concursos de acreedores”, las promotoras renegocian sus abultadas deudas y la morosidad

hunde las Cajas. Quedan montones de casas sin vender, muchas en poder de los bancos, aunque no por ello dejen de proliferar los pisos patera. Los zaragozanos que trabajan ya no disponen de crédito para comprar tanto piso, ni siquiera de protección oficial, toda vez que el Estado anuncia la supresión de cualquier ayuda para la construcción o la compra de viviendas. Tampoco los turistas aportarán demasiado; si bien aumenta el número de pernoctaciones, la estancia media de cada ejemplar es de 1´7 días. La crisis ha colmado el vaso de agua donde han naufragado las extravagantes expectativas de los dirigentes. Las economías de aglomeración son escasas, lar arcas municipales están vacías y el espectáculo apenas araña nuevas inversiones, cada vez con menos perspectivas, como demuestran las maniobras por convertir Zaragoza en "capital europea de la cultura de 2016" y sede de las "olimpiadas de invierno 2022". La inversión francesa prefiere quedarse en Barcelona a capitanear la tropa aragonesa.

En el mapa de la globalización Zaragoza es una conurbación de cuarta categoría y lo será durante mucho tiempo. Más extensa, más absurda, más aburrida, más fea y más inhóspita. E infinitamente menos culta y menos justa. Su vecindario ha quedado atrapado en las nuevas jaulas de la economía global y difícilmente podrá salir de ellas sin rechazar radicalmente los modos de vivir que aquella le impone, o sea, sin comer el pan del servilismo asalariado ni abandonar el circo de la dominación. No obstante, dentro de la economía, dentro de la seudo realidad, es decir, en la órbita de las conurbaciones, otro estilo de vida es imposible. El consumismo, el show, la hipoteca y la subcontrata son la forma obligada de vivir en la sociedad del espectáculo zaragozano.

Una forma de vida *light*, sin tiempo ni memoria, a la deriva, donde la insolidaridad y la obediencia interiorizadas apenas soslayan el autoritarismo declarado del orden. En in, la utopía de la insociabilidad hedonista técnicamente administrada, ante la cual la disidencia surge como única manera de asegurar una existencia sana y mentalmente equilibrada. Tratar de recoser los rotos del último desastre o montar otro tipo de espectáculo no es sino cambiar de envoltorio para conservar el mismo contenido: defender lo existente por otros medios. La barbarie, por más que se embadurne de cultura o se proclame ecológica, no deja de ser barbarie, una barbarie que se consume y se repone las veinticuatro horas. Negarse a vivir de esa manera significa tanto desobedecer cualquier imperativo de la modernización como retomar los hilos de la historia. No transigir, segregarse. Dar la espalda a la barbarie presente, recordar las encrucijadas donde nos perdimos e idear un plan para desmantelar la economía, desurbanizar Zaragoza y abolir el Estado.

Miguel Amorós, charla del 11 de noviembre de 2010 en el CSA La Revuelta, Zaragoza.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Diciembre 2010

Vistazo sobre amurrio

Se trata de un pueblo de 10.000 habitantes, situado entre Bilbao y Gasteiz, y, por consiguiente, sometido a la influencia de ambas conurbaciones, es decir, que es un pueblo satélite; su existencia o relevancia depende de los lujos económicos que circulan por aquellas. Como el cercano Llodio, experimentó un crecimiento importante entre 1950 y 1980 gracias a la industrialización.

En ese mismo periodo dejó de ser un pueblo agrícola y se cortó de su entorno. Cambió el estilo de vida de sus habitantes, que pasó a ser urbano. Muchos de sus jóvenes empezaron a estudiar fuera y el coche privado se impuso absolutamente. Se tuvieron menos hijos y por lo tanto la población comenzó a envejecer (en el 2000 la cuarta parte tenía más de 65 años). La crisis industrial le afectó menos que a Llodio, que todavía la padece, pues la metalurgia local supo adaptarse a los mercados (p. e. Tubacex).

Entre 1980 y 1994 el pueblo sufrió un cierto estancamiento que desembocó en crisis, no superada hasta 2004, sin duda por el boom de la construcción. Ello no fue debido a que la construcción de nuevas casas o segundas residencias de bilbainos y vitorianos crease una gran oferta de empleo en Amurrio, sino que muchos de sus habitantes encontraron trabajo fuera, en la construcción, las grandes superficies o en otros sectores (hasta un 47%). El trabajo en la industria local tiene todavía un peso importante, pero no sobrepasa el 37% de los empleos. La población campesina es prácticamente inexistente (un 1,3%).

La mayoría del trabajo disponible (un 60%) se encuentra en los servicios, por lo que podemos concluir que la economía se está terciarizando con rapidez. El crecimiento demográfico es casi nulo: la tasa de natalidad equivale a la de la mortalidad, y el número de los que emigran a las metrópolis en busca de mejores salarios es compensado por el de los inmigrantes que acuden al pueblo para cubrir los puestos de trabajo mal remunerados. Eso tiene importantes consecuencias.

Primero: que la clase obrera queda dividida en dos partes muy diferenciadas; una ligada a la industria, sindicalizada y moderada; otra en torno a los servicios, dispersa, precaria, desigual; las dos sin conciencia social.

Así pues, el proletariado ha dejado de ser un factor decisivo en la vida del pueblo, como lo era en el periodo industrializador.

Segundo: que el territorio municipal permanece completamente cortado del núcleo urbano. Ha dejado de alimentar y distraer a sus vecinos, la función para la que fue creado y que conservó hasta los años sesenta del siglo pasado. Como cuenta con casi cien kilómetros cuadrados, vacíos y cercanos a Bilbao y Gasteiz, se convierte en objeto de codicia para las industrias turística y energética, y en un capital a disposición de los dirigentes municipales,

quienes emprenden nuevas políticas de “desarrollo local”, con el territorio como eje. Se está reivindicando una reconversión paisajística, una transformación capitalista del territorio en paisaje explotable. Bastaría para convencerse con leer la página de la sociedad Amurrio Bidean. En general, la destrucción más o menos “sostenible” de los valles cercanos a las conurbaciones es el resultado de la ejecución de la multitud de planes de promoción residencial y transformación de la naturaleza que tratan de salvar al negocio inmobiliario o de montar el eólico. La primera actividad suele ser el turismo rural, más remunerador que la producción agraria. Así surgen parques naturales, rutas para bicicleta o senderismo, apartamentos y casas rurales de alquiler, hoteles, balnearios, museos, y, finalmente, cuando la demanda urbana lo requiera, urbanizaciones, centros comerciales y campos de golf. Se configura en primer lugar un sector dedicado a la población neurótica y estresada de las conurbaciones, a las que se ofrece “un lugar para vivir”, energía no contaminante, una “tierra amable y acogedora” y una “invitación natural” para contemplar “la singularidad de su gente” (frases del portal oficial del ayuntamiento), próximo a los aeropuertos de Sondika y Foronda, con suficiente ocio, espléndidos paisajes, pintorescas tradiciones, fiestas patronales, gastronomía pasable y ambiente popular.

Digamos que todo ello ya tiene un precio, que acaba de entrar en el reino de la mercancía. El porvenir desarrollista del pueblo, sin menoscabo de la industria ya instalada o por instalar, queda ligado al atractivo que ese tipo de detalles tiene para la nueva economía y los nuevos bárbaros de la clase media metropolitana.

En segundo lugar, el municipio ofrece amplias facilidades para domiciliar empresas o emplazar aerogeneradores. En la medida que la terciarización avance con los arietes de la construcción, las renovables y el turismo, el territorio se suburbanizará y degradará mucho más de lo que pueda estar, y con él la vida de sus habitantes (en absoluto singulares), cada vez más artificial y consumista, más mediatizada por los cachivaches electrónicos, más motorizada y más contaminada.

Convendría recordar que Amurrio, un municipio agrario hasta 1960, poseía abundantes bienes comunales y se regía por Concejo Abierto, igual que el resto de las Tierras de Ayala; es decir, se autogobernaba mediante la asamblea de todos los vecinos reunida junto a la ermita de San Antón, situación de la que fue privado a la largo del siglo XIX. En el pasado el municipio gozó de un régimen municipal casi libertario, autosuficiente, ligado a una economía agraria tradicional, no capitalista. Los cambios que la economía terciaria ha introducido en la forma de vivir de sus gentes son grandes en relación con el Amurrio proletario y empresarial de los años setenta, pero son abismales si los comparamos con la vida estabilizada y comunalista del municipio hasta fechas no muy lejanas. La industrialización trajo la modernidad y a los proletarios, junto con las ideas de beneficio, progreso, riqueza, bienestar y desarrollo; la reconversión posindustrial ha revelado el carácter ambiguo y regresivo de esos conceptos, el lado oscuro de la modernidad, la locura de la lógica capitalista que ha colonizado la vida de los amurrianos. Y así como la industrialización ocultó las contradicciones de la época rural sin resolverlas, la terciarización

hace lo propio, aportando contradicciones nuevas, las que se derivan de una vida cada vez menos autónoma y más mercantilizada. Los conflictos laborales, si se resuelven a favor de los obreros, pueden hacer más llevadera la esclavitud salarial, pero no la pueden suprimir.

La salida se halla en la reconstrucción de Amurrio como comunidad, independiente del dinero de Bilbao o Vitoria, para lo cual tendrá que reequilibrarse su relación con el territorio y eso no ocurrirá jamás bajo coordenadas capitalistas. Solamente en esa dirección podría tener ejemplaridad la reciente constitución de la pedanía o "Junta Administrativa" de Barandio en concejo abierto de 180 personas. En las condiciones actuales el concejo sirve únicamente para elegir alcalde y tomar decisiones irrelevantes.

El retorno a una vida rural en simbiosis con el núcleo urbano ha de ser fruto tanto de la deserción del trabajo asalariado y del modo de vida consumista como de la reocupación de tierras y la defensa del territorio contra los proyectos de explotación. Dicha defensa ha de ser lo suficientemente masiva y contundente como para convertir Amurrio en "zona de riesgo" para inversores. Es el primer paso.

Al lado de la suburbanización ocurre un proceso contrario de signo ruralizante, todavía muy incipiente, pero portador de grandes esperanzas de emancipación. Sucede que la historia está escapando de las conurbaciones – espacios sin sentido, colonias mercantiles, no-lugares – para reaparecer en los pueblos como por ejemplo Amurrio, donde el aire es menos impuro, la convivencia libre tiene alguna posibilidad y el combate social por el territorio es una realidad aunque sea a escala pequeña.

Miguel Amorós, 14 de diciembre de 2010. Redactado a petición del grupo libertario Sasien Sehaska.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

2011

Marzo 2011

El segundo asalto Forma y contenido de la revolución social

«La primera cuestión que debemos proponernos es ésta: ¿Cuál es el objeto de nuestra ciencia? Y la respuesta más sencilla y clara es que este objeto es la verdad.»
Hegel, *Enciclopedia*.

El ser social del proletariado no se corresponde con su conciencia

Cansados de contemplar cómo las contradicciones de la dominación no se corresponden con progresos en la conciencia de los oprimidos, cada vez que planea en el horizonte o que sucede una confrontación social de mayor o menor intensidad se entona el cántico de la lucha de clases, del retorno del proletariado y del drama final, sin tener en cuenta las condiciones presentes y los antecedentes que puedan explicar el conflicto a fin de desvelar sus límites y posibilidades. Es como si la historia se hubiese parado en algún momento significativo del pasado y no le quedara otra opción que repetirse en permanencia al azar de fortuitos momentos subversivos: un estallido en Grecia, un manifestación de estudiantes en Londres, una huelga contra el deterioro del sistema de pensiones en Francia, una revuelta masiva como la de Túnez o Egipto… La evolución teórica de la protesta social parece haber culminado con los ideales de la socialdemocracia, el anarcosindicalismo, el estalinismo o el situacionismo y, en buena lógica, estos acontecimientos ofrecen la mejor ocasión para vestir lo nuevo con ropa vieja acoplando las consignas previsibles y los lugares comunes de las ideologías. El dolor del ánimo y la tristeza intelectual ya no acompañan a la impotencia de la razón, puesto que el análisis superficial y tópico ha elevado esa impotencia a doctrina. Gracias a la confusa herencia de éstas la historia regresa, se repite, pero la repetición en realidad no refleja más que una falta absoluta de marco conceptual con el que identificar las líneas del proceso histórico ordenada y coherentemente, de forma que los hechos adquieran un significado real e inteligible. Así pues, tampoco hay fin ni retorno de la historia; lo que hay es ausencia de conciencia histórica, y en su lugar, fetichismo ideológico, parálisis teórica y obscurecimiento de la experiencia. Son los resultados del triunfo del capitalismo, de sus formas correspondientes de sociedad y Estado, de la mentalidad, la cultura y estilo de vida que le son propios, de donde salen las trompetas y emanan los argumentos de su falsa contestación.

Si aspiramos a lo que Hegel llamaría «un conocimiento racional de la verdad» y queremos orientar nuestra obra sin perdernos en tópicos y trampas ideológicas, no podemos quedarnos en el registro de lo contingente y aparente, ignorando el lado interior de los hechos, particularmente los recientes, los últimos partes de guerra. Un periodo donde las

fuerzas sociales históricas han sido vencidas constituye la oscura prehistoria que ha incubado el periodo siguiente. El escenario social ha sufrido profundas alteraciones con la derrota y la mayoría de los conceptos y experiencias se han vaciado, ya no significan lo mismo ni conducen al mismo lugar. La derrota marca tanto el fin de los avances teórico-prácticos de las clases oprimidas como la degradación de su proyecto. El no reconocimiento de sus fatales consecuencias equivale a abandonar «el rudo trabajo de la inteligencia», circunstancia que alimenta la nostalgia de la oposición antisistema actual, cuyos miembros vuelven «a las arenosas playas de las cosas de este mundo» (Hegel dixit) sin haberlas nunca abandonado, incapaces de enfrentarse a la utopía capitalista vencedora con otras armas que las prehistóricas. El capitalismo los tiene en su terreno: podrá resentirse con las múltiples catástrofes que provoca, pero no tiene nada que temer de las armas de juguete, de las modas contestatarias o de los apocalipsis literarios. Con tales complementos se puede llegar a ser hábil y adquirir la rutina de una profesión, sea la de dirigente político o la de revolucionario, pero muy otra cosa es modelar un pensamiento realmente subversivo y practicarlo de forma coherente.

Dos fenómenos igual de lamentables se repiten en todos los conflictos sociales contemporáneos: primero, sus protagonistas nunca cuestionan completamente a sus enemigos – el Estado, la burguesía, los sindicatos, los partidos – pues parten de problemas muy concretos cuya solución cae dentro del sistema y además carecen de proyecto alternativo. Ya parece que sea normal vender su tiempo y esfuerzo o que otros negocien la venta; a nadie sorprende que las finanzas dominen las necesidades y los deseos.

Segundo, cualesquiera que sean los resultados de la lucha, al finalizar ésta todo vuelve a estar como antes. La experiencia no se acumula. Este cuadro no es intemporal, surge durante el reflujo de las luchas obreras que prendieron al final del fordismo y se generaliza con la reestructuración capitalista posterior – años setenta y ochenta –, por lo que no conviene ignorarlo, como si siempre hubiera estado ahí, a fin de no nadar en las aguas turbias de la ideología: conviene regresar a los debates suscitados por el desvanecimiento de las perspectivas revolucionarias en Europa y América durante aquella época tan prometedora. En resumen, reexaminar el fracaso de lo que dio en llamarse el segundo asalto a la sociedad de clases.

El aborto de un periodo revolucionario y sus resultados

Los movimientos huelguísticos acaecidos entre Mayo del 68 y Polonia del 81 no instauraron un control obrero de la producción ni llevaron a la formación de consejos obreros.

En los lugares donde aparecieron formas consejistas – asambleas, comités, piquetes, comisiones representativas o coordinadoras de delegados – éstas no rebasaron jamás las funciones que ejercían los sindicatos; su existencia estuvo marcada por la inestabilidad y su duración fue siempre escasa. No fueron jamás órganos de poder paralelo ni instrumentos de expropiación o de reordenación de la vida cotidiana en el medio obrero. La excepción polaca fue relativa: la central obrera Solidarnosc devino efectivamente poder alternativo, pero su

fuerza fue empleada en la demolición controlada del régimen estalinista, de modo que en lugar de emancipar a los trabajadores, modernizó la dominación. En España, con la intención de paliar los efectos negativos del exceso de espontaneidad y desorden de las asambleas de huelga, así como para protegerlas de la represión y la manipulación de los sindicalistas reformistas, hubo quienes defendieron la necesidad de una central sindical no burocrática, asentada en bases asambleistas, con principios, métodos y fines libertarios. Ese fue el argumento más honorable de la reconstrucción de la CNT, aunque hubo otros que lo fueron menos. El problema, sin embargo, no radicaba solamente en la forma idónea de la lucha de clases, asambleas o sindicatos, sino en su contenido.

No era suficiente la autoorganización del proletariado, había de especificarse su autoabolición. La lucha de clases implicaba a la vez, autoafirmación y desclasamiento.

La autonegación del proletariado tenía que manifestarse en la práctica diaria junto a la autorrealización, no quedar anclada en un futuro brumoso como improbable objetivo de un programa o tema de un dictamen congresual. Pero dicha práctica, tal como se manifestaba en el absentismo o el turn over, en la deserción de la fábrica, en la insumisión, en la lucha antinuclear, en la liberación de la sensibilidad y el deseo, en la sexualidad libre y la comuna, en la convergencia entre rebelión y arte…, entraba en contradicción con la lucha cotidiana por las condiciones de trabajo, el salario y el empleo. La sustracción de la existencia al mercado no se llevaba bien con la compra cotidiana en dicho mercado de la propia existencia. Las reivindicaciones laborales ya no cuestionaban como antaño la esencia del sistema dominante puesto que eran perfectamente asumibles, y eso a pesar de que la crisis de la organización laboral fordista diera pábulo a ilusiones al desencadenar procedimientos expeditivos inaceptables para el poder establecido: solidaridad, huelgas salvajes, ocupaciones, sabotajes, enfrentamientos, etc. La lucha por el trabajo en los setenta hubiera tenido que ir estrechamente asociada a una revuelta contra el trabajo, pero los pactos sociales, las reformas y la policía sindical lo impidieron. Tanto las estructuras asamblearias subsistentes como las organizaciones que no aceptaron el Estatuto de los Trabajadores, hubieron de amoldarse a esa realidad y escoger entre la transformación en lumpen o en sindicatos vulgares, presentando candidaturas y, en tanto que mediadores en el mercado laboral, ateniéndose a las constricciones de la economía capitalista.

El proletariado había sido capaz de subvertir la sociedad de clases, pero sin poner otra en su lugar, ya que quedaba prisionero de la lógica productivista. No concebía una producción diferente, sino una gestión diferente, pero el capitalismo es un modo de producción y la gestión obrera de esa producción, llámese autogestión, colectivización o socialismo, no va más allá de un capitalismo sin patronos.

Tampoco imaginaba un hábitat diferente, por lo que su «socialismo» corría parejo a la urbanización. Bajo el punto de vista obrerista la tarea fundamental de la revolución proletaria no sería otra cosa que la corrección de los aspectos negativos del capitalismo (injusticia, desigualdad, privilegios, chabolismo), conservando otros (organización fabril, tecnología, salario, moneda, suburbios). El reino de la necesidad seguiría subsistiendo en un

régimen «socialista», y a la libertad le tocaría el turno solamente al sonar la sirena anunciando el fin de la jornada laboral.

El viejo proyecto revolucionario del proletariado había quedado obsoleto porque se fundaba en la preservación y generalización de la condición obrera, no en su superación.

Además, para un proletariado absorbido por sus problemas cotidianos todos las grandes cuestiones -la destrucción del Estado, del dinero, de las relaciones de mercado y del trabajo asalariado, y por supuesto, de las metrópolis- no eran más que una meta, un destino indatable, el punto final de un camino que comenzaba y recomenzaba del modo más realista con las reivindicaciones laborales. La lucha reivindicativa desde luego no apuntaba en la dirección adecuada, resaltando aún más la contradicción entre medios y fines. Los intereses inmediatos obscurecían los intereses generales. A fin de superar tantos escollos, voces radicales propugnaron soslayar las reivindicaciones y partir de la subversión inmediata del sistema capitalista, es decir, no detenerse en la defensa de la condición obrera y combatir directamente por su abolición. Eso podían hacerlo un puñado de irregulares, pero la clase en sí era incapaz, y después del fulgor de las primeras huelgas incontroladas y de la lucha por la autonomía, las explosiones de rebeldía y los organismos de base abundaron cada vez menos, hasta desaparecer en los albores de la mundialización. La clase dominante había sabido integrar al enemigo en su mundo; la lucha de clases había acarreado finalmente un refuerzo de la economía global. El enroque sectario de los guardianes de la verdad impoluta, el activismo desconectado de toda reflexión o el refugio en la especulación teórica desligada de cualquier praxis, son variantes del exilio interior de los vencidos que reivindican la herencia proletaria.

Escapismo ante las cuestiones que la derrota del segundo asalto planteó de manera ineludible: ¿continuaba siendo el proletariado una clase revolucionaria? ¿cuál era el contenido actual de la revolución? ¿cómo ir en su dirección?

La cuestión social no es principalmente laboral sino ecológica

La clase que ya no era subjetivamente revolucionaria, había dejado de serlo objetivamente. Después de la reestructuración industrial, la suburbanización general, las innovaciones tecnológicas y la terciarización de la economía – en suma, después de la modernización – la clase obrera había perdido su posición estratégica en el proceso productivo, y por lo tanto, era un factor social pasivo, sin influencia en el desarrollo capitalista ni papel significativo en las crisis económicas. Aquella posición podía haberse recuperado en la esfera de la circulación si la clase hubiera conservado su solidez y no se hubiera dejado colonizar y disolver. Pero el conglomerado de trabajadores casi todos del sector terciario, intelectuales, empleados, pensionistas y funcionarios, resultante del desarrollismo, un agregado dependiente, atomizado y recluido en la vida privada, no mantenía en su seno relaciones directas, o en otras palabras, no constituía una clase. No era cuestión de ponerse a buscarla en las tinieblas de la especulación, inventando una naturaleza proletaria negativa y abstracta enfrentada a un ser real y afirmativo, o dicho de otra manera, imaginando un proletariado

«comunizador» celeste dentro de una resignada clase terrestre. Concluyendo: el proletariado no poseía un carácter revolucionario intrínseco, y mucho menos estaba imbuido de una misión histórica cualquiera. Cierto que existía un antagonismo entre explotados y explotadores, o entre dirigidos y dirigentes, pero éste no desbordaba los cauces de la explotación y, por tanto, no conducía a un proceso revolucionario.

Las luchas reivindicativas no contribuían a la destrucción del capitalismo sino a su modernización, pues el proletario no podía ser al mismo tiempo defensor y destructor del trabajo. Pero había más; llegado el momento en que el impacto nocivo de la actividad económica sobre la salud y el medio era peligroso, en que la cantidad de recursos que se destruían duplicaba al montante de lo que se regeneraba, la defensa del trabajo era injustificable desde el interés general, y por lo tanto, moralmente inasumible.

Cuando el síndrome del capitalismo tardío se manifestaba con claridad, esto es, cuando la irracionalidad plasmada en la unidad inseparable de la producción y la destrucción se mostraba como «huella ecológica», no se podía mantener una posición neutral ante los productos del trabajo, cada vez más perniciosos y contaminantes, y por consiguiente, no gestionables. La putrefacción de estas contradicciones sentenció las aspiraciones revolucionarias y legitimó de nuevo a los enemigos de clase desenmascarados en el pasado. Los sindicatos ya no podían considerarse excrecencias burocráticas exteriores al proletariado, organismos de la burguesía y del Estado, sino que, tal como demostraron las seudohuelgas generales desde 1987, eran la expresión orgánica más genuina de la defensa del trabajo esclavo bajo el capitalismo renovado –incluido el trabajo tóxico y socialmente dañino-, la forma organizada de la existencia económica de los trabajadores bajo el capital, del mismo modo que los partidos autodenominados obreros y socialistas eran la forma de su existencia política.

Los sindicatos y partidos representaban realmente a los trabajadores tal como eran, o sea, objetos domesticados y manipulables, clase para el capital. En efecto, la recobrada influencia sindical oficialista demostraba que los asalariados habían elegido la servidumbre voluntaria en vez de la libertad; habían escogido su afirmación alienada como fuerza de trabajo en lugar de tomar partido por su propia negación. Mejorar las condiciones de existencia, pero no cambiar la sociedad en su conjunto. Fin de las teorías obreristas, y con ellas, de la idea de la revolución como acto de afirmación proletaria, democrático o dictatorial, o sea, como una toma del poder por parte de sus organizaciones, sindicatos, consejos o partidos, en el terreno económico o en el político. Los obreros no harían nunca esa revolución, puesto que se conformaban con los convenios y pactos sociales, renunciando incluso a gestionar directamente lo existente; ni tampoco la otra, la que se confundía con su autodisolución: nunca pelearían por el comunismo libertario ni por ninguna otra clase de comunismo.

Comunidad rural antidesarrollista o sociedad de masas urbanas

El abandono teórico del obrerismo sin recurrir a sucedáneos como la ciudadanía, el pueblo, la nación, las redes sociales, los cibernautas o la multitud, tenía que concretarse en una

secesión práctica de las estructuras capitalistas, que bien podía debutar con la huida del lugar de trabajo, el rechazo del consumismo, la búsqueda de un modo de vida solidario, la recuperación de viejos saberes artesanales, el descubrimiento de la agricultura tradicional, etc., es decir, con algo opuesto a la idea de progreso y en la línea del socialismo utópico y del colectivismo libertario. Dos concepciones existenciales se hacían entonces patentes: la comunidad, el reino de la Kultur, y la sociedad, el reino de la Zivilisation. El mundo de la ética y el mundo de la economía, el dominio del valor de uso y el del valor de cambio; en resumen, el territorio y la urbe. No obstante buscar las respuestas lejos de las fábricas y de las aglomeraciones urbanas, no había que perderlas de vista si no se quería parar en situaciones marginales completamente inofensivas. Cuestiones como la subjetividad autónoma, el sujeto revolucionario, el papel de la técnica y del urbanismo, las luchas anticapitalistas o el contenido de la revolución, tampoco podían plantearse seriamente en el marco de una autoexclusión voluntarista que despreciara los movimientos urbanos generados en las crisis de la dominación.

Para la elaboración de una nueva teoría de la revolución y el ejercicio de una nueva praxis hacía falta un espacio público apropiado, un particular terreno de combate, un escenario verdaderamente anticapitalista donde pudiera forjarse una sensibilidad ajena al cemento y desarrollarse una nueva comunidad subversiva. Pues bien, dicho espacio se articula en torno a la defensa del territorio, pero no es solamente rural, ni deja de ser urbano. La explotación del territorio es el recurso último del capitalismo, para lo que necesita ingentes obras de adaptación. La resistencia a la transformación del territorio impuesta por políticas hidráulicas y energéticas, por la construcción de infraestructuras y por el fomento del turismo, que es una resistencia al modo de vida industrial y urbano, ocupa involuntariamente el centro de la protesta social, puesto que apunta al corazón del sistema. La defensa del territorio es la verdadera lucha anticapitalista, porque de un lado cuestiona radicalmente la naturaleza del capital, y porque del otro, los antagonismos que suscita al trabar su circulación alientan una superación emancipadora.

Algunos hechos no se habían tenido suficientemente en cuenta. El desarrollo económico ilimitado implica la proletarización casi total de la población, la generalización de las relaciones capitalistas, la mercantilización absoluta de las relaciones sociales. La desagregación de las estructuras de clase, la artificialización de la vida y la urbanización general del territorio son una consecuencia necesaria. El capitalismo crea y organiza su propio espacio, aquél donde el mundo de la mercancía y del progreso tecnológico puede desplegarse sin trabas: la conurbación es la forma espacial que mejor conviene a la dominación. La forma en donde el tiempo le pertenece. Las conurbaciones, áreas metropolitanas y sistemas urbanos, funcionan como fábricas gigantescas en donde la vida, motorizada, inmersa en un entorno tecnológico y recluida en el ámbito privado, se confunde con el trabajo. El nuevo sujeto de la historia podría definirse provisionalmente así: proletario es todo aquél que vive en un territorio-fábrica y es consciente de ello. El espacio público ha sido reemplazado por un espacio de flujos, de no-lugares, donde la mutilación de la vida se

acelera hasta alcanzar un umbral en la alienación que vuelve imposible cualquier forma generalizada de conciencia, y por lo tanto, cualquier forma coherente de rebeldía. El capitalismo ha resuelto el problema de la revolución yendo por delante, bloqueando así la emergencia de un sujeto disolvente. Para escapar a las tenazas de los mercados hay que luchar contra la mal llamada ciudad y procurar instalarse o al menos establecer lazos con el espacio suburbano, al que ya no se puede llamar campo, donde pueden reconstruirse relaciones solidarias directas y formularse las preguntas esenciales sin demasiados lastres ideológicos que las embrollen. Este nuevo eje de lucha deja a la conurbación en la retaguardia y traslada el frente al territorio, pero no abandona una por el otro, sino que se sirve de ambos. El contenido de la revolución -y si nos apuran, el de la poesía- replanteado de esta manera es antidesarrollista y desurbanizador. La conurbación, es territorio aniquilado, historia borrada, cultura muerta. Su abolición equivale a la de la fábrica: fin del trabajo y fin de la vida como trabajo. Por consiguiente, una sociedad comunista libertaria, orientada hacia la satisfacción en libertad de necesidades y deseos, ha de ser una sociedad predominante pero no absolutamente rural, de carácter municipalista. Es una sociedad donde la integración de la ciudad y el campo en el territorio superará la contradicción entre lo urbano y lo rural. Los bienes comunales, el trabajo colectivo y el municipio, son las herramientas sociales de esa superación.

La lucha decisiva es en defensa del territorio

La ciudad descoyuntada, como hemos apuntado, es el peor sitio para la conciencia, pues se trata de un espacio esencialmente capitalista donde los conflictos son neutralizados y la vida cotidiana sometida a los imperativos del consumo y la motorización. Es el territorio per se del desarraigo y de la desposesión. Habrá que luchar contra su expansión, al fin y al cabo expansión de ese mismo desarraigo y esa misma desposesión, y el combate podría efectuarse mejor desde fuera, puesto que el ritmo de vida campesino facilita los encuentros y permite un uso relajado del tiempo y del espacio. Pero no exclusivamente; también se combate contra la conurbación desde dentro, pues mientras la segregación sea mínima y no afecte al mercado de trabajo, o mejor, mientras las comunidades de lucha más numerosas permanezcan de grado o por fuerza en la urbe, no hay otra posibilidad. Conviene remarcar que el movimiento de segregación no busca retornar al paleolítico o a la Edad Media, sino enfrentarse eficazmente al capitalismo, siendo el campo abandonado por la economía una especie de nuevo laboratorio tanto de la razón como de la imaginación, el horizonte del nuevo sujeto colectivo y de la nueva subjetividad apasionada a constituir por los desertores del mundo urbano y de la agricultura industrializada. La sociedad libre no podrá edificarse sino sobre la ruina de las industrias y las conurbaciones, pero eso simplemente es el final de la civilización burguesa, no el final de cualquier civilización.

El municipio ha sido en la península ibérica la formación social más parecida a la polis griega y también la más contraria al Estado. Su desarrollo entre los siglos XI y XIV tras un largo periodo desurbanizador representó la forma más lograda de sociedad fraternal e igualitaria, al menos en sus primeros momentos, cuando no se producían excedentes o éstos se

dilapidaban de modo improductivo en fiestas, edificios públicos o batallas. Las relaciones con un poder territorial al principio sin capacidad coercitiva suficiente se basaban en la reciprocidad y no en la opresión.

Las diferencias estamentales no eran importantes y las decisiones se tomaban en asamblea abierta; el vecindario se regía por normas dictadas por la costumbre y combatía la escasez con el aprovechamiento de tierras comunales.

En tal sociedad sin Estado – o al menos fuera de su alcance – tuvo lugar la síntesis de lo rural y lo urbano que dio forma a una cultura rica e intensa, el primer rostro de nuestra propia civilización, hoy irreconocible. En su seno no se concebía la individualidad como aislamiento y ausencia de obligaciones; el individuo era determinado por la comunidad y no al contrario. Así las cualidades de la conciencia histórica (memoria, tenacidad, lealtad, autodisciplina, compromiso social) se sobreponían a las aptitudes exigidas por una existencia entregada a la satisfacción inmediata de impulsos (narcisismo, hedonismo, ludismo, inconsecuencia), tan típica de nuestros días.

El municipio fue durante mucho tiempo la célula básica y autónoma de la sociedad, el centro ordenador del territorio, la forma de su libertad política y jurídica ganada a pulso en lucha contra la Iglesia, la aristocracia o la realeza, el medio de una identidad mediante la cual sus habitantes pudieron intervenir como sujeto histórico en otros tiempos, que el desarrollo de patriciados, la propia decadencia, el Estado absolutista y la burguesía decimonónica se encargaron de cerrar. Y precisamente hoy, cuando una identidad combativa debe constituirse en la resistencia antidesarrollista y la defensa del territorio, único espacio donde pueden confluir el interés subjetivo y el objetivo, su ejemplaridad puede servirnos de fuente de inspiración, aunque no de coartada para compromisos institucionales de tipo localista. Se trata de reconstruir elementos comunitarios en una perspectiva revolucionaria, no de legitimar el sistema político de la dominación con candidaturas electorales. Importa echar abajo el edificio de la esclavitud política y salarial, no apuntalarlo, por lo que el municipalismo revolucionario no ha de entenderse sino como un retorno antipolítico a lo local en el marco de la defensa radical y universal del territorio.

Miguel Amorós.

Extraido de la publicación *Libre Pensamiento*, número 67, primavera 2011.

mayo 2011

Luchas urbanas y lucha de clases

"Para cambiar la vida hay que cambiar el espacio."
Henri Lefebvre.

No existe espacio natural. Todo espacio es espacio social; implica, contiene y disimula relaciones sociales. Las relaciones sociales tienen una existencia espacial; se proyectan en el espacio y se inscriben en él produciéndolo. Como son capitalistas, el espacio social tiende a ser espacio del capital, su campo de acción y el soporte de su acción. El capital lo fagocita, rompiéndolo y reuniendo los pedazos, vaciándolo de sujeto y poblándolo con un sujeto abstracto, sumiso y domesticado. La sociedad urbana sustituye y sucede a la sociedad de clases a cuando el capital completa la unificación y colonización del espacio. Ha producido y modelado un espacio propio, abstracto, instrumental y manipulable, y, al mismo tiempo, ha producido y modelado a sus habitantes, controlando su tiempo. La diferencia entre éstos y los antiguos proletarios es abismal. Aquellos poseían su espacio aparte – las barriadas obreras – donde la vida cotidiana, fuera del mercado, se regía por otro tipo de valores y reglas. El nuevo asalariado ha sido emancipado de su clase; no se orienta en el espacio urbano por más referencias que las de la mercancía-espectáculo. Su vida cotidiana reproduce fielmente sus indicaciones. Como siempre, el lugar que ocupa depende únicamente de su salario, pero a diferencia de antes, ya no habita en un espacio colectivo, autónomo y con historia, sino en un espacio abstracto, vacío de sentido, que los signos y mensajes del poder han rellenado.

La conurbación, elemento constitutivo de la sociedad urbana, es ese espacio, resultado del crecimiento descontrolado de las fuerzas productivas. En su interior todos los problemas políticos y sociales se agravan y se anulan al mismo tiempo, pues gracias al bloqueo de la experiencia, la pérdida de memoria y la incomunicación su percepción es cada vez más problemática. La conurbación es un espacio enajenado de enclaustración y de adiestramiento, no hecho para recordar y soñar, sino para olvidar y adormecer. Como el capitalismo, aquella se edifica sobre crisis: demográficas, energéticas, financieras, políticas, culturales, laborales, sanitarias, ambientales, etc.; la crisis es su atmósfera y la amenaza de colapso su estímulo. Por eso es un espacio policial total, monitorizado, donde se gestionan los movimientos de sus habitantes. En las conurbaciones puede automatizarse al máximo la vigilancia preventiva, incluso puede establecerse, lo mismo que con las mercancías, una trazabilidad de la población que permita su seguimiento permanente. Es una necesidad a partir de un determinado nivel crítico de complicaciones y problemas insolubles. El control de un mundo cada vez más complejo y centralizado no puede obtenerse más que con la conversión de los individuos en autómatas, dentro de un espacio que el diseño urbanístico y las técnicas de seguridad vuelven neutro, transparente, homogéneo y esterilizado. Un espacio así oscila entre el estadio deportivo, el centro comercial y la cárcel.

La domesticación casi mecánica de los individuos en el espacio urbano viene confirmada por la decadencia de las luchas obreras y vecinales. La condición de asalariado ya no basta para constituir una identidad o definir un "mundo". Ya no existe una ciudad obrera real dentro de una metrópolis burguesa oficial, coexistiendo y contrastando con ella. Las conurbaciones no tienen misterio ni "nada que declarar". En el pasado las asociaciones de vecinos aspiraban a encajar los barrios periféricos en la urbe reivindicando servicios y equipamientos elementales. No ponían en duda el modelo urbano, querían formar parte de él, pero en pie de igualdad con los distritos céntricos. Sin embargo, ahora la lucha urbana no puede pararse ahí, acondicionando el escenario de la esclavitud; ha de cuestionar a fondo la propia conurbación, ha de descapitalizarla. Un principio antidesarrollista básico dice que una sociedad llena de capital es una sociedad urbana, por lo que una sociedad vacía de capital ha de ser una sociedad agraria. Por lo tanto, bajo esa perspectiva, un espacio urbano liberado será fundamentalmente un espacio desurbanizado. Ello no significa la desaparición de la ciudad, ya consumada en la conurbación, sino la superación positiva de la oposición ciudad-campo y el rechazo radical a la degradación de ambas realidades en un magma indiscernible. La recuperación de la ciudad, eje del proyecto en el que se han de inscribir las luchas urbanas, es paradójicamente un proceso ruralizador.

El antidesarrollismo es hoy por hoy el único anticapitalismo. Parte de la nocividad intrínseca de la producción capitalista, lo que lleva a rechazar su reapropiación, punto esencial de todos los programas socialistas. Sin embargo, la degradación del antiguo proletariado obstaculiza una toma de conciencia en ese sentido e impide la clarificación de nuevas estrategias. Si aquél abdicó de su misión histórica, o sea, renunció a apoderarse de los medios de producción y distribución, con mayor razón se opondrá a su desmantelamiento, seguramente por lo que supondría de "pérdida de puestos de trabajo". La lucha por el salario y el empleo a menudo se coloca en el bando de la dominación, debido a que tras la evaporación de los intereses de clase no prevalecen más que los intereses particulares y corporativos, contrarios al "desarme industrial" que exige una sociedad liberada (p.e. la defensa del trabajo a ultranza en las plantas petroquímicas, en las fábricas de automóviles, en las centrales nucleares, en la seguridad privada, en la construcción, etc.). El trabajador conformista e hipotecado nunca cuestiona la naturaleza de su trabajo, que considera "como cualquier otro", y prefiere ignorar la incompatibilidad total entre la producción actual y una sociedad libre. Además, el trabajo asalariado y el endeudamiento son la forma habitual de subsistencia en la sociedad urbana y siguen el ritmo expansivo de las conurbaciones. Van asociados al crecimiento económico, y por consiguiente, a la destrucción del territorio. El conflicto territorial tiene objetivamente a los asalariados junto a la patronal y el Estado (p. e. en la construcción del TAV, de autopistas, de pantanos y trasvases, de centrales térmicas, de adosados, de campos de golf y puertos deportivos, de líneas MAT, etc.). Sus intereses inmediatos son más próximos y no tienen otros.

La lucha urbana toma el relevo de las lucha obrera pasada, porque, dado que el capital integra perfectamente cualquier reivindicación del trabajo, la cuestión social no puede

plantearse como cuestión laboral, pero sí como cuestión urbana. Las contradicciones del régimen capitalista, cada vez menos evidentes en los lugares de trabajo, se despliegan y hacen visibles en la vida cotidiana, que alimenta el conflicto urbano. El espacio abstracto del capital es una fábrica del vivir en serie. La vida cotidiana es un sector colonizado, invadido por la técnica, el consumismo y el espectáculo. Es vida privada, incomunicada, aprisionada; prolonga el trabajo, equivale a trabajo. Por eso la lucha urbana tiene las características de una lucha de fábrica; sin embargo no reivindica una privacidad mejor equipada, con el tiempo bien repartido en las respectivas zonas funcionales, sino una vida al margen del capital, descolonizada, con su espacio propio, disponiendo de un uso libre del tiempo. Es una lucha por el espacio, al que hay que reconquistar y dotar de contenido.

La luchas urbana debe alumbrar un nuevo sujeto, un nuevo proletariado que se no se niegue afirmándose, sino que se afirme negándose; que no pretenda universalizar la condición obrera, sino que la rechace de plano. Si no se pone en tela de juicio el trabajo mismo, no se cuestionar el capital: el anticapitalismo verdadero es antiobrerista. Para que un sujeto colectivo o lo que viene a ser lo mismo, una clase, pueda constituirse, ha de crear su espacio específico desde donde reunir fuerzas contra la clase adversaria. El espacio del capital, poblado de asalariados, automovilistas y consumidores, no es el adecuado. Ha de transformarse, y para hacerlo primero ha de ser arrebatado al mercado. Ha de dejar de ser un espacio de trabajo, de consumo, de circulación, de ocio, etc. En el nuevo espacio liberado sus habitantes han de lograr un grado de autonomía suficiente (en alimentación, ropa, calzado, educación, transporte, sanidad, autodefensa, información, etc.). La autonomía es la condición para que la negación del capitalismo, la clase anticapitalista, pueda darse. El desarrollo de una logística independiente garantizaría la autonomía de una colectividad segregada, administrando su tiempo y dominando su espacio. ¿Es ello posible sin liberar a su vez porciones de territorio? En las conurbaciones y sistemas urbanos puede darse, por ejemplo, una relativa autonomía sanitaria o informativa, pero para que exista una abastecimiento autónomo donde nadie puede producir directamente sus alimentos, hace falta relacionarse con los productores. La soberanía alimentaria sería pues el primer eslabón entre las luchas urbanas y la defensa del territorio. No obstante el éxito de los primeros pasos, el problema no ha hecho más que empezar. La sociedad urbana tiende a encarecer la habitación, suprimir los huertos periurbanos, anular los espacios de uso común y acosar a los disidentes, es decir, tiende a complicar enormemente los esfuerzos de automarginación y a reducir los espacios liberados a guetos minúsculos ¿Es posible en esas condiciones un grado suficiente de segregación y autoexclusión? Depende del momento. El mercado mundial segrega y excluye por sí mismo, generando en la conurbación y mucho más en el medio rural un espacio de economía informal desmonetarizada que las crisis contribuyen a desarrollar. Por otra parte se generalizan formas discretas de sabotaje del trabajo como el absentismo ¿Pero puede darse en ese marco un nivel suficiente de autonomía cultural y política? ¿Puede realmente formarse en su seno un sujeto revolucionario? El sujeto se recompone como comunidad en la lucha, pero nunca de golpe. Durante un tiempo es una comunidad sólo en potencia, porque aunque las luchas urbanas pueden hacerlo emerger, no tienen

envergadura suficiente para consolidarlo. La lucha urbana es durante ese periodo una lucha de clases en germen; una clase en proceso de formación se enfrenta a otra ya formada. Para afirmarse por completo el sujeto ha de segregarse y construir su autonomía y ésta ha de reflejarse en contra-instituciones. Imposible que lo haga sin extenderse por el territorio. La segregación laboral y cultural ha de confluir con una segregación territorial. La negación del trabajo asalariado y del espectáculo no puede arrancar con efectividad sin la salida del mercado de amplias porciones de territorio. Para empezar la libertad se erige sobre bases agrícolas.

Una lucha urbana que quisiera ser auténtica y no liberara su propio espacio, permanecería en la abstracción. La lucha que no produce su espacio no va hasta el fin, fracasa a la hora de crear y acaba en gueto. No cambia la vida, sólo la ideología. No crea nuevas instituciones, ni proyecta una nueva arquitectura o concibe un urbanismo liberador. Se manifestará en escaramuzas contra el mobing, expropiaciones, derribos, expulsiones, corrupción urbanística, planes parciales, videovigilancia, ordenanzas, etc., pero no sacará conclusiones, cuestionando la sociedad urbana en su conjunto y pugnando por otro modelo social distinto. No forjará un sujeto colectivo, pues solamente las luchas conscientes son capaces de hacerlo. Una lucha urbana es efectiva sólo si es capaz de aglutinar a una comunidad de individuos que consiga sustraer su vida cotidiana a los imperativos capitalistas. El mercado recupera pronto el terreno perdido, por lo que la lucha ha de prolongarse encadenando conflictos, lo que no es demasiado difícil, dados los planes de “regeneración urbana” y museificación de los municipios (recosidos, esponjados, equipamiento, rehabilitación, reconstrucción, modernización) y los proyectos constantes de “cinturones” viarios (rondas, túneles, patas, variantes, accesos, desdoblamientos, ampliaciones o soterramientos). La lucha urbana es una resistencia a la valorización del suelo y a la acumulación de beneficios inmobiliarios, una barrera a la remodelación discriminadora, a la arquitectura fálica, pretenciosa y exhibicionista, al autoritarismo administrativo… en fin, un frente contra el espacio o mundo de la mercancía. Ha de forjar un plan y mostrar un modelo alternativo a la sociedad urbana, descentralizador y comunitario, aprovechando las oportunidades de la economía informal y desarrollando una crítica a la arquitectura y al urbanismo capitalistas, pero para ello necesita fuerzas que no tiene. A fin de superar su fragilidad teórico-práctica ha de encontrar aliados en otros frentes, objetivo que la encamina hacia la defensa del territorio. La liberación del espacio urbano requiere un territorio libre.

La lucha por el territorio tiene por escenario la conurbación y sus satélites, puesto que el territorio ha sido despoblado y su repoblación depende de aquella, pero ya no es una lucha urbana strictu sensu, porque se despliega en medio rural. Hoy se concreta en una resistencia a la urbanización, a la nuclearización, a la agricultura industrial y a las infraestructuras, bien sea logísticas, hidráulicas, energéticas o de transporte. Es una ofensiva contra la planificación y al ordenamiento que determinan sus usos y lo transforman en capital. La defensa del territorio, la lucha por su autonomía, es antidesarrollista. Es una verdadera lucha de clases que se traduce más que nunca en el espacio. Impide que el espacio abstracto progrese, que

se vuelva medio de acumulación, tratando de establecer en los territorios liberados de relaciones comunitarias en conflicto con el mercado. La defensa del territorio constituye el eje de la cuestión urbana, porque el territorio sometido al capital ya no es una simple reserva de espacio, sino la fuente principal de beneficios particulares y un "yacimiento" de puestos de trabajo. La nueva acumulación capitalista parte del encarecimiento de las materias primas, de la construcción de infraestructuras gigantescas, de las energías renovables, del reciclaje de desperdicios, del acondicionamiento paisajístico, del turismo rural, etc., es decir, parte del territorio. En esta nueva fase el Estado recupera la importancia perdida, puesto que no se trata ya de desmantelar una asistencia social cada vez más costosa y desregular un mercado laboral con una intermediación excesivamente poderosa, sino de financiar una "economía sostenible", o sea, de endosar a la población la factura de los costes de una reconversión "verde". Esta nuevo ecologismo de mercado no llega para modificar las bases económicas de la dominación, sino para reforzarlas. Por lo tanto no se propone acabar con la agresión al territorio, con el despilfarro o con el consumismo, sino al contrario, pretende apuntalar su continuidad. Lo "sostenible" es más de lo mismo, pero pintado de otro color.

Una vez que la penuria estricta ha sido dejada atrás, el conflicto social no se manifiesta plenamente dentro de la actividad económica, sino en la oposición entre la economía y todo lo que se le resiste. El antagonismo principal no se produce en la esfera de la producción o en la de los servicios, sino fuera de ellas y contra ellas. En la vida cotidiana, en el territorio, fuera del trabajo y contra el trabajo. Por eso el absentismo y las prácticas de autoexclusión y cooperación cobran una importancia crucial. El cambio de paradigma teórico – fin del proletariado, segregación, antidesarrollismo – de ningún modo implica una renuncia a la lucha radical o el abandono de cualquier perspectiva revolucionaria, puesto que los antagonismos no han desaparecido; ni siquiera han disminuido. Sencillamente se han mudado de lugar, aumentando en intensidad. Se impone una reflexión crítica sin concesiones ideológicas y una reorientación práctica basada en la disidencia y la vuelta al territorio. Pero mientras los procesos de deserción y reinstalación no sean significativos el conflicto social navegará en la ambigüedad, pues la crítica auténticamente subversiva no progresará lo suficiente y los antagonismos permanecerán en la penumbra. La oscuridad teórica apenas favorece a la ideología obrerista, verdaderamente marciana, pero en cambio permite peligrosamente el avance del ciudadanismo, cuyas propuestas – que se quieren pragmáticas y reformistas porque están en la vanguardia de la acumulación – sirven para empantanar el combate. Los seudomovimientos ciudadanistas no afrontan las contradicciones del sistema capitalista sino que las disimulan, afirmando la neutralidad del Estado y la posibilidad de otro capitalismo (de otro desarrollo, de otra globalización, de otra política, incluso de otro sindicalismo). Su auge aparente bajo diversos disfraces – ecologismo, alterglobalización, decrecimiento, municipalismo, sindicalismo alternativo – obliga a que la lucha urbana y la defensa del territorio se libren por encima de todo en el terreno de las ideas. La práctica necesaria no podría avanzar sin ellas. La ceremonia de la confusión ha de disiparse cuanto antes y los farsantes han de quedar desenmascarados,

pues el sujeto revolucionario nunca podrá surgir en connivencia con el sistema, como alegre ciudadanía participativa, sino desde fuera y en su contra, como furioso proletariado desertor.

Miguel Amorós.

II Jornadas Libertarias de Cartagena, 13 mayo 2011, Ateneu Llibertari l'Escletxa (Alacant) y Forat de la Vergonya (Barcelona), 14 y 21 de mayo.

Junio 2011

Pensamientos intempestivos al acabar de sonar el tambor

Cuando los excesos de la dominación generan protestas cuya realidad queda certificada por los medios se produce una ilusión de conciencia, un despertar aparente que parece anunciar la reaparición de la cuestión social y el retorno del sujeto destinado a protagonizar un nuevo cambio histórico. Sin embargo, al comprobar el carácter trivial y frívolo de las reivindicaciones centrales y al oír las repeticiones chabacanas de las ideologías progresistas, se nos disipan las dudas respecto a lo que realmente ha vuelto a través de la protesta consentida, que no es otra cosa que el cadáver del sujeto. La cuestión social continúa sin plantearse en profundidad, mientras que todos los muertos guardados en los armarios de las ideologías salen de paseo. A pesar del contenido de verdad que tenga, una protesta que flote en aguas estancadas junto a los restos podridos de otras seudoalgaradas anteriores no es el lugar más propicio para la reformulación de un proyecto de cambio real. Aunque se dote de mecanismos horizontales de toma de decisiones, aunque se constituya en asamblea, quienes toman la palabra en ella son en su mayoría impostores o aprendices de impostores. La razón se siente impotente ante la avalancha de lugares comunes extraídos del vertedero de la Historia, constatándose que la dominación capitalista – el sistema – no ha retrocedido un ápice, y que más bien, manipulando a sus víctimas, ha creado una falsa oposición civil con la que disipar los fuegos de la rebelión. No podía ser de otro modo. La clase obrera fue derrotada irremisiblemente hace treinta años y en su lugar no quedaron más que despojos que el sindicalismo minoritario no consigue ni conseguirá jamás revivir, coexistiendo con un gueto juvenil de militantes y refractarios, reducido y parcialmente empantanado. Nada con lo que reemprender lo que Hegel llamaba "el rudo trabajo de la inteligencia" con la que ilustrar a las nuevas generaciones, que, cuando hayan de echar mano al concepto, se darán de bruces con el tópico.

En todas las nuevas protestas espectaculares dos rasgos comunes están siempre presentes: primero, una gran cantidad de amigos sospechosos, que desde los medios oficiales ponderan, reargumentan y justifican la protesta propiamente descafeinada, de la que podan

con firmeza sus brotes radicales. Segundo, una voluntad obsesiva de no buscarse enemigos, ni en las fuerzas del orden, ni en los partidos, ni en el Estado, ni en la mismísima economía, puesto que todas las propuestas de máximos o de mínimos, por extrañas que suenen, caben dentro del sistema (otra cosa es que el sistema decida incorporarlas). De ahí el pacifismo enfermizo, su reverso lúdico-festivo, la ambigüedad ante las elecciones y la preferencia por medidas que impliquen más poder estatal o mayor desarrollo económico (más capitalismo), rasgos que determinan una ideología específica, el ciudadanismo, reflejo exacto de una manera de pensar en vacío que arraiga sin problemas en el terreno abonado de la contestación baladí. Al menos una cosa ha de quedar clara: la protesta ciudadanista no cuestiona el sistema, no persigue subvertir el orden establecido, ni quiere poner otro en su lugar. Lo que quiere es participar, así que no postula un modo de vivir (y de producir) radicalmente opuesto al modo vigente. Su programa, en caso de confeccionarse, no iría más allá de reformas destinadas a abrir vías a la colaboración institucionalizada y a repartir las consecuencias de la crisis económica con la clase dominante de forma más equilibrada. Es una simple llamada de civismo a la dominación. Nada de cambiar la condición de asalariado, votante, automovilista e hipotecado, sino preservarla –si eso es posible- con empleo estable, reformas electorales y salario suficiente. La condición proletaria subsiste, pero disimulada bajo una supuesta condición ciudadana. El combate por su abolición ya no es una disputa encarnizada entre clases por el control y gestión del espacio social como sucedía en tiempos pasados, sino el ejercicio tranquilo de un derecho político en el marco de un Estado asequible y neutral.

¿Existe realmente la “ciudadanía”? ¿es una nueva clase? Son preguntas que para responderse deberíamos tener presente una verdad incuestionable: que ni el proletariado industrial residual ni su heredero contemporáneo la masa asalariada son intrínsecamente revolucionarios, ni objetiva ni subjetivamente. La principal fuerza productiva es el conocimiento, no el trabajo manual; por otra parte, en el lado del sujeto, las luchas simplemente reivindicativas no destruyen al capitalismo, sino que lo modernizan gracias a la burocracia laboral que han generado. El aparato sindical y político disuelve la conciencia de clase y facilita la integración y la sumisión. Además, el crecimiento de la producción es fundamentalmente destructivo, por lo que el trabajador no puede inhibirse de las consecuencias de su propio trabajo y mucho menos desear autogestionarlo. La clase obrera ha concluido su rol histórico, ligado a una etapa de desarrollo capitalista ya finiquitada, y sus sucedáneos actuales no pueden tener otro sin condenar la función que desempeñan en el sistema y afirmar la necesidad de segregarse, pero sin conciencia y sin moral eso no es posible. El fin del proletariado como clase deja el terreno de la lucha social abandonado, sin sujeto, a merced de las clases intermedias que el propio sistema fragmenta, dispersa y excluye igual que hace con las clases laboriosas, en cuyo seno no florece de nuevo la vieja teoría revolucionaria del proletariado, sino la moderna ideología ciudadanista, esgrimida como arma antirradical y herramienta de cooptación por cuantos partidillos, grupúsculos, redes y candidaturas pululan en las protestas de la posmodernidad, infiltrándolas, banalizándolas y corrompiéndolas. Igual que pasó cuando había lucha de clases, el

izquierdismo contribuye a la modernización sindical y política del capitalismo, sólo que entonces lo hacía en nombre del proletariado y hoy lo hace en el de una entelequia, la "ciudadanía". El recurso a la ciudadanía, es decir, a todos los habitantes sometidos al Estado, es puramente retórico, como antaño el recurso al "pueblo." La ciudadanía no existe, es un ente irreal que habita en la mentalidad progresista y sirve de sujeto postizo, de referente para todo. No obstante su inexistencia, se la encuentra en cualquier parte: del discurso del poder ha pasado al lenguaje militante de calle. Resulta de gran utilidad a quienes, como los izquierdistas, tratan de hacerse visibles e influyentes con las protestas generacionales infectándolas de ideología populista, de sectarismo manipulador y de sufrido obrerismo, a fin de que los radicales en formación presentes hagan como ellos o se asqueen y aparten. No lo suele conseguir a la primera, por lo que el mismo sistema le proporciona impulso a través de sus ingentes medios virtuales, realizando oscuras convocatorias y desencadenando procesos autocontenidos, que, proporcionando a los participantes unos días o unas semanas de gloria tolerada en la plaza, les provoquen la sensación de ser por un tiempo los amos del cotarro, como en Tahrir o en la Sorbona del 68. La operación puede escapársele de las manos, pero qué puede temer el sistema de las conductas derivadas de "la educación para la ciudadanía" promocionada en las protestas, que como una nueva moda se propagan entre la juventud de clase media que las constituye. ¿Cómo sobrecogerse por el hedonismo botellonero, la fanática no violencia, la animosa gestualidad, el consenso mutilador, la alegre cacerolada, la comunicación por Twitter…? Dichos comportamientos son presentados como innovadoras prácticas de la libertad, por más que ese tipo de libertad abunde en las sociedades de esclavos y sirva de poco en los asaltos a los palacios de invierno. Pero ¿quién quiere, y, peor aún, quién puede asaltar hoy un centro de poder? Lo único que piden las protestas es diálogo y participación.

Estamos inmersos en un proceso duro de adaptación a la crisis llevado a cabo por el Estado según las directrices que marcan "los mercados", un ajuste violento que deja víctimas por doquier: los trabajadores, los pensionistas, los funcionarios, los empleados públicos, los inmigrantes y … la juventud desclasada. Si la mayoría apenas tiene presente, con certeza los jóvenes – casi la mitad en el paro – tienen el futuro hipotecado, por eso protestan, pero no contra el sistema que les ha marginado, sino contra quienes consideran responsables, los políticos que gobiernan, los sindicalistas que callan y los banqueros que especulan. Las protestas marcan el inicio de una época confusa donde un tercio de la sociedad civil va a movilizarse de una u otra forma al margen de las instituciones, aunque no en su contra. No se siente bien representada en una democracia que "no lo es", puesto que su gente no participa, por eso quiere reformarla. No quiere destruir el poder separado, sino separar los poderes constituidos. Para la clase media precarizada que se apropia del concepto burgués de democracia, Montesquieu no ha muerto, pero convendría recordar que Franco tampoco, que la democracia que "tanto costó conseguir" y que ella reivindica proviene de la reconversión pactada del aparato político-represivo de la dictadura, consolidada desde las cañerías y cloacas del Estado.

Las protestas transcurren en un medio considerado casi natural por quienes participan en ellas: el medio urbano. Sin embargo, se trata de un espacio creado y organizado por el capital, el más indicado para conformar y desarrollar su mundo. Las metrópolis y conurbaciones son los elementos fundamentales del espacio de la mercancía, un escenario neutralizado y monitorizado que funciona como fábrica, en donde la comunicación directa, y por lo tanto, la conciencia y la rebeldía, son casi imposibles. Cualquier revuelta verdadera ha de luchar por liberar el espacio de los signos del poder y abrirlo al encuentro en pro de la descolonización de la vida cotidiana; ha de ser una revuelta contra la sociedad urbana. La cuestión social es esencialmente cuestión urbana, por lo que el rechazo del capitalismo implica el de la conurbación, su recipiente idóneo. El punto de inflexión en el adiestramiento consumista y político puede producirse en esos dormitorios monitorizados llamados barrios, si las asambleas que consigan formarse durante las crisis devienen contrainstituciones desde donde pueda criticarse el modelo urbano metropolitano y confeccionarse un modelo alternativo en armonía con el territorio. En las asambleas de barrio representativas puede emerger un sujeto autónomo, una nueva clase que se resista a la problemática ciudadanista que llega de las plazas planteando y desplegando la cuestión urbana (autonomía del barrio, problemas logísticos, contacto real con el campo, ocupación de espacios públicos, recuperación del saber artesano, anticonsumo, lucha contra planes urbanísticos e infraestructuras, etc.). Nada de eso se colige de las protestas, que parecen encontrarse a gusto respirando el aire contaminado del ambiente urbanita, una porción del cual han convertido en ágora ciudadana, lugar en el que tienen carta blanca las vacuidades ciudadanistas. Sucede así porque la mentalidad de la clase media manda en la movilización y sus representantes llevan la iniciativa. Por eso la crisis social no se manifiesta sino como crisis política, crisis del sistema político, momento político de las recetas ciudadanistas.

El ciudadanismo es la ideología mejor adaptada a las conurbaciones, puesto que realmente no necesita de un espacio público para reproducirse, sino de algo que se le asemeje, una especie de espacio formal y simbólico en el que representar un debate aparente. Para que uno real pueda darse ha de existir un público real, una comunidad de lucha, pero una comunidad de ese estilo – un sujeto colectivo – es todo lo contrario de una asamblea ciudadana, agregado volátil de individualidades mutiladas que imita los gestos de la discusión directa sin concluir por lo tanto en la dirección requerida, pues cuidadosamente evita el riesgo rehuyendo el combate. Sus batallas son puro ruido y su heroicidad, nada más que pose. Una comunidad de lucha – una fuerza social histórica – solamente puede formarse a partir de una voluntad consciente de separación, de un esfuerzo desertor hijo de la oposición total al sistema capitalista, o lo que es lo mismo, del cuestionamiento profundo del modo de vida industrial, o sea, de la ruptura con sociedad urbana. Paro juvenil o recorte presupuestario, el punto de partida es lo de menos pues si los ánimos se caldean todos conducen al mismo sitio; lo principal reside en el logro de autonomía suficiente para desviarse de los cauces establecidos yendo al fondo de la cuestión – la libertad – sin mediadores “responsables” ni tutores vigilantes. Y eso no se consigue más que marcando

distancias claras con el bando de la dominación y disponiéndose a una larga y ardua lucha contra ella.

Miguel Amorós, 14 junio 2011.

Junio 2011

Dialectica del Cénit y el Ocaso

El capitalismo ha alcanzado su cenit, ha traspasado el umbral a partir del cual las medidas para preservarlo aceleran su autodestrucción. Ya no puede presentarse como la única alternativa al caos; es el caos y lo será cada vez más. Durante los años sesenta y setenta del pasado siglo, un puñado de economistas disconformes y pioneros de la ecología social constataron la imposibilidad del crecimiento infinito con los recursos finitos del planeta, especialmente los energéticos, es decir, señalaron los límites externos del capitalismo. La ciencia y la tecnología podrían ampliar esos límites, pero no suprimirlos, originando de paso nuevos problemas a un ritmo mucho mayor que aquél al que habían arreglado los viejos. Tal constatación negaba el elemento clave de la política estatal de posguerra, el desarrollismo, la idea de que el desarrollo económico bastaba para resolver la cuestión social, pero también negaba el eje sobre el que pivotaba el socialismo, la creencia en un futuro justo e igualitario gracias al desarrollo indefinido de las fuerzas productivas dirigidas por los representantes del proletariado. Además, el desarrollismo tenía contrapartidas indeseables: la destrucción de los *hábitat* naturales y los suelos, la artificialización del territorio, la contaminación, el calentamiento global, el agujero de la capa de ozono, el agotamiento de los acuíferos, el deterioro de la vida en medio urbano y la anomia social. El crecimiento de las fuerzas productivas ponía de relieve su carácter destructivo cada vez más preponderante. La fe en el progreso hacía aguas; el desarrollo material esterilizaba el terreno de la libertad y amenazaba la supervivencia. La revelación de que una sociedad libre no vendría jamás de la mano de una clase directora, que mediante un uso racional del saber científico y técnico multiplicase la producción e inaugurara una época de abundancia donde todos quedaran ahítos, no era más que una consecuencia de la crítica de la función socialmente regresiva de la ciencia y la tecnología, o sea, del cuestionamiento de la idea de progreso. Pero el progresismo no era solamente un dogma burgués, era la característica principal de la doctrina proletaria. La crítica del progreso implicaba pues el final no sólo de la ideología burguesa sino de la obrerista. La solución a las desigualdades e injusticias no radicaba precisamente en un progresismo de nuevo cuño, en otra idea del progreso depurada de contradicciones. Como dijo Jaime Semprun, cuando el barco se hunde, lo importante no es disponer de una teoría correcta de la navegación, sino saber cómo fabricar con rapidez una balsa de troncos. Aprender a cultivar un huerto como recomendó Voltaire, a fabricar pan o a

construir un molino como desean los neorrurales podría ser más importante que conocer la obra de Marx, la de Bakunin o la de la Internacional Situacionista. Eso significa que los problemas provocados por el desarrollismo no pueden acomodarse en el ámbito del saber especulativo y de la ideología porque son menos teóricos que prácticos, y, por consiguiente, la crítica tiene que encaminarse hacia la *praxis*. En ese estado de urgencia, el cómo vivir en un régimen no capitalista deja de ser una cuestión para la utopía para devenir el más realista de los planteamientos. Si la libertad depende de la desaparición de las burocracias y del Estado, del desmantelamiento de la producción industrial, de la abolición del trabajo asalariado, de la reapropiación de los conocimientos antiguos y del retorno a la agricultura tradicional, o sea, de un proceso radical de descentralización, desindustrialización y desurbanización debutando con la reapropiación del territorio, el sujeto capaz de llevar adelante esa inmensa tarea no puede ser aquél cuyos intereses permanecían asociados al crecimiento, a la acumulación incesante de capital, a la extensión de la jerarquía, a la expansión de la industria y a la urbanización generalizada. Un ser colectivo a la altura de esa misión no podría formarse en la disputa de una parte de las plusvalías del sistema sino a partir de la deserción misma, encontrando en la lucha por separarse la fuerza necesaria para constituirse.

Al final de la era fordista, tras la subida de precios del petróleo como consecuencia del cenit de la producción en Estados Unidos, conocemos la salida que buscó la clase dirigente para preservar el crecimiento: un desarrollismo de nuevo tipo, neoliberal, basado primero en el fin del Estado-nación, la privatización de la función pública, el abandono del patrón oro, la energía nuclear, la eliminación de las trabas aduaneras, el abaratamiento del transporte, la globalización de los mercados, la expansión del crédito y la desregulación del mundo laboral. Una segunda fase, algo más keynesiana, rentabilizaría la destrucción acumulada mediante un desarrollismo llamado sostenible, integrando el punto de vista ecologista en un capitalismo “verde”. El Estado recuperaría un tanto su papel de impulsor económico que tenía en la época anterior de capitalismo nacional financiando dicha modernización y forzando el reciclaje de la población en el consumo de mercancía labelizada. También conocemos las alternativas progresistas neokeynesianas que en el marco del orden establecido reivindicaron “otra” globalización en donde las cargas estuvieran mejor distribuidas, o lo que viene a ser lo mismo, una mundialización tutelada por los Estados que respetara los intereses de la burocracia obrerista y el estatus de las clases medias. Esta propuesta descansaba en la falsa suposición de que el Estado era un instrumento neutral frente al capitalismo, y no la adecuada expresión política de sus intereses. Como quiera que fuera, ambas políticas – la neoliberal conservadora y la neokeynesiana socialdemócrata – fracasaron al tropezar el capitalismo con sus límites internos. La liquidación de las economías locales arruinó poblaciones enteras que se fueron acumulando en las periferias de las metrópolis, dando vida a inmensos poblados de chabolas. Innumerables masas emigraron a los países “desarrollados”, extendiendo las consecuencias de la crisis demográfica a las zonas privilegiadas del turbocapitalismo. Esta nueva mutación del capital creaba una nueva división social: los integrados y los excluidos del mercado. La contención de la exclusión

quedó fundamentalmente en manos del Estado, en absoluto neutro, obligado a desarrollar para la ocasión políticas represivas de control de la inmigración y extenderlas a cualquier forma de disidencia. Por otro lado, el carácter eminentemente especulativo de los movimientos financieros internacionales y las políticas estatistas clientelares, tras una década de euforia, condujeron a la bancarrota general del 2008, agravada por las deudas que los Estados no habían podido rembolsar, precipitando una vuelta al neoliberalismo mucho más dura. Las medidas draconianas son necesarias para traspasar la crisis provocada por los Bancos y los Estados a la población asalariada, mayoritariamente hipotecada. La pauperización material de un tercio de la población se suma a una pauperización moral vieja de años, pero la incapacidad irremediable de crecer lo suficiente de los Estados Unidos y la Unión Europea si no es compensada con una demanda emergente, china o india, proporcionará un marco crítico duradero donde podrá invertirse el proceso de anomia. Potencialmente, y por mucho tiempo, el espectro de Grecia – las condiciones griegas — asediará la conciencia de los dirigentes. La venganza o la voluntad de desquite dominarán en los primeros momentos con toda la secuela de conflicto y violencia, pero para construir habrá de darse en las masas vapuleadas un sentimiento de dignidad a la par que el desarrollo de una conciencia verdaderamente subversiva.

Paradójicamente, en la fase actual de descomposición del sistema dominante, las contradicciones internas ocultan las externas. El drama de la exclusión, el paro, la precariedad, los recortes, los desahucios y el empobrecimiento de las clases medias asalariadas, al poner por delante sus intereses inmediatos todavía ligados al mantenimiento de un estilo de vida urbano, artificial y consumista, han oscurecido momentáneamente la cuestión esencial, el rechazo del credo del progreso, y, por consiguiente, el del modelo social y urbano que le es inherente. En consecuencia, la creciente “huella ecológica” y la insostenibilidad intrínseca de la supervivencia bien o mal abastecida bajo el capitalismo no se han tenido en consideración, por lo que las exigencias desindustrializadoras y desurbanizadoras parecen fuera de lugar. La protesta urbana, obrera o populista, rechaza pagar la factura de la gestión desarrollista anterior y así se contenta con exigir “otra” política, “otra” banca u “otro” sindicalismo, a lo sumo, “otro” capitalismo, pero jamás se planteará seriamente la ruralización o la desaparición de las metrópolis, es decir, otra manera de convivir, otra sociedad u otro planeta. La mayoría de los habitantes de las conurbaciones solamente busca o aspira a encontrarse con la naturaleza los fines de semana, en tanto que consumidores de relax y paisaje, por lo que una crítica antidesarrollista tiene serios problemas para darse a conocer fuera de estrechos círculos, ya que la mentalidad urbana es incapaz de asumirla y los desertores del asfalto son todavía pocos. Por otra parte, la población campesina, residual, sufre un deterioro mental aún peor, fruto de su suburbanización, y las más de las veces reproduce estereotipos ideológicos urbanos. La crítica antidesarrollista no cuaja pues, ni en el medio rural, que debía ser el suyo, ni en el medio urbano, mucho menos propicio. Por eso la materialización en la práctica del antidesarrollismo como defensa del territorio se ve sometida a multitud de inconsecuencias y limitaciones. El carácter específicamente local de dicha defensa juega en su contra. Apenas

se conforma una oposición contra una nocividad particular, surgen acompañantes municipalistas, verdes o nacionalistas, que tratan de confinarla como “nimby” en la localidad, exprimirla políticamente y empantanarla en marismas jurídicas y administrativas. Solamente en los casos en que ha conseguido aliados de las conurbaciones gracias precisamente a los irregulares de la post ciudad, ha podido formularse un interés general y desarrollarse un conflicto de envergadura (p. e. contra trasvases, contra las líneas MAT, contra el TAV, contra autopistas, centrales eólicas, etc.). Resumiendo, la defensa del territorio está lejos mostrarse como el único conflicto realmente anticapitalista, ya que, debido a las condiciones hostiles que debe afrontar, no consigue constituir una comunidad de lucha estable y suficientemente consciente que contribuya con eficacia a incrementar el número de renegados de la urbe. Todavía no ha logrado transformar la descomposición urbana en fuerza creativa rural, ni la oposición al desarrollismo territorial en barrera contra la urbanización total.

Será necesaria otra vuelta de tuerca en la crisis para que la cuestión urbana – el problema de desmontar la conurbación – aparezca en el centro de la cuestión social. En efecto, la conurbación es la forma ideal de la organización del espacio por el capitalismo; una gran concentración de consumidores hecha posible por la abundancia hasta ahora ilimitada de combustible fósil barato y de agua potable. Es de suponer que un encarecimiento del combustible conduciría a una crisis energética que pondría en peligro la agricultura industrial, el sistema de vida urbano y la existencia misma de las conurbaciones. Igual sucedería con una sequía prolongada que exigiera la construcción de numerosas desaladoras funcionando con petróleo. Ese es el horizonte que perfila a corto plazo la gran demanda de los países emergentes y el cenit de la producción petrolífera a medio: el fin de la era de la energía barata. No hay remedio posible puesto que la energía nuclear y las llamadas “renovables” son caras, necesitan igualmente para su puesta en marcha ingentes cantidades de combustible fósil cada vez menos al alcance y el ritmo de su producción nunca podrá satisfacer las exigencias de un consumo creciente. El capitalismo verde es una falacia y la globalización está entrando en su fase terminal; las innovaciones tecnológicas no podrán salvarla. La perspectiva de un declive de la producción industrial de energía pinta de negro el futuro de las conurbaciones, puesto que un encarecimiento del transporte paralizará los suministros y las volverá inviables. Los bloques de viviendas, los rascacielos, los centros comerciales, los adosados residenciales, los polígonos logísticos, las autopistas y demás se deteriorarán a gran velocidad. Entonces, los sofisticados materiales de construcción, el aire acondicionado, los electrodomésticos, los ordenadores, la calefacción central, la telefonía móvil y los automóviles serán cosas del pasado. Además, el calentamiento global es imparable puesto que el consumo de energías contaminantes es imposible de aminorar, y, en pocos años, cuatro o cinco, desbocará el cambio climático y entonces los daños provocados serán irreversibles. El decaimiento de la agricultura industrial – esclava del fuel, de los abonos y herbicidas petroquímicos – junto con las secuelas del calentamiento – incremento del efecto invernadero, deforestación, erosión, salinización y acidificación de los suelos, desertificación, sequías e inundaciones – desembocarán en una crisis alimentaria de

graves consecuencias. La mayoría de la población urbana quedará desabastecida, viéndose impelida violentamente a buscar comida y combustible fuera, desperdigándose por un campo esquilmado. El que este proceso de expulsión del vecindario se efectúe de forma caótica y terrorista o transcurra positivamente dependerá de la capacidad integradora de las comunidades de lucha surgidas de la deserción y la defensa del territorio. Si éstas son débiles no podrán enfrentarse a la avalancha de una población hambrienta y transformar su desesperación en fuerza para el combate por la libertad y la emancipación. La desagregación del turbocapitalismo daría lugar entonces a un reguero de formaciones capitalistas primitivas defendidas por poderes locales y regionales autoritarios. Será inevitable que la sociedad se contraiga y se vuelva intensamente localista, pero lo pequeño no siempre es hermoso. Puede ser horrible si la necesaria ruralización que habrá de afrontar las consecuencias de una superpoblación repentina y brutal, no discurre por vías revolucionarias, es decir, si se limita a una producción centralizada y privilegiada de comida y energía en lugar de orientarse hacia la creación de comunidades libres y autónomas capaces de resistir a la depredación post urbana. En definitiva, si el proceso ruralizador no respira esa atmósfera de libertad que antaño se atribuía a las ciudades.

A fin de no caer en profecías apocalípticas y evitar que la ciencia ficción se adueñe de los análisis futuristas postulando retornos al paleolítico o a la barbarie de género cinematográfico, conviene considerar la crisis energética como un marco general y un horizonte temporal que condicionará cada vez más el acontecer social con el chantaje consabido de 'o la energía o el caos' sin por lo tanto determinarlo completamente. La especulación novelesca es deudora de la actitud contemplativa frente a la catástrofe, típica de la religión – o de su equivalente secular, la ideología historicista – que considera lo que adviene como resultado forzoso y no como una posibilidad entre muchas, un desenlace en el tiempo fruto de múltiples variables: la conciencia del momento, la inteligencia de los cambios, la configuración de fuerzas independientes, la habilidad en captar las contradicciones que se manifiestan y en aprovechar las ocasiones que se presentan… Ni el resultado explica enteramente el proceso, ni el proceso, el resultado. El cenit no precede necesariamente a la extinción. Entre los dos interviene el juego dialéctico de la táctica y de la estrategia entre contrincantes con fuerzas desiguales, a corto y medio plazo. El juego de la guerra social. Las esperanzas de los sectores aferrados a la conservación del capitalismo de Estado en un decrecimiento paulatino, pacífico y voluntario serán prontamente desmentidas por la brutalidad de las medidas de adaptación a escenarios de escasez y penuria y la dinámica social violenta que van a originar. Si bien el colapso catastrófico no va a producirse en fecha fija, inminente, tampoco va a ser inevitable la entronización de un régimen ecofascista; sin embargo, la probabilidad más o menos cercana de ambos fenómenos puede servir para llevar la acción por derroteros consecuentes, lográndose así en las sucesivas confrontaciones una salida favorable al bando de los partidarios de un cambio social radical y libertario. Nada está decidido, por lo que todo es posible, incluso las utopías y los sueños.

Miguel Amorós.

Charlas de Pineda de Mar organizada por la sección local de la CNT en Can Comas (30 de junio de 2011), de Segorbe, en el Ateneo Libertario Octubre del 36 (2 de julio), de La Llagosta, en les Jornades de l'autogestió de Can Piella (24 de julio), de Lleida, en el CSA La Maranya (30 de julio), de Valladolid, en las Jornadas Agroecológicas del BAH, (6 de noviembre) y de Madrid, en las Jornadas de Critica al Progreso organizadas por la Federación de Estudiantes Libertarios de la Universidad Autónoma de Madrid (8 de noviembre).

Setiembre 2011

Maroto, la guerra civil y el presente

"Es decir, necesitamos la historia para la vida y la acción,
no para apartarnos cómodamente de la vida y la acción, y menos
para encubrir la vida egoísta y la acción vil y cobarde.
Tan sólo en cuanto la historia está al servicio de la
vida queremos servir a la historia."
Nietzsche, *Consideraciones Intempestivas*.

Ante todo quiero explicar el título de "Maroto, el héroe" que lleva mi repaso por el anarcosindicalismo andaluz del periodo republicano, enfocado desde Granada y encarnado en la figura de Francisco Maroto. Mientras que en Europa las esperanzas de una revolución proletaria se esfumaban ante las murallas del fascismo, del nazismo y del estalinismo, privando de sentido a la época y a las personas de identidad social, en España la lucha de clases ofrecía horizontes optimistas. Se podía decir que era el único país donde todavía quedaban héroes. Héroes de la clase obrera se entiende, en el sentido homérico, seres capaces de adoptar el destino del proletariado como suyo, de afrontarlo con firmeza y determinación, y de mantener sus ideales con humanidad y nobleza. Maroto fue uno de ellos, y como tal forma parte de la épica obrera, tan maltratada en la actualidad, tan atravesada de olvidos, exclusiones y deformaciones, las señales inequívocas de la decadencia. Pero me interesó más ese otro tipo de heroicidad coetánea del derrumbe político e ideológico del radicalismo, de la muerte de la esperanza revolucionaria, del drama de la derrota anunciada. En ese contexto el héroe afronta la adversidad – nombre que lo cubre todo, desde la conspiración en su contra de la reacción "leal" a la ineptitud y burocratismo de la propia organización – de otra manera, buscando fuerzas en su interior para conservar la integridad ante envidias y corruptelas, a fin de superar al sufrimiento moral de la cárcel y la marginación con entereza.

El encarcelamiento de Maroto en febrero de 1937 fue el gran escándalo de la revolución española, que pronto se vio prolongado y ampliado con los hechos de Vinalesa, las barricadas de mayo, la disolución del Consejo de Aragón y los miles de presos libertarios que

poblaron las ergástulas republicanas. Transcurrido un año desde la victoria parcial de los obreros contra los militares sublevados, pocas conquistas proletarias quedaban en pie, y la contrarrevolución enarbolaba sus emblemas tanto en el lado faccioso como en el republicano. El periodo revolucionario y antifascista fue cancelado y la CNT pasó a luchar "por la independencia nacional" y la república burguesa contra "los invasores extranjeros". Maroto fue nuevamente a prisión, y esta vez para lograr la libertad no pudo apelar "a mis hermanos los anarquistas." Ya atados de pies y manos, perseguidos y acosados los verdaderos revolucionarios, Maroto dependía de un aparato burocrático centralizado, cuyo Comité Nacional sacrificaba todo con tal de entrar en el gobierno. La buena voluntad de las bases le servía de bien poco, sometidas como estaban a las consignas de arriba, desconcertadas pero disciplinadas. Para un burócrata no existen más héroes que los muertos, cuyo recuerdo manipulado resulta útil para sancionar las capitulaciones y fomentar la demagogia triunfalista. Entonces, en esos momentos, el verdadero héroe es aquél que sobrevive conservando el sentido común cuando todos los demás lo pierden, permaneciendo fiel a las ideas cuando el oportunismo y la intriga son la norma, encontrando un camino coherente para la acción cuando los referentes y las diferencias se difuminan. Maroto fue también esa clase de héroe, mucho menos abundante, la de los exilados interiores, la de quienes no se plegaron "a las circunstancias" y mantuvieron con inteligencia y valentía moral sus criterios aun en la situación menos favorable, por así decirlo, entre cuatro paredes.

El libro está escrito, como todos los que he publicado, desde el punto de vista de los vencidos, y por lo tanto, no acepta de ningún modo que la memoria de las revoluciones forme parte del botín de los vencedores o de sus herederos, ni que sea propiedad de quienes desde el realismo burocrático contribuyeron a su derrota. Mi anterior libro "La Revolución Traicionada" tuvo que padecer por eso desautorizaciones y saqueos de la gentuza que trabajando para el poder, para cualquier poder, real o imaginario, no admitía más memoria que la que justificando la derrota pasada, consagrara de una manera u otra el presente. De esta forma, el pasado era convertido en receptáculo de pretendidas causas objetivas -aislamiento internacional, ausencia del partido dirigente, reestructuración capitalista, debilidad del proletariado exterior, desunión republicana, etc.–que tratarían de erigirse más que en leyes, en tópicos del determinismo histórico por cuanto a la guerra civil española se refiere. En lo que concierne al libro que presentamos, éste, ya antes de ser publicado, fue objeto de un descarado plagio firmado por un tal Francisco José Fernández Andujar, quien, habiendo tenido acceso a un borrador, no tuvo empacho en confeccionar una deyección publicada en "CNT" números 372 y 373. La propiedad es el robo, debió pensar nuestro desenvuelto plagiario, pero no es de recibo el desenfadado latrocinio del esfuerzo de los demás para presentar a un Maroto recuperado, librado de contradicciones e incluido en el santoral del anarcosindicalismo "siglo XXI". Los muertos no están seguros ni en sus tumbas anónimas. Los esbirros se empeñan en volverlos inocuos, homologables, perecederos y olvidables. Y es que la restitución completa de su memoria cuestiona no solamente la victoria del vencedor, su precio en sangre, sino que fija la responsabilidad de

los dirigentes del bando perdedor en el desastre, pagado con la moneda de la renuncia. Rompe esa alianza natural entre todos por la neutralización del pasado.

La historia de los vencidos no es el pasado, es un parte del presente. Lo ilumina como acumulación de catástrofes, como suma de ruinas, como laberinto de pasiones frustradas, de tal forma que impide su legitimación. No es una historia recorrida por un tiempo lineal, matemático, donde un vacío sucede a otro vacío, o una noticia a otra. "Pasarle a la historia el cepillo a contrapelo", como decía Walter Benjamín, consiste en mostrarla tal y como relumbra en el momento en que los agentes de la dominación y la adaptación tratan de usarla como instrumento. El historiador que trabaja para los vencidos, que busca la clave de la historia en sus rangos, no encubre nada, no se complace ante nada, no se conforma con nada; simplemente deja patente el conflicto aún por resolver y lo devuelve a la actualidad. Los muertos nunca están muertos del todo a pesar de lo que pretenda la seudo crítica historicista: las revoluciones no se dejan historiar con facilidad por los mercenarios, con o sin título de historiador. Hay algo que no encaja bien, y a medida que ponemos nombres y apellidos, encaja cada vez peor. Por una parte el recuerdo de la traición es indeleble; por la otra, las víctimas son irremplazables y el vacío que dejaron nunca lo llenaran los responsos filisteos ni las interesadas apologías. No se dejan enterrar, no se prestan a convertirse en relato, ni siquiera recurriendo al plagio. La única solución es el silencio, que es exactamente lo que hemos venido a turbar.

Nada puede darse por seguro pues el presente de los vencedores está construido sobre barro. La historia carece de sentido fijo; el ideal se lo da y la dominación se lo quita. No alberga ningún plan ni se orienta siempre por ningún telos. Todo eso son añagazas de la burguesía, la cual en su periodo ascendente se abrogaba una misión "histórica" que otros traspasaron después al proletariado. La historia no progresa, no va de menos a más: los denominados avances económicos o políticos ocultan retrocesos sociales de la mayor magnitud. Tampoco la realización de los deseos y necesidades va ligada necesariamente al hito científico o tecnológico. Las víctimas de la barbarie nunca fueron necesarias para que a la larga el porvenir democrático y el bienestar material -el statu quo occidental– se consolidasen, como tampoco lo fueron los estalinistas, los nazis, los descubrimientos de laboratorio o las tecnologías punteras. Ninguna alquimia histórica es capaz de trasmutar el plomo del egoísmo en el oro de la fraternidad. Ninguna magia dialéctica operará el paso automático de la no libertad a la libertad. Siempre hay truco: el futuro nunca está asegurado y, hoy por hoy, como ya hemos sugerido, la historia marcha hacia atrás. La deshumanización del ser parece realmente infinita. La degradación resulta imposible de detener y el olvido se ha erigido en maestro de la vida. Por eso las cicatrices de la derrota no han de curarse, pues su existencia llagada es la mejor prueba de solidez del compromiso contra la arbitrariedad, la regresión y la desmemoria.

La llama de los recuerdos irredentos es lo único que nos puede servir de guía, porque a menudo se han de desandar los caminos errados para encontrar la auténtica senda de la emancipación en total oscuridad. Maroto, el héroe escarnecido y fusilado, vive para fustigar

la buena conciencia esclava de todos aquellos que todavía creen que la mutilación de la memoria es el mejor método de conjurar la barbarie del poder, y que el olvido es el mejor bálsamo para curar las secuelas del horror, que, convenientemente maquillado, subyace agazapado en los fundamentos de nuestras instituciones. La libertad no arraigará jamás en una sociedad levantada sobre fosas olvidadas de supliciados por mucho que sea su equipaje tecnológico. Las heridas abiertas del pasado no sanarán más que en una sociedad redimida.

Miguel Amorós.

Presentació del llibre "Maroto, el héroe" a l'ateneu l'Escletxa, d'Alacant, el 24 de setiembre de 2011.

http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/18705

Octubre 2011

A pedradas contra el progreso

"Lo que nos habíamos propuesto era nada menos que comprender por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, se hunde en un nuevo género de barbarie."

Max Horkheimer, Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*.

Hoy en día resulta trivial entre la clase dirigente y sus complacientes servidores referirse al progreso para justificar cada agresión social resultante de una operación económica o político económica. En la medida en que favorece los cada vez más agresivos intereses de la economía autónoma, la sociedad es para ella hija de ese progreso; pero en la medida en que se dejan notar intereses opuestos a la mencionada agresión, la sociedad, o al menos la parte representada por dichos intereses, va contra el progreso, cometiendo el mayor de los dislates, pues todo el mundo sabe que al progreso no se le pueden poner barreras. Se produce la paradoja de que perseguir objetivos antaño asociados a la idea de progreso como por ejemplo la autonomía individual o la humanización de la Naturaleza resulten según cómo antiprogresistas. Al decir de los dirigentes, los aumentos en la destrucción del entorno, la dependencia y el control social propios de cada etapa del progreso, es decir, de cada ampliación cualitativa de los intereses dominantes, son el precio que ha de pagar la sociedad por los supuestos beneficios que ello le acarrea. Entonces, el progreso, tal y como se le nombra en la actualidad, no significa más que el avance de los procesos de concentración de poder de la clase que decide sobre la economía, la abundancia de medios científicos, tecnológicos y económicos que lo incrementan, la generalización de las actividades sociales que como la política profesional, el trabajo asalariado y el ocio industrial que extienden y profundizan el conformismo y la sumisión de los individuos a los dictados del mercado.

Al revés de lo que pensaba Voltaire, los mortales más instruidos no se han mostrado menos inhumanos. Más bien la civilización se ha revelado como un estado de brutalidad racionalizada. El bienestar material no favorece la elevación moral, ni el conocimiento instrumental la convivencia en libertad. El eterno presente no conduce a mentalidades saludables; cualquier psiquiatra podría confirmar que la pérdida de la experiencia y la memoria producen trastornos de identidad. Por más que se diga que el mañana de la adaptación será mejor que el incontrolado ayer, que el antes oscurantista es inferior al racional después, a la vista de los resultados puede decirse que este tipo de progreso no instruye, sino que domestica; no moraliza, sino que atrofia el sentimiento; no sana, sino que se adapta a la enfermedad. No hay relación directa entre civilización y realización personal. Es más, progresan los condicionantes, retrocede la conciencia, crece la atomización. La ciencia se descubre como una superstición, la confianza en las invenciones tecnológicas, como una ingenuidad, la enseñanza pública como una institucionalización de la ignorancia. Todas ellas son instrumentos al servicio de lo existente. La sociedad en lugar de ascender hacia una mayor humanización se hunde en una barbarie de nuevo tipo a la que siguen llamando progreso; involuciona hacia un ideal tecnoeconómico de dominio. El crecimiento de la economía, el verdadero progreso, manda sobre cualquier otra consideración, elevándose su poder conforme desaparecen las libertades y se embotan todas las facultades humanas. Progreso no es otra cosa que desarrollismo, sometimiento de la sociedad entera a las leyes de la mercancía, a las exigencias de la tecnología, al ordenamiento urbanístico; progreso es destrucción del territorio, fetichismo científico, degradación cultural, crecimiento ilimitado de la burocracia administrativa y política, dominio de las corporaciones económicas y financieras. La palabra progreso en el sentido que se le confiere actualmente pasa por encima de la división entre dirigentes y dirigidos, entre opresores y oprimidos, entre jefes y subordinados, entre protagonistas y espectadores, que corresponde a la relación social imperante, para ocultar el hecho de que su dirección, proclamada beneficiosa para todos, no lo es sino para los miembros de la clase usurpadora. El lenguaje de la ciencia y de la técnica –el del progreso– es el lenguaje del orden. Lo que éste define como modernización, bienestar y libertad, no es más que artificialización, consumismo y partitocracia. El progreso es eso y muchas cosas más. Es ese carro al que hay que subirse dondequiera que nos lleve. Es una coartada del orden injusto, un santo y seña que vale para todo, una consigna de los ejecutivos y políticos, un mito de la ideología dominante obtenido por degradación de un concepto clave de la burguesía del periodo revolucionario contra los argumentos religiosos y tradicionalistas del Antiguo Régimen. Es un axioma del statu quo, un elemento fundamental de la doctrina mistificadora del poder.

Remontándose al origen, la idea moderna de progreso procede de la secularización de una concepción cristiana de la historia, la de San Agustín y Paulo Orosio. En efecto, el ecumenismo, la idea de tiempo lineal y divisible, el concepto de necesidad histórica del avance y su culminación de acuerdo con un plan establecido en un estado final de beatitud, son el armazón teórico de la idea de progreso. En el lenguaje emancipado de la religión la Razón ha sustituido a la providencia divina y la felicidad terrenal ocupa el lugar de la

salvación de las almas. La historia ya no es el escenario del enfrentamiento del Bien contra el Mal, sino el de la lucha entre la Razón y la Sinrazón. Como quiera que sea, la función histórica que iba a desempeñar la idea y las fuerzas que iba a movilizar eran cosa muy distinta en el mundo agustiniano que en la Europa absolutista. Así pues, digamos el progresismo, bien alimentado por la Ilustración, arrancó con el discurso de Turgot en la Sorbona el 11 de diciembre de 1750, primera formulación de la mentalidad de una oligarquía ilustrada de funcionarios de la Monarquía, que al devenir el núcleo de una clase en ascenso, la burguesía, se sentía plenamente preparada para ejercer el poder en nombre de toda la sociedad compartiéndolo con la realeza, o si la correlación de fuerzas lo permitía, arrebatándoselo. Los espíritus más lúcidos de la época vieron en la Revolución Francesa un signo inequívoco del progreso. La idea de la marcha regular y gradual del género humano desde los niveles más bajos de la animalidad hacia un estadio máximo de humanización, gracias al desarrollo científico (Francis Bacon, William Godwin), a la riqueza de las naciones (los fisiócratas, Adam Smith) y a la instrucción universal (Condorcet) se constituyó entonces en uno de los pilares del pensamiento moderno. Para los filósofos enciclopedistas o sus contemporáneos afines la humanidad avanzaba por etapas obligadas hacia una mayor perfección. Conforme el tiempo pasaba y la liberación de las ataduras del mito, la costumbre y la religión permitían una visión del mundo desencantada, se iba de peor a mejor. Saber y poder eran lo mismo. La perfectibilidad de la razón humana era infinita (Fontenelle). Cada generación se acercaba más al nivel superior de plenitud feliz, conforme se acumulaban los conocimientos, las industrias y los capitales. La igualdad y las libertades serían una consecuencia necesaria de los progresos de la Razón y de la prosperidad, del paso armonioso o revolucionario de la oscuridad a las luces y de la pobreza a la abundancia. Lo viejo, testimonio del pasado, debía de sucumbir ante lo nuevo que, preñado de porvenir, pugnaba por imponerse. Era tal su empuje que la libertad vendría por sí misma, sin apenas resistencias. El pasado dejaba de tener un carácter memorable y ejemplar. Se podía considerar que la historia de la especie humana consistía en la ejecución de un plan secreto establecido por la Naturaleza, cuyo despliegue tenía en los derechos ciudadanos su programa y en las luchas constitucionales del presente su avanzadilla, desde donde atisbar el fin histórico supremo, el futuro consolador en el que los hombres (y las mujeres) desarrollarían libremente todas sus cualidades y cumplirían con su destino, el mismísimo progreso.

La historia pues pasaba a concebirse como un ascenso objetivo e imparable del ser humano hacia metas superiores. Al desvelarse el telos de la historia, su intención racional, el paraíso descendía de los cielos para habitar el mundo real, quedándose el otro en el desván. Se producía una marcada distinción entre los que dio en llamarse salvajes y los civilizados. La primitiva Edad de Oro quedaba situada en los orígenes sombríos de la humanidad “sin ley”, reino de lo arbitrario y de lo animal, de la sencillez inculta y del rudo atraso, de la “libertad insensata” (Kant) y de la guerra de todos contra todos (Hobbes), a superar por un contrato que implicaba la postración ante una fuerza legal consentida, ejercida por un Estado moderno. Bajo su sombra protectora los civilizados realizaban incesantes esfuerzos para

someter a la Naturaleza mediante el estudio y el trabajo. En un principio la sociedad feliz e igualitaria de los salvajes había servido de arma a la Razón, demostrando un origen natural y no divino de la sociedad y el Estado a la vez que ilustrando los contrastes entre una sociedad corrompida por el privilegio y la religión y otra gobernada por la ley natural. Sin embargo, los mismos argumentos fueron luego empleados por quienes cuestionaban desde el pesimismo y el misticismo las bienaventuranzas del progreso, especialmente los románticos, los primeros críticos de la sociedad burguesa, aquellos para los que los sueños de la Razón habían engendrado monstruos. Para refutarlas surgió el idealismo alemán englobando a antiguos y modernos, a críticos y apologistas, en una única filosofía de la historia, como momentos del desarrollo del Espíritu en el tiempo, y asimismo de la libertad, que es su esencia: "La historia universal es el progreso de la conciencia de la libertad" (Hegel), conciencia de la que están excluidos los "pueblos no históricos", es decir, de los pueblos sin Estado, sin modernidad, sin capitalismo. Sin embargo la filosofía de la historia que tuvo el mérito de pensar el movimiento revolucionario burgués y traducirlo en conceptos, no expresaba sino su última conclusión, la consagración del presente. Cediendo la palabra a Nietzsche, gran debelador del progreso moderno:

"para Hegel el punto máximo y final del proceso universal coincidía con su propia existencia berlinesa (…) implantó en las generaciones penetradas por su doctrina esa admiración por el 'poder de la Historia', que, en la práctica, se transforma a cada instante en admiración desnuda por el éxito y conduce a la adoración divina de lo dado (…) Quien ya haya aprendido a doblar la espalda y asentir con la cabeza al 'poder de la Historia' termina finalmente por otorgar un 'sí' mecánico-chinesco a cualquier poder, sea éste sólo un gobierno, una opinión pública o una mayoría numérica." Justo para eliminar la contradicción que se cometía al definir el fracaso del racionalismo (y el retroceso post revolucionario) como un momento de su triunfo, aparece el positivismo, reivindicando el liderazgo de los científicos y los "industriales."

Al dividir Comte el decurso humano en tres etapas (teológica, metafísica y positiva o científica) inauguraron una costumbre que arraigó en todos los ámbitos de la cultura, convirtiendo el siglo XIX en la era de los modelos por etapas. Recordemos por ejemplo a Bachofen (hetairismo, matriarcado, patriarcado), a Hegel (despotismo, democracia o aristocracia, monarquía) a Morgan y Engels (salvajismo, barbarie, civilización) y a Marx (modos de producción antiguo, feudal y capitalista). Finalmente la Teoría de la Evolución, al sacar el progreso de la historia e inscribirlo en la Naturaleza, daría la solidez que faltaba a la idea para convertirse en tópico. Puesto que para Darwin el hombre descendía de "una criatura inferior", sin raciocinio, sin duda las facultades intelectuales y morales de los civilizados debían estar tremendamente más desarrolladas que las de los "primitivos", ya que éstos no tenían leyes, ni jefes y, lo peor de todo, ni Dios. Hegel, Comte y Darwin, cada uno por su lado, proporcionarían al pensamiento racionalista los argumentos definitivos que elevarían a finales del siglo XIX la idea de progreso a dogma indiscutible de la sociedad burguesa y lo convertirían en fetiche de una nueva religión popular fundada en el

productivismo y las formas parlamentarias de gobierno burgués. La burguesía celebraba exposiciones universales y proclamaba sucesivamente la edad del acero, la del petróleo, la de la electricidad, la del átomo… en tanto que hitos progresivos de su dominio absoluto.

Encarnándose en fábricas, el progreso no solamente multiplicó la producción material sino que al destruir todas las reglas que habían ordenado hasta entonces el mundo del trabajo dio lugar a formas inauditas de explotación y miseria, convirtiéndose en agente de la revolución social tanto como de la industrial. Ese progreso no producía solamente mercancías, sino al propio movimiento obrero. Las primeras manifestaciones del proletariado no fueron pues ciertamente progresistas, puesto que la liquidación incompleta del Antiguo Régimen por la burguesía industrial y terrateniente, instaurando un nuevo sistema de propiedad y de producción manufacturera que alteraba las formas de vida tradicionales y generaba una miseria extrema, fue contestada con incendios, sabotajes y destrucción de máquinas, a menudo llevados a cabo por obreros de oficio, a los que se dio una cumplida respuesta represora. Las clases explotadas nunca admitieron las innovaciones técnicas de buen grado, pues sabían que "cualquier desarrollo de una fuerza productiva es un arma contra los obreros" (Marx), pero cuando creyeron que el problema residía menos en las máquinas que en la propiedad privada de las mismas, concluyeron en que la solución dependía de una expropiación general de los medios de producción, de forma a utilizarlos en provecho de todos. La solución conducía a un comunismo industrial donde las máquinas servirían a la sociedad y no al contrario. Hoy podemos decir que la cosa no es tan fácil y que la naturaleza del maquinismo y de la producción no son neutras, o que la dominación de la Naturaleza, aunque sea llevada a cabo colectivamente, engendra desequilibrios y miserias todavía peores. Pero cuando fueron formuladas las primeras teorías socialistas y anarquistas obreras, el proyecto de un mundo nuevo mediante la apropiación y gestión de los medios productivos era la opción más realista. Si error hubo, fue mejor el de creer que la burguesía se había convertido en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, para el progreso, ahora representado en la fuerza productiva principal, el proletariado. El movimiento obrero se volvió progresista, más que la burguesía, y en gran parte reformista, pues cada vez fueron más los convencidos de que, dados los avances científicos y tecnológicos, la explotación podría moderarse y, en el marco político de la democracia burguesa, las organizaciones obreras podrían establecer sin prisas y sin traumas revolucionarios un orden socialista, que no hubiera sido otra cosa que un capitalismo de Estado, sindical o partidista. La opción revolucionaria no hubiera llevado a ninguna otra parte.

"Frente a esa empresa de desolación planificada cuyo programa explícito es la producción de un mundo inaprovechable, los revolucionarios se encuentran en la nueva situación de tener que luchar en defensa del presente para conservar abiertas todas las demás posibilidades de cambio –comenzando por la posibilidad primaria de las condiciones mínimas de supervivencia de la especie–, las mismas que la sociedad dominante trata de bloquear intentando reducir irrevocablemente la historia a la reproducción ampliada del pasado e

intentando reducir el futuro a la gestión de los desperdicios del presente." Encyclopédie des Nuisances, *Discurso Preliminar*, 1984.

Las dos guerras mundiales, los regímenes totalitarios y genocidas, el fracaso de las revoluciones rusa y española, la carrera armamentística, la concentración de poder y la cultura de masas, al convertir la barbarie en un hecho cotidiano, pulverizaron los fundamentos de la teoría del progreso. Una vez superados los obstáculos y las divergencias con el horror de las matanzas, se podía hablar de bienestar y democracia como si nunca hubiera habido otra cosa. El capitalismo, gracias a la tecnología, había desarrollado las fuerzas productivas hasta extremos impensables, corrompiendo y destruyendo de paso al medio obrero, pues el aumento de la capacidad de producir no creaba las condiciones de un mundo más justo e igualitario, sino que simplemente elevaba el poder del aparato político-económico e institucionalizaba la mediación frente lo cual los proletarios eran literalmente impotentes. La distancia entre los que deciden y los que obedecen se había multiplicado por veinte, al ritmo del comercio mundial, única ecumene. La Razón, dominando a la Naturaleza, es decir, sirviendo al capital, se transmutaba en Sinrazón, dominio de la clase propietaria. Los gérmenes de la regresión que cobijaba desde el principio se manifestaban por doquier: la irracionalidad gobernaba el mundo. La Historia no contenía ningún plan establecido, ni por supuesto la libertad se desplegaba en ella para llegar a cotas cada vez más altas. Nada de lo que acontecía, comenzando con la propia Historia, era necesario, sino simplemente posible, entre otros muchos sucesos probablemente mejores. La Historia transcurría sin sujeto, y, como corolario, las revoluciones dejaban de ser ineluctables incluso cuando las condiciones favorables llamaban a la puerta, es más, comparadas con los desastres, su número era exiguo. Al contemplarse el devenir histórico como una acumulación de catástrofes, el pasado se cortaba del presente tecnológicamente mejor equipado, pero no lo suficiente para asegurar el futuro, cada vez más incierto con la decrepitud o el horror a la vuelta de la esquina. El presente era pasado destruido, y, el futuro, presente por destruir. La ciencia reafirmaba el actual estado de cosas y su lenguaje conformista era el de los expertos y mercenarios a sueldo del poder. Cada nuevo descubrimiento y cada nueva invención, aplicándose de acuerdo con la obtención de beneficios privados y las necesidades de la dominación, jerárquica y centralizada, no descontaba en absoluto un peldaño hacia la felicidad, sino que implicaba un grado más en la sumisión. La perfectibilidad de la especie quedaba en entredicho ante los resultados nefastos de la invasión tecnológica de la vida y la difusión masiva de la enseñanza instrumentalizada; nada inclinaba a pensar que el ser humano era mejor que antes, puesto que en lugar de poseer una conciencia moral más desarrollada, permanecía moralmente degradado, sin dignidad ni memoria. Podía experimentar la igualdad con sus congéneres deshumanizados pero solamente en el aislamiento: sus relaciones más que líquidas se habían vuelto gaseosas. El sentido de su actividad escapaba a su comprensión, produciéndose lo que Gunther Anders llamaba "un desfase entre el hombre como ser que produce y el hombre que busca comprender su actividad productiva." Vivía en un mundo objetivamente depravado, lo cual le eximía en cierto modo de sentirse corresponsable de la depravación; se había acostumbrado tanto a la

misma que había dejado de considerarla como tal y si no con gusto con indiferencia participaba en ella. En este cuadro de desolación la mentira se había vuelto mundo, por lo que no era necesario mentir ya que las palabras expresaban siempre una cosa distinta a su significado original. Ya no eran portadoras de significado, sino puros signos carentes de sentido propio que forjaban estereotipos vacíos y repetitivos. Con un puñado de ellos –bienestar, derechos sociales, ciudadanía, desarrollo, sostenibilidad– fue rehabilitada la idea de progreso.

En la segunda mitad del siglo XX el llamado progreso culminó su momento destructivo que había debutado con la demolición de la individualidad y las masacres bélicas, destruyendo el medio físico sobre el que descansaba la actividad social. La postración de la necesidad y el deseo ante los imperativos capitalistas designaba al crecimiento económico –el consabido progreso—como principio rector de la política de los Estados, y, por lo tanto, como normativa general de la vida social. Las consecuencias tóxicas del desarrollismo se dejaron sentir con claridad cuando la principal fuerza productiva, la tecnociencia, al fundirse con la política y las finanzas, se convirtió en la principal fuerza destructiva. A partir de entonces la dominación tecnológica de la Naturaleza, comprendida la humana, se transformó en exterminio planificado. La destrucción de tierras de labor, de costas, de ríos y de montañas, la producción creciente de basura y el derroche energético, la anomia social y las guerras, la explosión demográfica y las hambrunas, la contaminación y el agotamiento de recursos, hacen del planeta un lugar cada vez menos habitable, y del progreso, una carrera bárbara hacia la aniquilación. Nunca se ha progresado tanto como hoy, dicen los dirigentes, y en efecto, nunca la perspectiva del fin había estado tan cerca, ni la deshumanización tan presente. Cada salto hacia delante es un acto de guerra contra el territorio y sus habitantes, lo único que queda por saber es cuanto falta para el punto a partir del cual la catástrofe sea irreversible, momento en que la sociedad actual comenzará a desmoronarse. Los rebeldes al proyecto progresista de devastación planificada, se ven abocados no sólo a recobrar los conocimientos pretéritos todavía no olvidados, sino a defender lo que queda de aprovechable del presente, con el objeto de garantizar de entrada unas posibilidades reales de supervivencia, conservando las opciones de cambio hacia una sociedad desindustrializada, desmotorizada y desurbanizada, en perfecta simbiosis con la Naturaleza. Hay que romper definitivamente con la idea de progreso: los seres humanos no somos ni el objeto central de la “creación”, ni la cúspide de la evolución. Somos una forma de vida que ha de encontrar la armonía perdida con las otras, integrándose totalmente en su medio. Ninguna formación cultural es superior o menos “primitiva” que las demás. La sociedad civilizada no fue más que fruto de un azar, que pudiera perfectamente no haberse dado, como efectivamente no se dio fuera de Europa, dejando a la sociedad tradicional, aquélla a la que los modernos llamaron bárbara, ofrecer mejores condiciones de libertad que las que hoy padecemos. No obstante, no debemos renunciar al conocimiento, al saber y al arte que nos han legado las generaciones precedentes, en la medida que ese fruto de inmensos esfuerzos humanos es también nuestra herencia, que podemos usar para entender el mundo y embellecerlo. Somos parte de un todo que hay que preservar, pero usando la

Razón, no la de la los mercados, sino aquella que emana del conocimiento despreocupado que nace dentro de una sociedad libre y equilibrada, y que convierte la cuestión social en cuestión natural. De irracionalidad y primitivismo ya tenemos las alforjas repletas. Todavía existe la historia, que no es más que la historia de la opresión; la que vendrá después, cuando ésta acabe, si acaba, será la historia de los pueblos sin historia, es decir, sin diferencias de clase y sin Estado.

Miquel Amorós.

Terminado el 16-10-2011 para la revista *Raíces* n°3.

2012

Enero 2012

Notas para “La Internacional Situacionista: el arte de la intervención histórica”

Decimos “arte” en lugar de “teoría” al referirnos a la intervención en la Historia porque creemos que se trata más de un oficio o saber aprendido, de una habilidad para la aplicación racional y subversiva de ideas, que de un sistema conceptual con el que interpretar la realidad para ofrecerla a la conciencia. En griego, “theoros” es el espectador y los situacionistas rehusaron siempre a calificar de teoría su trabajo crítico. Para Debord tenía más que ver con una forma particular de arte, el arte de la guerra. ¿Cómo se aprende ese arte? De entrada, visitando sus escenarios. Michelle Bernstein respondió con humor a esa pregunta. En su novela “Todos los caballeros del rey” figura el siguiente diálogo:

“– ¿A qué te dedicas exactamente?

– A la reificación.

– Ya veo, un trabajo muy serio, con gruesos libros y una mesa llena de papeles.

– No. Me paseo. Principalmente me paseo.”

Se ha dicho de la I. S. Que fue “la más política de las vanguardias artísticas y la más artística de las vanguardias políticas.” Nuestra charla tratará de explicar eso exhaustivamente. Fue bien una vanguardia, un grupo reducido de gente, principalmente artistas, personas que hacían de su vida arte, marchando al paso de la realidad, pero una zancada por delante. Anunciando su tiempo, el tiempo. Al menos desde el movimiento romántico podemos afirmar que las crisis culturales adelantan a las crisis sociales y son el mejor indicador de su advenimiento. Con ello no solamente aludimos al dadaísmo, preludio cultural de la revolución rusa, sino a la generación “beat” de Kerouac, Burroughs y Trocchi, principio de la revuelta americana de los sesenta. Y por supuesto, a la propia I.S., íntimamente relacionada con el Mayo del 68 y la revolución moderna. La vanguardia fue el mejor instrumento para intervenir en las crisis y la cultura –que incluye el arte- era su terreno más apropiado de acción. Eran la forma organizativa que revestía el combate contra la cultura burguesa en descomposición. La principal tarea de la vanguardia consistía en hacer tabla rasa con el pasado constituyendo el momento destructivo del presente. La crítica de los valores dominantes tanto artísticos como éticos y sociales tenía lugar primero como revolución cultural, en su primera fase desvalorizadora y negadora. Las intenciones vanguardistas se plasmaban en manifiestos más que en obras. Sus obras no cobraban sentido sino como manifiestos y la manera de darlas a conocer estaba indisolublemente ligada a ellos. La I.S. iba

más lejos, pues negaba la existencia de un arte situacionista, autorizando sólo un uso situacionista del arte. La desviación literaria o artística era el mayor crimen, sancionado con la expulsión. Los tratos con la cultura oficial entraban en contradicción flagrante con el mensaje de la vanguardia, revocando su ejemplaridad y minando su razón de ser. La exclusión era un mandato de la coherencia. Una exigencia puesta en práctica por primera vez por el Movimiento Surrealista. No se concebían las manifestaciones vanguardístas –incluidas las expulsiones- sino como ruptura radical y pública, o sea, como escándalo. El escándalo rompía eficazmente el cerco de silencio con el que el orden se protegía, ocupando en tanto que mecanismo contrapublicitario el centro del saber subversivo objeto de nuestra charla. Mediante el escándalo se compensaba la desproporción de fuerzas, de modo que un grupo exiguo podía, gracias a él, contrarrestar la mole cultural con éxito.

Con escándalo se presentó Isidore Isou, fundador del Movimiento Lettrista, en el Festival de cine de Cannes en 1951 con su "Tratado de Baba y Eternidad" debajo del brazo. La cinta había sido fabricada mediante la unión azarosa de deshechos cinematográficos, voluntariamente rayados y acompañados de un audio provocador. Las demostraciones lettristas buscaban el conflicto. Lo que escondían sus metagrafías, sus decollages, sus salpicaduras, su poesía de letras en lugar de palabras, sus películas como "El Anticoncepto", de Gil J. Wolman, o "Gritos a favor de Sade", de Debord, sin imágenes, con espacios en blanco y en negro, no era la aparición de un nuevo arte, sino la demolición del antiguo. Nos evocan anteriores obras dadaístas como el orinal que Duchamp llamó "Fuente", la poesía fonética de Schwiters, o el film de Picabia titulado irónicamente "Entreacto." Según la vanguardia lettrista todo periodo de crisis tiene una fase destructiva, desvalorizadora de la producción artística, descendente, y una fase constructora, creadora de nuevos valores, ascendente. La destrucción se efectuaba a través de una inflación metódica de la producción de obras. De ahí el experimentalismo frenético que marca la época –pensamos no sólo en los lettristas, sino también en Asger Jorn, Cage, Saura, Pollock, Resnais, Rexroth, el grupo Cobra, y tantos otros-, ante cuya recuperación por un nuevo oficialismo se levantó la izquierda lettrista. Constituida en Internacional, creía que el momento "ascendente" todavía no estaba por darse puesto que la revolución social no había ocurrido, propugnando lisa y llanamente la abolición del arte. Seguir la tarea de la subversión de valores, construyendo mediante el uso "desviado" de elementos estéticos situaciones que disolvieran los comportamientos burgueses, ambientes nuevos propicios al juego y la deriva que impidieran una marcha atrás hacía la conducta conformista. De ahí vino el adjetivo "situacionista". Situacionista es aquél que construye situaciones.

En 1957, la I. L. celebró un congreso en una pequeña ciudad italiana de Coscio d'Arroscia al que asistieron otros vanguardistas, agrupados casi todos en una Bauhaus Imaginista, especie de centro que defendía un uso unitario de las artes y luchaba contra la racionalización instrumental del vivir implicada en el funcionalismo y el diseño industrial "de vanguardia." Los reunidos decidieron fundar una nueva Internacional, la I.S. Debord redactó un folleto que sirviera de base a la formación, "Informe sobre la construcción de situaciones", y se

marcarán distancias con la vanguardia rival, el movimiento surrealista, criticando sobre todo sus incursiones en lo irracional y su fe en la obra artística. Más tarde resumiría su crítica en una lapidaria frase: "el surrealismo quiso realizar el arte sin suprimirlo." Los situacionistas en principio creían en el arte concebido integralmente y como juego colectivo, pero no en la obra de arte. Su concepto de la situación construida coincidía con el de "momento" expresado por Lefebvre -"intento de alcanzar la realización total de una posibilidad"- y fueron muchas las afinidades con su crítica de la vida cotidiana. La vida cotidiana, sometida a esa forma moderna de capitalismo que ellos llamaban "espectáculo", acababa el proceso de proletarización de los asalariados comenzado en los talleres y las fábricas. Podía ser el punto de arranque de una lucha de clases más auténtica, menos limitada por constricciones económicas puesto que se inscribía en el rechazo del trabajo. El marco físico donde discurría estaba condicionado por un urbanismo represor, que estaba siendo conscientemente diseñado para aislar a los individuos, mecanizarlos y convertirlos en trabajadores consumidores. El espacio que el nuevo urbanismo racionalista concebía anulaba cualquier posibilidad de juego y encuentro, por lo que los situacionistas trataron de formular una crítica de la alienación espacial en la teoría del Urbanismo Unitario, de resonancias fourieristas. La defensa contra la tentación de la obra de arte causó las primeras expulsiones. El contacto con el grupo "Socialismo a Barbarie", de Castoriadis, por parte de Frankin y Debord, puso sobre el tapete la unificación de la crítica social y la de la vida cotidiana, arrinconando aún más a quienes, por mantener la separación, reproducían inclinaciones artísticas. La voluntad de realizar el arte sin suprimirlo había llevado a muchos seudovanguardistas a complacerse indefinidamente en el proceso de disolución, atacando a cada elemento por separado, sea la forma, sea el color, sea la materia, sea el embalaje. El proceso, a fuerza de repetirse, acababa por entrar en el repertorio de los críticos, convirtiéndose así en un negocio rentable. La I.S. opinaba como Hegel, que el arte había muerto como medio mediante el cual comunicar la verdad de este mundo, que era "insuficiente ya en la gran marcha histórica hacia la autoconciencia", ahora misión de una superior conciencia crítico-social. La búsqueda de una crítica unitaria de la sociedad de clases urgía a liquidar definitivamente la fase artística, apartando a los artistas que habían sobrevivido a las rupturas.

Entre 1962 y 1967 la I.S., reforzada con nuevas adhesiones – Vaneigem, Kotanyi, Viénet, Khayati – desarrollaría la crítica más completa y coherente de su tiempo, el único pensamiento subversivo capaz de intuir y adelantarse a los acontecimientos; el pensamiento revolucionario de una nueva época de la lucha social. Sus pilares había que buscarlos en el método de Hegel y Marx, la abolición del arte, la crítica del espectáculo y la teoría de los Consejos Obreros. Todo lo bueno de anteriores ideologías críticas de lo existente -la negación del Estado y la reivindicación radical de la subjetividad en los anarquistas, la democracia consejista en los comunistas de izquierda, el recurso al juego y a lo maravilloso cotidiano en los surrealistas, etc.- encontraba su sitio en la crítica situacionista, articulándose en ella de modo coherente. Pero la forma organizacional adoptada – y plasmada en la "Definición mínima de organización revolucionaria" – la de vanguardia revolucionaria

separada, fruto de un insuficiente desarrollo político y cultural del proletariado, planteaba como urgente el problema de la comunicación de la crítica. La I.S. supo mostrarse tremendamente eficaz con los poquísimos medios que tuvo a su alcance y con los escasos aliados que encontró por el camino. En 1966 y 1967 se produjo una rara abundancia de publicaciones que completaban su tarea y, sin que nadie se lo esperara, ni en el poder ni en la calle, constituían el prefacio más adecuado de la revuelta de Mayo del 68. Fue el año de algunos escritos esenciales que conmocionaron al mundo, como "El declive y caída de la economía espectacular de mercado", "Los puntos de explosión de la ideología en China", "De la miseria en el medio estudiantil"; de los números 10 y 11 de la revista I.S.; del "Tratado del Saber Vivir" y de "La Sociedad del Espectáculo." El proletariado -"aquél que no tiene ningún poder sobre su vida y lo sabe"- no se manifestaba a través de los estudiantes o de los sindicatos, sino en las huelgas salvajes obreras y en la protesta juvenil de quienes a cambio de no morir de hambre, morían de aburrimiento; en luchas como las protagonizadas por el movimiento antiatómico británico o por los provos holandeses; en las conflictos de los mineros asturianos y de los obreros autogestionarios argelinos; en la insurrección de los guetos negros americanos o en las broncas del Zengakuren japonés…

La crítica situacionista no penetró demasiado en los medios obreros, pero la lucha obrera se volvía más situacionista cada día que pasaba. Si la conciencia histórica no avanzaba con suficiente rapidez hacia el proletariado, en cambio sí parecía marchar el proletariado hacía la conciencia histórica. Mayo del 68 significó la confluencia de ambos movimientos. El conflicto estudiantil en que la I.S. buscó el punto de apoyo de su intervención histórica fue la chispa que puso en acción a diez millones de trabajadores. La mayor huelga salvaje de la historia puso en jaque al poder político, y durante algo más de una semana fue posible derrocarlo, pero la clase obrera no se atrevió a dar el paso y convertir las ocupaciones de fábricas en consejos obreros. Los acuerdos de Grenelle entre el gobierno francés y los sindicatos permitieron que el viejo mundo pasara al contraataque. Se produjo un fenómeno típico de una sociedad de masas: las ideas revolucionarias conocieron un auge extraordinario, pero no como arma subversiva sino como objeto de contemplación y consumo. La mayoría de quienes las enarbolaban no lo hacían para cambiar el mundo sino para estar en la onda: ¡la revolución se había puesto de moda! La crítica teórico-práctica de un periodo determinado de la lucha de clases se transmutaba en ideología perenne, en situacionismo. Los situacionistas, a pesar de ellos mismos, tuvieron multitud de seguidores a los que llamaron "prositus", pero no entre los revolucionarios sinceros, siempre pocos, sino entre la masa desclasada que el crecimiento económico producía sin cesar, y que abastecía al poder de personal subalterno. Sus libros se vendían a puñados y su contenido era tomado por una revelación. La crítica "situ" explicaba su tiempo mejor que ninguna otra, pero no había previsto que las fuerzas sociales del capital la usaran para comprenderlo, afianzando su orden en proceso de cambio ¡No había calculado que el orden establecido, en el fragor del combate, también se hiciese situacionista!

A partir de 1970 la I.S. entra en un periodo de parálisis y decadencia que un "debate de orientación" no puede conjurar. En 1972 Debord y Sanguinetti firmaban oficialmente su disolución. Se ha dado todo tipo de explicaciones del caso: que falló la relación entre Debord y Vaneigem, sus dos grandes teóricos; que la selección de nuevos adherentes no fue la apropiada; que se había agotado el tiempo de las vanguardias; que la cuestión social en tiempos de guerra de clases ya no se planteaba como teoría de la revolución sino como estrategia de guerra… Debord pareció creerlo así cuando a propósito de la Revolución de los Claveles en Portugal dijo que había que leer a Clausewitz antes que a Marx. No andaba del todo errado, pero tampoco eso era completamente cierto. Puede que se agotara el tiempo de la I.S. pero no el de los situacionistas. El proletariado protagonizó varios sobresaltos en diversos países –Portugal, Italia, España, Polonia- pero quedó estancado. El movimiento antinuclear empezaba a despuntar, poniendo en el tapete nuevas cuestiones sobre la degradación de la vida en el planeta ya intuidas en las "Tesis sobre la I.S. y su tiempo." Y la sociedad capitalista, tras décadas de expansión económica, empezaba a reestructurarse para dar hacia delante el salto cualitativo que su enemigo histórico, el proletariado no se decidía a dar.

La clase dirigente supo servirse de la herencia cultural que la clase obrera no aprovechaba, cambiando su lenguaje, sus valores, sus tradiciones y sus criterios morales en pro de una nueva época de dominio. En un proceso de recuperación sin precedentes, sus mercenarios intelectuales entraron a saco en las aportaciones situacionistas. Los recuperadores tenían algo en común con la I.S., y es que también combatían contra la estética desfasada y la moral calvinista de la burguesía tradicional, evidentemente, no a favor de una revolución, sino en pro de un capitalismo renovado y posmoderno. La recuperación rompía con el pasado y liquidaba la tradición cultural del capitalismo nacional porque se habían vuelto obstáculos para el crecimiento económico. Cortaba el cordón umbilical que unía la clase dominante con la sexualidad reprimida y el estatismo burgués porque la acumulación de capitales necesitaba superarlos. La desregulación de los mercados nacionales transcurría también en el terreno de las ideas, y por desgracia, la "french theory" de los años setenta – los Foucault, Guattari, Lyotard, Deleuze, Derrida, Baudrillard, Negri, Lipovetsky – aparecía en el momento justo, como contrapunto reaccionario de la crítica situacionista y elemento de amalgama neutralizador de primera magnitud. Mayo del 68 se reinterpretaba como cambio de paradigma cultural, renovación ideológica, "revolución" en las costumbres, Incluso como fin de la Modernidad y de la Historia. Los logros alcanzados en la libertad personal no eran más que el pálido reflejo de la libertad de mercado. La frase rubricada por Debord y su colega italiano, "que la época se aterrorice a sí misma admirándose por lo que ella es", cobraba plenamente sentido diez años después de haber sido escrita.

A los revolucionarios les quedaba mucho por decir después de Mayo, y lo que entonces podía tomarse por perfección de la teoría, no era en cambio más que retroceso del sujeto histórico. La contrarrevolución sigue los mismos caminos que la revolución, pero como enemiga de ella. La recuperación fue durante mucho tiempo su principal arma. Es tanta la

basura acumulada y la confusión sembrada, que no resulta fácil aproximarse a las revueltas de los sesenta y setenta con objetividad, y menos, restituirlas con veracidad. Solamente un nuevo movimiento revolucionario sería capaz de hacerlo. Sin embargo, la herencia de la I.S. todavía quema, pues son bastantes quienes las continúan descontextualizando, vaciando, fragmentando y transplantando para uso de las nuevas generaciones de dirigentes. Eran ideas de guerra, con carga explosiva que siempre es necesario desactivar si se las quiere utilizar como factor de innovación del poder. Su uso en tanto que reserva ideológica de la dominación de clase obliga a tomar precauciones: lo que nació en la barricada no se aviene con facilidad a descansar en los anaqueles del museo ni a dejarse destripar en la mesa de disección. Siempre existe el riesgo de que, como a un niño perdido, sus verdaderos herederos la encuentren. Las ideas situacionistas son un arma peligrosa en manos incontroladas: las carga el diablo.

Miguel Amorós.

Charlas en el CSO Eko de Carabanchel, Madrid, el 23 de enero,
y en el CSOA El Retal, Murcia, el 1 de mayo de 2012.

Publicado como anexo al libro
Los situacionistas y la anarquía,
Rosario (Argentina), Lazo Negro, 2019.

Enero 2012

Entrevista relativa a la cooperación internacional para el desarrollo

Si hay algo peor que el llamado “desarrollo” es la “ayuda al desarrollo”. Mediante tales auxilios, los países de capitalismo pleno que constituyen el “Norte” facilitan la liquidación de formas locales de capitalismo y restos precapitalistas en los países del “Sur”, lo que aboca a una parte considerable de su población a la precariedad y la pobreza, empujándola a emigrar a las periferias míseras de las metrópolis. La constitución del mercado mundial disimulada apenas tras la susodicha “cooperación” significa la desarticulación completa de la sociedad campesina y la formación de un ejército internacional de reserva de mano de obra dispuesto a alimentar la esclavitud asalariada.

1) Una de las causas del descenso de la contestación social ha sido la disolución de las clases a través de la automatización y el progreso, sin embargo parece que en Italia se está moviendo algo interesante, ¿cómo ve esta agitación de un sector de la sociedad italiana?

Miguel Amorós: El proceso de desclasamiento y masificación se produce al colonizar la mercancía la vida cotidiana, es decir, al constituir la actividad fuera del trabajo un mercado, o como diría Camatte, al suceder al dominio formal del capital en la sociedad su dominio

real. El conflicto entre clases queda integrado y superado, por lo que su función disolvente resulta negada. Las clases pulverizadas y domesticadas pasan a formar parte del sistema. Lo que ahora está sucediendo con más o menos intensidad en Italia y en toda Europa, es que las consecuencias negativas de la especulación financiera y el despilfarro administrativo, fundamentos de la prosperidad de masas en el último periodo capitalista, recaen sobre aquellas. Esto provoca dos reacciones bien diferenciadas: en la masa desclasada surgen voces que reivindican pacíficamente una política más independiente del mercado y unas finanzas controladas por el Estado; en los excluidos y desertores del sistema emerge un rechazo violento de las reglas del juego de la sociedad capitalista, reflejo del vandalismo civilizado con que a diario ella les obsequia. Ejemplos de la primera son los movimientos de los indignados; de la segunda son las manifestaciones griegas, las revueltas de agosto pasado en la periferia de Londres y la algarada del 15 de octubre en Roma. Ambas son indicio de que la base social que sostenía el sistema se está desmoronando, o sea, de que la crisis económica ha desembocado en una crisis social. Dicha crisis no es lo suficientemente intensa para escindir la sociedad en dos bandos generando así un conflicto social de envergadura, y por consiguiente las alternativas se decantan hacia un reformismo imposible, al cual replica un nihilismo sin horizontes.

2) Impuesta desde los países autodenominados «desarrollados», la idea del desarrollo entendido como un progreso de la técnica que solucionará todos los problemas sociales se ha convertido en la religión mayoritaria de nuestra época, ¿cuál cree que son las consecuencias de este fenómeno y cómo afecta dicha cosmovisión a las sociedades «en vías de desarrollo»?

Miguel Amorós: En efecto, el desarrollismo es la ideología dominante, que no es más que la formulación contemporánea de la idea burguesa de Progreso, cuyos dogmas nos trasmiten los dirigentes. Las consecuencias hace tiempo que se están dejando sentir: explosión demográfica, urbanización desbocada, destrucción del territorio, contaminación, cambio climático, nuclearización, multiplicación de las diferencias sociales, anomia… El desarrollismo productivo es eminentemente destructivo. El mundo se mide de acuerdo con el estándar de vida norteamericano, por lo que, aquellos países que no lo alcancen se consideran, en la medida en que la cosmovisión tradicional no desarrollista no haya sido completamente liquidada, o bien «subdesarrollados», o bien «en vías de desarrollo». Éstos últimos son aquellos cuya clase dirigente ha interiorizado la mentalidad capitalista (o como dicen otros, «se ha occidentalizado»), decidiendo hipotecar los recursos nacionales y empobrecer a sus habitantes contrayendo enormes deudas, resultado de ajustes estructurales onerosos y planes de desarrollo ilusorios dictados por instancias internacionales tales como el FMI, la OMC, la Banca Mundial o la propia OCDE. En la actualidad, todos esos planes hacen referencia a un «desarrollo sostenible», eufemismo con el que se define un crecimiento económico que incorpora al mercado el deterioro medioambiental. La cosmovisión dominante no es pues algo diferente de la colonial. El desarrollismo tercermundista –o «del Sur», en lenguaje políticamente correcto– defiende los intereses del mundo «desarrollado»,

o sea, «del Norte» y, paradójicamente, puesto que sus intenciones declaradas son otras, contribuye a su apuntalamiento.

3) La Cooperación Internacional para el Desarrollo, entre otros, trata de impulsar a estos países en la línea de crecimiento pautada precisamente por los Estados ricos, ¿que opinión le merece esto?

Miguel Amorós: La «cooperación internacional» trata de mercantilizar en «el Sur» cualquier actividad, forjando a la vez una dependencia tecnológica y liquidando de paso culturas vernáculas y prácticas sociales que escapan a la economía. Intenta imponer el modelo sociocultural de «Occidente», perjudicial para la población no integrada en el mercado global. Los países «desarrollados», a través de programas de «ayuda» y «cooperación», destruyen el tejido social que podría dificultar la mercantilización, es decir, que trabara la generalización de conductas típicas del homo economicus, el mismo tejido que capacita para el autogobierno, con el objeto de vender a una población sometida y manipulada un paquete modernizador que comprende el parlamentarismo oligárquico, la partitocracia, la cultura espectáculo, el embrutecedor sistema educativo o la sanidad burocratizada. Un cooperante experto diría en cambio que se está trabajando en la construcción «de un marco cultural e institucional para el desarrollo de los mercados.»

4) Supongamos que los países ricos anhelan realmente que las sociedades menos económicamente favorecidas crezcan y terminen equiparándose con ellos económica y tecno-científicamente, ¿es posible la vida en un planeta donde el nivel de gasto y de consumo medio sea, pongamos por caso, semejante al de una potencia media como España?

Miguel Amorós: Yo, abusando de la formulación de Marx, en lugar de ricos, hablaría de países donde reinan las condiciones modernas de la producción deslocalizada, o sea, países de capitalismo intensivo. Los demás son, más que pobres, países de capitalismo extensivo. Es necesario para la supervivencia de los primeros, que los segundos progresen en la capitalización, puesto que su «demanda» es ahora el motor de la economía mundializada. Pero por otra parte dicha progresión es nefasta desde el punto de vista ecológico puesto que incrementa la producción de gases con efecto invernadero, agota recursos, acumula basuras, suburbaniza, contamina y, en fin, destruye el planeta. A corto plazo desemboca en una degradación insoportable de la vida para las tres cuartas partes de la población mundial y en un aumento inaudito de las desigualdades sociales.

5) Desde una perspectiva decrecentista, se lamenta que la Cooperación Internacional para el Desarrollo se haya reducido en los últimos quince años un 25% y se celebra que ciento cincuenta millones de personas se hayan incorporado al consumo en la última década (hago referencia al último editorial de Ignacio Ramonet), ¿cómo se aprecian estos mismos acontecimientos desde una lógica antidesarrollista?

Miguel Amorós: No sé hasta qué punto los decrecentistas hacen suyas las editoriales de Ramonet más allá del estatismo que les es común. Pero en lo relativo a la «cooperación»

desarrollista, la tendencia actual consiste en implicar más al capital privado multinacional – por ejemplo, mediante la esponsorización – y menos al público, ya que los Estados están peligrosamente endeudados. Las retiradas de fondos coinciden por otra parte con la presencia creciente de las ONG, que de una u otra forma reemplazan a los Estados como agentes de la mercantilización. El objetivo final de tanta caridad exportada no es la preservación del medio o la erradicación de la pobreza, sino la preservación del desarrollo y la erradicación de las resistencias. La oligarquía financiera mundial cree que la realización de tal objetivo es más segura a largo plazo en un marco político y empresarial semejante al que existe en «el Norte» neocolonialista, que en una dictadura militar o en un régimen caudillista.

6) Sin embargo, es lógico, comprensible y deseable que se pongan medios para paliar las necesidades humanas allí donde se produzcan, ¿cuál sería, bajo su punto de vista, la mejor forma de paliar los problemas que afectan a las sociedades en vías de desarrollo?

Miguel Amorós: Para Simone Weil el problema fundamental consistía en desenredar la madeja de lazos que unían a la opresión social con el avance dominador de las relaciones del hombre con la naturaleza, avance que la ciencia y la tecnología al servicio de la economía habían hecho posible. A mi modo de ver, la solución no es otra que salir del desarrollo, negando el dominio que ejerce la economía autónoma sobre la sociedad. Apartarse de la vía capitalista: el capitalismo es un fenómeno relativamente reciente, tiene apenas doscientos años, pocos más que la idea de Progreso; a la humanidad no le ha ido peor unos miles de años sin ambos. Eso significa reconstruir la sociedad desde abajo y desde lo local, desde el autogobierno y la ética, en base a relaciones sociales directas y comunales, no mediatizadas por dinero ni guiadas por el beneficio económico, sino orientadas hacia la satisfacción de necesidades reales. Habrá que poner en marcha un proceso de desurbanización, desestatización y descapitalización de vasto alcance, seguramente favorecido por un previsible colapso de la sociedad capitalista, consecuencia de la irresoluble contradicción entre la disposición de recursos limitados y el consumo ilimitado de los mismos exigido por su imparable necesidad de crecer. Ni la ciencia ni la tecnología, evolucionando en la dirección marcada por el desarrollismo, podrán remediarlo. Tendremos que renunciar a buena parte de sus «logros» en la medida en que reproduzcan condiciones opresivas y por consiguiente sean incompatibles con la libertad, poniendo el resto al servicio de una sociedad humana liberada. Iván Illich ha formulado la conclusión muy ponderadamente: «Debemos edificar una sociedad post-industrial de tal manera que el ejercicio de la creatividad de una persona nunca imponga a los demás un trabajo, un saber o un tipo de consumo obligatorio.»

Esta entrevista fue realizada por Daniel Fernández López el 30 enero de 2012.

Publicado en la revista Argelaga n°2.

Mayo 2012

Capital viento

¿Por qué las centrales eólicas?

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:
–La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

A lo largo de los últimos treinta años la dominación ha tomado «una nueva conciencia del hecho energético» condicionada por los precios del petróleo y la distribución geográfica de sus reservas. La clase dirigente ya es consciente de que un suministro seguro de energía es imprescindible para el mantenimiento de la sociedad de mercado, urbana en su más alta expresión, y, dado el coste creciente para su obtención y la disponibilidad decreciente de recursos energéticos, no le importa los impactos que causen su producción y transporte; los «costes medioambientales y sociales» son meros daños colaterales de una política de «seguridad» que ha de prever eventuales situaciones de desabastecimiento. Es esa doble amenaza la que obliga a los Estados industrializados a confeccionar planes que faciliten la mundialización del mercado de la energía y fijen estrategias de ahorro, eficiencia y prospección a fin de atemperar su elevada dependencia energética. Lo primero conduce al desarrollo de infraestructuras energéticas de interconexión; lo segundo, a la innovación tecnológica y a la promoción de las energías renovables industriales.

La sociedad capitalista de masas se basa más todavía en el crecimiento, lo que redunda en estilo de vida motorizado y climatizado apoyado en un consumo intensivo de energía, con el consiguiente incremento continuo de la demanda. Sin embargo, ese estilo no puede sostenerse indefinidamente, puesto que el agotamiento progresivo de los yacimientos de combustibles fósiles (y de uranio) junto con la gravedad de los impactos ambientales y sociales causados imponen serias limitaciones que han de asumir las administraciones. Por un lado, el aumento del precio del petróleo y el gas natural; por el otro, las emisiones contaminantes, la destrucción del entorno rural, la degradación de los ecosistemas y el calentamiento global. El capitalismo se halla ante la disyuntiva de seguir creciendo y agravando la crisis ecológica, o de decrecer y sumergirse en una crisis económica. Al final ha tenido las dos y esto no es más que el principio. En un artículo titulado «La transición energética» (El País, 26-x-2005) podía leerse: «la crisis que se avecina es de tal magnitud que todos los expertos consultados coinciden en que estamos ante un nuevo paradigma.» Que los expertos al servicio del poder económico sean catastrofistas es una novedad, pero como

el sistema capitalista ha venido demostrando a través de la historia, la solución que preconizan en su nombre se desprende de la conversión de los problemas generales en oportunidades para las grandes corporaciones. Así pues, el sistema ha dado con la «opción sostenibilista», que consiste en reorientar el crecimiento económico tratando de contrarrestar sus deplorables efectos a través de cambios en las pautas de consumo energético, y, por encima de todo, en un salto tecnológico hacia delante. Los dirigentes empresariales y políticos planean un cambio paulatino hacia un modelo productivo «descarbonizado», o sea, un modelo que dependa menos de los combustibles fósiles y más de las nucleares y las renovables industriales. La seguridad del suministro y la neutralización de los efectos del cambio climático son los puntos clave del nuevo paradigma capitalista, pero los caminos a seguir, como por ejemplo el mercado de emisiones, la subvención de la industria nuclear y renovable, el control social o la geopolítica imperialista, abocan a contradicciones insuperables. El «desarrollo sostenible» resulta pues una vulgar estafa, ya que se resume a una apuesta político-tecnológica por el control de la demanda de energía y la explotación del territorio como fuente autóctona de recursos energéticos, sean o no renovables, sean o no contaminantes, sin reducir para nada el consumo de combustibles fósiles, ni por supuesto alterar el statu quo mercantil. Puede que sea desarrollo, pero no tiene nada de sostenible. Las rutas tecnológicas abiertas suponen un «nuevo modelo territorial» pagado directamente por los consumidores mediante la factura de la luz, o indirectamente, a través del erario público: es lo que las multinacionales llaman «internalización de los costes». En realidad el aumento del precio de la energía ha de costear todos los dispendios del capitalismo verde, puesto que éste aún no es rentable: la construcción de infraestructuras como las «redes transeuropeas de energía», el secuestro del dióxido de carbono, la extracción de gas y petróleo no convencionales, la investigación tecnológica, la construcción de centrales de renovables, la plantación de agrocombustibles, las plantas de tratamiento de residuos… Y todo para concluir que la demanda mundial entre 1997 y 2020 se incrementará en un 57%, y que al final del periodo los combustibles fósiles representarán más del 80% de la energía mundial consumida, es decir, más o menos lo que representan en la actualidad. Del petróleo depende no solamente el transporte mundial, sector que crece más que los otros, sino la construcción, la agricultura intensiva, la industria química, la farmacéutica y la agroalimentaria, la producción de asfaltos, fibras sintéticas, plásticos, abonos, plaguicidas, etc., elementos imprescindibles para la vida artificial obligatoria en régimen capitalista. No existe, ni a corto ni a largo plazo, un recurso capaz de sustituirlo y los expertos del poder dan por sentado en los próximos años un escenario de crisis que comportará graves disfunciones socio-económicas y desastres ambientales.

Ante la perspectiva de la catástrofe, las directivas de las altas instancias europeas (el Parlamento, el Consejo, la Comisión) relativas al fomento de las renovables industriales pueden entenderse más que como mecanismos de contención de la demanda de combustibles fósiles (que van a seguir siendo la principal fuente de energía, y por lo tanto, de contaminación y de producción de gases de efecto invernadero) como mecanismos de ocultación de la crisis energética y ecológica. Las renovables son un complemento

inconfesable de la verdadera producción alternativa, la nuclear, destinada a representar el 30% de la energía producida en 2030 en la península, según informa el lobby nacional Foro Nuclear, lo que supondrá la construcción de entre siete y diez centrales nucleares. Además, las renovables son seudo-exorcismos contra el cambio climático, destinado a disimular fenómenos más agresivos con el medio ambiente, por ejemplo la expansión del consumo de gas natural o la producción de gas y petróleo no convencionales por fractura hidráulica. También dan una impresión de seguridad que se corresponde poco con la realidad, al proporcionar una apariencia de diversificación de las fuentes, cuyos cuantiosos costes presentes comportarán según los expertos y políticos beneficios superiores en un futuro. Este peculiar efecto pantalla psicológico de las renovables, que ni son baratas, ni reducen sensiblemente el estado de dependencia energética, y que, finalmente, no son siquiera renovables, prevalece a tal punto que se han convertido, sobre todo las eólicas, en la prioridad de las políticas energéticas para los años venideros, los de la «transición energética».

Desde que la Unión Europea fijó el objetivo del 20% de generación renovable en 2020, las eólicas industriales marchan en primera línea, y ello es así porque son las menos caras y las que se encuentran en una fase de desarrollo más avanzado. Pero la energía eólica está lejos de ser una fuente socializada, en manos de colectivos locales energéticamente autónomos. Cuatro multinacionales controlan el sector en el ámbito estatal, a saber, Acciona, Iberdrola-ACS, Gamesa y Abengoa, que junto con Endesa, Unión Fenosa, Isolux, Corporación Eólica SA, Fersa e Hidrocantábrico, poseen la mayoría los impropiamente llamados «parques» de aerogeneradores, que, siguiendo el modelo centralizador clásico, vierten su producción a la red eléctrica. En el pastel también participan a través de filiales multinacionales extranjeras como por ejemplo Siemens o Element Power. En 2004 el Estado español se situaba en segundo lugar mundial en cuanto a potencia instalada, pero del consumo total de energía primaria en 2009, solamente un 2’4% correspondió a la eólica. Para 2010 había triplicado la potencia (20.000 Mw) y el número de aerogeneradores (19.000 unidades). La energía eólica no es apta para el transporte pues sólo sirve para producir electricidad y el vehículo eléctrico está lejos de ser una realidad práctica. Se consume principalmente en el ámbito residencial y terciario, pero nunca sola, pues para compensar las bajadas de tensión debidas a la variabilidad del viento necesita el respaldo de centrales térmicas, grandes contaminadoras. Esa necesaria asociación pone en duda el carácter renovable de la energía producida en los «parques», pero no olvidemos también que los materiales industriales usados en su construcción reflejan una importante huella carbónica de fábrica: hormigón armado para la cimentación, las zanjas y las torres (un parque de veinte turbinas necesita diez mil toneladas), acero para las torres y la «góndola», fibra de vidrio o de carbono reforzada con plástico para los «álabes» o palas, cobre para el transformador y cables de evacuación, y hasta metales muy poco abundantes en la naturaleza como el neodimio y el disprosio para los imanes permanentes del rotor, cuya extracción y purificación es un proceso altamente tóxico. Si a ello añadimos el uso de aceite en la maquinaria, las resinas de poliuretano o de polivinilo para la protección del acero, los movimientos de tierras, excavaciones y demás

trabajos de instalación, que se repiten a la hora del desmantelamiento, o sea, al cabo de veinte años – la vida útil del aerogenerador de 60 metros de altura con palas de 30 metros – tendremos el cuadro completo de la verdadera renovabilidad de la energía eólica.

El primer impacto que se percibe ante una central eólica es el visual. Todas las protestas aluden al deterioro del paisaje, que para los pueblos es todo un referente. La configuración del paisaje resulta mayormente cambiada, fragmentada, afeada y banalizada, con pérdida de su calidad visual, de su unidad y su singularidad, algo que desde un punto de vista pragmático puede parecer secundario, pero que para el vecindario que se siente a gusto con la belleza de su entorno y se identifica con él resulta vital. A partir de ahí podemos continuar con el impacto sobre el territorio, el segundo gran argumento contra los «parques». Efectivamente, la construcción de infraestructuras viarias y eléctricas erosiona el terreno y provoca daños a la vegetación que aumentan cuando la central ocupa espacios protegidos y corredores ambientales. La evacuación de la electricidad producida exige líneas de alta tensión además de zanjas, con el riesgo de incendio que conllevan. Dicho impacto empieza a ser considerable en cuanto a la mortandad de aves por colisión con las palas, electrocución con los tendidos de evacuación y pérdida de hábitat. Un solo aerogenerador puede matar entre 3 y 64 aves y murciélagos. Multiplíquese por el número de aerogeneradores existentes y obtendremos una cifra de aves muertas situada entre 60.000 y un millón doscientas mil. Precisamente es el escalofriante número de aves muertas, muchas de ellas protegidas, lo que obligó a pronunciarse a la Comisión Europea y la primera causa de paralización de las centrales Las denuncias conciernen también a los daños al patrimonio arqueológico e histórico, al turismo rural u ornitológico y a la cabaña ganadera. Finalmente, el bloqueo de las corrientes de aire favorece el calentamiento global; el ruido producido por los aerogeneradores resulta molesto en las proximidades de las centrales; las luces de señalización nocturna son fuente de contaminación lumínica y el «efecto discoteca», que consiste en la sombra proyectada por las palas al recibir la luz solar, llega a ser inaguantable. Por si fuera poco, frente a tanto destrozo no se ha avanzado gran cosa: se necesitarían 4.000 aerogeneradores para igualar la producción de una sola central térmica (de 1 Gw), es decir, una superficie de mil Km2 y dos millones de toneladas de hormigón, cantidad equivalente a la que necesitaría la construcción de bloques de viviendas para albergar a 100.000 personas. La preocupación por el medio ambiente de los industriales eólicos y de los políticos que sostienen sus intereses queda pues suficientemente desenmascarada como negocio insalubre y expolio territorial.

Ante las tensiones sociales que arrastran las centrales eólicas terrestres y el problema de la escasez de emplazamientos aprovechables, o sea, la limitación impuestas por el factor espacio, surge la posible alternativa de las centrales eólicas marinas, todavía en fase experimental. No necesitan vías de acceso, alcanzan una productividad mayor y duplican la vida útil de los aerogeneradores, pero son bastante más caras y su impacto paisajístico, territorial y ambiental es mayor. Además, como las terrestres, necesitan una central térmica de apoyo, como las terrestres, para cuando no sople el viento. Las torres tienen una

envergadura de hasta 200 metros, 75 de ellos sumergidos, con palas de 50. A la erosión provocada por las obras de superficie y submarinas se suman el mayor ruido, el picadillo de aves y los efectos de los campos electromagnéticos en la flora subacuática y los recursos pesqueros. Las economías costeras resultan claramente perjudicadas, por lo que el rechazo vecinal es total. En general, las eólicas no pueden suscitar una complicidad suficiente en la población afectada, ni siquiera con el reclamo recurrente de los puestos de trabajo y del «atractivo turístico» que significarían los aerogeneradores en medio del mar, argumento éste tan extravagante que denota la absoluta falta de justificaciones plausibles. La toma unilateral de decisiones que comporta la liquidación de la actividad económica local sin estudios de impactos ambientales dignos de ese nombre por parte de las distintas administraciones asesoradas por el trabajo deshonesto de técnicos y escudadas en periodistas serviles, no es capaz de ocultar a los ojos de la población que los proyectos eólicos – y los otros – no responden más que a la megalomanía irresponsable de los políticos autonómicos y a los intereses espurios de los fabricantes de aerogeneradores, de las empresas promotoras y de los bancos.

En resumidas cuentas, la energía eólica no surge en el mercado global para sustituir a ningún otro tipo de energía, pues sólo para reducir significativamente el número de térmicas de carbón o de nucleares necesitaríamos un «parque» cada tres o cuatro kilómetros cuadrados. Simplemente aparece para apuntalar la economía de mercado. No es ni siquiera renovable, puesto que la construcción de centrales y la fabricación de turbinas requieren una gran cantidad de combustibles fósiles que cuestiona la limpieza de la producción final. No disminuye pues la emisión de dióxido de carbono a la atmósfera, ni contribuye a detener el cambio climático. Tampoco rebaja el precio del kwh, ni reduce la dependencia de los Estados sin yacimientos de petróleo o gas. La producción de energía eólica es ante todo un gran negocio en manos de un oligopolio multinacional que pone el territorio en explotación a fin disponer de una fuente secundaria de electricidad para proporcionar un suministro energético constante a las conurbaciones, sin el cual no serían viables. El alumbrado de calles y edificios, la calefacción, la refrigeración, el alcantarillado, los supermercados, los ascensores, los semáforos, los hospitales, las escuelas, los desplazamientos, la vigilancia policial, etc., todo depende de la energía que hasta ahora han asegurado el carbón, el fuel, el gas y la fisión nuclear. De esta manera los derechos, los intereses e incluso la identidad de los habitantes rurales se sacrifican al mantenimiento de unas condiciones de consumo suficiente para las masas encerradas en los aglomerados urbanos convenientemente iluminados. El modelo despilfarrador de las eólicas industriales es en definitiva una pieza más del nuevo capitalismo «sostenible», aquel donde el territorio ambiental y socialmente deteriorado se transforma en mercado, y por consiguiente, en fuente de beneficio privado exclusivo protegido por el Estado, alentado por las administraciones autonómicas y justificado por el ecologismo político. Es una prueba más de la carrera suicida de una civilización industrial superpoblada con necesidades masivas de energía y alimentos pero con cada vez menos petróleo, una civilización enferma y decadente de la que conviene escapar so pena de quedar atrapados en un proceso de extinción.

Nota del 2 de noviembre

Si bien los aerogeneradores en suelo español ya existen desde los años ochenta, la construcción de centrales eólicas no cobró impulso hasta las Cumbres de la Tierra y las directivas de la Unión Europea sobre energías renovables de finales de los noventa. La oposición de un puñado de agricultores, ecologistas, colectivos rurales e incluso alcaldes arranca pues de entonces. Merece especial atención como pionera y modelo de la defensa del territorio la Plataforma en Defensa de la Terra Alta (Tarragona) que no ha dejado de oponerse a las eólicas industriales desde 1998. Ha sido la que con más fuerza ha denunciado la permisividad culpable de la administración autonómica en la marginación y destrucción del territorio, la deficiencia o ausencia de estudios de impacto, los intereses privados que se esconden en proyectos de ninguna utilidad pública, la decisión tomada al margen de la población por políticos de toda clase en connivencia con las empresas eléctricas y constructoras, etc. Una Coordinadora d'Estudis Eòlics del Comtat (Alicante) se opuso al proyecto de las centrales eólicas de la Sierras de Alfaro y Almudaina, y asimismo hubo grupos que impugnaban las centrales situadas en Els Ports y El Maestrat (Castellón). La Mesa eólica de las Merindades de Burgos o los Cántabros por la Ordenación Racional de la Energía Eólica son iniciativas que ya llevan años presentando denuncias y alegaciones. Alentadas por las primas, sobre todo a partir de 2006 cuando se elaboran una avalancha de proyectos cuya realización causa estragos. La agresión al paisaje y al medio ambiente es tal que empieza a repugnar hasta algunos de sus propios responsables. Entre 2006 y 2012 se produce una toma de conciencia sobre el verdadero papel de las eólicas algo más general. En consecuencia, surgen plataformas nuevas que plantean conflictos territoriales: en Vigo, por la defensa del monte Galiñeiro; en L'Ametlla de Mar (Tarragona) y la bahía de Santander contra la construcción de eólicas marinas; o en Plasencia (Cáceres), en defensa de la Sierra de Santa Bárbara. La protesta antiparques ha obtenido la retirada de algunos proyectos, pero no ha conseguido parar los numerosos planes administrativos que aspiran a poblar la península de turbinas. A la defensa del territorio le falta la implicación de las masas urbanas que viviendo en un entorno degradado permanecen indolentes ante la aniquilación de la fauna y la destrucción del espacio rural y paisajístico. Falta una conciencia urbana del territorio que es crucial en la movilización contra el capitalismo. Sin ella la desproporción de fuerzas entre la oposición y el poder económico y político seguirá contando a favor de la destrucción planificada. Pero también es necesario que las plataformas superen el horizonte ciudadanista que les impide formular una estrategia de lucha eficaz porque supedita la movilización al alegato jurídico y al diálogo con la administración. Si las plataformas quieren un mundo sin eólicas tendrán que rechazar el modelo de sociedad que las necesita y plantearse una defensa del territorio que no acepte la autoridad de quienes lo destruyen metódicamente en nombre de intereses bastardos.

Miquel Amorós.
Charla en el *Cicle «antidesarrollista» en defensa del territori*,
Barcelona, CSOA La Teixidora (Poble Nou), 20 de mayo de 2012.

Publicado en Argelaga 1.

https://argelaga.wordpress.com/2014/04/20/capital-viento-por-que-las-centrales-eolicas/

Mayo 2012

El decrecimiento revisitado

"Las flores en tu sien parecen feas."
Ramón de Campoamor

La constatación de la crisis presente como resultado de la etapa final del sistema capitalista, la globalización, ha originado una reacción contra las grandes corporaciones y las altas finanzas que se está materializando en dos clases de respuesta, una política y otra económica. La primera trata de sustraer al Estado de las influencias del mercado mundial, por una serie de medidas que le devuelvan su autonomía y le faciliten el control de los movimientos financieros. Al mismo tiempo, mediante una reforma del parlamentarismo, trata de fortalecer el sistema de partidos. Esto se resume en el "ciudadanismo". La segunda, intenta fundar un sistema alternativo cohabitando con el capitalismo, basado en la expansión de lo que los americanos llaman "tercer sector" y los europeos, "economía social." La vuelta pues al Estado-nación revitalizado y la promoción de una economía informal y solidaria sumergida en la sociedad mercantilizada.

La crítica del actual momento capitalista ha dado lugar a diferentes teorías, una de las cuales es la del "decrecimiento." En conjunto ya forman una subcultura, puesto que el avance de la crisis ha conformado un amplio gueto. Todas ellas recogen fragmentos críticos anteriores que flotan dispersos a falta de que un movimiento generalizado de protesta social los unifique, y que alimentan de forma diversa y contradictoria el "imaginario" de los contestatarios. En general, parten de los límites del proceso de acumulación ampliada (el "crecimiento") y de su repercusión en el entorno, ya señalados en los años sesenta del siglo pasado por economistas críticos y por los primeros ecologistas. Después, van incorporando elementos basados en el funcionamiento económico de las sociedades indígenas redescubiertas por la antropología en la década anterior, o en la autoorganización de las barriadas periféricas de las metrópolis africanas, o en la crítica de las nuevas tecnologías, o en algunos postulados libertarios, etc. De todas las teorías, la del decrecimiento sería la que más asume las conclusiones que se imponen, es decir, la que no retrocede ante el cuestionamiento del "desarrollo" y del "progreso" persiguiendo "otro" desarrollo y "otro" progreso, bien se llame social, local o sostenible. Al contrario de lo que su denominación parece indicar, una sociedad del decrecimiento no significa para la mayoría de los autores una sociedad en recesión o con crecimiento negativo, sino una que no necesita crecer o desarrollarse para funcionar, una sociedad en la que el crecimiento o desarrollo no sea

condición necesaria de existencia, una sociedad de “objetores del crecimiento”. En resumidas cuentas, una sociedad no capitalista.

Hasta ahí no tendríamos nada que objetar. El problema aparece cuando la teoría trata de descender del susodicho imaginario a la práctica cotidiana. Como sus seguidores provienen de muy diversos sectores los métodos aplicados naturalmente divergen, pero todos oscilan entre la acción política ciudadanista y la construcción de un modelo económico “justo” y por supuesto “sostenible”, hecho “a la medida de las personas y los ecosistemas.” Revolución y lucha de clases están excluidos del vocabulario decrecentista “reconceptualizado.” Nada de huelgas, ocupaciones, sabotajes, autodefensa, boicots y demás formas clásicas de resistencia. Todos los decrecentistas desean una “transición” tranquila y “serena” hacia la sociedad “convivencial”, “de la ley a la ley” como dirían los autores de la reforma democrática del franquismo, o mejor, de una fórmula a otra, a través de progresivas disposiciones administrativas. El cambio hacia el “posdesarrollo” sería pues evolutivo, no traumático, en absoluto rupturista. Por una acción combinada entre las instituciones democratizadas y la “ciudadanía” organizada en redes de producción y consumo, se establecerían normas de frugalidad y simplicidad para que todo el mundo viviera mejor con menos, practicando voluntariamente las inspiradas “ocho erres”: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, relocalizar, redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar. Gracias a la democracia participativa, a la renta básica, al microcrédito, al cooperativismo y a la agroecología, la salida del capitalismo quedaría garantizada sin necesidad de conflictos ni revueltas, sin recurrir ni a la expropiación de los medios de producción y distribución, ni a la socialización del transporte, la cultura y la sanidad, ni desde luego con la abolición del dinero, el trabajo asalariado y el mercado. Al fin y al cabo, según palabras de su principal teórico, Serge Latouche, el decrecimiento es “un movimiento político de izquierdas” apoyado en un “programa reformista de transición”, y como tal se inscribe dentro de los parámetros de la acción política convencional, que en el caso no va más allá de “imprimir un cambio de dirección a los Estados.” Mediante manifestaciones periódicas, múltiples caceroladas y el ejercicio del voto, los gobiernos incorporarán en sus agendas temas relativos a los derechos humanos, al medio ambiente y a la distribución de riqueza; entonces, el crecimiento se detendrá, la desglobalización se hará realidad y con ella, la “deconstrucción del poder transnacional.”

En cuanto a la alternativa económica, antes de preguntarnos si las alternativas al capitalismo *dentro del capitalismo* son posibles, y por lo tanto, si es factible un modelo de transición envuelto por la sociedad industrial de masas, convendría hacer unas cuantas precisiones respecto a la economía social. Aunque se le busquen nobles precedentes en el siglo XIX, lo cierto es que se trata de un fenómeno reciente. La quiebra del modelo fordista entre los setenta y ochenta, debido al paro estructural que provocaron las innovaciones tecnológicas y las reconversiones en los procesos productivos y en los servicios, dejó todo un espacio a las cooperativas, sociedades laborales y fundaciones que el mercado no podía llenar, por no ser rentable, ni tampoco el Estado, por resultarle caro. Ese tercer sector, ni privado ni público,

objeto de legislación en tanto que “régimen especial de propiedad y reparto de las ganancias”, no pretendía ser una alternativa de nada, sino un complemento de lo existente. Su necesidad era innegable; gestionaba de forma colectiva la exclusión, el “ejército de reserva” de la fuerza de trabajo inútil, y generaba nuevos empleos. La idea de la renta básica o “salario social”, lejos de provenir de la subversión, pertenece a los economistas neoliberales, quienes veían en ella la recuperación para el consumo de la masa expulsada del mercado y proponían financiarla con la liquidación de la asistencia pública. Conforme el peso de la economía social crecía, hubo asesores de gobernantes que la imaginaron un arma contra el “paro tecnológico”, pues podía convertirse en un formidable mecanismo de contención de la exclusión, con tal de que el Estado fuera trasfiriendo mediante tasas parte de los beneficios de las empresas privadas. Más que una salida del capitalismo, era una vía de reingreso. Sin embargo, en los noventa, conforme avanzaba la globalización, la relación de la economía social con las contracciones del mercado laboral se fue tensando, asumiendo algunos de sus impulsores medidas antimercado y un compromiso en la defensa del territorio. Solamente entonces ha podido considerarse como práctica de disidencia y experiencia de autogestión.

La mayoría de grupos cooperativos, sean o no partidarios del decrecimiento, no desdeñan la comercialización, reproduciendo métodos mercantiles que los criterios éticos y medioambientales no terminan de justificar. Unos se financian con donaciones y subvenciones y se sirven del dinero para comprar propiedades, contratar a operarios y pagar salarios. Pero, en cambio, otros practican el trueque y el reciclaje, se turnan en las tareas, recurren a monedas sociales y diversifican su actividad a fin de lograr una cierta autosuficiencia, lo que no les libra de las contradicciones que causan el desigual grado de implicación de sus miembros o las dificultades de tipo económico y organizativo, bien se relacionen con el acceso a la tierra, bien con la administración, o bien con el establecimiento de redes de distribución ¿es correcto hablar pues de transición hacia la sociedad autogestionaria como hacen por ejemplo los cooperativistas “integrales” catalanes?

De nuevo habrá que reconsiderar la cuestión, recordando que se trata de prácticas muy minoritarias, a menudo precarias e inestables, circunscritas casi siempre al medio rural, cuyo alcance es mínimo, y que nunca rebasan los niveles de mera supervivencia alimentaria. Son fórmulas de cohabitación; funcionan porque existen al lado de un omnipresente sistema, con su oferta de empleo y de crédito, su ocio y su cultura, su aparato sanitario y su basura reciclable, con el que más o menos interactúan. No pueden ser soluciones inmediatas para la mayoría de la población, atrapada en el espacio urbano. A las autoridades administrativas no les resultan molestas si se limitan a “refundar la democracia” o a repartir la “cesta” y no incitan al sabotaje antidesarrollista; a las autoridades económicas, mucho menos, pues no compiten con ellas y son además fuentes de inspiración: las empresas también hacen intercambios directos sin dinero y todos los hipermercados tienen su sección de productos agroecológicos adecuadamente labelizados. Tienen un alto valor de ejemplo de segregación voluntaria del capitalismo, porque cuestionan sus valores y reglas; son laboratorios

pedagógicos, escuelas de autogestión. Pero no son alternativas anticapitalistas ni en sus formas más radicales; son a lo sumo islotes inofensivos y por eso mismo, enclaves tolerados. Es preciso dejar claro que no se puede abandonar el capitalismo sin abolirlo en todas partes, lo que afecta tanto a las formaciones económicas, los mercados, como a las políticas, los Estados. No se puede ruralizar la sociedad sin desurbanizarla previamente, ni desmercantilizarla sin eliminar las relaciones de mercado en todo el espacio social, pero eso no puede empezar a realizarse más que partiendo de una serie de actos de soberanía popular, y una sociedad civil soberana no logrará constituirse sin abolir previamente el Estado. Cabría preguntarse ¿Cómo se forma ese pueblo soberano, reforzando las instituciones o liquidándolas? Para fundar una colectividad basta con unos pocos, pero para construir una sociedad equilibrada con el entorno hacen falta grandes contingentes, incapaces de formarse de otro modo que en las luchas por sobrevivir en las condiciones extremas impuestas por un régimen en quiebra. A lo largo de sa lucha las instituciones caen hechas pedazos. La economía social como mucho puede desempeñar un papel logístico, de retaguardia, pero la sociedad libre y autogestionada será el resultado de un combate social violento, no de un experimento convivencial más o menos repetido.

La lucha intensa entre dos bandos enfrentados cambiará la mentalidad de la parte oprimida y no al contrario: la descolonización del “imaginario”, o por decirlo claramente, la conciencia de clase, no será fruto de una preparación serena en círculos pacíficos de iniciados sino de incontables turbulencias. El retorno de la lucha de clases, eminentemente nueva, puesto que los contendientes, los escenarios y las armas no son los mismos que en la época de los pactos sociales, dará con la alternativa. Los objetivos a corto plazo habrían de apuntar al despiece del sistema productivo y consumista, sin olvidarse de su cobertura política, jurídica y represiva, pero de nuevo hay que aclarar que ha de ser una magna obra colectiva a realizar por un enjambre mayoritario de marginados sociales, o, dicho de otro modo, de objetores del capital y la partitocracia.

Miguel Amorós.

Jornadas anticapitalistas de Castellón, 31 de mayo de 2012.

Este escrito ha aparecido en el libro
Filosofía en el tocador,
editado por Argelaga, 2016.

Agosto 2012

El partido del Estado: suma y sigue

"¿Quién te nombró nuestro príncipe y nuestro juez? Si ha sido Dios, haz que se muestre; si fue el pueblo ¿dónde se reunió para hacerlo?"
Edward Sexby, *Killing no murder*.

"Todos los que han escrito sobre la ciencia política coinciden, y coinciden con la experiencia, en que los gobiernos frecuentemente deben infringir las normas de la justicia para mantenerse; que la verdad debe ceder el paso al disimulo; la honestidad, a la conveniencia; y la humanidad misma, al interés reinante. A este misterio de iniquidad se lo conoce como Razón de Estado."
Edmund Burke, *Vindicación de la sociedad natural*.

Cuando la sociedad funciona a través de una fuerza organizada y separada que recauda impuestos, decreta normas y las hace cumplir, estamos ante un hecho político singular, el Estado. No es una realidad intemporal, tiene fecha de nacimiento y también de caducidad. Como acertadamente dice Bakunin, el Estado es una forma histórica de sociedad, y como tal, perecedera. Y añade: "Es la autoridad, es la fuerza, es la ostentación y la infatuación de la fuerza". En efecto, el poder –la autoridad que confiere el monopolio de la fuerza– es el elemento clave del Estado y su conservación la razón última de su ser. A diferencia del antiguo, el Estado moderno – después de que Bodino y Maquiavelo revelaran su verdad íntima – no necesita razones divinas para explicarse, se justifica por sí mismo, el Estado es su propia finalidad. A eso llamaron la razón de Estado. Sin embargo dicho Estado ordena una sociedad dividida, donde a lo largo de la reciente etapa histórica, una actividad específica, la economía, se ha vuelto independiente y ha acabado por dominar al resto de actividades sociales, particularmente la política, es decir, el ejercicio del poder. La clase dominante, la burguesía, ha sido la clase que controlaba la economía. Lo económico es cada vez más infraestructura al tiempo que superestructura, pues lo político ha perdido toda su autonomía: la razón de Estado se ha convertido en razón de mercado y viceversa. Para que sirva de ejemplo: en la Constitución Europea aprobada en 2005 la palabra "mercado" se repite 78 veces. Asimismo abundan las palabras "competencia", "circulación", "banco", "capitales", "empresa", "comercio", "crecimiento", "economía", "progreso", "inversiones", "desarrollo", "mercancía", "moneda", etc. En esta etapa, la defensa de los intereses que se escudan en dicha razón de mercado choca con las leyes garantistas imperantes, tan desfasadas que ya no se corresponden con las nuevas necesidades, y se ve obligada a quebrantarlas, para después abolirlas. Al final, o sea, cuando los gobiernos establecen el desarrollo económico como directriz absoluta de la política estatal, el Estado, que ha perdido su carácter nacionalista, da un paso adelante en su dependencia económica y de instrumento exclusivo de dominación de una burguesía nacional pasa a obedecer los designios de la elite corporativa internacional. Las relaciones interestatales dejan de ser

políticas en sentido estricto, pues todos los Estados siguen las mismas pautas. A semejanza del planteamiento de Hobbes, una nueva teoría capitalista del Estado se fundaría en un contrato de sumisión ideal por el cual los individuos que votan (o ciudadanos) renuncian a sus derechos políticos en la medida que traban la libre desenvoltura de las finanzas globales. Algunos detalles parecen corroborarlo, como determinadas medidas de orden público y de reforma financiera y, sobre todo, las cláusulas relativas al déficit presupuestario y al pago de la deuda estatal incluidas no hace mucho en las constituciones europeas. Desde entonces los individuos, que ya no existían "de facto" como seres independientes frente a los mercados nacionales, dejan de hacerlo legalmente, porque han traspasado "de jure" – o lo han hecho otros en su nombre – su libertad al mercado mundial.

Desde que el desarrollismo es ley suprema, Estado y capital dejaron de ser realidades distintas. Interés público e interés privado corporativo coincidieron en apariencia. El código mercantil devino la fuente principal de derecho civil. Una reorganización de las fuerzas económicas de enorme magnitud puso fin a la democracia típicamente liberal, al Estado-nación y al capitalismo nacional. Se dieron entonces las condiciones de una separación radical entre producción y finanzas, que se concretó en una deslocalización productiva, una circulación plenamente libre de capitales y una expansión unilateral del crédito (y del riesgo financiero) a escala mundial. La mundialización tuvo profundas consecuencias: la supresión de barreras a la especulación, la desregulación del mercado laboral, la pérdida de influencia de los sindicatos, la atomización y dispersión del proletariado, la liquidación definitiva de la agricultura no industrial, la decadencia de las clases medias... En una primera fase que podríamos calificar de neoliberal, el período eufórico de las burbujas inmobiliarias, tecnológicas y, en general, financieras, el papel del Estado tendía a reducirse al mínimo. El Estado había perdido su función mediadora entre la sociedad y los mercados, por lo que sus servicios habían dejado de ser necesarios. El Estado se justificaba exclusivamente por la economía, esfera adonde se había desplazado el poder: tenía que estar a su servicio. La sociedad globalizada requería pues un desmantelamiento del Estado en todos los sectores ajenos a la defensa de la violencia económica, pero el Estado mínimo no es un Estado fantasma, sino un Estado policía. Es bien sabido que la libertad económica se lleva mal con los derechos sociales, pero ahora ni siquiera tolera el espectáculo de las libertades. Las medidas disuasorias dominaron pues sobre las preventivas. La desregulación de los mercados, la contaminación o el agujero en la capa de ozono no implicaban un desarrollo de los medios de control social tradicionales puesto que la prevención y el garantismo resultaban caros, sino solamente el incremento de los mecanismos de choque, especialmente las fuerzas de intervención rápida, los programas de evacuación, los centros de detención de indocumentados y el armamento antialgaradas.

El Estado policía ya no podía permitirse un adiestramiento positivo de la población bajo condiciones de supervivencia cada vez más extremas y tenía que habituarse a la contención y la concentración. El Estado policía no es un Estado de derecho al margen de la economía, sino un Estado de excepción disimulado donde la ley deroga todas las garantías jurídicas que

obstaculizan el dominio absoluto de la economía. Imperio de la ley sí, pero de la ley de los mercados. La libertad de las personas es sólo un subproducto degradado de la libre circulación de los capitales.

El Estado-nación, sin embargo, no se ha disuelto completamente. En Francia la industria nuclear, terreno en el que un cierto interés nacional de clase podía mantenerse, impedía esa disolución y, en el resto de Estados, el interés privado de la burocracia desempeñaba la misma función. Los tejemanejes de la economía real y los fondos europeos proporcionaron suficiente efectivo para conservar e incluso agrandar el aparato político-burocrático, dando lugar a una patrimonialización partidista de la cosa pública favorecida por una ley de transparencia ausente. Así pues, la "clase" política estableció alianzas con los principales grupos de poder económico: los bancos, las grandes constructoras, las eléctricas, las grandes compañías del gas y el petróleo, las multinacionales del transporte y la distribución... El resultado fue que los Estados no defendían los intereses económicos generales sino los intereses particulares de dichos grupos. Puede que los organismos directores de la economía global tales como el Tesoro americano, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial de Comercio (OMC), la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE), etc., dictarán orientaciones, pero no suplantaban a la oligarquía nacional político-burguesa: el Estado se debía antes a las corporaciones que trataban con él a través de su propia clase política y esa prioridad determinó una globalización más caótica de lo que cabía esperar. Es más, cuando la crisis ecológica se vio reforzada por el fenómeno del calentamiento global y el aumento exponencial de la demanda energética, desviando los mercados capitalistas hacia el negocio verde, la función de conciliar la ecología con la globalización fue otorgada por sucesivas "Cumbres de la Tierra" al Estado. A partir de los años noventa, el ambientalismo se convirtió en una religión política estatal con dogmas, íconos y soluciones sencillas "de mercado" para todos los problemas. El Estado tuvo que encargarse de poner en marcha los dispositivos locales de los nuevos mercados mundiales de la descontaminación, la descarbonización y de la energía, responsabilizándose de los residuos y subvencionando los sectores insuficientemente rentables como el de los agrocombustibles o el de las renovables industriales. La etapa del "desarrollo sostenible", la que correspondía a la valorización del territorio, devolvió protagonismo al Estado en tanto que promotor y legislador de la "sostenibilidad", nueva condición de la acumulación de capitales, pero sobre todo, como Estado inversor, costeando las infraestructuras, a menudo innecesarias, fruto de la megalomanía dirigente combinada con el interés privado y la corrupción política. El desarrollismo ha sido una constante huida hacia delante y toda huida capitalista hacia delante ha de ser tutelada y financiada por el Estado. Cuando el coste de la huida es inasumible entonces se habla de crisis.

Las crisis ponen cada cosa en su sitio. La verdadera naturaleza del sistema queda al descubierto y el lado ficticio del dinero y del crédito se hace patente cuando el descontrol financiero y estatal sobrepasa los límites. La relación entre Estado y capital tiende a invertirse: a fin de cuentas el Estado puede existir sin capitalismo pero el capitalismo jamás

subsistirá sin el Estado. Cuando el Estado es amenazado por la economía se descubre que en realidad la economía depende del Estado. El Estado, o sea, la fuerza monopolizada, es en último extremo su único baluarte. El valor, el factor abstracto convencional que fundamenta el capitalismo, no tiene otro asidero más seguro. La globalización ha acarreado un particular capitalismo de Estado. Efectivamente, el capital no es una acumulación de objetos, imágenes, conocimientos y medios, sino una relación social mediatizada por todos ellos, pero cuando por ejemplo, un enorme agujero crediticio, o una gigantesca acumulación de activos ficticios, o también el agotamiento previsible del petróleo, quiebran esa relación con más eficacia que una insurrección popular, solamente la fuerza estatal puede recomponerla y asegurarla. Las crisis, al señalar el Estado como tabla de salvación, le transfieren el poder que los mercados le habían arrebatado. El Estado se convierte en el gran interlocutor, no porque haya recuperado sus antiguas funciones políticas, sino porque se ha puesto realmente al servicio del interés general económico: se ha vuelto economista. La autoridad estatal sustituye en el tajo a la pretendida autorregulación de las finanzas incontroladas. El nivel de endeudamiento condiciona por supuesto su libertad de movimientos puesto que sus acreedores ante todo han de asegurarse el reembolso de los préstamos y el pago de intereses; pero la gravedad de las crisis, es decir, la amenaza del colapso económico, amplía los márgenes de actuación. El salvador ha de ser salvado previamente si las circunstancias lo requieren. Véase Grecia, Irlanda, Portugal y... España.

El Estado parece ser la respuesta a todas las cuestiones sociales y el amigo de todas las clases. Los bancos y los gobiernos autonómicos [1] recurren al Estado para ser intervenidos; los empresarios apelan al Estado en demanda de liquidez; los funcionarios le exigen moderar los ajustes; los sindicatos mendigan empleos; los comerciantes rebajas de impuestos; e igualmente se dirigen al Estado los pensionistas, los inmigrantes, los mineros, los compradores de productos financieros tóxicos, los fabricantes de placas solares... cada cual con sus problemas particulares. Ya no se ocupan los lugares de trabajo, ni ocurren manifestaciones en los barrios; se viaja a la capital para llamar la atención del gobierno, o en su detrimento, del parlamento o del ministerio correspondiente. Advirtiendo de su perversa y abstracta naturaleza, alguien dijo que el Estado era el mal, pero resulta que es un mal con el poder de intervenir en una sociedad paralizada. Las crisis económicas y ecológicas actuales desembocan en crisis laborales, fiscales, crediticias y asistenciales, pues la transferencia de capitales que debe colmar la deuda energética, bancaria y administrativa arranca de los bolsillos de la población asalariada. El Estado ha de asegurar que el proceso discurra con orden y que la destrucción definitiva de la sociedad civil no genere focos de resistencia que causen a los dirigentes problemas de consideración. El Estado lo es todo, señor Vaneigem [2], porque sus súbditos no son nada. En esa atmósfera de temor y sumisión, la lucha de clases, lejos de reaparecer como lucha contra el Estado, se disuelve en peticiones

[1] Se refiere a los gobiernos locales del Estado Español, las llamadas “regiones autónomas” como Cataluña, País Vasco, etcétera. Es el equivalente a los estados en México [Nota del editor].

[2] Raoul Vaneigem: escritor y filósofo nacido en Lessines, Bélgica en 1934. Militante de la Internacional Situacionista, agrupación política que dejó su impronta en el mayo francés de 1968. [Nota del editor].

ciudadanistas de reforma política que sitúan al Estado en el máximo nivel, por encima de todas las clases. Si, al final, todo es cuestión de poder, la correlación de fuerzas no puede ser más desfavorable para los inconscientes desposeídos. Los usurpadores de la representación popular, los autoproclamados portavoces de la ciudadanía, "los macarras de la tiranía" en palabras del nivelador Sexby, los han persuadido de prostituir su libertad para mejor entregarlos al enemigo.

Nosotros venimos llamando partido del Estado a la tendencia que propugna una conciliación entre capitalismo y parlamentarismo a través de una fórmula que, todo y alentando el crecimiento económico y la oferta de empleos, permita un juego político menos condicionado por la economía. Para los partidarios de otro tipo de capitalismo, de un capitalismo políticamente correcto, con rostro humano, el Estado es el bien supremo. Es la llave maestra de todas las puertas que conducen a la reinvención de la democracia populista, y el motor de una nueva sociedad, capitalista por supuesto, pero mucho más receptiva a las pequeñas empresas políticas, gracias a sus numerosos canales de participación. Hablamos de un partido que se opone a la reducción del número de concejales y diputados; bien al contrario, pide la expansión de la burocracia, pues representa a las clases medias en descenso cuyo componente más afectado es el funcionariado. Del movimiento contra-cumbres a los indignados del 15-M, pasando por la creación o renovación de partidos terceros a base de antiguos fragmentos estalinistas, socialdemócratas o nacionalistas, se levanta una falsa oposición que en nombre de las masas ciudadanas en precario apela al Estado lo mismo para un roto que para un descosido. Así igual pide que aplique la tasa Tobin, que decrete la renta básica, reforme la ley electoral, elabore un programa decrecentista, consiga créditos para las pequeñas empresas, desoiga las recomendaciones de las autoridades monetarias o nacionalice la banca. En resumen, que el Estado detenga, regule o simplemente negocie los plazos de la transferencia de capitales desde las cuentas de las clases endeudadas hacia las finanzas especulativas. Que gestione la crisis en beneficio de las clases perdedoras en el mercado mundializado, justamente lo que el Estado no puede hacer porque su misión es exactamente la contraria: administrar la crisis por cuenta de las clases ganadoras. El Estado no es un islote de seguridad democrática en un mar de finanzas embravecidas, sino una institución de la economía globalizada. El verdadero Partido del Estado sería el de los partidarios del mercado mundial y del crédito a muerte; la elite política financiera e industrial que está al mando. En pocas palabras, los grandes partidos oficiales. Y lo que hemos llamado hasta ahora Partido del Estado, sería mejor el Partido del Estado nodriza, una especie de Partido Nacional del Orden que reclamaría para el Estado funciones dirigentes propias de la etapa preglobalizante. Partido pues de la burocratización intensiva, del presupuesto hinchado y de la deuda estatal, partido del mercado nacional, del empleo subvencionado, de los impuestos, sin otra finalidad que la reconstrucción de la influencia perdida de una casta populista que ha servido bien a la dominación hasta la irrupción brutal de las fuerzas económicas transnacionales.

En la sociedad industrial desarrollista, la concentración de poblaciones masificadas en espacios asfaltados y urbanizados, sometidas a una clase dominante extremadamente jerarquizada y móvil, requiere un aparato de poder complejo y desarrollado, una sofisticada "megamáquina". La conservación de las condiciones capitalistas esenciales obliga no sólo al sacrificio de la política autónoma, sino a la reducción de la burocracia partidista, de forma que la alternativa entre un Estado demócrata repleto de diputados y otro autoritario relleno de cargos arbitrarios es falsa; en una sociedad esclavizada por "los mercados" la opción discurre entre un Estado capaz de saldar sus deudas y otro insolvente. El primero puede permitirse mayor imaginería democrática a la hora de aplicar las medidas terroristas que impone la buena marcha de la economía. El segundo ha de mostrar sus fauces a la población y agredirla sin contemplaciones, ya que ha de plegarse a las exigencias de instancias exteriores cuyas órdenes se manifiestan a través de un Estado mejor administrado que les sirve de referencia, como es el caso de Alemania. En el otro extremo, una sociedad libre de condicionantes económicos es más que nunca una sociedad emancipada de condicionantes políticos, libre pues tanto del mercado como del Estado. Una sociedad sin cargos electos, sin ejecutivos, consejeros ni asesores. Es una sociedad sin dirigentes ni expertos que ha de funcionar fuera de la economía autónoma y de la política profesional o amateur. Eso significa que ha de recrear en su seno condiciones no capitalistas suficientes e instituciones democráticas horizontales que hagan posible una existencia sin Estado. En palabras de P. J. Proudhon:

"Encontrar una forma de transacción que, unificando la divergencia de intereses, identificando el bien particular con el general, borrando la desigualdad natural mediante la formación, resuelva todas las contradicciones políticas y económicas; aquella donde cada individuo sea a la vez productor y consumidor, ciudadano y príncipe, administrador y administrado; donde la libertad aumente siempre sin que nunca sea necesario alienar nada; donde el bienestar crezca infinitamente, sin que nadie sufra, bien de parte de la sociedad o bien de sus conciudadanos, ningún perjuicio, ni en su propiedad, ni en su trabajo, ni en su peculio, ni en sus relaciones de interés, opinión o afecto con sus semejantes... Yo no pido ni el bien, ni el manejo de los asuntos de nadie, y no estoy dispuesto a sufrir que el fruto de mi laboriosidad sea presa de alguien. También deseo el orden, tanto o más que quienes lo perturban con su pretendido gobierno; pero lo quiero como efecto de mi voluntad, como una condición de mi trabajo y una ley de mi razón. No lo soportaré jamás si proviene de una voluntad exterior, que me impone como condiciones previas la servidumbre y la esclavitud." (*Idea general de la revolución en el siglo XIX*)

En 1850 Proudhon, cuyos conceptos de propiedad y de trabajo derivaban de la economía "moral" típica del proletariado primitivo, creía que podría saltarse la lucha de clases con esa fórmula transaccional que él llamó "contrato", especie de pacto social federativo desde la base social organizada, "en lugar de la alienación de las libertades, del sacrificio de los derechos, de la subordinación de las voluntades". Es en cierto modo lo que hoy ensalza cierto ciudadanismo económico y municipalista, pacifista, encandilado con las cooperativas

autogestionadas, las redes de consumidores y las monedas que llaman solidarias. Sin embargo, la historia y, por consiguiente, la memoria de la experiencia, nos han enseñado que el conflicto es insoslayable, que la dominación utilizará todas sus fuerzas y recursos a su disposición para mantener la población en un estado de sumisión permanente, que la liquidación de los múltiples intereses de clase o de casta y que la supresión una tras otra de todas las piezas de la maquinaria gubernamental será obra de un sujeto revolucionario todavía por formar, y que el pacto o contrato social que lo constituya no se acordará en luchas laborales o reformas políticas, sino en revueltas territoriales y crisis urbanas. Cuando triunfe, los acuerdos entre iguales sustituirán a las leyes y la libre federación de comunidades hará lo mismo con el gobierno y el Estado. Es un camino largo y difícil, pues ha de pasar por encima de muchos cadáveres vivientes que, a pesar de haber sido sentenciados por la evidencia histórica, se obstinan en seguir coleando, abrazados al mundo tal cual es, el único lugar donde su sinrazón cobra sentido.

Miguel Amorós, para la reunión de Les Amis de la Roue, Francia, 27 agosto 2012.
Charla en el Ateneo huertano Los Pájaros, La Arboleja (Murcia), 28 septiembre 2012
y en la Escuela Libre El jardí dels somnis, Torrellano (Elx), 29 septiembre 2012.

Publicado en folleto por la Distri Desorden, de Valencia

Este escrito ha aparecido en el libro
Contra la nocividad,
anarquismo, antidesarrollismo, revolución,
editado por Grietas Editores, 2017.

Septiembre 2012

Por una crítica del Estado

"... el aspecto principal de la majestad soberana y el poder absoluto consiste en dar leyes a los súbditos en general, sin su consentimiento."
Jean Bodin, *Los seis libros de la República*.

Cuando hace un tiempo detectamos un cambio fundamental en la naturaleza del Estado al dejar éste de encarnar el poder de la oligarquía nacional y pasar a simbolizar el de las finanzas internacionales, y así pues, a no representar otro interés distinto a la economía globalizada, dimos por sentado un adelgazamiento estatal que tendría como consecuencia, primero, la separación entre banqueros y políticos, dado el carácter subalterno de estos últimos, y segundo, una fase de desburocratización relativa teniendo en cuenta la menor necesidad de profesionales de la representación ("El partido del Estado", 1998). Nos equivocamos y veremos en qué. Por otra parte, las protestas ante semejante crisis del Estado que se elevaron en Seattle y en las siguientes cumbres mundiales de dirigentes,

mostraron que de las masas asalariadas amorfas estaba surgiendo una nueva clase media capaz de iniciativa social, una especie de clase ciudadana, que oponiéndose a las consecuencias de la crisis en lugar de a sus presupuestos, se atrevía a concebir un reformismo propio al que la desaparición del pensamiento emancipador proletario daba apariencias de moderno, presentando sus mezquinas desventuras particulares como un drama universal. Nosotros denunciábamos a esos partidarios acérrimos del Estado por buscar en la política sus armas intelectuales y tratar de reforzar el sistema de partidos, el pilar mayor de la esclavitud social. Para nosotros la cuestión social se formulaba como fin del dominio de la economía global sobre la sociedad y no como reconciliación entre ambas por mediación del Estado. No cabía entonces elegir entre dos formas de opresión, una desregulada y otra perceptiva, una obediente a "los mercados" y otra arbitrada por "la gobernanza" y la "participación", sino en abolir todo tipo de opresión. En otros escritos posteriores convenimos en que la forma estatal no podía ser instrumento de una emancipación cuyo sujeto ya no eran masas organizadas en partidos, sindicatos o consejos, como la antigua clase obrera, sino en comunidades territoriales, tal como demostraron después las revueltas de las juntas vecinales de El Alto, en Bolivia, o de los aarch en la Kabilia argelina, o la Comuna de Oaxaca, en México. Incluso podía hablarse hasta cierto punto de comunidades en negativo cuando se aludía a las bandas espontáneas y destructoras que hacía poco incendiaban los extrarradios de diversas conurbaciones de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

No obstante señalaré un hecho cierto, las consecuencias previsibles del cambio radical de función del Estado; nuestro planteamiento pecaba de ser demasiado racional, ignorando que la realidad no lo era. Partíamos de un Estado-nación ideal cuando se trataba en realidad de una partitocracia, es decir, de una forma de Estado donde las oligarquías políticas organizadas asumían la soberanía efectiva, el poder de dar leyes a los gobernados sin su consentimiento, como decía Bodino. Y en un Estado partitocrático el peso de la burocracia podía frenar desde dentro los cambios que no le beneficiaban. En dicho Estado el poder reside en el sistema de partidos que monopoliza el gobierno, el parlamento y la justicia. Las relaciones que el sistema mantiene con la Banca no son de subordinación sino de interdependencia. Marx decía que el gobierno del Estado era "la administración que se desenvuelve con el nombre de burocracia". Pues bien, la burocracia, cuyo corazón son los partidos, constituye el Estado real, el verdadero. Por eso, la finalidad del Estado es en realidad la del burócrata, de forma que el interés general supuestamente representado por el Estado no es más que el interés privado de la clase burocrática. El derecho no triunfa pues sino como conciliación de los intereses particulares de la burocracia política y administrativa, o sea, de la clase política, con los intereses privados de las oligarquías económicas y financieras, o sea, de la clase económica. O dicho de otra manera, el interés general nace de la fusión de los intereses privados de las elites dominantes, políticas y económicas. El interés general no es otra cosa que el interés de la clase dominante, pero no es un interés unificado. Lo que ocurre es que los intereses privados locales – nacionales – siguen y se supeditan a los intereses privados de una economía mundializada profundamente especulativa, con lo cual

se encuentran desprotegidos ante el estallido de las burbujas financieras, el incremento exponencial de la deuda del Estado o el agotamiento de los recursos energéticos fósiles. En ese momento los grandes intereses corporativos traspasan sus pérdidas a las elites nacionales, quienes a su vez han de transferirlas a la población asalariada por la fuerza, es decir, recurriendo al Estado.

La transferencia de capital antes mencionada necesita de un Estado fuerte, pero lo que hay es más bien un Estado hipertrofiado. La explicación es sencilla. En los Estados europeos, sobre todo en los del sur y este, se ha desarrollado una clase política a menudo heredera de dictaduras pretéritas, cuyo interés particular no coincide siempre con el de la economía, y es opuesto frontalmente al de la población gobernada. La política, el sindicalismo, el asociacionismo civil, la gestión administrativa, etc., se han profesionalizado, convirtiéndose en el *modus vivendi* de una verdadera clase. Gracias al acaparamiento del poder político y de la patrimonialización del Estado, la clase política, ramificándose extraordinariamente, ha penetrado en los tribunales, los bancos, las grandes empresas, los medios de comunicación, las fundaciones y los organismos públicos, asegurándose elevados salarios para sus miembros y financiación suficiente de su estructura partidista y clientelar. Fenómenos como el nepotismo, la opacidad, el amiguismo, el caciquismo y la corrupción caracterizan la práctica de una clase política profesionalizada a la que nadie pone reparos en los periodos de bonanza, cuando la tesorería dispone de medios, pero en los momentos de crisis, con la tesorería esquilmada, dicha práctica indigna a todo el mundo. Entonces el gasto privado de la clase política entra en conflicto relativo con los intereses de las finanzas internacionales, o sea, de aquello que llaman “mercados” y que son sus acreedores, tal como indica la “prima de riesgo”, pero lejos de reducirlo en aras de un interés “nacional”, la clase política recurre a los recortes presupuestarios que no le conciernen y a los impuestos, acabando con las clases medias y empobreciendo a las masas asalariadas. La clase política no era como suponíamos simplemente un grupo de presión con intereses propios, ni tampoco una clase meramente auxiliar, sino una fracción de la clase dominante, y como tal, su interés particular tiende a prevalecer sobre cualquier otro: nunca se hará el harakiri. Su poder es el del Estado. Ninguna actividad de importancia queda al margen. En ese sentido, la clase propietaria del Estado sería el verdadero partido del Estado y la lucha contra el Estado sería fundamentalmente una lucha contra la clase política.

Es precisamente esa confrontación la que la clase ciudadana pretende evitar con una reforma del parlamentarismo que tendría la virtud de engordar todavía más la clase política con mecanismos de seguimiento y cooptación transversales. La clase ciudadana, a la que nosotros llamábamos Partido del Estado aunque se trataría más bien de un Partido del Estado Ciudadanista, pretende una reforma electoral que únicamente varíe la composición orgánica de la clase política sin modificar sus fundamentos, es decir, sin cuestionar la partitocracia. Pero al proclamarla no hace más que pronunciar el secreto de su propia esencia, la de una clase media servil y perdedora. Resulta completamente ridículo hacer abstracción de los intereses en juego, que son intereses de clase, y confiar en un “espíritu de

pacto y concordia" que presida la transición hacia un nuevo sistema político más transparente y modélico, con la clase política escenificando su reciclaje y repartiéndose el poder en función de las nuevas reglas de juego. Algo equivalente a la "refundación del capitalismo" en el terreno económico. El agotamiento del movimiento 15-M y Occupy ilustra el absoluto cretinismo de quienes albergan tales esperanzas, un cretinismo hoy por hoy desgraciadamente mayoritario en Europa. El Estado no representa ni puede representar en el actual momento histórico un interés general; no es ni siquiera capaz de constituir un espacio donde los intereses de las diversas facciones de la clase dominante puedan armonizarse en un interés "nacional". El Estado es sin embargo el último reducto de la irracionalidad económica y política, la verdadera zaguera del capital y de la explotación. La supervivencia del sistema dominante – la sociedad capitalista – y todas sus abstracciones – dinero, trabajo, valor, nación, partido, voluntad popular, ciudadanía – dependen de la fuerza y de la coacción institucionalizadas, o sea, dependen de él.

Miguel Amorós. Prólogo al folleto *El Partido del Estado. Suma y sigue*,
editado por la Distri Desorden, Valencia, septiembre 2012.

Este escrito ha aparecido en el libro
Contra la nocividad,
anarquismo, antidesarrollismo, revolución,
editado por Grietas Editores, 2017.

Octubre 2012

Hay capitalismo, por lo tanto hay crisis

"Corta es la vida, el camino largo, la ocasión fugaz,
falaces las experiencias, la crisis difícil."
Hipócrates. *Aforismos*.

I.

Para Hipócrates la palabra crisis designaba el momento culminante de una enfermedad, a partir del cual, desmenuzando los datos sintomáticos y teniendo en cuenta las experiencias, podía formarse un criterio con el que juzgarla. El final del razonamiento crítico, el juicio acertado, no es fácil, puesto que no todos los factores se hacen evidentes al mismo tiempo y a menudo una enfermedad esconde otra. Si trasladamos la reflexión a la actualidad nos encontraremos con una crisis aparentemente económica que suscita reacciones inmediatas, epidérmicas, guiadas por una óptica tacticista que se mantiene en el terreno del parlamentarismo y del capital. La crisis es algo inherente al régimen capitalista, puesto que su funcionamiento normal consiste en subvertir constantemente las relaciones sociales en

las que previamente se había apoyado. Cada fase liquida la anterior, por consiguiente, no puede afrontarse la crisis sin atacar de frente al capitalismo, pero las respuestas que habitualmente se dan se refieren a sus consecuencias y no a sus causas. No cuestionan los fundamentos del sistema sino solamente lamentan su mal funcionamiento. Las protestas aluden a la pérdida del «estado de bienestar», o sea, al descenso del nivel salarial de las masas consumidoras, y por añadidura, del empleo y del crédito; a la mala calidad de los servicios públicos, de la asistencia y del sistema de partidos, a la voracidad de los banqueros, y, para acabar, al dictado de las finanzas internacionales que se impone a la mayoría de la población gracias a la intermediación de los políticos. Parece entonces que puedan permitirse soluciones en el marco del sistema económico y político dominante, a través de medidas legislativas y ejecutivas que reduzcan el impacto crítico sobre las masas asalariadas y endeudadas, evitando de paso los fenómenos de exclusión. La solución ha de venir por consiguiente de la mano de un Estado interventor y no de su abolición. El capitalismo tendrá que desarrollarse más para crear empleos basura suficientes en vez de desaparecer. Pero, como en la medicina, aquí también una crisis superficial puede disimular otras más profundas y menos visibles.

II.

La crisis es política, es urbana, y también ecológica. Es el momento culminante de una enfermedad social y cultural cuyos indicios son innegables: pérdida de memoria, desclasamiento, individualismo, narcisismo, degradación del lenguaje, analfabetización funcional, miedo, domesticación…, y el tipo humano resultante explica por sí sólo la falta de reacción popular. Es la coyuntura donde la clase política acapara todas las instituciones públicas y se vuelve plenamente autónoma, defendiendo sus propios intereses en tanto que parte de la clase dominante. Es el instante en que el crecimiento urbano acumula millones de pobres en los suburbios al tiempo que aniquila el entorno rural y natural, cuando se toma conciencia del agotamiento de recursos naturales frente una demanda ilimitada de los mismos. Cuando se da la circunstancia del calentamiento global del planeta como respuesta a la contaminación atmosférica por gases de efecto invernadero. La inteligencia verdadera y total de la crisis produce un segundo nivel de cuestionamiento. La crítica apunta a la naturaleza del sistema y no se conforma con apaños ni reformas. Los individuos conscientes han de replantearse la forma de vida que desean llevar, la organización de su tiempo y de su espacio, el modelo de sociedad donde han vivir, y, finalmente, el equilibrio metabólico con la naturaleza, a fin de elaborar una estrategia de intervención colectiva de largo alcance. Han de cuestionar el conjunto del sistema y no solamente sus aspectos más degradantes.

III.

La cuestión del sujeto ocupa el lugar central del pensamiento crítico. La transformación radical de la sociedad necesita un agente social que la lleve a cabo, que necesariamente ha de nacer de la toma de conciencia de la población más afectada por la crisis. El problema radica en que dicho sujeto no puede constituirse dentro de un sistema totalitario, donde la

dominación penetra y se apodera de todos los ámbitos de la vida. El sujeto ha de formarse mediante la deserción o la exclusión. Los procesos de segregación son lentos pues dependen de decisiones personales en situaciones difíciles; son problemáticos, puesto que el sistema no favorece una existencia al margen; y son propensos a desviarse de sus objetivos, ya que tienden a sobrevalorar un solo aspecto de la secesión, la cooperación, en detrimento del otro, la lucha, por lo que su anticapitalismo suele derivar hacia la experimentación dentro del capitalismo. Por otro lado, la exclusión, no voluntaria, a menudo recluida en las periferias urbanas, encerrada en entornos abandonados por el propio sistema, responde a la violencia económica que la ha originado con una violencia de signo contrario, pero el vandalismo de los excluidos no pretende cambiar el mundo, sino formar parte de él. La deserción es también un fenómeno cultural, pero el desarraigo total impide que las bandas callejeras de saqueadores construyan una comunidad libre, ni siquiera en base a la depredación, como lo fueron en cambio, en otra época, las asociaciones corsarias: les sobra el rap y les falta una auténtica cultura de la exclusión. Por ahora, únicamente las comunidades que se han resistido a las relaciones sociales de mercado, las poblaciones indígenas ajenas al modo de vida que impone el capital, han sido capaces de forjar un sujeto social capaz de elaborar un proyecto de transformación radical, al extender sus estructuras comunitarias tanto a sus entornos rurales próximos como a las barriadas urbanas. El ejemplo más claro de lo que hablamos sería la Comuna de Oaxaca de 2006.

IV.

Lo que queda claro es que el protagonista colectivo de la salida de la crisis va a surgir de comunidades vecinales, no de organizaciones de vanguardia, sindicatos o consejos. Las comunidades no son necesariamente el resultado de una marcha al campo, puesto que la segregación anticapitalista puede producirse también en la conurbación. Es más, dada la actual correlación poblacional, la ruptura de hostilidades no tendrá más remedio que darse en las aglomeraciones urbanas en descomposición. Es allí donde las masas han de echarse al monte. Las avanzadillas rurales pueden abrir camino, pero la crisis se va a producir sólo cuando estalle la conurbación, lo que sucederá por ejemplo si la falta de combustible causa problemas de abastecimiento. La inevitable crisis energética, al paralizar el transporte, acarreará sucesivas crisis alimentarias de desastrosas consecuencias para la supervivencia en las metrópolis. En los países capitalistas desarrollados donde no existen zonas vírgenes en las que pueda sobrevivir una comunidad e irradiar su influjo hacia el espacio urbano, el conflicto territorial puede desempeñar el papel de catalizador de la comunidad, pero los mayores efectivos los aportará la masa confinada en la urbe. Al contrario, La lucha urbana puede cobrar un sentido si se compromete con la defensa del territorio. La desurbanización seguirá el mismo camino que la urbanización.

V.

Los procesos ruralizadores habrán de engendrar en principio comunidades mixtas en un doble sentido, agrarias y urbanas por un lado, de creación y de lucha por otro. La batalla más

importante que hay que ganar es la que se está librando ya contra las ideologías progresistas, defensoras del desarrollo a ultranza de las fuerzas productivas. Discurre principalmente en el terreno de la crítica de la ciencia y la tecnología, es decir, en el terreno de la crítica de la cultura industrial dominante, pues la desagregación de esa cultura del crecimiento, del consumo y del progreso, sin valor de uso, ha de nacer una contracultura de la fraternidad y del don, sin valor de cambio. Dicha contracultura no ha de existir como esfera separada del resto de la actividad comunitaria, sino como espacio interior de libre creación involucrado en la transformación anti-industrial de la sociedad. Por eso se asemejará más a la vieja cultura popular que a la cultura clásica de las élites, y será mucho más oral que escrita, puesto que como homenaje de las experiencias liberadoras del pasado estará hecha para ser contada, no para ser leída o «audiovisualizada». La oralización es el correlato cultural de la desindustrialización, tanto como el dialectización lo es del abandono de la tecnocultura uniformizadora del capitalismo tardío. Las germanías locales habladas en los espacios comunitarios desplazarán a las jergas especializadas de los espacios virtualizados del poder. La revolución futura – una revolución no es más que el final de una crisis – encontrará sus medios de expresión adecuados en el argot de los combatientes por la libertad.

VI.

La crisis actual, umbral de una recesión en todos los sentidos, nos introduce en un escenario de cambios profundos y rupturas traumáticas, donde es imposible la vuelta atrás. Las consecuencias serán trascendentales. La sociedad, en tanto que reino de lo irracional y arbitrario – en tanto que dominio del espectáculo – se ha vuelto demasiado inestable y demasiado irreal. Los conflictos necesarios devolverán el mundo a la realidad, pero a una realidad beligerante. El combate social, como la guerra, se desenvuelve en el campo del riesgo; respira una atmósfera de peligro. Su desenlace es imprevisible: puede sumergirnos de nuevo en la peor de las pesadillas o sacarnos del atolladero. La victoria nunca está asegurada pero la crisis trabaja para ella. Nos muestra los momentos vulnerables del enemigo, aquellos donde es factible pasar al ataque con garantías de éxito.

Miquel Amorós.

Texto para la charla-debate del 6 octubre de 2012,
en las *Jornadas Libertarias de Castellón*.

Publicado en "Nocividades, defensa del territorio y crisis",
Cuaderno nº 1 de *Argelaga*.

https://argelaga.wordpress.com/2014/06/09/hay-capitalismo-por-lo-tanto-hay-crisis/

Octubre 2012

El derecho al territorio

Notas

1. La sociedad capitalista tiende a constituirse como red metropolitana. La urbanización general es el proceso de adaptación del territorio a las exigencias de la turboeconomía. La expansión ilimitada de las ciudades conforma la llamada sociedad urbana. La disponibilidad de carburantes baratos que facilitaban tanto el desplazamiento en vehículo privado como la "revolución verde" y la deslocalización de la producción agraria, ha hecho posible dicha sociedad, o dicho de otra manera, ha provocado la desaparición de la agricultura tradicional y su mundo. Las metrópolis se han emancipado de los huertos de la periferia aniquilando la vida y la cultura campesinas. La alimentación antaño tradicional de sus habitantes y el cuidado del campo, son ahora asunto de la industria agroalimentaria y del mercado mundial del petróleo. A un enjambre de adosados, campos de golf y centrales eólicas acompaña una comida industrial uniformizada, excesiva, manipulada, adulterada e insana.

2. A partir de ahora los usos del suelo vienen determinados exclusivamente por las necesidades de las aglomeraciones urbanas. El espacio de las cercanías queda inmediatamente suburbanizado y sometido a contaminaciones diversas. Es fagocitado por la urbe. Así pues el entorno rural queda visto para sentencia: se ha vuelto capital inmobiliario. Ninguna actividad agraria puede subsistir cerca de las aglomeraciones, ni siquiera como ocio, cuando la tierra se ha transformado plenamente en capital.

3. La misma ciudad en tanto que proyecto de convivencia colectivo con relativa autonomía no puede existir al perder los límites. El tejido social no crece con el entramado urbano, determinado cada vez más por la circulación de vehículos. La sociabilidad se deshace con la acumulación de bloques de pisos-dormitorio y la proliferación de autovías. El aprovisionamiento a través del mercado global impone el modelo de alimentación basura. La vida, estabulada y motorizada, se privatiza y reduce a consumo. Las instituciones ciudadanas son instrumentalizadas por los especuladores inmobiliarios. La ciudad desbordada y desarticulada cae en manos de dirigentes sin control que la gobiernan como una empresa de su propiedad y "ordenan" el territorio de acuerdo con planes que gustan a las constructoras.

4. Reivindicar un uso racional y sostenible del suelo, ya esté abandonado o no, equivale a proclamar la resistencia a la urbanización y a la industrialización como sustrato de cualquier ocupación que se realice en nombre de la razón y de la sostenibilidad. Al final, el futuro de la sociedad dependerá de la manera como se utilice el territorio; si lo trabajan colectivamente en reciprocidad con la naturaleza, las formas de la convivencia en su seno evolucionarán hacia el equilibrio y la libertad. Si lo explotan, lo ensucian y lo destruyen, el territorio no será más que el reflejo de una sociedad amorfa y esclavizada. Apto para que las masas domesticadas y confinadas en las metrópolis-cárcel consuman los fines de semana en tristes

residencias secundarias la imagen de una naturaleza y una jardinería rural cuya realidad no se encuentra en ninguna parte.

5. La función social del territorio es fundamental para los humanos: el territorio ha de educar y formar para la acción comunitaria en simbiosis con la naturaleza. Ha de ser la base de la dignificación de la existencia, tan sometida a toda clase de condicionamientos típicamente urbanos: dinero, soledad, masificación, neurosis, despilfarro, ignorancia, manipulación… Por consiguiente, desde el punto de vista antidesarrollista, el uso del espacio ha de ser redefinido dentro de una nueva carta de libertades que contenga un nuevo derecho: el derecho al territorio. Derecho a escoger un modo de vida no urbano si se desea (derecho a instalarse en el campo). Derecho a disfrutar del medio, derecho a cultivar y plantar semillas autóctonas, a producir sus propios alimentos y comerlos, derecho a habitar (habitar en sentido genuino significa participar en la vida social, no solamente ocupar un sitio). Derecho al territorio que comporta el deber de preservarlo, restituirlo y defenderlo; deber pues de oponerse a su degradación. Derecho a echar raíces, o a conservarlas.

6. La defensa del territorio tropieza frontalmente con el derecho a la propiedad, las leyes de infraestructuras y los planes urbanísticos cuando delante tiene a los intereses privados de la construcción, del agronegocio o de la energía. Sin embargo, especialmente en periodos de crisis económica, en el momento de cerrarse el ciclo especulativo, el poder no tiene problemas en emplear un lenguaje verde, incluso ultraverde. Así pues, nos trae a colación no sólo la tan manoseada sostenibilidad, sino la biodiversidad y la agroecología. Desde las instituciones autonómicas y municipales, a menudo con la complicidad de ONGs, se organizan mercadillos de alimentos ecológicos y grupos de consumo, a la vez que ceden “huertos urbanos” a parados. Incluso se han llegado a crear “bancos de tierras” y promover arriendos que incluyen el compromiso de preservar el paisaje y reciclar los residuos. Evidentemente lo que presentan como una experiencia de “economía social” es un engaño que nada tiene que ver con la verdadera agroecología o con la soberanía alimentaria, pues éstas luchan abiertamente contra la agricultura industrializada y globalizada y defienden la autogestión en el medio rural que en los experimentos mencionados la autoorganización es descartada en pro de la mediación y el control en todo momento de burócratas nombrados al efecto. En realidad es una forma de asistencia pública adaptada a la crisis, con la finalidad de mostrar una cara amable del inmundo comercio agrícola y disimular al mismo tiempo los niveles escandalosos de paro y exclusión. La ideología verde de los dirigentes sigue en paralelo, pero como aliada, el mismo camino que la destrucción.

7. Ya en el mismo terreno de la agroecología y la soberanía alimentaria, aprovechando que el antidesarrollismo y la defensa del territorio son todavía débiles como demuestra la preponderancia del mecanismo organizativo plataformista sobre el modelo asambleario, que las prácticas neorrurales a menudo están despolitizadas, o que las experiencias agrícolas permanecen separadas de la protesta social, surgen voces pidiendo un pacto social entre el Estado y la “ciudadanía”, es decir, entre el Estado y los partidos que se abrogan su representación, para aumentar la fiscalidad medioambiental, subvencionar la creación de

cooperativas y establecer una política agraria proteccionista para la producción ecológica. Una especie de ruralización de Estado, asesorada por ecologistas patentados y cooptados, que procurarían cuidadosamente conciliar las necesidades marginales del sector con el brutal desarrollo capitalista. Ruralización con gaseosa en beneficio de una potencial pequeña burguesía agraria que se convertirá en la futura responsable del suministro verde de la facción exquisita y yuppie de la clase media urbana. Otros hablan de "economía solidaria" (y de mercado social, banca ética, comercio justo o consumo responsable) como modelo de transición inmerso en el mundo capitalista hacia una producción autogestionada. El reformismo de las propuestas ciudadanistas de ruralismo institucional o de socialmercantilismo "alternativo" esconde la mayoría de veces la intervención de terceros partidos, sindicatos minoritarios y seudomovimientos sociales que, mediante plataformas, candidaturas populistas y redes, tratan de recuperar una actividad esencialmente anticapitalista, pugnando por una "democracia participativa" que les ceda espacio. Para desgracia suya, la restitución del territorio nunca puede ser parcial, ni realizarse desde la administración, la política o en general, desde la zona gris del colaboracionismo. El territorio objeto es territorio muerto, apto solamente para fines comerciales. Para darle vida hay desmercantilizar el campo, el vivir y, en general, la sociedad, no buscar complementos a la política o a la economía de mercado. Eso conlleva una desurbanización, una desindustrialización y una descentralización generalizadas; por consiguiente, la desaparición del Capital y del Estado. Así pues, si bien implica un esfuerzo constructivo como el que puedan significar las cooperativas "integrales" o las redes "solidarias", también y por encima de todo, implica un enfrentamiento decidido y no un pacto con las fuerzas políticas y económicas que nos gobiernan. No obstante los enemigos de la libertad continuarán hablando de desarrollo sostenible o de regeneración medioambiental y democrática como si eso fuera posible en un mundo hiperurbanizado e industrializado, hasta que un movimiento masivo, una masa crítica fruto de movilizaciones defensivas en el territorio y las conurbaciones acabe con su demagogia contemporizadora y les fuerce a quitarse la careta. Si el objetivo es la reconstrucción de la sociedad civil y de la rica cultura campesina desde el ámbito local mediante la formación de comunidades autónomas, no podemos permitirnos ni una migaja de capitalismo y ni un milímetro de Estado.

8. La civilización capitalista solamente marcha bien cuando crece, pero nunca crece uniformemente: los centros urbanos absorben todos los recursos del territorio y lo transforman en periferia. Cuando sus posibilidades ecológicas son superadas, o sea, a medida que se agote el "capital natural" o mejor dicho, el "capital territorio", el "capital social" o mejor, el "capital urbe" irá deshaciéndose. El modo de vida consumista y motorizado de las conurbaciones no podrá asegurarse. En ese instante las bases del sistema temblarán porque el esfuerzo exigido a los dominados será excesivo y la relación entre la obediencia a los dirigentes y la prosperidad prometida se revelará como un fraude que hará tomar a los individuos conciencia de su opresión. Las masas, tratando de sobrevivir, desertarán de los bloques donde estaban recluidas. Entonces vendrán los bárbaros y

saquearán los templos del imperio del dinero; los emperadores huirán desnudos por la ventana y nadie jamás los volverán a ver.

Miguel Amorós.

Charla en la masía ocupada Can Piella, en el término de Montcada i Reixac (Barcelona), el 15 de octubre de 2012, en apoyo a la protesta contra su orden de desalojo. Charla en el Ateneo Riojano de Logroño, el 7 de noviembre.

Publicado en Argelaga nº 1.

Noviembre 2012

Media noche en el siglo

Apuntes contra el progreso

"…hace falta que la memoria consiga retomar el hilo del tiempo para recobrar el punto de vista central desde donde descubrir el camino. A partir de ahí comienza la reconquista de la capacidad de un juicio crítico que basándose en hechos constatables dé respuesta al envilecimiento de la vida, y que precipite la escisión de la sociedad, momento preliminar de una revolución, planteando la cuestión histórica por excelencia, a saber, la cuestión del progreso."

Historia de diez años, *Encyclopédie des nuisances*, nº 2.

Dada a conocer por la Ilustración, en sus orígenes la idea de Progreso era casi subversiva. La Iglesia imponía los dogmas de la creación y el fijismo que sentaban la inmutabilidad de los seres vivos, creados por la divinidad tal como eran, por lo que en la Enciclopedia hubo pocas líneas bajo la rúbrica "Progreso", definido simplemente como "movimiento hacia delante." Por otra parte, Diderot y otros enciclopedistas no consideraban la sociedad civilizada como superior a la salvaje sino bien lo contrario, por lo que su posición relativa al progreso sería cuando menos escéptica o precavida. Sea por una cosa o por la otra, la idea se fue imponiendo en Europa a partir de la revolución industrial. Como dice Mumford, "el progreso era el equivalente en historia del movimiento mecánico a través del espacio." Era la interpretación del hecho del cambio como algo unidireccional, donde la marcha atrás, o sea, la decadencia o el retroceso, quedaban explícitamente excluidos. El pensamiento ilustrado interpretaba la producción industrial como el anuncio de un mundo libre de prejuicios religiosos y gobernado por la Razón, donde todos tendrían la felicidad al alcance de la mano.

Los hechos lo contradecían a menudo, pero la contradicción se resolvía contando con que la marcha atrás formaba parte del avance; por ejemplo, se suponía que la fealdad de la sociedad industrializada estaba preñada de un porvenir donde la abundancia material sería

la norma y la libertad su resultado. Por añadidura, la ciencia solucionaría todos los problemas, la economía crecería y el Estado democrático ofrecería la igualdad ante la ley a la hora de la distribución. Sin embargo, toda medalla tiene su reverso y a golpe de ciencia, estatismo y productividad el progreso nos ha conducido al borde del precipicio: la ciencia y la tecnología han transformado los medios de producción en medios cada vez más destructivos; el desarrollo económico ha engendrado desigualdad, injusticia social y miseria por doquier, devastando de paso el medio ambiente; el Estado se ha convertido en un monstruo burocrático tentacular que devora la vida de sus súbditos.

Los desastres sociales y ecológicos se han vuelto moneda corriente y la insatisfacción, como la crisis, se ha generalizado. Los individuos, sojuzgados por la producción y la política, son incapaces de dominar su destino. En su interior habita un vacío acumulado durante más de dos siglos que les imposibilita formular y comunicar su insatisfacción, aunque por primera vez, de forma general, se derrumba la creencia en un futuro mejor. Confrontados a la posibilidad real de que el mundo entre en dificultades mayores anunciando su fin a medio plazo, la idea de futuro ha perdido toda su validez. En vista de los retrocesos de tanto avance los sufrimientos de las generaciones pasadas parecen haber sido en balde. El hecho es importante puesto que todos los idearios emancipadores desde la Revolución Francesa hasta Mayo del 68 se justificaban en nombre de la razón científica y del progreso.

Para los progresistas, la ciencia revelaba leyes económicas y sociales inexorables cuya necesidad histórica no se cuestionaba, ya que, inscritas en la naturaleza de las cosas, estaban por encima de los designios humanos: para ser equitativo y justo había que obedecerlas y observarlas. La principal sería la que postulaba la continua e ilimitada perfectibilidad del ser humano gracias según Godwin, el referente más antiguo de la anarquía, al imperio de la Razón científica. Fourier decía que era deseo de la naturaleza que la barbarie tendiera por etapas a la civilización. Proudhon incluso afirmaba que la idea de Progreso sustituía en filosofía a la idea del Absoluto. Marx designaba a la clase obrera como su principal agente histórico, en tanto que “fuerza productiva principal”. El proceso histórico, según Hegel, era la estela que deja la Idea (el progreso) en su marcha.

Marx, su discípulo, nos enseñaba que dicho proceso no era más que un encadenamiento natural de etapas económicas obedeciendo a unas leyes contra las cuales la voluntad humana no podía nada; es mas, aquélla era determinada por éstas.

El devenir histórico asociado al desarrollo científico y técnico de la producción, ocuparía el centro de la doctrina marxista bien criticada por Bakunin, en la que quedaba implícito que el conocimiento científico de sus leyes iluminaría a una clase de dirigentes que, organizados en partido, guiarían a las masas en una revolución que apuntaría al mejor de los destinos en una sociedad sin clases. Eran unos golpes tremendos a la metafísica y a la religión, pero que no las derribarían, sino que al contrario, las reforzarían con una nueva superstición: la superstición científica.

El fetichismo científico es la sustancia de la idea de Progreso. Para los progresistas de cualquier escuela la ciencia aparecía como el remedio de todos los males. Todo el pensamiento tenía que adoptar sus métodos y aceptar sus conclusiones. Las reflexiones sobre la verdad, la justicia o la igualdad que no se atuvieran a la ciencia, serían calificadas de disquisiciones metafísicas. Si la religión era cosa del pasado, la ciencia pertenecía al futuro desarrollado, al progreso. Pero sin embargo ambas eran menos incompatibles de lo que se creía.

En el progresismo la ciencia se mostraba no sólo como conocimiento, sino como fe. Saint-Simon, uno de los primeros reformadores socialistas, consideraba a sus seguidores "evangelistas del ingeniero" y "apóstoles de la nueva religión de la industria." Para su díscolo alumno Comte la ciencia elevaba al hombre a "director de la economía de la naturaleza, a la cabeza de los seres vivos", despertándole "el deseo noble de incorporación honorable a la existencia suprema", y, en consecuencia, llevándole a una "unidad perfeccionadora" con el "Gran Ser", forma definitiva de la existencia.

El libro más leído del siglo XIX, "El año dos mil", una utopía tecnocientífica escrita por Edward Bellamy, describía la toma de conciencia de la inhumanidad de las relaciones sociales en términos religiosos:

"La salida del sol, tras una noche tan larga y oscura, debió tener un efecto deslumbrador (…) Es evidente que nada pudo contener el entusiasmo que inspiraba la nueva fe (…) Por primera vez desde la Creación, el hombre se mantuvo erguido ante Dios (…) El camino se abre ante nosotros y su extremo desaparece en la luz. El hombre debe volver a Dios…"

La divinidad había colocado en el corazón de los hombres la idea de Progreso, "que nos hace encontrar insignificantes nuestros resultados de la víspera y siempre más lejano el punto adonde nosotros queremos llegar." Las raíces recién arrancadas del terreno religioso, crecían ahora en un terreno similar gracias a la fascinación que despertaba la magia científica. Acabada de abatir la autoridad divina, la nueva fe prometía hacer de los hombres dioses mortales habitando un Olimpo tecnocientífico. Pero al fundarse la economía en la separación de los individuos entre sí, en la separación entre ellos y el producto de su actividad, y entre éste y la naturaleza, su desarrollo apoyado en la ciencia trajo una plusvalía de irracionalidad.

Pronto aparecieron en la nueva especie dirigente inspirada en supuestos científicos, rasgos sospechosos que con el tiempo se harían clamorosos, tanto en el campo capitalista como en el socialista; por ejemplo la tendencia a legitimar los medios por el fin, el presente por el futuro, o lo real por lo ideal; la clase dirigente apelaba a los imperativos urgentes de la situación del momento para suprimir la poesía de la revolución liberadora, posponiendo sine die una justicia y una libertad cada vez menos concretas. Así pues, la vida social propiciada primero por la burguesía, y después por la clase burocrática nacida de la revolución, tendió a regirse según criterios pragmáticos, renunciando a los dictados de la razón objetiva; éstos quedaban reducidos a su dimensión utilitaria, subjetiva y formalista. En consecuencia,

mientras la conducta moral se disolvía en el egoísmo mezquino, el orden económico y político quedaba garantizado.

Comte, cuya divisa política era “Orden y Progreso”, ya había precisado antes que:

“en todos los casos las consideraciones sobre el progreso están subordinadas a las del orden.”

Y remontándonos más en el curso de la historia, un ilustrado precursor como Fontenelle sostenía que la verdad, determinación principal de la Razón, debía de subordinarse a criterios de utilidad, incluso ser sacrificada si así lo aconsejaban las conveniencias sociales. Lo mismo podía decirse de las demás determinaciones. La clase burguesa, y tras ella la burocracia, al liquidar la Razón inventaba una nueva metafísica seudorracionalista que se manifestaba como una fe ciega en los descubrimientos científicos, en las innovaciones técnicas y en el desarrollo económico, fe designada como “materialismo” y destinada a desembocar en un presente perpetuo de sinrazón y barbarie.

Por ejemplo, el estalinismo demostraría que tampoco la historia progresaba adecuadamente y que el progreso histórico no había sido más que una ideología al servicio de una nueva clase dominante, la burocracia de partido, con la que cubrir una opresión de dimensiones colosales. A partir de un determinado nivel del reverenciado progreso, el que condujo a la primera guerra mundial y al auge del nazismo, los efectos negativos superaban ampliamente a los positivos hasta constituir éste una amenaza para la especie humana: en la etapa siguiente de desarrollo el fin último del progreso se revelaría entonces como el fin de la humanidad, materializado primero en el armamento nuclear; después en el Estado policial y la industrialización del vivir; y por último, en la polución y el calentamiento global. Si la historia sigue el curso marcado por la hybris progresista en cualesquiera de sus variantes, el punto final será la desolación, no el Edén del consumidor feliz o el paraíso comunista.

La idea de Progreso establece una trayectoria ascendente desde las sociedades tachadas de primitivas hasta la civilización moderna actual. En la práctica significa una transformación incesante del medio social y una renovación constante de las condiciones económicas que lo determinan. El presente no es más que una etapa pasajera en el camino de un porvenir mejor. No obstante, la idea considera la sociedad presente como superior a todas las épocas pretéritas y sobre todo contempla su devenir como culminación de sí misma. Éste no es más que una apoteosis del presente. En realidad el futuro se esfuma en la ideología, no quedando del progresismo sino una vulgar apología de lo existente.

Por eso, toda la clase dominante, en política y en economía, reivindica el progreso como una seña de identidad, porque, en la medida que domina el presente, reescribe el pasado del que se siente heredera y conjura el futuro que no termina de controlar. El progreso es “su” progreso. Los dirigentes progresan, valga la redundancia, merced al progreso de la ignorancia y al del control, dando lugar a aparatos cada vez más gigantescos. Piénsese las posibilidades de dominio que inauguran los sistemas tecnológicos de vigilancia o la cultura de masas, por no hablar de la difusión del modelo educativo estatal en el que ponían sus

esperanzas los primeros progresistas, creador de una forma de ignorancia funcional que el espacio virtual ha generalizado. Así se explica que los individuos, por más que la ciencia haya progresado, sean menos que nunca dueños de su destino. Lo que hoy en día se llama

Progreso no conduce al esclarecimiento de la mente ni a la autonomía personal porque lo único que pretende es el crecimiento económico y el modo de vida consumista que le está asociado. El poder separado que lo reivindica necesita seres egoístas y atemorizados, o mejor aún, mecanizados. No quiere seres de juicio independiente capaz de orientar su conducta moral de acuerdo con el conocimiento objetivo, sino a gente irreflexiva y uniformizada, absorbida por lo accesorio y lo instantáneo, y atenazada por el miedo. Gente programada para inclinarse ante los mensajes recibidos desde el aparato de la dominación. La estandarización y mercantilización de todas las actividades humanas producen la sinrazón característica que los dirigentes consagran en nombre del Progreso; mientras tanto, la ingeniería genética construye sus fundamentos biotecnológicos. La cultura de la verdad y la justicia no fructifica en él, pero su imagen sirve de coartada a la esclavitud y la opresión. Los pretendidos avances sociales se ven siempre acompañados por la inconsciencia, la deshumanización y la anomia, de forma que el susodicho Progreso elimina el mayor de sus postulados: la idea misma de hombre libre y emancipado.

Recapitulemos. En principio, el concepto moderno de Progreso es hijo de la derrota de la religión por la Razón. No obstante, la victoria de la Razón fue sólo aparente, es decir, no fue la victoria de la humanización. Ya hemos hablado de la degradación de la Razón a instrumento del poder. Hablemos ahora de las consecuencias que tal degeneración tuvo para la naturaleza.

Al imponerse una concepción racional del mundo a la cosmovisión religiosa, la naturaleza quedó desacralizada y el mundo, desencantado. Perdió todo su significado y en adelante la contemplaron con indiferencia como un objeto inerte y una materia prima; en suma, como un almacén de recursos. El antagonismo entre una naturaleza despojada de sentido y una civilización expoliadora quedó plasmado en una serie de conceptos ambiguos como el éxito, el bienestar, el desarrollo o… el progreso. La actividad humana dejó de celebrar la relación misteriosa con la naturaleza y pasó, no a considerarla racionalmente tratando de aprehender su verdad para poder así guiarse, sino que procedió a su dominación. Entonces, al convertirla en un objeto de explotación sin límites, lo realmente conseguido fue la adaptación forzosa de los individuos a un medio social coactivo engendrado durante el proceso.

El progreso se pagaba sometiendo la vida a la racionalización pragmática impuesta por la mercancía y el Estado en la que los medios se confundían con los fines: la vida obedecía al progreso, no al contrario. La vida esclava del progreso era un crisol donde se fundía la razón objetiva y se evaporaban todos los conceptos que constituían su núcleo: verdad, justicia, felicidad, igualdad, solidaridad, tolerancia, libertad… Tal como concluía Horkheimer:

“el dominio de la naturaleza incluye el dominio sobre los hombres.”

La tiranía ejercida sobre la naturaleza trajo como consecuencia la sumisión y el embrutecimiento simultáneos del ser humano. El vaciado de la conciencia se deducía de la concepción mecanicista del hombre. Ya el más extremista de todos los filósofos materialistas, La Mettrie, concebía al ser humano como una máquina que se montaba ella misma sus resortes, y consideraba el pensamiento como un subproducto de la actividad mecánica de importancia menor. Tal inaudita concepción, formulada a mediados del siglo XVIII durante la lucha intelectual contra los sistemas metafísicos y las religiones, fundaba científicamente la manipulabilidad de la especie humana, cosa que las clases dirigentes de la posteridad tomaron muy en serio.

Por ironía de la historia, la religión no saldría perdiendo. Un siglo más tarde, el álgebra de Boole, que hizo posible la simulación mecánica del pensamiento humano, redujo éste a una simple representación matemática, persiguiendo ni más ni menos que la "revelación de la mente de Dios." Si ascendemos por el camino de la matemática binaria, sin lugar a dudas, los ordenadores digitales nos acercarán más a la divinidad, que ya no está en los cielos, sino en el espacio virtual.

Desvelado el lado oscurantista de la ciencia a medida que la extrema especialización dividía el conocimiento en compartimentos estancos, su incapacidad en proporcionar una concepción del mundo holística, unitaria y coherente que formara a los individuos y reforzara su vínculo con la naturaleza, quedaba la tecnología como último fetichismo por denunciar. En las últimas fases de la dominación capitalista el progreso equivale al progreso técnico, pues los expertos que trabajan para ella atribuyen a la técnica la expectativa de la salvación última, a la que empresarios, políticos y desinformadores fanatizados han convertido en una ortodoxia casi milenarista. Con la tecnología, los males del desarrollo se curan con más desarrollo. En consecuencia, la técnica ha creado un medio artificial y jerárquico ajeno a las necesidades sociales donde se desenvuelve toda la vida cotidiana, una segunda naturaleza que determina completamente el orden social.

Los individuos han escapado a los condicionamientos naturales para caer esclavos de las máquinas. Las máquinas intervienen las relaciones entre humanos y median ahora entre ellos y la naturaleza, impidiendo cualquier relación directa. El hombre, subido al carro del progreso, queda definitivamente aislado de sus congéneres y cortado del cosmos, al que no contempla como algo vivo ni se considera parte de él.

El biólogo y cristalógrafo británico John Bernal celebraba en Mundo, carne y demonio, esa emancipación de las servidumbres naturales:

"la tendencia fundamental del progreso es la sustitución de un entorno de causalidad diferente por otro deliberadamente creado. Con el paso del tiempo, la aceptación, la apreciación, incluso la comprensión de la naturaleza, será cada vez menos necesaria."

La mente humana capitula ante el maquinismo, se vuelve tecnólatra. La automación colabora. El individuo se considera libre en la medida en que se deja llevar por las máquinas, que ahora son su medio; las máquinas hacen todo el esfuerzo y le ahorran incluso el trabajo

de la reflexión. Pero la libertad de un orden mecánico excluye el derecho a no usarlas. Todos dependen de ellas y nadie puede vivir al margen, es decir, nadie puede vivir en contra del Progreso.

En un mundo cuantitativo la razón técnica coloca los actos reflejos por encima de la inteligencia, el rendimiento por encima del sentido y el cálculo por encima de la verdad, de forma que cuando hablan de "inteligencia artificial", no es porque los artefactos se hayan vuelto pensantes, sino porque el pensamiento humano se ha vuelto mecánico. Los visionarios de la deshumanización completa, la machina sapiens no es más que la transferencia del legado mental a una descendencia mecánica, pues el hombre inmerso en un universo tecnológico funciona como una máquina y la máquina, como un autómata humano. Su destino, tal como señalan las condiciones actuales de existencia, es "pasar la antorcha de la vida y de la inteligencia al ordenador."

La conclusión que se impone no es sin embargo el rechazo de la técnica, sino el del papel que desempeña en el actual periodo histórico de dominio capitalista, comenzando por su función religiosa redentora bastante compartida por las masas. La técnica, en cuanto facilita a los humanos el metabolismo con la naturaleza, es necesaria. La herramienta ha creado al hombre. Pero cuando se vuelve discurso del poder, tecnología, se convierte en una amenaza para la supervivencia de la especie. La técnica sigue un camino que se aparta de las necesidades humanas básicas y termina creando un mundo propio. Es el momento de su autonomía, el momento en que toma el mando. La convivencia no puede nada contra una tecnología invasora que altera constantemente la sociedad al ritmo de incesantes novedades.

Si hoy hacemos inventario de lo que aporta y lo que sustrae a la sociedad el balance no puede ser más negativo. Por un lado la implantación del homo economicus, el hombre que se mueve solamente por el interés, en una parte del mundo y el incremento del nivel de consumo superfluo. Por el otro, la depauperación y explotación de la parte restante, el agotamiento de recursos, la acumulación de armamento y la aniquilación del planeta. Se confirma pues que el problema social mayor no es la falta de desarrollo, sino el mismo desarrollo. No es la falta de tecnología, sino la ausencia de fines humanos.

Al contrario de las culturas "primitivas", la civilización materialista es indiferente a su dependencia del entorno y asimismo nunca ha intentado mantener un equilibrio cualquiera con el medio natural. Su necesidad de crecer disfrazada de progreso le lleva a contaminar el suelo, a corromper el aire, a adulterar los alimentos y a emponzoñar el agua. A exacerbar las diferencias sociales y poner en peligro la salud de la población. La destrucción acelerada del medio natural y social en la que hemos entrado no se puede evitar sino que va en aumento: es fruto de la propia dinámica del sistema, que necesita crecer con la mayor celeridad. Las agresiones al territorio se han hecho habituales y el problema no es tanto su impacto instantáneo como su efecto acumulativo, plasmado en la crisis energética, los desastres nucleares y el calentamiento global.

La nueva conciencia ecológica de los dirigentes llega para hacer rentable la propia destrucción, que es inevitable, puesto que está inscrita en el modo dominante de producir y consumir. El progreso hoy se viste de verde para comerciar con los desperfectos; es más, no tiene otro traje con el que vestirse: sus demandas constantes obligan a una sobreexplotación del territorio. Todo en el reino de la mercancía tiene un precio, desde el aire que respiramos hasta los paisajes que visitamos, pero en lo sucesivo el precio ha de ser ecológico. Los dirigentes convertidos al ecologismo han de incorporar el coste de unos cuantos daños colaterales del desastre al precio final si quieren que los fundamentos de la sociedad industrial no se alteren. Si eso pasara, para ellos eso sería el fin del Progreso, pero para nosotros, el Progreso es el fin.

La crítica a la idea de Progreso nos conduce por sendas peligrosas franqueadas por abismos ideológicos. Desde el punto de vista filosófico, la demolición del materialismo progresista no implica un retorno a la dualidad espíritu-materia o un puente tendido al nihilismo. Tampoco el rechazo de una historia teleológica significa necesariamente el rechazo de la historia. La negación de una ética científica no llega a la impugnación de la ciencia como tal, ni la inanidad del sistema educativo excluye la instrucción. Simplemente, la constatación de que la historia no tiene un plan ni esconde una meta, de que las leyes históricas no son tales puesto que la historia de la humanidad es un proceso de consumación más que de devenir; de que el conocimiento científico no sirve por si sólo como faro social y de que la transmisión de la experiencia generacional no funciona a través de aparatos educacionales.

Hemos afirmado que las contradicciones sociales derivan en último extremo de las contradicciones entre la sociedad y la naturaleza desveladas por la historia. Pero somos hijos de la Razón ilustrada, no del Bhágavad-Guitá o del Paleolítico Inferior, por lo que creemos que las contradicciones no se resuelven elevando la naturaleza a principio máximo, ni se conjuran con la ayuda del Cielo o de las sagradas escrituras, propiciando una vuelta religiosa a la naturaleza o al pasado. Tales buenas intenciones no mitigan la crisis del pensamiento racional ni la crisis del mundo, antes bien nutren ideologías irracionales y movimientos fundamentalistas que ahondan dicha crisis. La crítica de la idea de Progreso no es una revuelta contra la Razón ni contra la formación intelectual y el saber, y ni mucho menos contra la civilización en general; es una crítica de su degradación y eclipse. No apela a la Trascendencia, a una Nueva Ciencia o a la Tradición, sino al pensamiento libre de cadenas que subvirtiendo las bases ideológicas del sistema, lleva a los seres humanos a una unión racional y a la armonía con la naturaleza.

No somos sólo hijos de la Ilustración; también lo somos del Romanticismo, de su voluntad de verdad, de belleza y de acción, y de su búsqueda de espiritualidad y de misterio. Nos levantamos en nombre de la Razón y la lógica, sí, pero asimismo en nombre de la emoción, la pasión y el deseo. Si bien el hombre que quiere ser libre no intenta cambiar de mitos sino ir a la raíz de las cosas, tampoco renuncia a “reencantar” el mundo en desacuerdo absoluto con la clase dominante. El reencantamiento es una concienciación ligada a los esfuerzos revolucionarios ante la lamentable marcha del progreso capitalista, que cuantifica, mecaniza

y destruye la vida. Es un reencuentro entre lo racional y aquello que los surrealistas tildaban de maravilloso. En la revolución y en la poesía, que viene a ser lo mismo, está el camino hacía una civilización alternativa. Es la única manera que la humanidad tiene de crecer y de convertirse en lo que potencialmente es.

El nuevo punto de partida no se halla en una burocratización de la naturaleza equiparable con la de la sociedad, sino en una reconciliación desburocratizada entre ambas. La reconciliación cuestiona de entrada las condiciones actuales que se oponen a ella, como son la industrialización, el estatismo, el desarrollo económico y el progreso. Por lo tanto su programa ha de ser desurbanizador, antiindustrial, antipolítico y antiprogresista; ella ha de promover nuevos valores, nuevos modos de vida, nuevas maneras de acción social… La naturaleza y la sociedad han de encontrar su equilibrio, pero para ello tienen que ser salvadas de los burócratas, de los expertos, de los inversores y de los ideólogos redentores. La única manera de lograr la armonía entre ambas es no cediendo, ni en la teoría ni en la práctica, a la lógica de la dominación. Solamente una sociedad que sea dueña consciente de su propia historia podrá manumitir a la naturaleza esclava del progreso. Pero esto no es un presupuesto eternamente posible: gracias a la tecnociencia, la dominación está fabricando un mundo literalmente inhabitable y como señala Walter Benjamin en *Dirección Única*, si los dirigentes no son derrocados :

“antes de un momento casi calculado de la evolución técnica y científica, todo se habrá perdido. Es preciso cortar la mecha que arde antes que la chispa acabe con la dinamita.”

La revolución necesaria no se desprende de una mera contradicción entre las masas consumidoras y la financiación del consumismo, sino de la reacción decidida contra un progreso que conduce irremediablemente a la catástrofe.

Miguel Amorós.
Charla del 8 de noviembre de 2012
en el Círculo de la Amistad-Numancia, de Soria.

Revista *Raíces* n°5, “Fukushima está en todas partes”, 2013.

Este escrito ha aparecido en el libro
Filosofía en el tocador,
editado por Argelaga, 2016.

2013

Enero 2013

Masas, partitocracia y fascismo

"Todo dentro del Estado,
nada fuera del Estado,
nada contra el Estado."
Mussolini

El tema de la *partitocracia* no ha sido seriamente estudiado ni por la sociología académica ni por la crítica «antifascista» del parlamentarismo moderno, y eso a pesar de que la crisis de los regímenes autoproclamados democráticos haya desvelado su realidad específica en tanto que *sistemas autoritarios con apariencias liberales donde los partidos, y especialmente sus cúpulas, guiándose por intereses de poder, se abrogan la representación de la voluntad popular a fin de legitimar su acción y sus excesos*. Los partidos, llegados a ese punto, se vuelven opacos y se cierran a la participación y al simple control de sus afiliados, convirtiéndose en maquinarias electorales.

Al mismo tiempo, en tanto que aparatos de gestión indiferenciados, ya no son la expresión del pluralismo político, puesto que todos los objetivos partidistas confluyen en uno: la auto-conservación, o sea, la conservación del sistema dominante. Sus miembros son una verdadera clase que no se reconoce como tal en publico, lo que no debe de extrañar a nadie, puesto que al igual que sucedió con la burocracia de partido único en los regímenes estalinistas y fascistas, la clase política engendrada por la *partitocracia* existe en la medida que oculta su existencia como clase. Como apunta Debord, "la mentira ideológica de su origen jamás puede revelarse".

Su existencia como clase depende del monopolio de la ideología, leninista o fascista antaño, nacionalista o democrática ahora. Si la clase burocrática del capitalismo de Estado disimulaba su función de clase explotadora presentándose como "partido del proletariado" o "partido de la nación y la raza", la clase partitocrática del capitalismo de Mercado lo hace exhibiéndose como "representante de millones de electores" o "representante de la ciudadanía", y por lo tanto, *si la dictadura burocrática era el "socialismo real", la suplantación partitocrática de la soberanía popular es la "democracia real".* La primera ha tratado de apuntalarse con la abundancia de espectáculos rituales y sacrificios; la segunda lo ha hecho con la abundancia de eventos espectaculares y créditos. Sendas abundancias han fracasado.

Para comprender el fenómeno de la *partitocracia* hay que remontarse a sus orígenes históricos. En un momento determinado de desarrollo capitalista, aquél en el que la

racionalización de la producción, la multiplicación de infraestructuras administrativas y la expansión burocrática del Estado desempeñaron roles decisivos, surgió una nueva clase media profundamente conformista, que hallaba en el empleo público su principal fuente de ingresos. Los partidos se convirtieron en poderosas oficinas de colocación, y el nepotismo político sustituyó al paternalismo de los caciques y terratenientes. Este fenómeno fue estimulado por la degradación de las organizaciones obreras, la profesionalización total de la política y la formación de una clientela utilizando arbitrariamente fondos y empleos públicos, hechos intensificados en la posguerra mundial. La guerra fría, la modernización tecnológica y la crisis energética fueron otros tantos condicionantes de la fusión de la política, el Estado y el capitalismo nacional que fundamentó la moderna *partitocracia*.

La clase media asalariada proporcionó una base social sólida al nuevo régimen, trasmitiendo sus valores a los obreros desclasa- dos. En efecto, unas condiciones históricas dadas convirtieron al asalariado en un ser dócil dispuesto a sacrificar sus convicciones y su dignidad por la tranquilidad, el automóvil, la vivienda familiar, la seguridad social y la pensión. Ese miedo a perder su estatus en el mercado y esa falta de respeto consigo mismo lo prepararon para cualquier renuncia, fortaleciendo el sistema de partidos como antes había fortalecido al fascismo. El asalariado-masa carece de virtudes de clase pues para él sólo cuentan la vida privada y el consumo personal. Tan absorbido está por ello que apenas puede concebir una vida social, y menos aún una vida pública, de la que piensa que han de ocuparse otros, los "profesionales" que *viven de ella.* Es el subdito ideal, el que miraba para el otro lado cuando tema el trabajo y el crédito asegurados.

La *patrimonialización del Estado por una clase política no alcanza su cénit y, por lo tanto, no desempeña un papel preponderante, sino cuando éste proclama como objetivo único el crecimiento de la economía autónoma, es decir, el abandono del nacionalismo económico en pro del desarrollo mundial del Mercado.* Entonces la clase política se funde con el interés económico y se convierte en parte de la clase dominante. En una nueva burguesía, si se quiere. Entiéndase que no es una clase subalterna, ni es toda clase dirigente (salvo en China); tampoco se trata de una clase nacional. Precisamente cuando se internacionaliza deviene un elemento fundamental en las relaciones de producción impuestas por la globalización financiera. La *partitocracia* suprime las contradicciones entre intereses partidistas, intereses nacionales e intereses globales al recrear en todas partes las mismas condiciones políticas óptimas para la expansión de la economía y el enriquecimiento de los aparatos; por un lado, focando al mismo tiempo una extensa red clientelar mediante los copiosos recursos del Estado y la administración; por el otro, desactivando las protestas que emanan de la sociedad civil, integrando a la oposición no parlamentaria y aportando la violencia institucional allí donde falla la violencia económica. La economía y la mordida no funcionan bien sin el orden, y la *partitocracia*, si no es exactamente el orden, *es un desorden que funciona tanto en beneficio de la economía como en beneficio propio.* Es el desorden establecido.

Bien que en un caso estamos ante un sistema abierto y competitivo que utiliza procedimientos electorales y, en el otro, ante un sistema cerrado y rígidamente jerarquizado donde los nombramientos no necesitan legitimación, *en los últimos tiempos no es rara la comparación, incluso la asimilación, de la partitocracia con el fascismo. Ambas son formas autoritarias de gobierno que surgen tras los retrocesos y derrotas del proletariado, en el subsiguiente proceso de masificación y desclasamiento que dará lugar a un aglomerado conformista y aquiescente.* Ninguna de las dos formas tolera un aparato de justicia autónomo o unos medios de información independientes, ya que son incompatibles con un poder judicial insumiso y una prensa libre. Ambas nacionalizan bancos en ruina y tienen un momento "plebeyo" inicial que estipula el "derecho al trabajo" y el "bienestar", bien apuntalando a determinados sindicatos o bien creándolos *ad hoc* para usarlos como interlocutores, momento que finaliza tan pronto como la clase obrera es domesticada y disuelta. La conversión del proletariado en una infantería pasiva de los sindicatos institucionales sin ninguna conciencia de clase ni deseo de transformación social, y el disfraz de la nueva clase media en "ciudadanía", son fundamentales. A partir de entonces las crisis se combatirán con contrarreformas laborales, sacrificios de funcionarios y privatización de servicios públicos. Porque aunque la clase media sufra también las consecuencias, permanecerá siempre fiel al sistema político-económico que le dio el ser.

Fascismo y *partitocracia* se empeñan en que la sociedad civil proletarizada no se constituya al margen del sistema y les dispute espacios, pero uno, en tanto que defensa extremista de la economía, recurre a la brutalización de la vida pública, mientras que la otra, en tanto que defensa modernizante, la privatiza. Son respuestas costosas a la crisis capitalista puesto que ambas necesitan mantener una creciente población improductiva, ya que la salida de aquella exige una renovación, una movilización y un trasvase de recursos que no están al alcance del Mercado. El Estado ha de encargarse de esas tareas. Pero el fascismo es una respuesta arcaica y dura, y la *partitocracia,* una respuesta más envolvente y racionalizada. Los momentos sangrientos del proceso de normalización corren a cargo de las bandas irregulares pro régimen en el fascismo, y a cargo de la policía en la *partitocracia.* Las dos son maneras de organización política del gran capital, diferentes de los regímenes "bonapartistas" – llamados así haciendo referencia a la dictadura populista implantada en Francia tras una victoria electoral por Luis Napoleón – como el del mariscal Pétain, también en Francia, el del general Perón en Argentina, o el chavismo en Venezuela.

Partitocracia y fascismo poseen una base social concreta: la pequeña burguesía y el proletariado desclasado en el segundo, y las masas amaestradas – donde se incluyen la clase media asalariada y los obreros política y sindicalmente domesticados – en la primera. El bonapartismo es un híbrido de las dos, donde a la sombra de un caudillo una burocracia extractívista de antiguos luchadores cooptados media entre el gran capital y unas masas empobrecidas todavía rebeldes, a fin de que de un crecimiento de la economía basado en la explotación intensiva de recursos territoriales suija una nueva clase media aquiescente y estabilizadora.

La psicosis colectiva generada por la ausencia de ideales de clase, la desmoralización y el miedo a la crisis, hacen que dicha base crea en milagros con tal que una dirección salvadora los prometa, y se disponga a someterse, no sin patalear, a toda clase de medidas restrictivas. El desastre de la globalización hace que la dominación reclame una economía de guerra. Y aquí comienzan las diferencias: el fascismo se produce en un marco nacional, de ahí sus planes autárquicos, las empresas mixtas, los trabajos públicos como solución del paro y su nacionalismo expansionista. *La partitocracia se desarrolla en un contexto neoliberal, por lo que su planificación nacional obedece las directrices económicas del capital internacional y su política exterior se supedita a la estrategia diplomático militar del gran Estado gendarme del capitalismo, los Estados Unidos de América.* De ahí sus grandes planes de infraestructuras, el recurso a los recortes presupuestarios, su obsesión por las inversiones foráneas y su política exterior alineada. Al revés de lo que sucede con el fascismo, cuyo principal rasgo es la arbitrariedad de una cadena de mando vertical, en la *partitocracia* la utilización del aparato burocrático con fines privados está descentralizada; lo cual extiende la corrupción a todos los niveles, su seña de identidad más llamativa. La *partitocracia* no necesita estatizar ningún medio de producción, aunque sí puede darse el caso de intervenir en los medios financieros; trabaja más en pro de los fondos de inversión internacionales que para salvar la empresa o la propiedad privada autóctona; se mueve siempre en la esfera de intereses que superan a los estatales y locales, aunque no los anule. Cierto es que al fallar la seducción se *sirve del miedo como instrumento de gobierno, pero no para imponer una política de terror, sino una política de resignación.* Para la *partitocracia*, los terroristas no son las fuerzas de orden, responsables de la mayoría de hechos violentos contra la población no servil, son los “otros”, la encarnación de un “mal” absoluto que ella misma ha fabricado, y aprovechando la ocasión, se emplea a fondo contra toda clase de disidencia, aunque en condiciones estables prefiera disolver los antagonismos de clase con métodos represivos blandos: multas en lugar de cárcel, corrupción en lugar de uso de la fuerza, tecnovigilancia en lugar de internamiento. El fascismo no admite la excepción, mientras que la *partitocracia* tolera minorías hostiles con tal de que su autoexclusión termine acoplándose al sistema y no se vuelva problemática. La comunidad ilusoria definida por el fascismo, de la que hay que formar parte por la fuerza, es la de la raza, la religión o la nación y su espacio vital, mientras que la comunidad partitocrática es la ciudadanía o los votantes, en cualquier país donde se hallen. Por eso carece del gran problema de las dictaduras terroristas de partido único, que antaño era la guerra contra las naciones vecinas. En virtud de los tratados internacionales que establecen la circulación libre de capitales y personas, la expansión de la economía no choca con aranceles, barreras aduaneras o escollos políticos nacionalistas, pudiéndose extender y hasta deslocalizar por el mundo sin necesidad de operaciones bélicas, salvo las exigidas por el control de las fuentes de energía o la posesión de minerales estratégicos. En consecuencia, las políticas “de defensa” de los sistemas partitocráticos no agotan las reservas nacionales en la fabricación de armamentos, ni condenan al hambre a su población sometida (como pasaba por ejemplo en la URSS y pasa hoy en Corea del Norte). Los fascismos y totalitarismos han resultado fallidos casi siempre y se han desmoronado víctima

de sus insuperables contradicciones. Con frecuencia has sido sustituidos por regímenes partitocráticos más o menos imperfectos, es decir, más o menos mañosos, según la presencia débil o fuerte de mecanismos reguladores, e inversamente, según la presencia fuerte o débil del personal del régimen anterior. Alemania, Suecia o el Reino Unido podrían ser ejemplos de partitoeradas autorreguladas, y España, Portugal, Grecia, Italia o Rusia, ejemplos de partitocracias prevaricadoras y mañosas. Tal reconversión se ha aprovechado de la derrota definitiva del proletariado revolucionario y del advenimiento de la sociedad de masas, nunca compensadas con nuevos avances que reanimaran la discusión y el debate social e hicieran posible el retorno de un movimiento obrero radical e independiente en una sociedad de clases.

Podemos aceptar que la *partitocracia* no es fascismo, aunque se asemeje a él en muchos aspectos – sobre todo en la forma bipartidista – pero tampoco es democracia, ni siquiera "democracia enferma": en ella no existe separación de poderes, ni debate público, ni mecanismos públicos de control. Es un tipo moderno de oligarquía desarrollista que funciona relativamente bien en las fases de crecimiento económico, y relativamente mal durante las crisis, ya que el sacrificio obligado de un buen número de partidarios, produce un cierto grado de desafección. *Las partitocracias se ven cuestionadas por su base social debido a su supeditación al sistema financiero, pero no hasta el punto de apelar a procedimientos-revolucionarios, puesto que sus aspiraciones no van más allá de la reforma electoral, del control de la Banca y de la demanda de inversiones.* Las clases medias descontentas – y en general, las masas genuflexas – no rechazan el sistema partitocrático, simplemente exigen unos partidos más acordes con sus intereses y un Estado más keynesiano que solucione los problemas del paro, de la corrupción y del crédito; por consiguiente, sus armas siguen siendo la recogida de firmas, las movilizaciones por delegación, pacíficas y espaciadas, los recursos ante los tribunales… y el voto. Se toman al pie de la letra lo que el régimen dice de sí mismo. Así pues, *las clases* medias *(entj'e las que cabría el proletariado inconsciente, disperso y desmoralizado) no persiguen un enfrentamiento con las instituciones partitocráticas, sino una mayor apertura de las mismas a un frente de terceros partidos y asociaciones. O sea, aspiran a una bautizada "democracia participativa"*. Quieren estar correctamente representadas en el régimen, por lo que nunca presentarán batalla ni seguirán a nadie que la presente. Sin embargo, de buena gana participarán en un simulacro mediático, carcasa vacía que sustituye al verdadero conflicto. Mojan la pólvora para que no explote. No obstante, cuando las instituciones dejan de funcionar por quiebra – culpa de un excesivo endeudamiento, fruto de la corrupción o de una simple mala gestión prolongada – se produce ese circunstancial distanciamiento que, al aislar a la clase política y generar una reacción nihilista entre la población marginada, obliga la *partitocracia* a endurecerse y a aproximarse al fascismo. Sin embargo, ésta no se contenta con una legislación punitiva y fuerzas antidisturbios, sino que recurre a la «zona gris» del colaboracionismo. Hay que utilizar a los partidos ciudadanistas y sindicatos alternativos, a las coaliciones electorales y las plataformas cívicas, a los movimientos sociales y vecinales, etc., tanto por la derecha como por la izquierda, con el fin de apaciguar el descontento y reconducirlo por vías políticas

y sociales legalistas. En España, uno se duerme en una asamblea de “indignados” y se despierta votando a Podemos, un *remake* de Izquierda Unida. En otros países, depositando en la urna la papeleta de la extrema derecha xenófoba, que desempeña ia misma función seudo regeneracionista. Y mientras tanto, la clase política, el verdadero Partido del Estado, salva su *modus vivendi,* o como ella lo llama, la «gobernabilidad», gracias a una complicación pasajera del mapa político, con nuevos protagonistas mediáticos y unas puertas entreabiertas a la «iniciativa popular», a la participación “transversal” de “los ciudadanos y las ciudadanas”, o incluso al neofascismo, si se requiere un suplemento de terror fuera del alcance institucional.

La *partitocracia* se consolidó gracias al apoyo de la clase media y las masas desclasadas, pero no se corresponde en absoluto con un gobierno ciudadanista, es decir, liberal y socialdemócrata; es, por el contrario, el gobierno total del capital globalizado, *Al estar demasiado fragmentadas, las masas son incapaces de una política independiente y, tanto en épocas de bonanza como en épocas de crisis, se acomodan con las políticas desarrollistas que marcan los dirigentes de la alta burguesía ejecutiva*. Pero algo han de decir cuando sus intereses son echados por la borda. La protesta ciudadana, de la que el izquíerdismo vanguardista no es más que una versión arcaizante, es su manera de manifestar el desencanto con los “políticos” y los parlamentos. *Que no espere nadie ver transformarse las reivindicaciones “democráticas” consabidas en reivindicaciones socialistas. Que tampoco nadie espere encontrar en las propuestas ecologistas y decrecentistas una defensa del territorio.*

No se piden más que reformas y empleos; sin embargo, la *partitocracia* no puede reformarse ni está para colocar a nadie, sólo cabe derribarla, y eso es precisamente a lo que la clase media no se atreve. No está en su naturaleza. Si se concentraran fuerzas históricas suficientes para destruir la *partitocracia,* es decir, si los antagonismos entre dirigentes y dirigidos adquieran caracteres más agudos, si se profundizara la crisis social hasta la ruptura con el Estado, una parte de la masa proletarizada las seguiría, mientras que la otra abrazaría la dictadura, el bonapartismo populista o el fascismo abierto, y, entonces, el socialismo revolucionario y libertario se jugaría a doble o nada. Por desgracia, tal como lo demuestra la ausencia de mecanismos populares de autoorganización, esas fuerzas no existen.

Cualquier análisis serio de la *partitocracia* debe tener en cuenta las relaciones entre la clase dominante, incluida la clase política, las masas desclasadas, las clases medias y los movimientos contrarios al sistema capitalista. *La clase dirigente debe asegurar la conexión con las masas mediante el Partido del Estado, neutralizando cualquier oposición resuelta que se forme directamente desde la contestación social.* Si ello no sucediera y las protestas se convirtieran en revueltas, la clase dominante abandonaría los métodos pacíficos y conservadores en pro de tácticas propias de la guerra civil, acallándose los lamentos ciudadanistas y transformándose la clase política en partido unificado del orden. Cuando la clase dominante entra en conflicto con la democracia parlamentaria formal tratará de salir mediante leyes de excepción y estados de sitio encubiertos, como ha venido haciendo hasta

ahora: el terrorismo indiscriminado desempeña un papel fundamental. Esa es la verdadera función de la clase política y la burocracia obrerista en momentos de crisis aguda, introducir un régimen policial. La clase política o Partido del Estado está para hacer innecesario el siempre arriesgado recurso al golpe militar o al fascismo, pues ella ha de bastarse y sobrarse para hacer de gendarme del capital mundial manteniendo las mínimas apariencias de legitimidad parlamentaria. Conviene ahora recordar que *las masas no constituyen exactamente una clase, sino un agregado variopinto de fragmentos sociales, maleable y versátil, por lo que están condenadas a seguir siendo hasta el fin una herramienta del capitalismo.* No pueden escapar a las alianzas de emergencia con la clase dominante, puesto que necesitan una "dirección" y no hay otra clase capaz de dársela.

Por otra parte, *las clases medias, el componente central de las masas, temen más a la anarquía popular, a la violencia incotitrolada, al anticapitalismo o al desmantelamiento del Estado, que a los impuestos, a los recortes o a las privatizaciones.* Están irritadas con los políticos, con el parlamento y con el gobierno, pero todavía creen en ellos, como también creen en los jueces y la policía, en la prensa y el ejército, en los funcionarios y las ONG, en la ciencia y el progreso. Están sentadas en dos sillas, pero puestas ante una alternativa demasiado radical se aferrarán a las ilusiones seudo- democráticas y a los tópicos ciudadanistas del orden. Cualquier cosa antes que aventurarse por los inciertos caminos de la revolución social. No será así en todos los casos, pero sí en la mayoría. Al menos en un principio, cuando la clase dominante y el sistema partitocrático tengan las de ganar. Su papel histórico es subalterno, nunca determinante. El sujeto subversivo no surgirá de ellas, no encontrará en ellas sus ilusiones y su ser.

Hemos apuntado la posibilidad de que de la plena descomposición del capitalismo pueda emerger una clase "peligrosa" dispuesta a cambiar la sociedad de arriba abajo y a eliminar el régimen político imperante. Esta clase o fuerza histórica disolvente habrá de rechazar la ideología ciudadanista tanto como la política profesional mistificadora que hacen los partidos, pues su condición de existencia impone una estrategia disolvente y un proceder independiente e igualitario. Si eso llega a suceder, la cuestión de la clase media y de la masa sumisa manipulable se resolverá por sí sola.

Es muy difícil pensar estratégicamente después de una serie de derrotas decisivas. Los nuevos rebeldes persisten en ignorar la derrota de sus predecesores, pues cuanto mayor ha sido la destrucción del medio obrero y el progreso de la domesticación, mayor es la desorientación y la impotencia en vislumbrar una nueva perspectiva. *La historia social registra un gran número de derrotas suplementarias como resultado de una mala evaluación de la derrota principal, en este caso la del proletariado en los sesenta y setenta, empeorada con los intentos de ocultarla o de ignorarla.* Tampoco parece que influyan las transformaciones del capitalismo provocadas por la globalización, la crisis energética o la urbanización generalizada. En la guerra social este tipo de comportamiento lleva a la aniquilación de fuerzas, al compromiso efímero y al sectarismo vanguardista y aventurero. Resulta paradójico que quienes más partidarios son de una memoria histórica completa sean

los más desmemoriados. Y que quienes se autodenominan la pesadilla del poder, no sean más que la facción indisciplinada y extremista de las clases medias en ebullición.

A lo largo de la historia las crisis sociales han conducido a situaciones explosivas, pero en una atmósfera de confusión y *en ausencia de una conciencia clara, las crisis solamente agravan el proceso de descomposición. La mentalidad nihilista y el oportunismo ocupan el lugar de la conciencia de clase, trabajando contra la formación de un sujeto revolucionario,* y fomentando subsidiariamente en las masas sentimientos de frustración y de indiferencia. En los medios superficialmente contestatarios faltan análisis serios que destapen las raíces de la cuestión social. El atroz contraste con la realidad tozuda y triste de los ridículos tacticismos ciudadanistas, obreristas e insurreccionalistas, por no hablar de los todavía más penosos montajes lúdicos o estéticos, induce a la pasividad, no a la radicalización. *No puede haber radicalización sin toma de concientia, y no hay toma que valga si no se ha evaluado críticamente el pasado.* Solamente con buenas intenciones, rabia y escenografías no se va a ninguna parte. Desgraciadamente estamos en los comienzos de una revisión crítica.

El capitalismo continúa venciendo sin encontrar demasiada resistencia. Y el bando de los vencidos continúa sufriendo las consecuencias no asimiladas de sus derrotas.

Miguel Amorós.

Charla del 25 de enero de 2013 en la librería La Mafatesta (Madrid),
y deí 26 de enero en el local de la CNT de Aranjuez.
Editada en la revista *Estudios* n°9, y como folleto en Desorden distro.
Relectura en septiembre de 2014
para la charla del 27 en el local déla CNT de Elx.

Este escrito ha aparecido en el libro
Filosofía en el tocador,
editado por Argelaga, 2016.

Febrero 2013

Meditación sobre una ruina anunciada

La Ciudad del Medio Ambiente de Soria

La contemplación de una de las miles de urbanizaciones abandonadas a medio construir, testimonio de un pasado reciente en el que la especulación inmobiliaria era el principal motor de la economía y de la política, induce, cómo no, a pensar en la futilidad y el absurdo de una existencia abocada a una persistente búsqueda de beneficios pecuniarios. En su momento, los dirigentes aludieron al Progreso, palabra clave que parecía justificar todo atentado paisajístico, ambiental o social envuelto en una imagen de confort campestre y

lucro privado; esa “herejía de la decrepitud”, según Baudelaire, inventada por el “hombre civilizado” “para consolarse de su abdicación y declive”, una negación obsesiva de su ser que se parecía a “un modo de suicidio incesantemente renovado.” Esas ruinas son bastante peculiares en el género, puesto que no evocan la experiencia del tiempo, ya que no tienen pasado: no han tenido tiempo de envejecer. Se han vuelto historia sin haberla tenido jamás. No han llegado a existir como edificios albergando vida, por más que ésta estuviera desprovista de toda magia y fuera análoga a la muerte. Son lugares vacíos que nunca se llenaron. Estos desolados desiertos de cemento nacieron muertos, por eso no traen recuerdos. Por no ser, no son ni verdaderas ruinas pues no pueden contarnos lo que han sido. No transmiten emociones, sino sentimientos de vacuidad. La venganza de la Naturaleza al invadir los templos abortados de la locura inmobiliaria no basta para dotarles de un significado especial y conferirles una pátina de misterio; esa clase de ruinas no tienen sentido ni esconden secretos; el polvo y los hierbajos no los preparan para la lírica. Las cicatrices en el territorio no se curan sino con la desaparición del mal civilizatorio que las causó. Se trata de verdaderas mutilaciones que para rebrotar requieren la extinción de la sociedad capitalista; la poesía mora en la destrucción de lo infame.

Los proyectos residenciales fallidos nunca tuvieron humos porque nunca fueron proyectos políticos. Iban destinados a satisfacer los afanes prosaicos de una mentalidad de clase media, hoy en día tan extendida. Debía proporcionar un pedazo de espacio íntimo a unos seres mezquinos absolutamente dependientes del automóvil y la parafernalia electrónica. La arquitectura de bloques periféricos y adosados es producto de una demanda ramplona, sin gusto, americanizada, incapaz de concebir un bienestar diferente del que proporciona la abundancia de artefactos modernos, ni de imaginar unos valores distintos de los ponderados por la dominación, por lo que su calidad está a la altura de su concepto. Es una arquitectura de masas solitarias y manipuladas, que refleja una pobreza de espíritu y una vulgaridad de deseo elevadas. No ordena espacios, más bien los trivializa. No establece relaciones o vínculos sólidos entre sus habitantes, ni define señas de identidad. Generaliza el aislamiento en comunidad y a la vez que uniformiza, desarraiga. No tiene pretensiones: sólo promete seguridad, aparcamiento y anonimato. No hace política, por lo cual no necesita grandilocuencia ni sensacionalismo. Otra cosa ocurre con megaproyectos del estilo de la Ciudad del Medio Ambiente, mitad pelotazos urbanísticos, mitad trofeos de la clase política.

Los dirigentes siempre han querido construir aunque fuera en terreno inundable, dejando constancia de su paso: la historia de la dominación es la historia de la arquitectura. Consciente de que los edificios monumentales son una señal de poder, la clase política contemporánea es un gran mecenas de los arquitectos. Quiere registrar su presencia e impresionar al público adicto dando, con una geometría torturada y unos materiales nuevos, una imagen de modernidad, en este caso concreto con aderezos de ecologismo. Pero nos equivocaríamos si nos atuviéramos al cálculo político como motivo único de la voluntad constructora dirigente: hay que dejar sitio a la psicopatología. En efecto, la frontera entre el impulso tecnopolítico y la megalomanía o el narcisismo es borrosa, y a menudo los

dirigentes transitan de un lado a otro como si nada. Así se obsesionan por el tamaño antes que por la utilidad, por la apariencia antes que por el sujeto. no reparando gastos ni ahorrando destrozos en la fauna o en la flora. La forma no tiene que ver con la función, sino con el espectáculo. La función es lo de menos. La arquitectura del poder tampoco tiene contenido, no es la expresión sensible de "la idea" en el espacio, y por lo tanto, no "da realidad a lo en si mismo verdadero" (Hegel). Es algo puramente formalista, sin objeto, sin relación directa con el mundo, independiente de él. La autoridad emplea la monumentalidad para demostrar que controla los acontecimientos y que el éxito ha de coronar todas sus empresas. La arquitectura ha de crear solamente esa ilusión, ese espejismo, cueste lo que cueste. En fin, es lo que tiene de fascismo la partitocracia, que sus jefes actúan como antaño lo hacían los dictadores, unilateralmente, sin atender a razones, con la fuerza por delante, pero queriendo dar la impresión de que respetan los usos democráticos y la moda verde, desarrollando la economía, creando puestos de trabajo y proporcionando como mínimo "un referente mundial en el ámbito del medio ambiente y la sostenibilidad." Sin embargo el discurso ideológico no puede resultar visiblemente más postizo; la clase política no pretende transmitir valores ciudadanos con sus experimentos arquitectónicos, sino simplemente exhibirse. No persigue nuevas señas de identidad locales, pues con tanta retórica arquitectónica y tanto singularidad estridente todas las capitales se parecen, sino al contrario, busca en los iconos su propia imagen identitaria. Una imagen plasmada en edificios sin aura pero con diseño de marca, auténtico o de imitación, mucho más difícil de olvidar que el despilfarro de fondos públicos con los que se financiaron. Una imagen que las revistas turísticas recogerán y las agencias de viajes incluirán en sus circuitos.

Los edificios duran una eternidad, pero también pueden ser una ruina políticamente hablando, ya que a veces resultan tan fallidos como la urbanización de Garray, cuyo promotor se largó con el dinero de los compradores antes de acabarla. Estamos lejos de una arquitectura imperial, pero nos hallamos sin duda ante una glorificación del régimen partitocrático que por suerte presenta signos de desgaste. La proliferación de iconos arquitectónicos produce una devaluación que en lugar de apuntalar el sistema lo sitúa en el camino de la descomposición. Si además son vistos como caprichos de egotistas incompetentes, ambiciosos e inseguros, más que como muestras del arte de gobernar con ecuanimidad y austeridad, el proceso se acelera. Y es que la arbitrariedad, la prepotencia y el derroche dan un toque siniestro muy impopular. Orwell observó con perspicacia que la arquitectura se llevaba bien con la tiranía, puesto que los tiranos ofrecían mucho más trabajo a los arquitectos que los pueblos libres. Hoy día abundan menos los tiranos en estado puro, pero los consistorios-empresa y los poderes autonómicos han heredado sus ínfulas, su falta de escrúpulos y por encima de todo su incultura: la clase política de la partitocracia es la primera clase dirigente completamente ignorante. Se sabe que un alarde constructivo fascina doblemente a los poderosos si éstos son analfabetos funcionales, pero en mayor medida repele a las masas contribuyentes desencantadas, que ya no se dejan apabullar y están lo suficientemente despiertas para que no les den la liebre de lo cívico por el gato de lo trivial ostentoso y caro. El rechazo popular de un monumento puede

convertirse en rechazo de la clase que lo mandó construir. Los dioses del Mercado y de la Política podrían abandonar despavoridos las moradas terrenales que los arquitectos han construido expresamente para ellos y eso sería el principio del fin. A este propósito, hacemos nuestra la reflexión de Marc Augé: "Sólo una catástrofe hoy es susceptible de producir unos efectos comparables a la lenta acción del tiempo." Un repaso por la historia nos mostraría ejemplos de clases poderosas que se han venido abajo después de acabar de amueblar con multitud de "referentes" y símbolos sus capitales. Sus habitantes supieron escapar a tiempo de las construcciones concebidas para dominarlos, que se convirtieron en un ruinoso paisaje bastardo condenado a perderse en la memoria.

Miguel Amorós, 7 de febrero de 2013.

Revista antidesarrollista y libertaria *Argelaga* #2, junio 2013.

https://argelaga.wordpress.com/2014/08/19/meditacion-de-una-ruina-anunciada-la-ciudad-del-medio-ambiente-de-soria/

Mayo 2013

La evolución de las conurbaciones o la destrucción del territorio

> "A la fuerza de atracción natural del suelo que tiende a repartir normalmente los hombres, a distribuirlos de una manera rítmica sobre toda la Tierra, se une en el mundo moderno una fuerza completamente opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de millares y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos alrededor de un mercado, de un palacio, de un foro o de un parlamento."
>
> Eliseo Reclus, *El Hombre y la Tierra*.

El asentamiento humano conocido con el nombre de ciudad aparece por primera vez en el neolítico y su existencia se prolonga sin demasiadas modificaciones estructurales hasta el siglo XIX, cuando la revolución industrial alteró profundamente su morfología y sus relaciones con el territorio. Hasta entonces éste le proporcionaba alimentos, agua, combustible y material de construcción, condicionando su tamaño. El ente producido por la revolución industrial, al convertir el antiguo mercado local en lugar de acumulación de capitales, o lo que viene a ser lo mismo, al estar centrado en la producción masiva y el trabajo asalariado, rompe la simbiosis con el territorio y se transforma en una nueva formación en constante expansión donde corren a perderse campesinos empobrecidos y desarraigados en un "golfo de la especie humana" como dijo Rousseau, guardando con el territorio una relación de dominio. En ese momento se habla por primera vez de población urbana y población agraria como realidades distintas. El mundo rural pierde su

independencia y pasa a regirse por los tiempos de la ciudad industrial, siendo ésta la que en adelante condicionará la nueva estructura y forma del territorio.

El capital imprime un ritmo de crecimiento a la antigua ciudad que rápidamente sobrepasa los límites que imponía el abastecimiento y la capacidad financiera, desarrollando las infraestructuras y creando un mercado inmobiliario. Los proyectos de ensanche cuadriculan el suelo para convertirlo mejor en mercancía, mientras que los planes urbanísticos tratan de ordenar el estiramiento de calles y la ampliación de los servicios públicos. El ferrocarril y el tranvía primero, y el autobús y el automóvil después, crearán los suburbios, que al desparramarse por el extrarradio provocarán el estallido de la ciudad nueva, zonificada y fracturada, esa que los moralistas denominarán "Babilonia moderna". Las barriadas obreras segregadas y los barrios residenciales burgueses son el principio de un proceso que, superando los mojones municipales, transformará la antigua ciudad compacta, inicialmente amurallada, en un aglomerado impersonal discontinuo y descentrado al que Geddes, a principios del siglo XX, llamó conurbación. Al calor de la explotación de innovaciones tecnológicas se desarrollaron potentes infraestructuras de toda clase, hidráulicas (pantanos, canales, trasvases, depósitos), de transporte (tren, carreteras, rondas, túneles), de energía (fábricas de electricidad, tendidos, cableado) y de evacuación (alcantarillado, vertederos.) Así nació la planificación territorial. Cada nuevo avance en las infraestructuras ha propiciado un tipo de aglomeración más descompuesto, fomentando una ocupación extensiva del territorio y un modelo de urbe difusa que alcanza los tiempos actuales. La nueva clase dominante no tiene su origen exclusivamente en la industria, sino que buena parte de ella se formó precisamente en la construcción y explotación monopolística de infraestructuras públicas (ferrocarriles, tranvías, gasificadoras, alumbrado eléctrico, agua corriente, líneas telefónicas, telégrafo) organizada según fórmulas nuevas, como por ejemplo la sociedad anónima y el trust o consorcio.

La conurbación moderna – la que apareció tras la posguerra –, cualitativamente más fragmentada y formando con otras adyacentes una metrópolis-región, es fruto del automóvil y del hormigón: las circunvalaciones y las autopistas dirigen su evolución tanto como los nuevos materiales y técnicas de construcción. Las leyes del suelo, al quitar trabas a la especulación, proporcionaron el marco idóneo de la urbanización. El coche, en la medida en que pasó de ser el medio de desplazamiento de la burguesía y las clases medias, símbolo de realización personal, para convertirse en un instrumento de trabajo, en una prótesis del asalariado que le posibilitaba ir al trabajo o a la compra en ausencia de un transporte público eficaz, ha sido el gran factor de suburbialización y destrucción del territorio. La conurbación evoluciona con la circulación y al aparcamiento; exige cada vez mayor volumen de desplazamiento, luego, un mayor grado de motorización. El espacio público deviene espacio del vehículo. Si en un principio, gracias a la producción en serie, la posesión de un coche significa el acceso a un modo de vida consumista reservado hasta entonces a los privilegiados, cuando se generaliza la sociedad de consumo llega a ser un artefacto imprescindible de uso obligado. El espacio es de forma creciente espacio del automóvil: el

conductor es ahora el símbolo de la realización de la máquina. Un nuevo tipo de expertos, los ingenieros y analistas del tráfico, sustituyen a los urbanistas en la planificación urbana y territorial: los accesos y variantes desarrollan la conurbación más que ningún plan de ordenación urbana; la autopista, aliada perfecta de la insolencia de las constructoras, modela y "articula" el territorio por encima de cualquier planificación.

La actividad productiva es desplazada como motor de la economía por la especulación constructivo-financiera. En torno a la construcción y financiación de infraestructuras se ha configurado el mayor y más poderoso grupo de presión, al que se asociaron otros: el de la distribución, el automovilístico, el petroquímico, el eléctrico, el inmobiliario. Evidentemente, los macroproyectos no han hecho más que reforzar su poder y así, el tren de alta velocidad, los megapuertos, los aeropuertos, los macrovertederos y los conjuntos residenciales, han contribuido a extender su influencia. La nueva oligarquía trasciende el territorio nacional, expandiéndose su radio de acción por todo el planeta gracias al mercado mundial. Su poder, sostenido y alimentado por la clase empresarial y política subalterna, realmente no conoce fronteras. Ya no podemos hablar propiamente de la "ciudad del capital" puesto que el interés del capital no radica solamente en la metrópolis, sino del "territorio del capital"; el capital ha ocupado totalmente la geografía. El territorio se ha hecho soporte de todos los equipamientos, actividades económicas y cómo no, infraestructuras. Y dentro de ellas, las del transporte se vuelven determinantes, o si usamos la jerga política, "vertebradoras". Es más, las infraestructuras de transporte constituyen una entramado sin la cual el sistema es incapaz de funcionar: son sus arterias. Es tan vulnerable a su sabotaje que una simple interrupción lo echaría abajo como a un castillo de naipes. Las infraestructuras son para la dominación el principal elemento estratégico, y la seguridad de su funcionamiento autoriza incluso la intervención del ejército y la guerra. Los males de unas infraestructuras se curan con otras: la complejidad desemboca en fragilidad, a la que se quiere poner remedio con infraestructuras de vigilancia y control. Estamos ante una sociedad urbana que alberga diferencias sociales enormes jamás habidas antaño. Una sociedad "de los promotores" capitalistas, de los "tiburones" de las finanzas, donde lo territorial es subsidiario de lo urbano, y donde el campo está sometido totalmente a la conurbación. Una sociedad panóptica, carcelaria.

Las infraestructuras definen la accesibilidad del territorio, su nivel de "conectividad", y por lo tanto, determinan su uso: reserva paisajística, logística, industria, tráfico, cultivo, segunda residencia, ocio, barrio-dormitorio, tratamiento de residuos, producción energética, macrocárcel. El campo suburbanizado ya no es el alfoz de la ciudad, sino un "vacío" urbanizable. Las aldeas, pueblos y pequeñas ciudades no tienen sentido como entidades autónomas, sino como partes de un sistema urbano del que dependen completamente. O son pura periferia, o mueren. Por debajo del medio millón de habitantes ningún lugar habitado es rentable desde el punto de vista de la economía global. La conurbación se independizó del campo gracias a la industrialización de la agricultura y a su relocalización en zonas concretas. El combustible fósil barato permitió una transformación del campo que

acabó literalmente con siglos de cultura campesina, despoblándolo y convirtiéndolo en un erial contaminado. Y justamente por ser un recurso limitado, el combustible ha ido encareciéndose y amenazando el suministro energético de las conurbaciones, siempre en aumento, ante lo cual la clase dominante ha reaccionado primero globalizando los mercados, lo que repercute en el territorio en forma de gaseoductos, oleoductos y líneas de alta tensión. En segundo lugar, combatiendo el agotamiento de recursos con nuevas fuentes de energía industrializables, lo que confiere al territorio una nueva función, la de proporcionar energía suplementaria y, por consiguiente, nuevos negocios. Así pues el territorio se presta a albergar centrales y demás instalaciones nucleares, térmicas, plantas de biomasa, extracción de gas por fractura hidráulica, plantaciones de agrocombustibles, "parques" eólicos y "huertos" solares.

La constante conversión del territorio en una mercancía camaleónica, capaz de revestir un carácter nuevo – un mayor valor – ante cada fase del desarrollo de la economía, es una exigencia de la ocupación del espacio por el capital. En cada momento su acumulación impone condiciones diferentes que son el resultado de desarrollos pasados. Ello nunca ocurre sin conflictos, ya que lesiona numerosos intereses. De las resistencias campesinas al cercado de terrenos y a la venta de tierras comunales hasta la actual oposición a las infraestructuras, la defensa del territorio ha ido abandonando los márgenes de la lucha de clases, que transcurría casi siempre en el escenario urbano, para situarse en el centro del combate social. En efecto, la revuelta contra la industrialización del vivir que se manifiesta como deserción de las insalubres conurbaciones y rechazo del trabajo esclavo, constituye el eje sobre el que pivotarán los enfrentamientos. Se puede decir que las áreas urbanas han perdido su poder de atracción, y poco a poco los espacios alejados lo recuperan gracias a dicha revuelta. Ésta tiene su retaguardia en los huertos ocupados y trabajados colectivamente, sin fertilizantes químicos ni plaguicidas, sin transgénicos, lejos de los detergentes, de los plásticos y de los recipientes desechables, pero el frente está donde hayan o se planeen infraestructuras, porque son el punto más débil del sistema. La nueva conciencia "de clase" que acarree los cambios sociales radicales histórica y vitalmente necesarios, se forjará tras arduas batallas en pro de su desmantelamiento, paradójicamente libradas por las masas urbanas, pero fuera de la conurbación. La frugalidad, el reciclaje o la alimentación sana elevarán la moral de los soldados, sin apartarlos por tanto del objetivo principal de la guerra.

Miguel Amorós, charla en el Ateneu Cultural La Coveta, de Crevillent (Alacant), 3 mayo 2013.

Artículo en la revista *La Salamandra*, julio 2014

Este escrito ha aparecido en el libro
Contra la nocividad,
anarquismo, antidesarrollismo, revolución,
editado por Grietas Editores, 2017.

Mayo 2013

La guerra contra el territorio, estadio supremo de la dominación

Durante los últimos doscientos años, la sociedad humana ha evolucionado en permanente conflicto con el hábitat planetario obligada por las normas de la producción capitalista. Una conducta que, al alterar gravemente los procesos que se generaban en el medio rural y natural, ha comportado su destrucción, poniendo en peligro no solamente la continuidad de dicha sociedad, sino incluso la supervivencia de la especie. El entorno industrializado, contaminado y exhausto, se vuelve cada vez más hostil a la vida, más inhumano.

La naturaleza, para nosotros, no es un hecho pre-social, sino un producto de la cultura y de la historia, un espacio definido por un tiempo eminentemente rural, por lo cual usaremos de preferencia la palabra «territorio» al referirnos a ella. Del mismo modo, por «sociedad» entendemos sociedad industrial y urbana, puesto que esa es su forma histórica bajo el régimen capitalista. Tras esta aclaración, advertimos que el territorio se rige por leyes muy diferentes de las que gobiernan la sociedad de masas que lo coloniza. La más importante se enuncia como sigue: todo va conectado, todo se relaciona con todo. Bien al contrario, en la sociedad masificada cada elemento actúa desconectado del resto, y no son las necesidades humanas las que lo determinan, sino que, al revés, es él quien determina dichas necesidades. El territorio es naturaleza mal socializada; la sociedad, humanidad mal naturalizada.

El funcionamiento normal de la naturaleza/territorio es cíclico: todo retorna al principio. No hay residuos. Las sustancias básicas van de un lugar a otro mediante circuitos cerrados; los desperdicios de un proceso constituyen la materia prima del proceso siguiente, y así sucesivamente, hasta volver al comienzo. En cambio, los procesos de la civilización técnica son lineales: los restos sólidos y líquidos van depositándose al final hasta contaminar tierra y aguas por un lado, y por el otro, los gaseosos van acumulándose en la atmósfera hasta envenenarla, calentar el planeta más de la cuenta y trastornar el clima. Tanto en lo relativo al territorio, como en lo que concierne a la urbe, cualquier modificación se paga. Cada innovación tiene su respuesta no deseada; los cambios repentinos acarrean desventajas inevitables. La tecnificación y quimicalización de la sociedad productivista impactan en el ambiente y, de carambola, en la misma sociedad. La concentración de la población en áreas cada vez más pequeñas, convierte enfermedades aisladas en epidemias. Una alimentación industrializada causa daños en la salud antes impensables. La humanidad entera queda atrapada en el choque entre el medio natural territorial y el medio artificial urbano, entre los procesos cíclicos, equilibrados y conservadores del territorio, y los procesos lineales, descompensados y expansivos de la sociedad industrial. En consecuencia se produce una crisis, la de verdad.

Si ignoramos el territorio, la crisis puede ser planteada como problema ambiental secundario a resolver con medios técnicos y disposiciones legislativas; cuestión de investigar, de innovar, de legislar, de impuestos, de inversiones, etc., nada que «los mercados» no puedan regular o que el Estado no pueda controlar. Si por el contrario, ignoramos la sociedad (y por consiguiente ignoramos el capitalismo), la crisis entonces puede contemplarse como un problema de civilización, cuyo responsable exclusivo es la especie humana, esa engañosa «cumbre de la creación», crisis que puede arreglarse con un control demográfico extremado, meditación trascendental, dietas veganas o primitivismo. Una posición lleva a sobrevalorar las nuevas tecnologías y la política convencional, mientras que la otra nos conduce al rechazo insensato de cualquier herramienta y a la animalización. Ambas se instalan en el irracionalismo, aunque de signo opuesto en cada caso; el primero, optimista, se inscribe en la instrumentalización del individuo y la artificialización total de la vida; el segundo, pesimista, lo hace en el antiespecismo y el espiritualismo místico, es decir, en la negación de la cultura y de la función histórica de la humanidad en el mundo. Una posición llega a justificar cualquier desastre ambiental en nombre de los supuestos beneficios aportados por la tecnología, y la otra aplaude cualquier catástrofe humanitaria con tal de reducir el número de seres humanos en el planeta, de forma que su odiosa preponderancia termine.

Entre los dos extremos hay posiciones intermedias, unas postulando un desarrollismo «sostenible» y otras inclinándose hacia el decrecimiento; no obstante, las primeras distinguen sin motivo entre crisis ambiental y economía, como si tuvieran poco que ver entre sí, queriendo superar una sin perjudicar a la otra. Eso falsea la cuestión territorial al presentarla como un problema conservacionista, no como un problema social, lo que les sitúa en el mismo terreno que el desarrollismo radical, y así pues les conduce al pacto con los agentes económicos e institucionales, que son en último extremo quienes deben de tomar las medidas oportunas. Por lo que respecta al decrecentismo, sus partidarios evitan el mismo error en la teoría para cometerlo en la práctica. Separan la economía de la política, menospreciando la defensa del territorio para fiarlo todo al Estado, entidad que debería estar por encima del bien y del mal pero que no es sino el Capital en su forma política. La solución parecería concretarse en las iniciativas ciudadanistas de cooperación, que, bien con el apoyo, o bien con la neutralidad de las instituciones, intentarían ocupar pacíficamente los espacios olvidados por el crecimiento económico.

Nosotros creemos deseable una relación armónica de la sociedad con la naturaleza y, por consiguiente, de la ciudad con el territorio. Para nosotros es un error considerar las dos cosas como si fuesen realidades separadas. No existe un rincón de la naturaleza que no tenga huellas sociales, ni lugar de la sociedad a salvo de las intemperancias naturales. Un planteamiento correcto de la cuestión hará que veamos los problemas ecológicos como sociales, y los problemas sociales como ecológicos, por la sencilla razón de que la crisis es única, global, a la vez ecológica y social, territorial y urbana. Las leyes que ordenan la naturaleza y el territorio no han de entrar forzosamente en contradicción con las leyes que estructuran la sociedad urbana. Pero en verdad, el funcionamiento industrial de la sociedad

hace tiempo que declaró la guerra al medio ambiente, o sea, al territorio. Y a la guerra se responde con la guerra.

Aquello que los ecologistas expertos y asesores de empresas y partidos llaman «guerra de la sociedad contra la naturaleza» es en realidad una guerra del sistema económico que parasita la sociedad contra ella misma. La sociedad es la verdadera víctima; los males de la naturaleza son daños infligidos a ella. El principio del beneficio privado como norma fundamental de funcionamiento social es el causante de esta guerra. El dominio de una economía separada de las necesidades sociales sobre cualquier otra actividad ha desembocado en una guerra contra todo lo que obstaculiza la realización inmediata del beneficio, ya sea la naturaleza, el territorio, la tradición o las mismísimas relaciones sociales. Eso significa guerra contra cualquier impedimento puesto al mercado, y por lo tanto, contra cualquier barrera al crecimiento de las fuerzas productivas.

La primera gran guerra de la economía autónoma contra la sociedad y el territorio, que tuvo lugar a lo largo del siglo xix, recibió el nombre de «revolución industrial», involuntariamente irónico, ya que se trataba de una verdadera contrarrevolución. El territorio se valorizó entonces como mercado de la tierra. La última, la más mortífera, aquella donde el desarrollo deviene principio político y las fuerzas productivas se vuelven ampliamente fuerzas destructivas, comenzó a partir de los años cincuenta del siglo pasado. En aquel momento la búsqueda de productividad originó cambios tecnológicos de tal magnitud que entraron en conflicto con el medio territorial y urbano de forma nunca vista antes. Tanto por culpa de las transformaciones introducidas en la agricultura, la construcción, el transporte y la distribución, como por culpa de la producción de energía y el desarrollo de la industria petroquímica, la contaminación se generalizó y se produjo el sobrecalentamiento global. El territorio se convirtió en mercancía esta vez como espacio multiusos.

La industrialización de la agricultura trajo consigo el uso masivo de fertilizantes y plaguicidas, con la subsiguiente polución de tierras, ríos y aguas subterráneas, eutrofización, lluvia ácida, mortandad de la fauna y aumento del cáncer. En la actualidad la huida hacia delante se ha materializado en los transgénicos. La salida al mercado de automóviles de gran potencia fue responsable de la niebla fotoquímica conocida como *smog* que cubrió las metrópolis como si fuera un sombrero, de resultas de la emisión a la atmósfera de ingentes cantidades de polvo, dióxido de nitrógeno e hidrocarburos volátiles producidos en la combustión de la gasolina. La mortalidad por cáncer, alergias y enfermedades cardiovasculares aumentó proporcionalmente desde entonces. Además, la sustitución del transporte por ferrocarril por el de carretera multiplicó la demanda de combustible, y la urbanización progresiva hecha posible por el coche, incrementó la de cemento y asfalto, impactando mortalmente en el territorio. Las nuevas condiciones de vida en el reino de la mercancía implicarían el consumo de un montón de productos y derivados químicos: detergentes, fibras sintéticas, envases y carcasas de plástico, sucedáneos, aditivos, fármacos, cosméticos, etc., consumo que contribuyó a la mala alimentación y a la contaminación y, por consiguiente, al deterioro de la salud y del entorno. Encima surgió el problema grave de la eliminación de residuos y

basuras, lo cual nos llevó a los vertidos incontrolados y a la incineración, y por lo tanto, a la dioxina. Más contaminación entonces, mayor regresión de la fauna y la flora, más enfermedades. Para acabar, el despilfarro de los recursos finitos, principalmente energéticos, obligó primero a la construcción de centrales térmicas y nucleares, y después, a las renovables industriales, al *fracking* y a los agrocombustibles.

El nuevo salto cualitativo en la industrialización del mundo y en la agresión al territorio ha dado lugar a la constitución de una nueva oligarquía capitalista transnacional compuesta por los dirigentes de los grandes bancos y las grandes corporaciones multinacionales del transporte, de la energía, de la química y los plásticos, de la agroalimentación, la construcción y las grandes superficies. Dicha oligarquía acapara toda la decisión, envenena el planeta y encima saca beneficios con la descontaminación y el reacondicionamiento «verde» de los procesos productivos. El círculo suicida de la destrucción se cierra con una concentración inaudita de poder y una evolución paralela de la desigualdad social, la pobreza y las epidemias a escala mundial.

El régimen social capitalista, pese haber triunfado, presenta síntomas evidentes de agotamiento tras la mundialización de los mercados, al no poder crecer la economía al ritmo suficiente. Ha tropezado con sus límites internos. La ruina del territorio debido a la contaminación, la destrucción de tierras de cultivo y el cambio climático, así como la crisis energética que se anuncia por la superación de los «picos» de la producción de petróleo y gas natural, indican en negativo sus límites externos. Habrá que buscar remedio no en el rechazo de la tecnología, sino en la promoción de tecnologías benignas y convivenciales, tecnologías que no condicionen ni alteren las relaciones sociales libres y solidarias, sino que al contrario las fomenten y refuercen. En energías renovables descentralizadas; en una agricultura ecológica que restablezca los sistemas naturales de fertilidad y de control de plagas; en un transporte público colectivo; en una producción local orientada hacia la satisfacción de necesidades en armonía con el medio. Abandono inmediato del vehículo privado, de la petroquímica, de los combustibles fósiles, y, en general, de la producción de masas. No es un retorno a la naturaleza, sino a la armonía con la naturaleza. Ahorro, diversidad, reciclaje, frugalidad, asambleismo… algo no realizable sin una revolución social.

La aplicación de remedios revolucionarios resulta imposible en sociedades que no sean predominantemente rurales, horizontales e igualitarias, y en consecuencia, comunitarias en un contexto antidesarrollista de desurbanización y desglobalización. Un programa que promueva tal tipo de sociedad desafía a las poderosas fuerzas que dirigen la actual sociedad de la masificación y la exclusión. Sus ganancias –y su poder– van ligadas a su permanencia y a la intensificación de sus trazos característicos. Dichas fuerzas han elegido la vía tecnológica, lo que quiere decir más casas, más cosechas, más automóviles, más capitales, más consumo, más gente. Han optado por el desastre que les sea más productivo y les salga más rentable. Ninguna modificación de la producción, la circulación o el consumo de mercancías que vaya contra sus intereses será aceptada sin lucha. Pero ninguna lucha que no consiga hacerlas retroceder vale la pena. No existen vías blandas de transición: todas las

alternativas al capitalismo serán duras. El combate será muy desigual: por un lado están los ejércitos mercenarios de la oligarquía; por el otro, las mal equipadas movilizaciones populares. Sin embargo, no por eso tiene el Poder la victoria asegurada. Si las fuerzas justicieras de la verdad son todavía débiles, los errores catastróficos cometidos por la Dominación reequilibran los platillos de la balanza.

Miguel Amorós.
Notas para un debate con Luis Blanco y Carlos García sobre
el tema "Crisis, lucha y perspectivas anticapitalistas", celebrado el 25 de mayo de 2013,
organizado por la Assemblea Llibertària del Vallès Oriental, en Granollers, España.

Publicado en la revista *Argelaga*, n°3.

Volumen 1: 1984-2004

32 textos – 208 páginas – 655 000 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-1-es

Volumen 2: 2005-2008

36 textos – 220 páginas – 709 500 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-2-es

Volumen 3: 2009-mayo 2013

40 textos – 204 páginas – 633 400 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-3-es

Volumen 4: 2014-2017

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-4-es

Volumen 5: 2018-2022

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-5-es

Volumen 6: 2023-2025

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-6-es

Fin del volumen 3